COLECCIÓN **ESTUDIOS**

Lazos de Sangre

Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)

Ángel
Alcalde Fernández

Ángel Alcalde Fernández (Zaragoza, 1981) es licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza desde 2005, donde se especializó como contemporaneísta. En 2008 fue becario del Programa «Amarga Memoria» del Gobierno de Aragón, año en que obtuvo su Diploma de Estudios Avanzados. Sus intereses como investigador se han centrado en la implicación de la sociedad civil en los procesos reaccionarios europeos de los años 20 y 30, y especialmente en la formación del apoyo social al franquismo en España a través del conflicto bélico de 1936-1939. Además, ha publicado varios artículos y contribuciones a congresos de Historia contemporánea, y emprendido investigaciones de ámbito local y regional aragonés. En la actualidad, su trabajo como historiador se enmarca en la historiografía social y cultural de los fenómenos bélicos del siglo XX. Desde septiembre de 2009 es becario del Gobierno de Aragón en la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde lleva a cabo su tesis doctoral sobre los excombatientes franquistas, la experiencia de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965).

Diseño de cubierta: A. Bretón.

Motivo de cubierta: Folleto 5.º *Cuerpo de Ejército. Estampas de la guerra*, Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza, 1937.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/2959

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Lazos de Sangre

Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza.
La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)

COLECCIÓN **ESTUDIOS**
HISTORIA

Lazos de Sangre

Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza.
La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)

Ángel Alcalde Fernández

INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza
Zaragoza, 2010

Publicación número 2.936
de la Institución «Fernando el Católico»
Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 • Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
http://ifc.dpz.es

© Ángel Alcalde Fernández
© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico»

ISBN: 978-84-9911-039-4
Depósito Legal: Z-104/2010
Producción gráfica: *a* + d arte digital, S. L., Zaragoza
Impresión: INO Reproducciones. Zaragoza

IMPRESO EN ESPAÑA-UNIÓN EUROPEA.

En memoria de
Pilar y Francisca,
Alejandro y José

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 11

INTRODUCCIÓN 13

I. 1936 27

1. Zaragoza hasta julio de 1936 29
2. El golpe de Estado en Zaragoza y su apoyo civil 39
3. Formación y composición de la Junta Recaudatoria Civil 54
4. Sostener la sublevación 71
5. Conclusiones y comparaciones. El apoyo social a la sublevación en 1936 89

II. 1937-1938 97

1. La experiencia de guerra en la retaguardia zaragozana en 1937. Apoyo social, fascismo y propaganda 99
2. Mecanismos de control social y de extensión de los apoyos sociales a la sublevación 109

2.1. Refugiados 110
2.2. Bombardeos en Zaragoza 122
2.3. Combatientes 125
2.4. Los límites de la extensión del apoyo social: resistencias, represalias, exclusiones y rupturas 137

III. 1938-POSGUERRA 145

1. El ¿fin? de la guerra en Aragón y el nuevo rostro de la sociedad zaragozana 147
2. El apoyo social al franquismo tras la victoria y el papel de FET-JONS en Zaragoza 153

CONCLUSIONES 175

ANEXOS 187

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA 215

ÍNDICE ALFABÉTICO 231

PRESENTACIÓN

El actual estudio fue presentado por primera vez en la Universidad de Zaragoza, en septiembre de 2008, como trabajo de investigación conducente a la obtención del Diploma de Estudios Avanzados en Historia Contemporánea, ante un tribunal compuesto por los profesores Julián Casanova Ruiz, Enrique Bernad Royo y Ángela Cenarro Lagunas, que decidieron otorgarle la máxima calificación. Les agradezco los comentarios, correcciones y propuestas que tuvieron la amabilidad de hacerme. De igual modo quiero mostrar mi especial gratitud a la profesora Ángela Cenarro, que con gran generosidad dirigió mi trabajo durante el curso académico 2007-2008.

Hubiera sido imposible concluir satisfactoriamente el proyecto planteado sin la Ayuda de Investigación que la Institución «Fernando el Católico» (Excma. Diputación de Zaragoza) tuvo a bien concederme en noviembre de 2007. De igual modo, para la finalización del mismo ha sido sumamente oportuno poder contar con una Beca de Investigación del proyecto «Amarga Memoria» del Gobierno de Aragón. A ambas instituciones agradezco la confianza depositada en mi persona.

De igual modo quiero hacer constar la deuda contraída con varias personas que me ayudaron de distintas maneras en diversos momentos de mi investigación. A mis amigos Enrique y Anabel en Sevilla, a Violeta en Granada y Murcia, y a mi hermana Bárbara en Madrid. Y, por supuesto, nada hubiera sido posible tampoco sin el respaldo de mis padres, María José y Amado Ángel, en Zaragoza.

INTRODUCCIÓN

Una de las cuestiones en gran medida pendientes para la historiografía de la guerra civil y del franquismo es la identificación de los apoyos sociales con que contó el régimen nacido de la sublevación del 18 de julio de 1936: la dictadura de Franco. La cuestión, apenas planteada hasta fechas recientes por historiadores, se reviste de mayor importancia si consideramos que la descripción de los verdaderos orígenes y de la composición de las bases sociales del franquismo resulta imprescindible para acercarse a una definición de la naturaleza de su régimen. El debate al respecto de esta última cuestión se ha dilatado en el tiempo desde que el sociólogo Juan José Linz en 1964 caracterizara el régimen de Franco como «autoritario», proliferando posteriormente los más variados conceptos que han intentado precisar y fijar la esencia que tuvo aquél[1]. Sin entrar a desmenuzarlo, se han podido constatar dos corrientes de interpretación en el debate: una relacionada con la interpretación del franquismo como «autoritarismo» (Linz, Tusell, Payne), con diferentes variantes; y otra que lo define como régimen «fascista» (Preston, Casanova, Fontana). La disyuntiva ofrecida responde a las disimilitudes metodológicas; interpretar el régimen en función de sus orígenes sangrientos y de su función histórica conduce ineludiblemente a asociarlo con el fascismo, mientras que atender a los procesos de modernización emprendidos a partir de los años 60 en España ha llevado a concebir el franquismo como una etapa autoritaria de preparación a la democracia[2]. Proporcionar una categórica definición para un régimen dictatorial de cuatro décadas de duración aparece como una meta inalcanzable, pues es difícil describir con una única vara de medición un ente político cuya cabeza más visible pasó de estrechar la mano de Adolf Hitler en 1940 a abrazar a Eisenhower en 1959.

A pesar de todo, a la hora de explicar el nacimiento del «nuevo Estado», así como de analizar aspectos como los que aquí nos incumben, es imprescindi-

[1] Algunas exposiciones del debate: CÁMARA, G.: «Analizar el franquismo: interpretaciones sobre su naturaleza» en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Centro de Estudios Constitucionales, 1987, pp. 645-672; PÉREZ LEDESMA, M.: «Una dictadura por la gracia de Dios», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 173-193; SEVILLANO CALERO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998, pp. 27-34. Véase también el compendio de ensayos: SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004.

[2] CENARRO LAGUNAS, Á.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del 'Nuevo Estado'», *Historia Social*, núm. 30, 1998, pp. 5-22. Otra línea interpretativa es la que sostiene Ismael Saz, que define al régimen como «fascistizado».

ble situarse en un marco conceptual e interpretativo que no es otro que el que corresponde al período histórico de entreguerras, 1914-1945. La crisis abierta en Europa desde la Gran Guerra presenciaría un proceso por el que las dictaduras llegaron a suplantar a las democracias en la mayor parte del viejo continente. Aunque las causas de su estallido fueran fundamentalmente endógenas, la guerra civil española y su resultado sólo pueden explicarse dentro de ese marco europeo[3]. Un marco europeo que, además de asistir a la eclosión de la nueva ideología comunista, vivió la aparición del fascismo, movimiento político que también tuvo mucho que ver con el estallido en España de la guerra civil.

Desde muy pronto, los contemporáneos de la irrupción histórica del fascismo comenzaron a preguntarse y debatir, casi siempre en términos políticos, ya fuera desde posturas liberales o marxistas, acerca de la compleja cuestión de los apoyos sociales a los movimientos y regímenes fascistas. Eduardo González Calleja ha señalado que aquellas primeras interpretaciones entrañaban generalizaciones basadas en escasas bases empíricas; se trataba de modelos teóricos sobre un fenómeno todavía no tratado históricamente. De aquellas visiones, proceden tesis como las del fascismo como fruto de un estado de excepción del capitalismo (teoría dominante en la III Internacional), o como resultado de la alienación de la sociedad de masas por el totalitarismo (perspectiva liberal); pero más adelante, diversos revisionismos replantearon las explicaciones sociales del fascismo, apoyándose en los primeros estudios históricos o sociológicos. No obstante, como González Calleja advierte, en la actualidad la historiografía ha rechazado los paradigmas para centrarse en el estudio de la dinámica interna de los movimientos y regímenes fascistas, multiplicándose las investigaciones empíricas para caracterizar *a posteriori* los apoyos sociales al fascismo, recuperando, además, las grandes comparaciones. No podrá negarse fácilmente que la presente investigación encaja plenamente en esta tendencia historiográfica que consideramos la más apropiada para conocer esa realidad[4].

Uno de los intentos, no muy numerosos por otra parte, de poner en amplia perspectiva comparada el periodo de entreguerras europeo para ofrecer una explicación general de la crisis y de las resultantes ofertas o respues-

[3] Como introducción al periodo de entreguerras: Casanova, J.: «Europa en guerra: 1914-1945», *Ayer*, núm. 55, 2004, pp. 107-126. El eclipse de la democracia está expuesto por Linz, J. J.: «La crisis de las democracias», en Cabrera, M., Juliá, S., Aceña, M. (comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991.

[4] González Calleja, E.: «Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico», *Hispania*, LXI/1, núm. 207, 2001, pp. 17-68.

tas políticas que experimentaron las naciones europeas occidentales fue la obra, ya clásica y profusamente citada, de Gregory M. Luebbert[5]. En ella se argumentaba, de manera estructuralista, que hubo tres posibles resultados en cuanto a los regímenes político-económicos adoptados en esa etapa: el liberalismo, el fascismo y la socialdemocracia. Señalando el peso de estructuras heredadas en cada experiencia nacional, que resultaban determinantes en el producto resultante, Luebbert afirmaba que el juego de alianzas entre clases sociales generaba la fórmula caracterizadora de cada uno de los tres tipos. Así, mientras que en Gran Bretaña, Francia y Suiza las alianzas entre el liberalismo y el obrerismo cristalizaron en una democracia liberal fuerte que resiste a la crisis; en Italia, Alemania y España, una coalición entre la burguesía urbana y el campesinado familiar produjo el fascismo[6], destruyendo por la fuerza la posibilidad de la socialdemocracia que, congeniando intereses sociales urbanos y rurales, había cuajado en los países escandinavos y en Checoslovaquia.

En la gestación de los regímenes fascistas, a la participación de la burguesía urbana con sectores de las clases medias, se le unió una gran base de lo que Luebbert llama «campesinado familiar», que vendría a identificarse con la propiedad rústica, y en España estaba muy conectada con el catolicismo. El papel histórico del campesinado fue determinante para la culminación de los procesos históricos en un resultado fascista o democrático, planteamiento en el que también basó su amplio trabajo el sociólogo norteamericano Barrington Moore[7]. En adición, las propias vicisitudes de la clase media en el periodo de entreguerras fueron otro factor que podría generar el fascismo. Según Luebbert, la no superación de divisiones de diverso tipo (políticas, lingüísticas, nacionalistas, religiosas, etc., de origen preindustrial) en el seno de la burguesía facilitaba la adopción de la ideología o la solución fascista por parte de sectores de la misma[8].

En definitiva, la interpretación de Luebbert pone a las diferentes clases sociales en el centro de las explicaciones del origen del fascismo, y atribuye una importancia clave a las estructuras y legados históricos de las distintas experiencias nacionales. No obstante, como puso de relieve Julián Casanova, tal estruc-

[5] LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

[6] Los tres países sufrieron la abolición de todo tipo de instituciones representativas (cosa que los diferenciaba de las dictaduras tradicionales), sus regímenes no aceptaron ideologías rivales ni limitaciones, suprimieron al socialismo y tuvieron la ambición de reorganizar a la clase obrera.

[7] Aunque con diferencias en su enfoque y conclusiones; MOORE, B.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península, 1973.

[8] LUEBBERT, G. M.: *op. cit.*, pp. 117-118.

turalismo deja de lado muchas variables y protagonistas históricos que no encajan en las categorías estáticas de clase social empleadas por Luebbert, ya que éste identifica directamente a la burguesía como un vehículo natural de la democracia, y a la clase obrera con el socialismo, lo que por ejemplo en el caso español no resultaría exacto. Luebbert, además, no considera muy relevantes los procesos y cambios en las condiciones o jerarquías políticas, ni las actuaciones económicas concretas frente a la crisis, que para otros autores resultan cruciales[9].

Otra de las controversias en la órbita del estudio del fascismo es la que trata el grado de «consenso» que las dictaduras del periodo de entreguerras ganaron entre la población. A partir del trabajo de autores como Renzo de Felice, se constató que bajo el yugo de regímenes como el de Mussolini en Italia, las autoridades dictatoriales contaron con una serie de adhesiones, entusiastas o pasivas, que permitieron consolidar las impuestas estructuras políticas. Si bien la violencia estaba fuertemente conectada a la realización del fascismo, y fue el fermento primordial para originar el sometimiento y la pasividad en la población, la conquista de las masas por el fascismo también necesitaba apoyarse en otra serie de instrumentos culturales o propagandísticos[10]. El fascismo, en lo que se refiere a producción de adhesiones a su causa, mostró su doble cara: la puramente violenta y represiva, y detrás de ésta un rostro persuasivo, más amable, cuya proa fueron las políticas sociales destinadas a encuadrar y a controlar a la población.

Como Ángela Cenarro ha señalado para el caso del franquismo, resulta poco apropiado hablar de «consenso» al referirse a las medidas que perseguían la adhesión activa o pasiva de la población, puesto que éstas nunca fueron resultado del acuerdo o la negociación entre los ciudadanos y las autoridades. El franquismo buscó «la aceptación y el consentimiento de las masas» para lograr su propia supervivencia, y esa búsqueda comenzó pronto. Uno de los más conocidos instrumentos franquistas para suscitar la conformidad y la dependencia de las masas respecto al régimen fue la institución benéfico-asistencial del Auxilio Social, cuyos orígenes, inspirados en el modelo nazi y totalitario, se remontaban al otoño de 1936. La asistencia social contribuyó a cimentar las bases ideológicas del nuevo Estado, siendo además un instrumento propagandístico de enorme impacto[11]. Como otros regímenes fascistas, el franquismo

[9] Casanova, J.: «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Stvdia Historica (Hª Contemporánea)*, vol. X-XI, 1992-93, pp. 101-124.

[10] Sevillano Calero, F.: «Consenso y violencia en el 'Nuevo Estado' franquista: historia de las actitudes cotidianas», *Historia Social*, núm. 46, 2003, pp. 159-172.

[11] Cenarro Lagunas, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona, Crítica, 2006.

hizo del discurso sobre la política social uno de sus referentes, pues resultaba imprescindible, tras una experiencia democratizadora como la II República, atender al perenne problema social y contar con organizaciones de encuadramiento de masas, en este caso el partido único, Falange.

No obstante, ha quedado demostrado que la mayor parte del discurso social del régimen fue una mera retórica y por tanto, el régimen tuvo muy difícil expandir sus apoyos. En España, la cara violenta del fascismo fue la dominante; el peso de la represión fue mucho mayor que en otras dictaduras contrarrevolucionarias; por consiguiente, la integración de las masas en una supuesta «comunidad nacional» topaba desde el principio con un obstáculo difícil de salvar, aunque esto no impidió que se pusieran en marcha mecanismos con ese objetivo[12].

Ahondar en la caracterización de los apoyos sociales al régimen franquista, entendiendo éstos como el conjunto de fenómenos diversos caracterizados por la colaboración, implicación, cooperación, contribución o sintonización con los objetivos e intereses de la coalición golpista del 18 de julio de 1936 por parte de individuos o sectores sociales, conduce naturalmente a analizar la composición social de aquellos integrantes y adheridos al bando sublevado durante la guerra civil, y las características, motivaciones y causas de esas adhesiones, producidas durante el proceso golpista y bélico. La justificación para esta inmersión en busca de los cimientos del régimen franquista en un periodo que comienza en los años de la II República es el hecho de que la guerra civil española fue la «partera» del régimen y el verdadero catalizador de las adhesiones obtenidas por el nuevo Estado. De confirmar esto se encargó la misma dictadura, manteniendo vivo durante décadas el recuerdo de la guerra civil, concebida como una «Victoria» que la legitimaba de manera aplastante sobre unos vencidos que no dejaron de serlo con el paso de los años.

Es muy necesario, por tanto y en primer lugar, conocer con exactitud quiénes componían la coalición que preparó y ejecutó el fallido golpe de Estado de 1936, especialmente en cuanto a sus sectores civiles, y los grupos sociales que acudieron rápidamente en su apoyo. A continuación, y en la coyuntura provocada por el golpe de Estado, debe explicarse cómo ante los brutales mecanismos represivos y de control social puestos en marcha se da una corriente de adhesión pasiva y de consentimiento de la nueva situación por parte de amplios sectores indiferentes o inicialmente desafectos; flujo que viene reforzado en la retaguardia franquista por el imperio del discurso legitimador de la «España nacional» y de la «Cruzada» en medios de comunicación (convertidos en

[12] MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 187-207.

medios de propaganda al servicio del nuevo Estado), y también a través de la política de recompensas y corrupción de corte caciquil que prolifera con la implantación de las nuevas autoridades. Los «apoyos acomodaticios» se diversificaron en la retaguardia franquista; no cabían posturas intermedias; forzosamente se debía escoger bando[13].

Un estudio de Julio Prada Rodríguez a través de un caso provincial ha intentado medir el grado de adhesión obtenido por las nuevas autoridades franquistas, indagando en los medios puestos en marcha para trasladar el control del poder político de los sublevados sobre la masa de población. El principal mecanismo para imponer el nuevo orden de dominación fue la represión, seguido de otras formas de violencia simbólica; estos resortes no sólo incidían en una mayoritaria parte de la población total considerada como «desafecta», sino que también buscaban «forzar la colaboración activa de los indiferentes». Los «adheridos», paradójicamente, según las estimaciones basadas en la investigación empírica de este autor, eran muy pocos[14].

Empero, distintos estudios recientes acerca de los apoyos sociales del franquismo concluyen cosas bien distintas. Es posible que las diferencias metodológicas y las divergencias regionales de los objetos estudiados hayan marcado la disparidad de las tesis mantenidas. Se acepta generalmente por todos los historiadores que el franquismo tuvo su origen en una tradición reaccionaria española que durante la II República activó su vertiente más extremada; el discurso de la extrema derecha contrarrevolucionaria, de igual manera que ocurría en otros países de Europa, incidió en una amplia base social que comprendía a los grandes propietarios agrarios y la alta burguesía industrial y financiera, junto a los pequeños y medianos propietarios agrarios, además de sectores de clase media urbana y pequeños empresarios. Son los resultados que proceden del análisis de la afiliación a FET-JONS y la composición de las gestoras municipales franquistas[15].

Mediante investigaciones en esa línea, con el análisis de los poderes locales establecidos con el triunfo de la sublevación militar de 1936, autores como

[13] Los factores que influyen en la formación del «consenso» en el franquismo, según SEVILLANO CALERO, en «Consenso y violencia…», *art. cit.*

[14] PRADA RODRÍGUEZ, J.: «Adheridos, simpatizantes e indiferentes. Poder local, adaptación y dominación en la retaguardia franquista», en REBOREDA MORILLO, S. (coord.): *Homenaxe á profesora Lola F. Ferro: estudios de historia, arte e xeografía.* Universidad de Vigo, 2005, pp. 443-464. El estudio se centra en la provincia de Orense, en la que, durante la guerra, desde la propia perspectiva de los poderes sublevados, entre un 7% y un 15% de la población fue considerado como «adheridos», entre un 28% y un 42% se consideró de «pasivos e indiferentes», y entre un 64% y un 43% los «desafectos». El primer porcentaje correspondería a los inicios de la guerra y el segundo, al desenlace en 1939.

[15] MORENO FONSERET, R. y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, LX/2, núm. 205, 2000, pp. 703-724.

Francisco Cobo Romero o Miguel Ángel del Arco Blanco han llegado a la conclusión de que, al menos en lo que respecta a la región andaluza, los apoyos sociales al franquismo se caracterizaron por su «heterogeneidad» y su «amplitud»[16]. Aunque es incuestionable el hecho de que entre el personal político con el que contaría el franquismo tras su implantación existió un grupo numeroso de hombres jóvenes, implicados con el bando sublevado durante la guerra, que además de tener una procedencia de diferentes clases sociales suponían una novedad respecto del pasado de la derecha tradicional (una de las tesis mantenidas por M. Á. del Arco), parece excesivo vincular directamente esta idea con la de la existencia de «amplias y heterogéneas bases sociales» que habían apoyado el «Alzamiento». Según Francisco Cobo, «un acrisolado y multicolor conjunto de grupos sociales intermedios […], se identificó, desde un primer momento, pero sobre todo durante el transcurso de la Guerra Civil, con las consignas autoritarias o fascistas que emergieron desde el bando militar rebelde»; y en cuanto a las motivaciones de esa adhesión, Cobo aventura que en la zona rebelde, fueron las ideas y discursos antirrepublicanos de la insistente propaganda, junto al exterminio sistemático de cualquier oposición izquierdista, los factores que crearon el caldo de cultivo necesario para que se diera un «vasto fenómeno de adscripción masiva y voluntaria protagonizado por varios miles de ciudadanos corrientes, que acudieron en tropel, durante las primeras jornadas del conflicto, a alistarse en las milicias cívicas» y en los órganos de encuadramiento del fascismo. Aquellas causas habrían venido a sumarse, entre el campesinado andaluz, a una orientación política preexistente durante la II República, que Cobo califica de «derechización»: la bipolarización significó para los pequeños propietarios y arrendatarios el acercamiento a la CEDA, que así se habría convertido en un partido de masas atractivo para un «heterogéneo y disperso conjunto de grupos sociales»[17].

De esta manera, queda conectada directamente la tendencia electoral de la etapa republicana con una adhesión incondicional y entusiasta al golpe de Estado por parte de un numeroso o masivo grupo de población, *ciudadanos corrientes* que se alistan en las milicias suscribiendo la ideología autoritaria o

[16] COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, Tª Mª: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, núm. 51, 2005, pp. 49-72. ARCO BLANCO, M. A. del: *«Hambre de siglos». Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental (1936-1951)*. Granada, Comares Historia, 2007. De este mismo autor, un resumen de sus tesis en «"Hombres nuevos". El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», *Ayer*, núm. 65, 2007, pp. 237-267.

[17] COBO ROMERO, F.: «El voto campesino contra la II República. La derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas jienenses, 1931-1936», *Historia Social*, núm. 37, 2000, pp. 119-142. Léase también el epílogo de Francisco Cobo a la obra de Miguel Ángel del Arco, *op. cit.* pp. 483-513, de donde proceden los entrecomillados.

fascista, y que se adhieren con fervor al franquismo, al igual que hacen sectores coaccionados por la represión y la propaganda; todo ello se manifiesta en la presencia de una «heterogénea» clase política que domina los poderes locales de la posguerra. Así, se otorga preponderancia en la definición del apoyo social del régimen a los sectores que, fruto de la coyuntura bélica, aparecerían como «hombres nuevos» del régimen, eclipsando a las clases dominantes tradicionales. El enfoque, que prescinde del análisis microscópico de los procesos por los que se desarrollan las adhesiones, no distingue claramente la calidad y naturaleza de esos «heterogéneos apoyos» de gran parte de la población. Nuestra investigación, en contraste, tiene como objetivo dilucidar el proceso por el cual durante la guerra se gesta ese apoyo social aparentemente muy diverso, y descubrir los nexos que conforman el entramado de tal apoyo, que reúne en su seno a los grupos privilegiados de siempre con los nuevos grupos descritos por Del Arco, Cobo y Ortega.

No conviene simplificar en exceso a la hora de diagnosticar el apoyo social que obtuvo la sublevación de 1936, si bien pueden marcarse unas líneas generales. Según Paul Preston, que sintetiza la cuestión a partir de parámetros principalmente políticos, esa base con la que contaron las fuerzas militares provino de las fuerzas electorales conjuntas de los principales partidos derechistas de la II República. Durante la guerra, el apoyo se consolidaría gracias al arropamiento que otorgó la Iglesia católica a Franco, al terror de la represión, a la lealtad geográfica de las personas con instinto de supervivencia, a la intensificación de pasiones y odios, y a la capacidad de la dictadura para adjudicar prebendas. FET fue el principal instrumento para canalizar el apoyo popular[18].

En este estudio se ha tenido especial precaución a la hora de perfilar los apoyos sociales a lo que fue el régimen franquista; centrándose la investigación en determinar qué grupos sociales concretos apoyaron el golpe de Estado de 18 de julio de 1936. Es también nuestro objetivo trazar el proceso de absorción de adhesiones al nuevo régimen por parte de la población civil, y determinar en lo posible la cantidad y calidad de éstas, así como sus motivaciones y causas. Para todo ello, se analiza la colaboración civil con la sublevación militar en la ciudad y provincia de Zaragoza (con referencias al resto de la región aragonesa), considerando que, como punto de partida, los más sinceros, fervientes y comprometidos apoyos, y que por consiguiente más definieron la naturaleza de la reacción antirrepublicana, fueron los que se manifestaron en esa etapa de gestación de la dictadura. La consolidación de ésta, que comenzó ya durante la guerra, tuvo varias etapas, cuyos jalones pueden establecerse de manera clara

[18] PRESTON, P.: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Barcelona, Península, 2004 (1995), p. 30.

(sublevación, nombramiento de Franco como jefe de Estado, decreto de Unificación, primer Gobierno, Fuero del Trabajo, etc.); y del mismo modo, aunque siguiendo una periodización particular, se han establecido distintas etapas en el proceso de definición del apoyo social a la sublevación hasta 1939. El respaldo de un estudio como el de Ángela Cenarro acerca de los orígenes del franquismo en Aragón a partir del análisis de los poderes locales y provinciales, y que ha demostrado que en éstos convivieron los sectores procedentes de las elites tradicionales junto a la nueva familia política falangista[19], permite bucear en otras realidades que aporten más respuestas en materia de apoyo social a la sublevación; lo que esperamos sirva para continuar perfilando la naturaleza del régimen franquista.

Metodológicamente, teniendo en cuenta que parte del deber del historiador es el de sacar a la luz nuevas fuentes, este estudio se basa en un volumen importante de documentación empírica hasta ahora no utilizada, en concreto la que nos ha proporcionado el fondo documental de la Junta Recaudatoria Civil[20], situado en el Archivo Municipal de Zaragoza. Aunque se trata en su mayoría de documentos de carácter económico, nos ha permitido trazar los rasgos de los apoyos sociales zaragozanos a la sublevación y conocer otras realidades experimentadas durante la guerra. Sumergidos entre el farragoso a veces ininteligible lenguaje administrativo y burocrático hemos encontrado una infinidad de testimonios y huellas de las experiencias vitales de miles de personas que vivieron aquellos acontecimientos y que, sin saberlo, con sus acciones u omisiones tejieron la historia que intentamos ahora reconstruir y comprender. Por tanto, este es un estudio «desde abajo», se trata de una «historia social». No por ello hemos olvidado contextualizar nuestro objeto estudiado, y así hemos utilizado otro tipo de fuentes que permitan contrastar lo observado; la prensa zaragozana de la guerra, que hemos estudiado con una mirada novedosa, supone una segunda fuente casi inagotable de datos. Asimismo, otro tipo de fuentes impresas del periodo han servido a nuestro propósito; obras de propaganda, folletos y libros de memorias, que transmiten la particular visión de los protagonistas del momento así como otras informaciones[21].

La bibliografía académica sobre esta etapa histórica resulta, a la altura de 2007-2008 y después de tres aniversarios de la guerra civil conmemorados en

[19] Cenarro Lagunas, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

[20] Sobre esta institución, estudiada en profundidad aquí, algunos historiadores han hecho anteriormente alguna mención; véase por ejemplo *ibidem* pp. 302-303, o la breve descripción de Manuel Ballarín en VVAA: *La guerra civil en Aragón. 6. Tras los frentes: vida y sociedad en retaguardia*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, El Periódico de Aragón, 2006, pp. 70-71.

[21] Recientemente un compendio bibliográfico ha reunido las obras que se escribieron contemporáneamente sobre la guerra civil en Aragón: Melero, J. L.: *Los libros de la guerra. Bibliografía comentada de la guerra civil en Aragón, 1936-1949*, Zaragoza, Rolde, 2006.

libertad en España, verdaderamente inmensa. Abarcarla toda es una difícil tarea, pero a pesar de que existen algunas lagunas, como por ejemplo en el estudio de los apoyos sociales a la sublevación, la calidad de muchos de los estudios, la profundidad de las interpretaciones rigurosas y el inestimable aporte de datos, han hecho que esa superabundancia de publicaciones haya redundado, en mi opinión, más positiva que negativamente en la realización de nuestra investigación[22]. Ésta y sus frutos no habrían sido posibles, de hecho, sin el trabajo anterior que han realizado en Aragón varias generaciones de historiadores, sobre el cual el nuestro se edifica y es deudor. Desde las primeras obras de Eloy Fernández Clemente y el magisterio del recientemente fallecido Juan José Carreras, los estudios de Julián Casanova o Luis Germán Zubero, hasta las investigaciones y tesis doctorales de (entre otras y otros historiadores), Manuel Ardid, Jesús Ignacio Bueno Madurga y Ángela Cenarro, la cual ha dirigido nuestra tesis, se ha conformado el imprescindible bagaje de conocimientos que traemos aquí implícito. Otra herramienta utilísima como fuente de datos ha sido la Gran Enciclopedia Aragonesa, la cual hemos preferido habitualmente no citar en el texto para no sobrecargar en exceso las notas a pie de página[23].

El análisis social que se pretende llevar a cabo con este estudio ha requerido la utilización sistemática de conceptos de «clase social»: «aristocracia», «burguesía», «clase media», «clase obrera», son palabras que aparecerán continuamente. No en vano, desde antiguo se tuvo conciencia de que la guerra civil española fue en gran medida una lucha de clases. Sin embargo, una perspectiva excesivamente rígida en este sentido no sería útil para descifrar los enigmas que nos estamos planteando; la realidad de la guerra no fue la de un enfrentamiento simple entre la burguesía y el proletariado. Como Julián Casanova señaló hace tiempo, «las relaciones de clase no sólo suponen dominación y luchas, sino también subordinación y acomodación al orden social establecido»; y la guerra no sólo fue la expresión de un agudo conflicto de clases, en ella entraron en juego otro tipo de lealtades y convicciones no clasistas como la religión o la región; los individuos «desclasados» también forman parte de la historia. Al lanzar nuestras conclusiones se han mantenido los ojos abiertos a

[22] Como acercamiento a la bibliografía actual sobre la guerra civil, véase García Fernández, H.: «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», *Ayer*, núm. 62, 2006, pp. 285-306. Una visión más amplia, con reflexiones sobre el pasado y el actual estado de la historia de la guerra civil: Casanova, J.: «Pasado y presente de la guerra civil española», *Historia Social*, núm. 60, 2008, pp. 113-128. Se suele coincidir en el hecho de que la producción intelectual sobre la guerra civil ha venido acompañada de un número importante de obras de pésima calidad y escaso rigor científico. Sobre las consecuencias negativas de la sobreproducción de trabajos de historia, en relación con la actual era posmoderna, ya hablaba hacia 1990 Ankersmit, F. R.: «Historiografía y posmodernismo», *Historia Social*, núm. 50, 2004, pp. 7-24.

[23] Especialmente se ha utilizado, por su comodidad, la versión *on line* de la GEA: http://www.enciclopedia-aragonesa.com.

todo tipo de realidades que van más allá de cualquier interpretación clásica del conflicto clasista y de cualquier encasillamiento social de los individuos. Como se verá, encontrar los puntos en común y los vínculos que aglutinaron a los componentes del apoyo social a la sublevación requiere introducir una perspectiva que tenga en cuenta las múltiples facetas de las relaciones de clase, y el peso de factores no solamente económicos y de poder[24]. Los componentes culturales, religiosos, de mentalidad; y componentes relacionales, la práctica social, los vínculos y lealtades familiares, de amistad, y de asociación entre individuos tienen un valor clave en el análisis.

Por ello hemos creído necesario examinar la realidad muy de cerca, con lupa o «a ras de suelo», con objeto de encontrar las relaciones causales o explicaciones que de otro modo podrían pasar desapercibidas o ser mal interpretadas. Las cualidades del material empírico investigado nos lo permiten. Así, realizamos la observación de la práctica cotidiana de la multitud, a la manera de la *Alltagsgeschichte* que tan buenos resultados dio en el estudio de la implicación social con el nazismo en Alemania. Ese enfoque nos ha proporcionado múltiples respuestas a nuestras preguntas. Hemos puesto el acento en la conducta diaria de los hombres y mujeres, considerando a todos ellos como actores históricos que hicieron su propia historia en unas condiciones dadas, pero haciéndola por ellos mismos. Los protagonistas, anónimos muchos, de nuestra investigación, no fueron meros espectadores pasivos de las acciones y decisiones de los grandes hombres y líderes; sus actitudes y acciones, sus interacciones con el dominio que se imponía desde arriba, resultaban determinantes para la reproducción o para el fracaso de ese dominio[25].

Por último, como se comprobará, esta investigación ha buscado corroborar y confirmar sus conclusiones recurriendo al análisis comparado. Para ello no sólo se ha contado con los estudios de otros historiadores acerca de cuestiones relativas a la retaguardia sublevada durante la guerra civil, tales como las recaudaciones «patrióticas», el voluntariado o la captación de apoyos sociales, especialmente a través de casos significativos y homologables a la situación de Zaragoza como son las ciudades de Sevilla o Granada (ciudades de importancia en las que triunfa la sublevación en los primeros días de la guerra y son cercanas al frente durante parte del conflicto); sino que se plantean comparaciones a un nivel más amplio. Aunque saldría fuera del alcance de este trabajo el plantear una historia comparada de forma exhaustiva entre el apoyo social recibido por el régimen franquista en sus orígenes y el apoyo social otorgado

[24] CASANOVA, J.: «Guerra civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 135-150, entrecomillado en la página 140.

[25] El enfoque de la vida cotidiana de la *Altagsgeschichte* y otras corrientes en: LÜDTKE, A.: «De los héroes de la resistencia a los coautores. "Alltagsgeschichte" en Alemania», *Ayer*, núm. 19, 1995, pp. 49-69.

a otras experiencias dictatoriales y fascistas europeas del periodo de entreguerras, pues nuestro marco heurístico es fundamentalmente de carácter local y provincial, conviene lanzar algunas impresiones e ideas en esa dirección que ayuden a situar los hechos relatados en un escenario que les da sentido, y que además resulten clarificadoras para entender y definir la naturaleza de la sublevación de julio de 1936 y de la dictadura franquista. No puede olvidarse que éstas, al fin y al cabo, fueron pinceladas integrantes de un lienzo mucho más amplio en el que quedarían representadas muchas otras escenas trágicas desde, quizá, el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914, hasta la destrucción del III Reich y el fin de la II Guerra Mundial en Europa en mayo de 1945.

I

1936

1. Zaragoza hasta julio de 1936

En 1936, la ciudad de Zaragoza, centro de gravedad de su provincia y en buena medida de toda la heterogénea región aragonesa, vivía inmersa en los vaivenes de una época convulsa[26]. En el periodo de entreguerras europeo, abierto con la terrible experiencia de la Gran Guerra de 1914-1918 que destruyó para siempre la idílica sociedad burguesa decimonónica, se presenciaron profundas transformaciones políticas, sociales y económicas que en España, un país semiperiférico por aquellas décadas, tuvieron su repercusión. A pesar de no participar en la primera conflagración mundial, España aceleró su proceso de modernización (económica y política) iniciado aquí con algo de retraso con respecto a Europa.

Zaragoza no fue menos en esa transformación. Su desarrollo la llevó a dejar de ser aquella ciudad que a principios de siglo XX era tranquila y sosegada, y que veía «turbado tan sólo su silencio por el trote de un caballo que pasaba uncido a su carruaje o el sonar de un organillo o piano de manubrio», según evocaba Miguel Sancho Izquierdo a través de sus recuerdos de la infancia[27]. En las siguientes décadas, sobre todo durante la década de los 20, se produjo un cambio considerable, a través de un proceso constante de industrialización y urbanización. Así, en 1930, era ésta una ciudad de casi 180.000 habitantes, en incesante aumento, que se consolidó como sexta ciudad española según el censo poblacional, por encima de Bilbao. La población activa de ese mismo año en el municipio de Zaragoza pertenecía ya en un 48,32% al sector terciario, en un 36,41% al sector secundario, y en un 15,27% al primario[28]. Se había convertido, por tanto, en una ciudad administrativo-comercial, típica de una sociedad industrial y de servicios en la que tranvías, bares y cines eran elementos cotidianos.

[26] Un estudio global de la ciudad durante el periodo de entreguerras es el de BUENO MADURGA, J. I.: *Zaragoza, 1917-1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2000.

[27] SANCHO IZQUIERDO, M.: *Zaragoza en mis «Memorias». 1899-1929.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1979. La cita en p. 25.

[28] GERMÁN ZUBERO, L. (coord.): *Elecciones en Zaragoza-capital durante la II República.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980, p. 6.

El sector secundario lo conformaban, por un lado, numerosas pequeñas o muy pequeñas empresas y talleres, muchos diseminados por las calles del casco antiguo, y por otro lado las grandes industrias, menos numerosas, pero muy capitalizadas y modernas, como las empresas eléctricas (Eléctricas Reunidas de Zaragoza), azucareras (Sociedad General Azucarera), alcoholeras (Alcoholera Agrícola del Pilar y Unión Alcoholera Española), industrias químicas, de maquinaria (Material Móvil y Construcciones, Talleres Mercier), de alimentación (la harinera de J. Soláns, la Harinera del Pilar, la cervecera «La Zaragozana», Chocolates Orús), constructoras, textiles, metalúrgicas (Averly), fábricas de instrumentos de precisión (Laguna de Rins), etc. En relación con este capital, las entidades financieras, como los bancos regionales (Banco Zaragozano, Banco de Aragón, Banco de Crédito de Zaragoza). En cuanto al comercio, pequeños y medianos establecimientos eran los predominantes, siendo los de tejidos los más importantes por su volumen de capital invertido; pero también existían cientos de tiendas de comestibles y un creciente sector hostelero. Este pequeño comercio se concentraba en las calles céntricas de Alfonso, Don Jaime y el Coso, donde convivía con las oficinas y despachos de profesionales liberales: abogados, contables, notarios, médicos, etc.[29]

Pero si Zaragoza se había beneficiado de los progresos y mejoras del proceso de modernización, también se vio afectada de las contradicciones inherentes a éste. Zaragoza no era un mundo aislado, sino que, al contrario, ofrecía un marcado contraste con el resto de la región. Aragón era un mundo eminentemente rural, con el 56,2% de su población activa en el sector primario, con una escasa densidad de población, con pueblos mal comunicados y de calles embarradas, y con elevado índice de analfabetismo sobre todo en algunas zonas: en los partidos judiciales de Belchite, Híjar, Daroca, Fraga, Valderrobres y Mora superaba el 50%, siendo el partido de Zaragoza el más alfabetizado, con un 28% de analfabetos. La estructura de la propiedad de la tierra era desigual y heterogénea, con un gran número de pequeños e ínfimos propietarios, escasos grandes terratenientes que acumulaban vastas propiedades rústicas, especialmente en los pueblos de la franja central de Aragón (siendo la mayoría de ellos aristócratas absentistas), pero prácticamente nula burguesía rural. De un total de más de 300.000 propietarios aragoneses de tierra, el 78% eran ínfimos propietarios, «propietarios muy pobres», que además solían ser asalariados. El crecimiento poblacional de la capital se alimentaba de campesinos, y el motor de la industria había sido el sector agrario, en concreto el remolachero-azucarero, quedando así éste,

[29] Los sectores secundario y terciario, a través de BUENO MADURGA, J. I.: *op. cit.* pp. 29-45.

como el sector harinero, a merced de las crisis de superproducción que se experimentaron durante la República[30].

Por tanto, si bien Zaragoza podía considerarse una ciudad moderna, o al menos una sociedad urbana en transición hacia la modernidad, se encontraba en medio de un contexto regional poco desarrollado. También en el interior de la misma ciudad la modernización había provocado contrastes. Desde mediados del siglo XIX se había ido formando una elite burguesa como clase dominante, gracias a la fusión de familias de la aristocracia aragonesa con un grupo de comerciantes y empresarios enriquecidos. Era un grupo que se fundamentaba en la propiedad y en las relaciones familiares o a través de determinados canales de socialización, como eran los colegios religiosos o el tejido asociativo. Paralelamente a este proceso de formación de elites, con la transición a la sociedad de masas, las «clases populares» que habían sido el alma de las ciudades durante el siglo XIX se habían disgregado en una pequeña burguesía urbana o clase media (propietarios de pequeños o medianos talleres y comercios, empleados de «cuello blanco», funcionarios), y un proletariado que a la altura de los años treinta había tomado mucha conciencia de sí mismo y estaba altamente organizado, a pesar de ser un grupo también heterogéneo (cenetistas, ugetistas…). Según datos de Luis Germán Zubero, del censo de población activa del municipio de Zaragoza en 1930, un 10,7% (7.000 personas) correspondían al grupo de la alta y media burguesía; la pequeña burguesía suponía un 29,7% (20.000 personas) del total; el resto es lo que se ha considerado como proletariado, un 59,6% (40.000 personas)[31].

Esta estratificación social podía apreciarse a simple vista a través de la fragmentación de la geografía urbana en diferentes barrios. Según Manuel Ardid, en los años treinta se estaba acentuando la división geográfico-social del espacio urbano, lo que se tradujo en la consolidación de unos barrios de predominio obrero en la periferia, barrios de clases medias y barrios de predominio burgués. La estructura de la propiedad inmobiliaria de la ciudad tenía ciertas semejanzas con la de la propiedad rústica en la región: había numerosos muy pequeños propietarios, muchos de ellos constructores de sus propias viviendas en los barrios periféricos, además de un reducido grupo burgués de grandes propietarios y constructores[32].

[30] Datos detallados sobre el analfabetismo y el desequilibrado reparto de la propiedad de la tierra en GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1984, pp. 44-71. El concepto de «propietarios muy pobres» es de CASTILLO, J. J.: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado. La CNCA 1917-1942*, Madrid, Servicio de publicaciones agrarias del Ministerio de Agricultura, 1979.

[31] GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit*., p. 8.

[32] *Ibidem,* p. 34 para la estructura de los barrios zaragozanos. El estudio de ARDID LORÉS, M.: *Propiedad inmobiliaria y actuación municipal en la Zaragoza de la Segunda República*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, arroja más luz sobre la organización del espacio urbano en los

Coexistían, pues, dos sociabilidades en la ciudad, la burguesa y la popular-obrera. Dos subculturas que se habían ido gestando y diferenciándose desde finales del siglo XIX. La elite burguesa construyó la suya en estrecha colaboración con la Iglesia católica, cuyos poderes y lazos con los resortes del Estado venían siendo cuestionados por fuerzas políticas secularizadoras. El conflicto anticlerical que se daba en España desde principios del siglo XX, como en otros países, tuvo episodios tumultuosos también en la ciudad de Zaragoza, por ejemplo con aquellos disturbios que motivó la celebración del jubileo en 1901; pero aunque el arzobispo cardenal Soldevila acabó siendo asesinado por unos anarquistas en 1923, no se llegó nunca a los extremos que se vivieron en la Barcelona lerrouxista con la quema de iglesias de 1909. La crítica a la Iglesia provenía de los grupos republicanos y progresistas, que denunciaban la injerencia política de una institución que debía mantenerse separada del Estado, e intentaban canalizar el substrato anticlerical popular hacia sus propios intereses. La postura de los católicos, lejos de retraerse ante las corrientes modernizadoras, fue de activismo y de movilización del laicado. El asociacionismo católico se consolidó y apareció una prensa católica: *El Noticiero* nació en 1901 por iniciativa de un grupo de católicos conservadores conectados con la jerarquía de la Iglesia y la aristocracia aragonesa[33]. La Acción Social Católica se volcaba en la asistencia a las clases humildes, especialmente cuando las clases acomodadas percibían el peligro de la ideología revolucionaria. Políticamente, los católicos se organizaron tarde. El Partido Social Popular (1922) fue un primer intento, sin mucho éxito, pero cuando consiguieron organizar por primera vez un partido de masas, que fue la CEDA desde 1933, pudieron llamar con fuerza a las puertas del poder.

Los ricos empresarios y propietarios prefirieron otros instrumentos para defender sus intereses corporativos. Las asociaciones patronales iniciaron su andadura entre finales del siglo XIX y principios del XX: La Cámara Oficial de Comercio e Industria (COCI) existía desde 1886, la Asociación de Labradores de Zaragoza (propietarios) desde 1900, y en 1912 surgió la Federación Patronal, ante la presión reivindicativa del movimiento obrero. El número de miembros de las asociaciones patronales fue aumentando, y en los años de la República jugaron un papel fundamental, actuando como grupos de presión frente a los intentos de reforma[34]. En Zaragoza, una ciudad de numerosos empresarios

años 30; sobre la estructura de la propiedad inmobiliaria ver pp. 27-54. Para la creación de los barrios burgueses y proletarios puede verse también BUENO MADURGA, J. I., *op. cit.,* pp. 50-57.

[33] SALOMÓN CHÉLIZ, Mª P.: *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939).* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002. La fundación de El Noticiero comentada por SANCHO IZQUIERDO, M., *op. cit.*, pp. 39-40.

[34] El primer estudio de las organizaciones patronales españolas durante la II República sigue siendo útil. CABRERA, M.: *La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia. 1931-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

(4.500 empresarios comerciales y casi 2.500 industriales), el papel de las organizaciones patronales, como veremos, resultó determinante en la resolución violenta de la crisis del periodo republicano[35].

Según Julián Casanova, fue la intransigencia de aquella nueva burguesía y sus instrumentos organizativos uno de los motivos de que en Zaragoza arraigara el sindicalismo anarquista de la CNT, creciendo éste especialmente en el periodo 1917-1923[36]. La desconfianza de los obreros ante el caduco sistema político de la Restauración había sido otro de los motivos de ese arraigo anarcosindicalista, pero las críticas al sistema no eran patrimonio exclusivo de los estratos más bajos de la pirámide social. Los partidos republicanos crecían y ampliaban sus bases entre las clases pequeño-burguesas de ciudades y pueblos, aunque sin llegar a superar las divisiones internas que arrastraban históricamente.

Para librar, a la manera autoritaria, a los poderes tradicionales (Ejército, Iglesia, Monarquía) de las críticas y de la amenaza de revisión institucional, apareció Miguel Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923, solucionando, además y con «mano de hierro», el problema de conflictividad social que en ciudades como Barcelona se traducía en asesinatos y atentados, pero que también había aparecido en Zaragoza. La Dictadura sirvió para anestesiar relativamente a la sociedad española durante unos años, pero al llegar 1931 se dieron de una sola zancada todos los pasos que no se habían dado de la evolución política democratizadora detenida en 1923. Reanudar la dinámica parlamentaria había de hacerse ahora bajo el paraguas del régimen republicano, pues la monarquía había quedado inutilizada. Así, los republicanos se encontraron prácticamente solos, junto a los socialistas, a la hora de inaugurar la primera democracia española, que cargó sobre sus hombros el peso de emprender profundas y necesarias reformas. Se creó para ello un marco constitucional promulgado en diciembre de 1931, que sin embargo no reflejaba la realidad de un país en el que todavía pesaban mucho los sectores defensores del orden tradicional y de la Iglesia católica, que conservaban vasto poder económico, social y cultural[37]. Zaragoza fue un ejemplo de esa situación. En las elecciones de junio de 1931,

[35] Las patronales zaragozanas han sido estudiadas por ARDID LORÉS, M.: *El bloque conservador en la provincia de Zaragoza en la Segunda República. Ideologías, organizaciones políticas, práctica social*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza. Capítulo 2, «Las organizaciones patronales», pp. 138-334. El dato del censo de empresarios zaragozanos en p. 173. En la provincia el número total de empresarios censados era de 22.000. También puede verse GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, pp. 108-118.

[36] CASANOVA, J.: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa. 1936-193*, Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 18. La CNT quedó desarticulada durante la Dictadura de Primo de Rivera en beneficio de la UGT, pero con la II República volvería a ser el sindicato más importante en la ciudad, como se demuestra en MONTAÑÉS, E.: *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza 1930-1936*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989.

[37] CASANOVA, J.: *República y guerra civil*. Barcelona, Crítica/Marcial Pons, 2007, p. 31.

fue la coalición republicana la que se hizo con la confianza del 53,5% de los electores (24.074 votos), mientras que los grupos monárquicos, alfonsinos y tradicionalistas, fueron respaldados con su Unión de Derechas por solamente el 18,5% (8.324 votos)[38].

La historia política y social de la Zaragoza de la II República hasta febrero de 1936 contempla la articulación de una reacción conservadora contra el originario proyecto republicano, que nos ayuda a comprender y reconocer cuáles iban a ser los apoyos sociales con que contaría la reacción violenta efectuada en julio de 1936. Esta reacción conservadora partía en los primeros momentos del régimen de una situación de desorientación o de expectación. Los capitalistas zaragozanos asociados en las patronales, que habían salido desencantados con la experiencia de la Dictadura, recibieron en un primer momento con indiferencia el régimen republicano, confiando en la capacidad del Partido Radical para defender sus intereses. En la cúpula zaragozana de este partido se encontraban empresarios o banqueros como Manuel Marraco, junto a profesionales liberales como Gil Gil y Gil (catedrático de Derecho) o Sebastián Banzo Urrea (contable y primer alcalde republicano de Zaragoza), y hombres bien conectados con la COCI como lo estaba Miguel López de Gera. Este partido encarnó en un primer momento la reacción conservadora en Zaragoza, lo que les llevó pronto a romper sus lazos con republicanos de izquierda y socialistas. Se opusieron a medidas como la disolución de la Academia General Militar o el Estatuto de Autonomía de Cataluña, y a partir de la alcaldía de López de Gera (enero de 1934) quedaron alineados más claramente con los grupos de derecha accidentalista, como muestra la actitud ante los conflictos sociales y la huelga revolucionaria socialista de octubre que mantuvieron los radicales[39]. Incluso antes de esa fecha la fractura política del 36 se había perfilado en Zaragoza[40]. Pero sin embargo el proyecto del Partido Radical albergaba contradicciones intrínsecas que se hicieron insuperables una vez iniciaron su alejamiento del poder local en beneficio de la CEDA o la izquierda. Era difícil congeniar la tradición republicana y anticlerical de los lerrouxistas y su discurso populista con el giro conservador dado en 1934 y la precariedad de los compromisos políti-

[38] Datos electorales en GERMÁN ZUBERO, L. (coord.), *op. cit.*, pp. 14 y 91.

[39] En octubre de 1934 se abrió una suscripción en el Ayuntamiento para recoger fondos a favor de la «fuerza pública», siendo encabezada la lista de donaciones por el alcalde López de Gera y otros concejales radicales (Gil y Gil, José Vera, etc.). Por su cuenta, el consejo de administración de La Caridad, organización católica de asistencia social, envió un oficio al alcalde el día 22 de octubre mostrando su «pena y amargura» ante los hechos de Asturias, que habían conocido a través del prisma de la prensa conservadora. Aportando 500 pesetas a la suscripción, los directivos de La Caridad mostraban su protesta ante lo que consideraban «la barbarie de seres que debieran ser suprimidos radicalmente de la sociedad». Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ), caja 5951, Suscripción a favor de la fuerza pública.

[40] ARDID LORÉS, M.: *Propiedad…, op. cit.*, p. 97.

cos; los radicales perdieron a sus cuadros intermedios y bases sociales de heterogéneas clases medias. De este modo, según Manuel Ardid, a la altura de 1935 el escándalo del estraperlo no supuso más que un empujón a un «castillo de naipes» difícilmente sostenible[41].

En efecto, fue el catolicismo posibilista de la CEDA, que en Aragón estaba representado por Acción Popular Agraria Aragonesa (APAA), el que consiguió conquistar a las masas para atraerlas a sus aspiraciones antirrepublicanas, represivas y reaccionarias, empleando para ello una enorme movilización propagandística altamente financiada, siendo *El Noticiero* su órgano de expresión. Para los Santiago Guallar, Ramón Serrano Súñer, Miguel Sancho Izquierdo, José María Sánchez Ventura, etc. sus bases más fieles se encontraban en los propietarios del predominante medio rural más que entre la burguesía empresarial de la ciudad, aunque pueden encontrarse notables excepciones (como la de Gonzalo Calamita, concejal cedista además de catedrático de química en la Universidad de Zaragoza). Lo que realmente caracterizaba a los dirigentes populares era la propiedad; defender los intereses propietarios era, junto a los valores católicos, puntos fundamentales de su programa. Era la burguesía lo que sostenía a APAA en Zaragoza, pero en 1933 se produjo un salto. La organización clasista burguesa se convirtió en movimiento de masas; 20.000 zaragozanos cambiaron su voto de republicano a cedista. Los núcleos urbanos de la derecha seguían siendo los de siempre (calle Alfonso, Independencia, Paseo Sagasta), pero su espacio político se había abierto paso hacia abajo en la pirámide social. El voto interclasista era una realidad, lo que hacía posible una reacción conservadora de masas, pero la burguesía seguía siendo hegemónica en ese bloque. Algo que influyó en la conformación y crecimiento de la propuesta de masas de la CEDA desde 1933 a 1936 fue la progresiva sustitución entre los católicos de su visión corporatista tradicional por una mentalidad fascista más moderna y agresiva; lo que se hacía evidente sobre todo entre las Juventudes de Acción Popular (JAP), claramente fascistizadas a la altura de 1936[42].

Los núcleos fascistas propiamente dichos no tuvieron prácticamente ninguna repercusión en Zaragoza antes de la primavera de 1936. El embrión creado por el antiguo somatenista Jesús Muro, llamado Agrupación al Servicio de España, se convirtió en la sección local de Falange Española y de las JONS en 1934,

[41] ARDID LORÉS, M.: *El bloque…*, *op. cit.*, pp. 547-658.

[42] ARDID LORÉS, M.: *ibidem*, pp. 659-773. MONTERO, J. R.: «La fascistización de la derecha española en la Segunda República: el caso de la CEDA», *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas. Centro de Estudios Constitucionales, 1987, vol. I, pp. 619-643, explica y conceptualiza el proceso de la encarnación en la CEDA del *peligro fascista* en España durante la II República.

alcanzando apenas los 1.000 afiliados en toda la provincia[43]. Otros grupos de derecha, como los monárquicos, tampoco consiguieron prosperar especialmente. Los alfonsinos autoritarios de Renovación Española adoptaron el nombre de Derecha Aragonesa, y aunque los votos no fluyeron hacia ellos como hubieran deseado, sus dirigentes no eran personalidades carentes de poder (como el banquero Gumersindo Claramunt). Hubieron de apoyarse en acuerdos con la CEDA, al igual que hicieron los tradicionalistas, cuya figura más representativa era Jesús Comín.

Pero a pesar de toda aquella movilización reaccionaria, que se tradujo (con dificultades) en el llamado Bloque Nacional, las elecciones de febrero de 1936 dieron la victoria en la ciudad de Zaragoza a la candidatura presentada por el Frente Popular: Mariano Joven (Izquierda Republicana), Eduardo Castillo (PSOE) y Benito Pabón (sindicalista independiente)[44]. El Partido Radical, un teórico centro político, se había volatilizado, y la CEDA resultaba vencedora en la circunscripción provincial de Zaragoza. Tanto la derecha como la izquierda habían entendido en todo el país la importancia que tenía esta coyuntura electoral. Lo que percibió la derecha con su derrota fue que la vía parlamentaria se había agotado para lograr sus objetivos, por tanto se empezó a pensar en métodos autoritarios y violentos como medio para hacerse con el poder. Los conflictos sociales se reactivaron, y la clase obrera se lanzó con impaciencia a presionar por el cumplimiento de las promesas electorales del Frente Popular, empezando por la amnistía para los presos políticos de 1934. En esta coyuntura, el 17 y 18 de febrero se declaró durante unas horas el estado de guerra en Zaragoza[45] (mientras en Madrid, el general Franco se ofrecía a Portela para atajar la situación por la fuerza[46]). Los militares se mostraban inquietos y dispuestos a actuar; pero la verdadera conspiración militar no comenzaría hasta marzo y no estaría preparada hasta julio. Aquellos fueron meses en que el partido fascista español, Falange Española, absorbió un torrente de nuevos militantes procedentes de la JAP, la base juvenil de la CEDA, dedicándose, a pesar de ser declarada su ilegalidad, a fomentar la violencia en las calles y a preparar el asalto final al Estado[47].

[43] PEIRÓ, A.: «El nacimiento de Falange Española en Aragón», *Andalán*, núm. 367, 1982, pp. 31-34.

[44] Las elecciones de febrero de 1936, analizadas por Concepción GAUDÓ en GERMÁN ZUBERO, L. (coord.), *op. cit.,* pp. 151-215. Resultados en pp. 186-198.

[45] GERMÁN ZUBERO, L. (coord.), *op. cit.*, pp. 199-202.

[46] PRESTON, P.: *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, DeBols!llo, 2004, pp. 144-148.

[47] Para una exposición general de la situación española tras el triunfo del Frente Popular véase CASANOVA, J.: *República y… op. cit.*, cap. 5, «Las raíces del enfrentamiento», pp. 153-184. Un análisis sociológico de la corriente de enfrentamientos de la España de 1936 y de las culturas políticas e identidades colectivas en liza es el de CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936.* Madrid, Siglo XXI, 2006.

Aunque en Aragón las huelgas y otros conflictos sociales no se agudizaron especialmente tras febrero de 1936, ni se dieron prácticamente hechos violentos, sino que el movimiento obrero se mostró abierto a la negociación[48], los órganos de expresión de la derecha acentuaron el discurso catastrofista que ya venían empleando desde 1931. *El Noticiero* se preguntaba *¿quién es capaz de sentirse optimista con el cuadro lamentable que presenta España en todos sus aspectos?*[49], y se dedicaba a sobredimensionar los problemas de orden público, calificando cada vez más la situación de «insostenible» conforme se sucedían las semanas de gobierno de Frente Popular. Y de hecho, buena parte de la burguesía conservadora así lo consideraba. Los católicos, los industriales, los grandes propietarios, los terratenientes y los militares no estaban dispuestos a tolerar todos aquellos «innumerables atropellos» que el Frente Popular les causaba, y «ansia[ban] el momento en que pudiera terminarse como fuera aquel caos»[50].

Pero también parte de la clase media, como se ha señalado, había experimentado durante la República un giro desde posiciones centristas hacia posiciones conservadoras que se acentuaba en coyunturas de crisis económica, como la que se vivía en la primavera de 1936 en Zaragoza. Había en ese momento un acuciante problema de paro obrero, que repercutía negativamente en la clase media, a lo que se sumaban otro tipo de conflictos que afectaban más específicamente a pequeños comerciantes y propietarios; ante la situación, éstos decidieron protegerse detrás de sus mayores[51]. El avance electoral de la CEDA de 1933 a 1936 se había nutrido de aquellas clases medias (labradores, caseros modestos, artesanos y pequeños comerciantes) que percibían que era mejor acercarse a los poderosos para solucionar sus problemas en la época de crisis[52]. La pregunta que nos hacemos es si esas clases medias también estaban dispuestas, en julio de 1936, a apoyar un golpe de fuerza que por medios autoritarios disciplinara a la clase obrera y detuviera los «excesos» del Frente Popular, a pesar de que eso pudiera conducir a un régimen autoritario o fascista a la manera de otros países de Europa, y a una posible guerra civil.

El «equilibrio de la República» dependía en gran medida de la actitud que tomaran las clases medias, como advertía el republicano y escritor Fernando

[48] CASANOVA, J.: *Anarquismo…, op. cit.,* pp. 40-72.

[49] *El Noticiero*, 5/VII/1936.

[50] Con esas palabras se expresaba un teniente del ejército a su amigo Francisco Díez Ticio, capitán de la Guardia Civil, poco tiempo antes de la sublevación. AMZ, c. 5926, documentos de refugiados.

[51] ARDID, M.: *El bloque conservador…, op. cit.*, pp. 178-179, muestra cómo la inauguración en Zaragoza del gran bazar Almacenes SEPU supuso un revés para la multitud de pequeños comerciantes, cuyas protestas provocaron tumultos en marzo de 1936. También pp. 310-311 para la actitud de los pequeños patronos que se echaban en los brazos de los grandes.

[52] *Ibidem*, p. 999.

Valera Aparicio a comienzos de julio de 1936: las clases medias españolas estaban «divididas y recelosas» y eran carentes del espíritu que aseguraría la estabilidad de la República. El culpable no era el proletariado, que hacía lo que debía y sabía cuál era su destino. En cambio,

> en vez de actuar decididamente, llena de alma de ideales de patria, libertad y creación, la pequeña burguesía aparece apagada unas veces, impulsada otras hacia el aplastamiento del proletariado bajo un régimen de violencia, en vez de realizar la afirmación de su propio ser, que es el ser de la democracia y de la República.
>
> Ignoro si el mal tendrá remedio. Lo que sí sé es que de ello depende el equilibrio del régimen. Y lo que desde luego afirmo es que sólo encontrando su propio ideal podrá salvarse la burguesía española de la ruina política y económica. [...]. La salvación de las clases medias está en la democracia republicana, en la libertad, en el humanismo. ¿No llegan a comprenderlo así? Peor para ellas. No se quejen luego si el proletariado las desborda o el fascismo las aplasta porque su ruina será la consecuencia de no haber sentido su destino ni haber cumplido con su deber en una hora solemne de la Historia de España[53].

Una de las cuestiones que los próximos capítulos intentarán explicar, a través de la investigación empírica, es cuál fue la actitud de las clases medias, y de otros grupos sociales, cuando desde el 18 y 19 de julio se toparon con la situación que el golpe de Estado provocó.

Aunque este golpe de Estado fue preparado por una facción del ejército español, con una organización jerárquica que iba desde el llamado *Director* –el general Emilio Mola– hasta los comandantes de muchos de los puestos de la Guardia Civil de pueblos de todo el país, en la conspiración participaron numerosos civiles y grupos paramilitares. Se conoce, en efecto, cómo funcionaron las conexiones entre Falange y los militares, y entre éstos y los requetés carlistas, participando en la orquestación miembros de la CEDA y de Renovación Española[54]. José Calvo Sotelo, el abogado alfonsino formado en la Universidad

[53] *Heraldo de Aragón* (1/VII/1936).

[54] Sobre Falange véase, por ejemplo, ELLWOOD, S.: *Historia de Falange Española*, Barcelona, Crítica, 2001 (1ª ed. 1984), p. 77; o PRESTON, P.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pp. 130-135. Ya en 1965, el estudio pionero de S. PAYNE sobre Falange señalaba la evidente contribución de Falange en el desencadenamiento de la guerra civil (*Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 254). Sobre el requeté navarro véase UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 49-100; y también BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*. Barcelona, Crítica, 1979, especialmente pp. 291-318. Al tratarse de un movimiento conspirativo, que no dejaba huellas documentales, es difícil reconstruir la colaboración civil en la trama. Sin embargo, se conoce ampliamente esa participación, investigada en profundidad en alguna región. Para el caso valenciano véase VALLS, R.: *La Derecha Regional Valenciana: el catolicismo político valenciano (1930-1936)*, Valencia, Alfóns el Mangànim, 1992, pp. 227-236, que demuestra la gran implicación en el golpe de ese

de Zaragoza, era uno de los principales sostenedores de la idea del «Bloque Nacional» para derribar la República; si ya se había visto implicado en el fallido golpe de Sanjurjo en 1932, después, junto a Antonio Goicoechea y los carlistas, se había dedicado a preparar los apoyos materiales y financieros para nuevas intentonas, entrevistándose para ello con Mussolini[55]. En la comunidad de intereses, en forma de «coalición reaccionaria», que se fue gestando durante la República y especialmente a partir de febrero de 1936 desechándose la vía democrática y sustituyendo el sufragio por la pistola, los militares insurgentes, ingrediente importante de esa coalición, tuvieron un papel aglutinador y vertebrador de la misma[56]. Empero, era imprescindible para obtener el apoyo de masas agregar una trama civil paralela a la conspiración militar[57]; como era indispensable disponer de un respaldo financiero, que en principio se obtuvo de plutócratas como Juan March.

Dado el grado de implicación de sectores civiles en el golpe de Estado, característica que lo singularizaba respecto a anteriores intervenciones militares en la vida pública española (1923, 1932), era lógico que desde semanas antes al levantamiento la inminencia de éste fuera aun auténtico secreto a voces que corría de boca en boca, a pesar de las intervenciones de la censura en la prensa. Entrado el mes de julio, ni el rumor ni la agitación social impidieron, sin embargo, que la mayoría de los españoles que se lo podían permitir se marcharan en aquellas fechas de vacaciones como cualquier otro verano, pues, como ha escrito Mariano Constante, «aunque se sentía venir un aire de tempestad la vida en aquel Aragón de 1936 continuaba siendo plácida»[58].

2. El golpe de Estado en Zaragoza y su apoyo civil

Conforme el calor de ese verano se iba haciendo más notorio, la conspiración contra la República encarnada en el Frente Popular ultimaba sus prepa-

partido católico vinculado a la CEDA, a pesar de que su líder, Luís Lucia, conociendo y habiendo tolerado todo el proceso conspirativo, el 18 de julio se mantuvo leal a la República.

[55] PRESTON, P.: *Franco…*, *op. cit.*, p. 126. THOMAS, H.: *La guerra civil española*. Barcelona, DeBols!llo, 2004, (1ª ed. 1976), p. 153.

[56] LLEIXÁ, J.: «Reflexiones políticas acerca de la movilización derechista en la guerra civil», en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*. Junta de Castilla y León, 1988, pp. 211-224.

[57] LLEIXÁ, J.: «La trama civil de la sublevación del 18 de julio», en TUÑÓN DE LARA, M. (coord.): *La guerra civil española*. Vol. 3, *Conspiración contra la República*, Folio, 1996, pp. 41-54.

[58] CONSTANTE, M.: «Julio de 1936; julio de 1986…», *Andalán*, núm. 456-457, 1986, p. 4. Constante, aragonés superviviente de Mathausen, recuerda que por aquellas fechas los aragoneses se encontraban tranquilos; «festejaban las fiestas y actos tradicionales con el mismo fervor y respeto con que venían haciéndolo cada año».

rativos. En la primera quincena de julio, la vida pública continuó su hirviente dinámica política y social: la huelga de la construcción en Madrid, los debates sobre el Estatuto Vasco, el problema ferroviario y numerosos conflictos laborales, la dimisión de Madariaga, o los síntomas de descomposición interna de la coalición frentepopulista eran los temas que ocupaban los medios de comunicación. En Aragón, además, se discutía acerca de los proyectos para un Estatuto de Autonomía; al Estatuto de Caspe, de impronta republicana, había contestado un proyecto de Estatuto regionalista conservador publicitado en *El Noticiero*, diario que no obstante se decía «enemigo de los estatutos». Este periódico, representante de los intereses del *establishment* y que por aquellas fechas se vendía también en balnearios, se afanaba por vituperar el régimen político existente y por despreciar cualquier iniciativa o polémica tachándolas de inútiles «bulos»; aquello de la «estúpida lucha de clases» estaba «llevando a la ruina a los países que no sa[bían] acabar virilmente con tal fantasma». La situación política, afirmaban, estaba agotada y no había salida; por ello se conminaba a «las fuerzas nacionales» a «permanecer firmes, alerta y decididas», pues aquellos «momentos [eran] de una trascendencia extraordinaria». Estas palabras (publicadas el día 12 de julio) parecían especialmente destinadas a las juventudes derechistas que iban a apoyar decididamente el próximo golpe de Estado militar[59].

Sobre los militares también podían leerse en la prensa zaragozana algunas informaciones. La V División, comandada por Miguel Cabanellas Ferrer, estaba ya secretamente comprometida con la sublevación, pero durante la semana previa al 18 de julio mantuvo una aparente normalidad. Varios de los regimientos que la componían, incluyendo fuerzas de Seguridad y de Asalto, se dedicaron a hacer prácticas de tiro en el campo de San Gregorio; también se concedieron algunos permisos de tropa, que el día 17 de julio dejaron marchar de los cuarteles a algunos oficiales, siendo sustituidos en sus puestos por otros, posiblemente más afectos a la intentona golpista que estaba a punto de emprenderse[60].

La clase obrera de la ciudad se mantenía alerta, pero cuando comenzaron a recibirse en Zaragoza las primeras noticias del levantamiento en Marruecos, los hechos se sucedieron de tal manera que Zaragoza quedó en poder de los sublevados, como es sabido. Varios relatos historiográficos han explicado cómo una ciudad que era considerada como uno de los puntos fuertes de la clase obrera organizada (casi 20.000 afiliados a CNT con la experiencia de fracasadas intentonas insurreccionales, y 9.000 ugetistas) no pudo hacer frente a las relati-

[59] Todos los entrecomillados extraídos de *El Noticiero* (9, 8, 12/VII/36).

[60] Las prácticas de tiro en *El Noticiero* (14/VII/36), la concesión de permisos en *Heraldo de Aragón* (14/VII/36), los oficiales entrantes y salientes en *Heraldo de Aragón* (17/VII/36).

vamente escasas fuerzas de la sublevación[61]. Las respuestas son muy claras y convincentes. En primer lugar, la indecisión del gobernador civil Ángel Vera Coronel, negándose a repartir armas al pueblo ciñéndose a las órdenes iniciales del Gobierno, impidió una respuesta armada; cuando como última opción se concedió el reparto de armas ya era demasiado tarde; la inequívoca posición de la guarnición militar (a pesar de las proclamas republicanas de Cabanellas) y de las fuerzas de la Guardia Civil, y de las fuerzas de Asalto a favor del golpe de Estado resultaba incontestable.

Se convocó una huelga general que comenzó el día 19 de julio, domingo, en respuesta a la declaración del estado de guerra por parte de los sublevados. No era la primera vez en la historia de la Europa de entreguerras que se respondía a un golpe de Estado de la derecha con una huelga general para defender un gobierno legítimo: esa reacción obrera había salvado a la República de Weimar en marzo de 1920 frente al *putsch* de Kapp. Pero en la Zaragoza de julio de 1936 aquella estrategia fracasó. Los brazos caídos, carentes de armas, poco podían hacer frente a máuseres y cañones y militares muy dispuestos a usarlos. Desde el inicio mismo de la sublevación se desató una ola de violencia destinada a destruir cualquier intento de resistencia a la sublevación. Ya el día 19 de julio fueron asesinadas por los sublevados 22 personas como mínimo, y la brutal represión, consciente y planificada, no haría sino incrementarse durante las siguientes semanas. La violencia estaba inherentemente unida al proyecto del golpe de Estado (que ideológicamente todavía no se había definido), y las víctimas solían tener un perfil determinado: los componentes de la elite política comprometida con la República y el Frente Popular (incluyendo a políticos, maestros, funcionarios, empleados o burgueses de izquierdas como el propio Vera Coronel), y las bases del movimiento obrero organizado (lo que incluía a un enorme número de simples obreros y campesinos que también acabarían, junto a los otros, muertos en cunetas y fosas comunes). Los militares y sus apoyos civiles derechistas, de esa manera, desplazaron al ámbito de la

[61] Ya en los años ochenta, Julián Casanova aportó un relato de la conspiración y sublevación militar de la V División basándose en evidencias documentales: *Anarquismo…*, *op. cit.*, pp. 75-89. Posteriormente se volvió sobre el asunto en CASANOVA, J.; CENARRO, Á.; CIFUENTES, J.; MALUENDA, Mª P.; SALOMÓN, Mª P., *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 29-36 para el relato de Cifuentes y Maluenda. De estas mismas autoras, el relato quizá más detallado en *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995, pp. 13-30. También es útil CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 36 y ss. Recientemente, MALDONADO MOYA, J. Mª: *El frente de Aragón. La guerra civil en Aragón (1936-1939)*, Zaragoza, Mira editores, 2007, pp. 25-35. El desenlace de la sublevación en el resto de la región aragonesa dependía de lo que ocurriera en Zaragoza. Para el caso de Teruel puede consultarse también CENARRO LAGUNAS, A.: *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1996, pp. 43-65.

violencia y la guerra (donde se sentían más fuertes) el conflicto social y político que durante la II República se mantuvo, con mayor o menor éxito o virulencia, en el campo de la disputa parlamentaria, electoral y de la lucha de clases a través de huelgas y protestas, aunque en numerosas ocasiones se recurrió a la violencia política[62]. No es necesario insistir aquí en los aspectos represivos de la sublevación, pues se cuenta con una serie de estudios muy detallados que los han analizado[63]. Lo que nos proponemos es arrojar luz sobre un aspecto menos conocido, que es la colaboración de elementos civiles en el proceso golpista que sucintamente hemos descrito.

El teniente coronel Gustavo Urrutia, que junto al coronel José Monasterio era un activo conspirador y comandaba el importante regimiento de caballería Castillejos, fue el enlace «cívico-militar» de la sublevación. Colaborando ambos con Cabanellas, se habían preocupado de conseguir la libertad de los falangistas Jesús Muro Sevilla y Miguel Merino Ezquerro, para que fueran preparando a los afiliados falangistas llegado el momento[64]. Muro fue detenido de nuevo en Alcañiz el 5 de julio junto a otros elementos falangistas con los que estaba reunido para planificar el inminente golpe; aunque el día 19 de julio una incursión de militares y falangistas a la prisión donde se encontraba lograría liberarle a él y a José Sainz Nothnagel[65]. Las detenciones de falangistas, medida profiláctica emprendida por el Estado republicano, como se ve, no lograron evitar que el día 18 de julio comenzaran a afluir a los cuarteles muchos de ellos para ser armados. El día 19 de julio, al parecer, eran en torno a un centenar, pero en dos días su cifra se incrementaría hasta los 2.000 voluntarios, según las declaraciones de Cabanellas. Además, las organizaciones de AP y JAP también dieron el día 18, como estaba previsto, la orden de movilización de sus voluntarios, que igualmente se presentaron en los cuarteles para ser armados y pertrecha-

[62] La violencia política durante la II República no fue una causa, sino una manifestación del conflicto suscitado entre fuerzas progresivas y fuerzas conservadoras, asimilable a lo que ocurría en la época por toda Europa. Véase GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia política y la crisis de la Democracia republicana (1931-1936)», *Hispania Nova*, núm. 1, 1998-2000 (revista electrónica).

[63] Las obras ya citadas *El pasado oculto* y, tratando especialmente el caso provincial y local de Zaragoza, *El asalto a la República* resultan imprescindibles a la hora de conocer el tema. Estas investigaciones demuestran «cómo a través del uso desmedido e indiscriminado de la represión […] fue posible la destrucción del sistema parlamentario republicano y la instauración de la dictadura franquista, [lo que demuestra] el carácter y naturaleza fascista del régimen de Franco» (*El asalto...*, *op. cit.*, p. 6). MALDONADO, J. Mª, *op. cit.*, pp. 30-33 es muy claro en la idea de imposibilidad de resistencia ante el golpe en Zaragoza careciendo de armas: «cuando la madrugada del día 19 los militares salieron a la calle declarando el estado de guerra, ya no había nada que hacer», asevera (p. 30).

[64] Véanse las declaraciones de Miguel Cabanellas a *Heraldo de Aragón* (21/XI/36), recogidas también en el libro de P. VICENTE GRACIA S. J.: *Aragón, baluarte de España. Su concurso a la causa nacional*, Zaragoza, El Noticiero, 1938.

[65] MALDONADO, J. Mª: *op. cit.*, p. 29. CENARRO, Á.: *El fin de…*, p. 44 n.

dos[66]. Según la entusiasta descripción que publicó *El Noticiero* el día 23 de julio, a los «numerosos grupos de paisanos» que se habían ido presentando en los cuarteles por la tarde del día 18 «se les hizo entrega de arma larga y municiones en abundancia, comenzando a prestar servicio»; los jóvenes pernoctaron en los cuarteles, y la afluencia de voluntarios se aceleró desde la mañana del día 19, ya declarado el estado de guerra (cosa que ocurrió a las 5 de la madrugada cuando una compañía del Regimiento de Infantería núm. 22 desfiló por Conde Aranda y Coso hasta la plaza de la Constitución, donde se leyó el bando)[67]. Desde este momento, a los voluntarios se les encargaron labores de vigilancia y «depuraciones» (asesinatos). Registros, cacheos y detenciones en la vía pública precedieron a los fusilamientos o ejecuciones más irregulares en estos primeros días.

Lo que parece ponerse de relieve a la luz de las fuentes publicadas es que los militares sublevados dependieron en buena medida de la afluencia de civiles voluntarios a sus cuarteles para hacer efectivo el control sobre la ciudad. Se arma y se uniforma a los voluntarios y se les encargan las tareas más importantes, de control y represión, que efectúan junto a las fuerzas de Seguridad, Asalto y Guardia Civil; sin embargo, los militares no se aventuran a salir de sus cuarteles hasta haber pasado un tiempo prudencial, pues la tropa puede resistirse a obedecer órdenes[68].

Curiosamente, el hijo del propio Miguel Cabanellas, el escritor Guillermo Cabanellas, en su obra sobre la guerra civil española, afirmó que la ayuda de los civiles en la sublevación de Zaragoza fue «nula o casi nula». Según él, «el teniente coronel Urrutia, que había actuado de enlace de los militares con los elementos civiles, ofreció algunos millares de éstos para ayuda del movimiento. Esos millares se redujeron a *tres o cuatro decenas*, que se presentaron en los cuarteles de Zaragoza solicitando armas». Afirma que es falsa la información del

[66] CIFUENTES, J. y MALUENDA, Mª P.: *El asalto…*, *op. cit.*, pp. 28-29.

[67] Otro relato con interesantes detalles de la «génesis del movimiento» en los días 17 a 19 de julio en COLÁS LAGUÍA, E. y PÉREZ RAMÍREZ, A.: *La gesta heroica de España. El movimiento patriótico en Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936. Allí se recoge el texto del bando y otras proclamas posteriores. El bando puede leerse en el Boletín Oficial de la Provincia de Zaragoza (BOP), de 21/VII/36, y también está reproducido en ESCRIBANO BERNAL, F. (coord.): *Guerra Civil. Aragón II. Imágenes*, Zaragoza, Delsan, 2005, pp. 18-20, obra que incluye una fotografía supuestamente de la lectura del bando declaratorio del estado de guerra, cosa improbable.

Según *El Noticiero* (23/VII/36), el equipamiento de los numerosos voluntarios llegó a agotar las existencias de armas en los cuarteles, y «por dicha razón, el armamento que se facilitó posteriormente a los voluntarios carecía de correaje».

[68] El testimonio de JIMENO, A.: *Zaragoza en la tormenta. Memorias de un superviviente*, Zaragoza, UGT, 1987, pp. 95 y ss. también transmite esa sensación acerca de los militares, sublevados pero encerrados en los cuarteles. Cuando por fin comenzaron los cacheos y detenciones en las calles por parte de guardias de asalto y civiles voluntarios, la ciudadanía lo percibió con sorpresa.

Heraldo (25 julio) de que 2.000 falangistas se presentaron en los cuarteles. Y finalmente, puntualiza que «un gran terrateniente y militar retirado había decidido incorporar 3.000 hombres al Alzamiento, los cuales debían ser equipados y armados; de ellos, sólo 7 se presentaron...». No obstante, Cabanellas no aportaba ninguna prueba para tales aseveraciones[69].

Si bien hay que entender que las cifras aportadas por la prensa acerca de la movilización civil se referían al total de voluntarios alcanzado días después del 18-19 de julio, y que estas cifras podían considerarse artificialmente «hinchadas» en un sentido propagandístico, la investigación de otras fuentes permite demostrar que la movilización de elementos civiles en los primeros momentos (antes o poco después de la lectura del bando de guerra) fue crucial para el triunfo de la sublevación, aunque estuviera lejos de ser tan masiva como la dibujaban los órganos de propaganda puestos al servicio de los rebeldes. *El Noticiero* señaló que el domingo día 19, de siete y media a ocho de la mañana, un nutrido grupo «a cuyo frente iban los presidentes de AP, señor Bastero, de la JAP, señor Cremades, y el secretario, señor Blasco», se presentó en el cuartel de Hernán Cortés. En total, se presentaron 700 japistas y 100 hombres del «núcleo más asiduo» de AP. Otros documentos permiten confirmar estas cifras: la víspera de la declaración del estado de guerra, un cuadro de aproximadamente 1.000 voluntarios de Acción Popular, «leales y fieles al movimiento», «se alistaron en los cuerpos de la guarnición», aunque posteriormente unos 300 de ellos se trasvasaron a otras milicias[70].

El diario personal de Antonio Blasco del Cacho, militante japista que, junto a varios de sus hermanos, participó activa y voluntariamente en la sublevación, arroja más luz sobre estos hechos. Según sus anotaciones, durante el día 18 ya actuó intensamente «repartiendo armas y enviando gente a Castillejos»; el día 19, despertados él y sus hermanos en la madrugada a raíz de «un gran tiroteo» previo a la lectura del bando de guerra, se lanzaron a la calle; horas más tarde, tras la partida del convoy de armas hacia la Pamplona de Mola, Blasco del Cacho, junto a su amigo y compañero Juan Bautista Bastero «al frente de 108 voluntarios», se trasladó al cuartel de Hernán Cortés; allí les vistieron de soldados (a él le designaron sargento) e hicieron instrucción intensamente. En la tarde del día 20 realizaron su primera patrulla por la ciudad. En los tres días siguientes, Blasco del Cacho consigna diversos tiroteos, enfrentamientos y

[69] CABANELLAS, G.: *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la II República española.* Buenos Aires, Grijalbo, 1973, vol. 1, p. 428. La cursiva es mía.

[70] *El Noticiero* (26/VII/36). AMZ, c. 5888, carta (30/XII/36) de Juan Bautista Bastero a la Junta Recaudatoria Civil, y documento adjunto. Bastero pedía para las milicias de AP un trato diferencial con respecto a otras unidades de voluntarios, a pesar de que siguiendo «indicaciones muy relevantes», desde la sublevación había sacrificado su personalidad colectiva para fundirse con el Ejército.

detenciones de «elementos indeseables», dando la impresión de que durante esa primera semana se ofreció una desesperada resistencia al golpe de Estado en Zaragoza, mediante barricadas, sabotajes y enfrentamientos con armas de fuego. La escasez de éstas entre los defensores y la completa disposición de las mismas entre los golpistas determinó el resultado del proceso, lo que se corrobora con algunas palabras suscritas por Blasco del Cacho: el día 21 a las 9 de la mañana marchó a su casa, relevado, para tomar un baño, «un grupo de rojos intenta acorralarme. Tiro de pistola y disuelvo el grupo.» [*sic*][71].

Se confirma de este modo que la fuerza de choque con la que contaron los militares golpistas para efectuar el asalto al Estado republicano, en nuestro caso al poder civil de la ciudad de Zaragoza, provino de las bases juveniles de la CEDA, las fascistizadas o ya plenamente fascistas JAP, junto a los genuinamente fascistas de Falange Española de las JONS, y un reducido núcleo de requetés carlistas aragoneses. En el proceso golpista, estas organizaciones diluyeron sus diferencias cualitativas e ideológicas, que se habían evidenciado durante la II República al menos hasta febrero de 1936, para llevar a cabo una misma función. No hay que perder de vista que los miembros de la primera organización podían saltar por encima de las desavenencias ideológicas para acercarse al falangismo (unos 15.000 japistas se afiliaron a Falange en todo el país durante 1936) y así transformar su violencia mayormente verbal en violencia real[72].

Antes de entrar a examinar en qué consistió la labor de aquel voluntariado civil al servicio de la sublevación, conviene profundizar en el carácter de esos movilizados. La pregunta es: ¿cuál fue el perfil del «voluntario del 18 de julio»?

Para abordar la cuestión hemos investigado a partir de una lista de 414 nombres y apellidos de «voluntarios del primer día del Glorioso Movimiento Nacional», que se confeccionó en el Ayuntamiento de Zaragoza en la posguerra, con motivo de concederles la medalla de plata de la ciudad cuando se

[71] BLASCO DEL CACHO, A.: *Diario de un combatiente*, Zaragoza, «La Cadiera», 1972. El dato de 108 voluntarios, más fiable, reduce los 700 de los que hablaba el propio Bastero, aunque es posible que esos centenares fueran el total de los voluntarios japistas presentados en los primeros días.

[72] Sobre las JAP, y para entender su proceso de radicalización y acercamiento al fascismo, véanse los trabajos de BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. Mª: «Movilización juvenil y radicalización verbalista», *Historia Contemporánea*, núm. 11, 1994, pp. 83-105, y «El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización 'cívica' católica durante la Segunda República», *Ayer*, núm. 59, 2005, pp. 123-145. Y el de MONTERO GIBERT, J. R.: «Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular», *Stvdia historica (Hª Contemporánea)*, vol. V, núm. 4, 1987. Hasta febrero de 1936, las JAP, que encarnaban, junto a la CEDA, el peligro fascista en España, habían mantenido su violencia en el plano simbólico y verbal. Para el papel de los requetés carlistas aragoneses en la conspiración y en el golpe de Estado en Zaragoza véase el relato de uno de sus protagonistas: RESA, J. Mª: *Memorias de un requeté*, Barcelona, 1968.

cumplía el séptimo aniversario del «Alzamiento»[73]. En el listado, recogido en las actas de las sesiones de la comisión gestora, se anotaban los nombres de aquellos individuos que, enterados de la concesión, habían presentado avales que demostraban que en aquella fecha de julio de 1936 se habían prestado a colaborar en la sublevación. Lamentablemente, al no presentarse ningún dato más acerca de cada uno de ellos, sólo ha sido posible identificar con seguridad a una cincuentena de ellos. Ello no impide, con todo, que lancemos algunas apreciaciones sobre el carácter de la movilización civil antirrepublicana de julio de 1936.

En primer lugar, la evidente y lógica presencia ya referida de Falange entre los voluntarios, a pesar de todos los obstáculos puestos por la República a esta organización en los meses previos, se constata con el conspicuo nombre de Miguel Merino Ezquerro, que, al contrario de Muro y Sainz Nothnagel había conseguido permanecer en libertad en julio de 1936. La ineficacia de las acciones legales para detener a la actividad de los falangistas salta a la vista si tenemos en cuenta que otro falangista de los detenidos en Alcañiz por conspiración, Pedro Sainz Inglés, disfrutaba de libertad el 18 de julio para acudir a los cuarteles. Orencio Citoler Sesé (un dentista hermano del motociclista y también odontólogo falangista Ramón Citoler), Melchor Rocatallada, que sería secretario sindical provincial de Falange, y varios conocidos miembros del SEU zaragozano: Ramón Martínez Berganza, Antonio Zubiri Vidal y Guillermo Fatás Ojuel, son otros ejemplos de la presencia falangista en apoyo de la sublevación. Estos últimos nombres nos confirman la impresión de que un buen número de los voluntarios eran jóvenes o estudiantes; Guillermo Fatás Ojuel no había cumplido los 18 años en julio de 1936, y Zubiri Vidal, estudiante de medicina y futuro dermatólogo, tenía tan sólo 19; pero son todavía más llamativos los 16 años con los que Miguel París Plou (nacido en Letux en 1921), un estudiante de los Escolapios (el colegio religioso por excelencia de la pequeña burguesía zaragozana), se lanzó a la calle el día de la sublevación.

También eran jóvenes los miembros de la JAP que pueden reconocerse en nuestra relación de voluntarios: los ya mentados hermanos Luis y Antonio Blasco del Cacho, Florencio Izuzquiza Galindo (de conocida familia zaragozana), José Royo Sagastizábal y Antonio Palos Iranzo. Y otro síntoma de la juventud de los voluntarios de julio, y del fuerte componente familiar del universo simbólico y relacional derechista, es la presencia de parejas o tríos de hermanos que acudieron juntos a apoyar la sublevación: junto al citado José Royo, se encontraba su hermano Santiago Royo Sagastizábal; pero también se encuentran

[73] Actas del Ayuntamiento de Zaragoza, sesiones 15/VII/43 y 7/VI/44. Citado por CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y…*, *op. cit.*, p. 55.

los hermanos Baltasar, Domingo y José Peiró Artal; los hermanos Santiago y Manuel Villa Herbera; los hermanos Salvador y Manuel Hernández Sánchez; los hermanos Luis y Emilio Lorente Peña; los hermanos José y Eduardo Bringola Jarque (falangistas); los hermanos Agustín, Anselmo y Luis Loscertales Mercadal (hijos de uno de los militares golpistas de la V División, el Teniente Coronel Anselmo Loscertales); o los hermanos José María, Juan y Joaquín Mariñoso Herbera (al menos este último era afiliado falangista). Las familias de tendencias políticas reaccionarias enviaban o permitían a sus hijos acudir a tomar las armas en defensa de sus intereses. Blasco del Cacho escribió el 19 de julio en su diario, cuando él y sus hermanos acudían a sostener la sublevación: «papá ordena que uno de los tres que estamos en casa se quede». La acción golpista podía costar las vidas de sus hijos: Pilar Pobes Mas recibió en nombre de su hijo Baltasar Ostalé Pobes («camarada caído») la medalla de plata, mientras su otro hijo, Vicente, la recogió por sí mismo. El mismo caso fue el de Dolores Marina Abad, con sus hijos Jesús («caído») y José Pablo Marina (superviviente). Más curioso es el caso de Dolores Arbiol, que recibía la medalla en nombre del voluntario Gerardo Oroquieta Arbiol; éste, hijo de un comerciante, y con edad de 18 años en 1936, había marchado con la División Azul en 1941 a continuar la guerra junto al ejército nazi en Rusia, donde fue dado por muerto; sin embargo, tiempo más tarde Oroquieta reapareció y volvió a España donde escribió un libro sobre sus experiencias en el frente ruso. Junto a él, en la División Azul, también había combatido el ya nombrado voluntario París Plou, que a su vuelta de Rusia (donde había obtenido la cruz de hierro) se dedicó a la fotografía como fotógrafo oficial de la Diputación de Zaragoza, actividad por la que es más recordado.

Pero no sólo había jóvenes y estudiantes en el voluntariado, no nos llamemos a engaño. Pueden identificarse a profesionales de una edad más avanzada, como Felipe Bernardos Pérez, crítico de arte zaragozano, de 32 años de edad en 1936; o al abogado falangista Fausto Jordana de Pozas, de 36, que sería director comercial de Talleres Mercier. Lo mismo otros individuos vinculados por matrimonio a la nobleza, como José Luis Arántegui Mochales, que había casado con una aristócrata en 1931 y en la posguerra llegaría a ser general de caballería. No era joven tampoco Gustavo Freudenthal, fotógrafo y diplomático, cónsul de Alemania en Zaragoza, conocido por haber retratado a Einstein a su paso por Zaragoza en 1923, y viejo somatenista; ni otros voluntarios entre los que se identifican a médicos (Carmelo Navarro Garriga, Mariano Vicente Carceller), arquitectos (Alejandro Allanegui Félez), abogados y propietarios (Raimundo Almudí y Ponce de León, propietario del Cabaré Elíseos, o Felipe Lafuente Subirón, comerciante). En relación con el catolicismo militante de buen número de los voluntarios, que se da por supuesto entre los miembros de la JAP, es llamativo algún caso concreto, como el de Urbano Faci Molins, her-

mano de Gregorio Faci Molins, asesinado durante la guerra y recientemente beatificado por ello[74].

La ascendencia burguesa de muchos de estos jóvenes y no tan jóvenes movilizados parece bastante clara; evidente en los casos de algunos de los citados (Fatás, Izuzquiza) procedentes de familias muy acomodadas de Zaragoza. No se encuentran indicios por ninguna parte de que participara la clase obrera en apoyo de la sublevación; el fascismo español, como reflejan los estudios sobre su militancia, lo encarnaron, durante la II República, estudiantes, profesionales y señoritos[75]. La pequeña burguesía, esas clases medias de pequeños y medianos comerciantes, propietarios de negocios a pequeña escala, profesionales liberales, empleados u oficinistas que se sentían más cercanos a la derecha y a la burguesía más poderosa que a la clase obrera, fue el núcleo del fascismo durante la crisis de la II República, la fuerza de choque de la reacción conservadora, siendo ésta una gran familia que también incluía a Acción Popular o a los tradicionalistas.

Fermín Ester Moneva, uno de los voluntarios del 18 de julio, es un ejemplo paradigmático que nos sirve para precisar más el perfil de los civiles que se pusieron al servicio de la sublevación. Afiliado a Falange Española al igual que sus dos hermanos Fernando y Luis, antes de incorporarse al «Movimiento» trabajaba en el negocio familiar: el Almacén de la Vda. de Fermín Ester, donde cobraba 400 pesetas al mes, el sueldo aproximado de un empleado de banca. Aquel negocio, una tienda de relojes, había sido fundado originariamente por Fermín Ester Rubira, que entre otras cosas había sido «Caballero de Nuestra

[74] La información sobre los voluntarios identificados ha sido elaborada a partir de diversas fuentes: monografías sobre el Aragón contemporáneo ya citadas, el inestimable aporte de la Gran Enciclopedia Aragonesa, fuentes hemerográficas (*Heraldo de Aragón*, *El Noticiero* y *Amanecer*), Boletines Oficiales, informes sobre el «Movimiento nobiliario» de diversas fechas (confeccionados por Miguel Mayorazgo y Lodo, Conde de los Acevedos), y el Padrón Municipal de Zaragoza de 1935 (AMZ) han sido consultados. Sobre el SEU véase RUIZ CARNICER, M. A.: «El Sindicato Español Universitario (SEU) del distrito de Zaragoza durante la Guerra civil (1936-1939)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 53-54, 1986, p. 79-99. Sobre M. París Plou puede verse también PLOU GASCÓN, M.: *Historia de Letux*, Zaragoza, Ayuntamiento de Letux, 1989. El libro de Oroquieta Arbiol: *De Leningrado a Odesa*, Barcelona, 1958. Sobre G. Faci Molins, por ejemplo: http://www.conferenciaepiscopal.es/santos/martires/alfabetico.html.

[75] A pesar de la dificultad (por la carencia de fondos documentales) que implica analizar la composición de la militancia de Falange Española, su carácter burgués durante el periodo republicano, sobre todo de su sector hegemónico (representado y simbolizado por José Antonio Primo de Rivera), es reconocido por los historiadores. Solamente desde la explosión del 18 de julio se convirtió Falange en un partido de masas, con presencia de obreros y clases pobres en él, aunque desde febrero de 1936 parecía anunciarse esa tendencia. Véase, por ejemplo, LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, núm. 52, 2003, pp. 237-253; ELLWOOD, S.: *op. cit.*, p. 41. Eso diferenció, entre otras cosas, a Falange Española del NSDAP alemán, que logró atraer a sus filas a obreros, aunque se cuestiona esta tesis en MASON, T. W.: *Nazism, fascism and the working class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Señora del Pilar» y había fallecido en 1932. Conocemos que el establecimiento daba trabajo por aquellas fechas a seis empleados; se situaba en la Plaza Sas, núm. 7, junto a la céntrica calle Alfonso I, zona comercial donde residía la burguesía más acomodada y donde se encontraban los comercios que ofertaban bienes y servicios lujosos a ese sector de la ciudad. Fermín Ester Moneva estaba casado y tenía un hijo, al que dejó huérfano tras morir en Teruel, donde en agosto de 1937 se encontraba de servicio como sargento de Falange; su viuda, Irene Lambán, realizaba prácticas de telegrafista durante la guerra, y fue la persona a la que se concedió la medalla de plata de la ciudad en 1943. Como vemos, este falangista reúne varios factores característicos del modelo que hemos presentado: un empleado de la clase media (pequeño-burguesa), cercano física e ideológicamente a los estratos burgueses más elevados (de la calle Alfonso I), conectado con la propiedad (por herencia familiar) y con el catolicismo (por el mismo motivo), pero no lo suficientemente bien situado en la sociedad (asalariado, esposa trabajadora y con un hijo) como para no apuntarse (ni sus dos hermanos dejaron de hacerlo) a la solución fascista de moda en Europa, respuesta radical a la dura crisis del periodo de entreguerras, que en Zaragoza predicaban desde 1934 Jesús Muro Sevilla y Enrique Giménez Arnau; de hecho, por aquellos momentos Fermín Ester había sido uno de los jonsistas que se encargó de organizar la CONS zaragozana[76].

Como ya hemos comentado, la función de estos voluntarios falangistas fue la de ser fuerza de choque de la sublevación, además de un estímulo ideológico en el seno de las unidades militares entre las que fueron distribuidos. Establecidos en el cuartel de Castillejos, desde allí partían sus expediciones, que según *El Noticiero*, no consistían sólo en «acciones de guerra», sino que también actuaban ocupando los pueblos de la provincia a los que se iba extendiendo la sublevación, custodiando ayuntamientos, patrullando, escoltando expediciones, cacheando y registrando en las «barriadas rojas», «extirpando focos peligrosos marxistas» con vehemencia, etc.[77]

Las acciones expedicionarias a los pueblos supusieron la extensión de la ola de terror por toda la provincia. En distintas localidades, al recibirse noticias de

[76] Para la redacción de este párrafo se ha utilizado: ARDID LORÉS, M.: *El bloque…*, *op. cit.*, pp. 526-537. BUENO MADURGA, J. I.: *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 120; AMZ, c. 5946, informe sin número sobre Fermín Ester Moneva para la concesión de un subsidio; AMZ, c. 50422, Libro Relación de empleados de empresas de la ciudad, p. 99; *El Noticiero* (11/XI/36 donación de los empleados, 4/IV/1937 esquela de F. Ester Rubira, 13/VIII/37 esquela de F. Ester Moneva, 26/V/38 donativo de Emilio Ester Rubira y señora viuda de Fermín Ester); y convocatorias a la segunda línea de Falange publicadas en *El Noticiero* entre enero y marzo de 1937. Dato de la CONS en BLASCO HERRANZ, I.: *Armas femeninas para la contrarrevolución: la Sección Femenina en Aragón (1936-1939)*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999, pp. 26-27 n. Fermín Ester Moneva era sobrino de Fermín Ester Rubira. Emilio Ester dirigía el negocio.

[77] *El Noticiero* (25/VII/36).

la sublevación se habían organizado grupos para defender los Ayuntamientos republicanos con los medios al alcance, o se habían convocado huelgas como reacción. La llegada de columnas del ejército sublevado, o de guardias civiles y falangistas u otros voluntarios, aplastaron las resistencias, dando paso a las ejecuciones. Esto ocurrió en diversos pueblos de las Cinco Villas, una zona con alto índice de afiliación a UGT (y altos índices de concentración de la propiedad de la tierra) que acabó en poder de los sublevados. En Sos del Rey Católico, por ejemplo, para el triunfo de la sublevación fue suficiente la llegada de una columna de 60 soldados al mando del capitán Miguel Sánchez Blázquez con un «nutrido tiroteo»[78]. En la villa de Épila, donde a la sombra de las cuatro chimeneas de su complejo azucarero-alcoholero había florecido el sindicalismo obrero, también fue necesaria otra «acción», en la que los insurgentes, entre los cuales había un grupo de voluntarios de AP, llegaron a tener bajas[79].

En pueblos más pequeños, las intervenciones de las fuerzas sublevadas eran más sencillas pero igual de violentas y persiguiendo objetivos claros y predeterminados. Bastaba la llegada de un vehículo cargado de falangistas, con sus camisas azules, sus correajes y sus armas, en muchos casos repartidas en los cuarteles como hemos visto, para desatar la violencia. Al arribar, solían requerir la presencia de las personas significadas de izquierdas del pueblo, que así eran detenidos para ser posteriormente ejecutados en cunetas, campos o junto a las tapias de los cementerios.

En la pequeña localidad de Torres de Berrellén, a unos 20 kilómetros de Zaragoza, los obreros y empleados de inspiración socialista, algunos trabajadores de la estación ferroviaria, habían organizado, ante las noticias de la sublevación, una resistencia, disponiendo de algunas armas. El día 22, llegó una expedición de veinticinco voluntarios falangistas para poner fin a aquélla, e «imponer el orden». Se produjo una escaramuza, durante la cual el joven falangista Vicente Peralta Martínez de Lecea, de 22 años, un estudiante de la Escuela de Comercio, resultó muerto, única baja entre sus compañeros, puesto que los defensores se rindieron o huyeron pronto. Ante la muerte de su «camarada», los falangistas no dudaron en «ejecutar a una docena de los agresores», cosa que probablemente hicieron de camino hacia Zaragoza a la altura de Utebo. Vicente Peralta se convirtió en el primer «mártir» de la causa rebelde, y su perfil, además, viene a confirmar el modelo del civil fascista sublevado junto a los militares. Joven y estudiante, como hemos ya señalado (la Escuela de Comercio se destacaría nítidamente como partidaria de la sublevación, siendo falangistas

[78] AMZ c. 50417, Libro de Actas de Sesiones del Ayuntamiento de Sos del Rey Católico (acta 17/10/36).

[79] AMZ c. 5877, Recibos de Acción Popular. Entre ellos un pago de 500 ptas. para los familiares de Celso Gomara Pérez, voluntario muerto el 20 de julio en la «acción de Épila».

muchos otros de sus estudiantes), con cuatro hermanas y dos hermanos (uno de ellos el que más tarde sería el conocido pintor abstracto José María Peralta y Martínez de Lecea), su padre era copropietario de una mediana empresa, Duclós y Peralta, y elector de la Cámara de Comercio. Su pertenencia a una burguesía acomodada es indudable; su cuenta de ahorros personal alcanzaba la cifra nada despreciable de 11.000 pesetas (que su padre se encargó de donar a los fondos de los militares); de igual manera que no cabe duda del catolicismo militante de su familia, si atendemos a las múltiples misas que se celebraron en memoria del joven[80].

Fue aquel verano una vorágine de violencia que se tragaba en ocasiones incluso a algunos de los que la habían provocado. El 28 de julio, se hacía público «un enérgico bando de la autoridad militar» que anunciaba el sometimiento a la Jurisdicción de Guerra de una amplia serie de delitos. Se castigaría con el fusilamiento inmediato a aquellos autores de agresión sorprendidos con las armas en la mano. Además, se señalaba que en los pueblos o lugares donde se atacase a las tropas serían fusilados también aquellos dirigentes o cabecillas o inductores de la agresión. Espionaje, negligencia, desobediencia, elusión de impuestos o la propagación de rumores o noticias contrarias al «entusiasmo nacional» quedaban considerados como delitos de rebelión, que podían ser también castigados con fusilamiento[81].

Pero no hay que suponer que solamente los disparos y fusilamientos caracterizaron la destrucción de la República, sino que las escuadras del fascismo pusieron en práctica otros métodos de terror y represión, con la connivencia de los militares rebeldes. Todo formaba parte de su tarea reconocida de «limpiar de extremistas las zonas donde se halla[ran éstos] refugiados»[82]. En agosto de 1936 (mes en el que fueron fusiladas al menos 732 personas en la provincia de Zaragoza[83]) se publicó en la prensa una nota por orden de la División, con la que se prohibía a las farmacias y droguerías facilitar aceite de ricino «en cantidades que sobrepasasen la aplicación médica normal», ya que en las últimas semanas se habían casi agotado las existencias debido a un consumo anormal-

[80] Párrafo redactado a partir de: *El Noticiero* (24/VII/36 esquela, 25/VII/36 relato de los sucesos, 26/VII/36 semblanza del joven, 29/VII/36 iniciativa de la Escuela de Comercio, 7/VIII/36 esquela y misas por V. Peralta, 9/IX/36 la Cámara de Comercio da el pésame a V. Peralta padre, 10/IX/36 Peralta dona los ahorros de su hijo); *Heraldo de Aragón* (24/VII/36 esquela, 25/VIII/36 homenaje y dedicatoria del nombre de una calle en Torres de Berrellén); COLÁS LAGUÍA, E. y PÉREZ RAMÍREZ, A.: *La gesta…*, *op. cit.*, pp. 101 y 161, incluyendo una fotografía del «mártir». Sobre los asesinados en represalia véanse los datos recogidos en *El pasado oculto, op. cit.*, pp. 501-502, donde aparecen los datos de varios hombres domiciliados en Torres de Berrellén, muertos el 23/VII/36 en Utebo a causa de *varios tiros*.

[81] *El Noticiero* (29/VII/36), BOP 30/VII/36.

[82] *El Noticiero* (1/VIII/36).

[83] CIFUENTES y MALUENDA: *El asalto…*, *op. cit.*, p. 54.

mente mayor, y se trataba de «un producto lubrificante indispensable en los servicios de guerra». Nada se decía del uso que los falangistas estaban haciendo de él, como purgante para humillar a hombres y mujeres de izquierdas, práctica importada del fascismo italiano[84].

Mantener «el orden» en una ciudad de 190.000 habitantes en un contexto de incertidumbre y peligro requería el apoyo de muchos civiles para labores más prosaicas. La llamada Acción Ciudadana articuló desde muy pronto ese refuerzo. El origen de esta organización estaba en la retirada del servicio activo de oficiales veteranos por el decreto de Azaña[85]. Los militares afectados por éste, junto a civiles «de orden», mantuvieron una plataforma orientada a la defensa del orden público y la propiedad, en el mismo sentido en que se había encarrilado la tradición de «guardias cívicas» como el somatén, muy activas durante el periodo de crisis de la Restauración (1917-1923)[86]. Ahora, con el golpe de Estado, se reactivaron esas redes sociales, poniéndose en marcha la organización, que en la ciudad de Zaragoza se dividió por sectores. Concretamente, fueron ocho grupos diferentes de Acción Ciudadana los que operaron por los distintos distritos. Su «cuartel general» se situó en el Frontón Aragonés, recinto deportivo de la calle Bilbao[87], bajo la jefatura del coronel Francisco Barba. Cada grupo llegó a componerse de entre 300 y 800 paisanos a las órdenes de veteranos oficiales del ejército y la Guardia Civil[88], y se alojaban u operaban en diversos edificios repartidos por la ciudad: el colegio San Felipe, el palacio de Argillo, el seminario de San Carlos, el Cine Goya, el colegio Joaquín Costa, el colegio Lanuza y el teatro Iris Park, cuyos propietarios pusieron facilidades para ello. El Palacio Episcopal y el Gran Hotel ofrecieron sus colchones a estos voluntarios; y también el fabricante de tejidos Francisco Madurga puso a disposición de la Acción Ciudadana tanto su factoría como su casa, su despacho, sus coches y su taquígrafa (al parecer sus obreros se encontraban en huelga). A

[84] *Heraldo de Aragón* (19/VIII/36). Acerca de la «violencia al servicio del orden» puede verse, por ejemplo, JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999. Especialmente pp. 81-112.

[85] CENARRO LAGUNAS, Á.: *El fin de…*, *op. cit.*, p. 63. Esta milicia estaba presente en muchas localidades del país; una descripción del caso canario en GONZÁLEZ PÉREZ, P. B.: «La Acción Ciudadana: S/C de Tenerife, 1936», *Revista de historia canaria*, núm. 182, 2000, pp. 97-112.

[86] GONZALEZ CALLEJA, E. y REY REGUILLO, F. del: *La defensa armada contra la Revolución*, Madrid, CSIC, 1995. Sobre el Somatén aragonés, véase FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1995, vol. 1, pp. 229-238.

[87] Este edificio se convirtió en 1955 en el Cine Aragón.

[88] Los jefes de los grupos de Acción Ciudadana eran los siguientes: Comandante Vicente Laguna Azorín, Tte. Cnel. de la Guardia Civil Santiago Mínguez, Tte. Cnel. de la Guardia Civil Antonio Redondo Morón, Comandante Daniel Dufol, Tte. Cnel. de Artillería Fernando Cuervo, Comandante de Infantería Lorenzo Monclús, Tte. Julián Rubio, Tte. Cnel. Marcos Bruscas, Cdte. Valero Campos y Cdte. Isabelo Aguado. Todos ellos retirados.

finales de 1936 la milicia se componía de 4.000 afiliados, bajo el mando de más de 200 jefes y oficiales[89].

La Acción Ciudadana se compuso de personas de edades más avanzadas que los voluntarios que fueron al frente, siendo mayoritariamente de extracción social burguesa. Todos los sectores contaban con más de una docena de médicos, llegando el 4º sector a contar con 39 de ellos (un 10% de los voluntarios del sector); asimismo había abogados, comerciantes, practicantes, propietarios, etc. En estos cuarteles improvisados de la Acción Ciudadana podía encontrarse desde un profesor hasta a un ingeniero en un puesto de centinela o, «protegiendo un tranvía de Torrero, [a] cualquier acaudalado propietario o acreditado industrial». Contaban con armas proporcionadas por los militares y con vehículos para hacer su labor: patrullas y guardias o tareas como el encendido del alumbrado público, aunque esporádicamente participaron en acciones cerca del frente. Fue habitual que los grupos desfilaran por las calles de Zaragoza con las armas en la mano, haciendo ostentación de la fuerza de sus rifles y de la fuerza de su número, ya que estos grupos de ciudadanos, unidos de esta forma, se sintieron más seguros que en sus casas, en aquellos días turbulentos. El director de la Escuela de Veterinaria, José Giménez Gacto, había «cambiado su chalet de veraneo en Misericordia por los aires puros y patrióticos que se respiran en el paseo de Sasera» (donde se reunía el sexto sector). Para mantener el control y el poder en Zaragoza después del 19 de julio, además de su propia seguridad, necesitaban perseverar en su posición de fuerza, utilizando la violencia preventiva[90]. Por ello muchos otros decidieron unirse a esta milicia: también colaboraron estudiantes, jóvenes, muchachas y obreros; hubo muchos parados que aprovecharon la situación para unirse a un puesto que les aseguraba una paga y un techo, pues la Junta Recaudatoria Civil gestionaría un socorro para aquellos voluntarios necesitados, aparte de abastecer de alimentos y pertrechos a los improvisados cuarteles[91].

[89] Archivo General Militar de Ávila, c. 3073, cp. 22, D. 1/52. Agradezco a Nacho Moreno Medina la consulta de este documento.

[90] Información sobre Acción Ciudadana a partir de los artículos de *El Noticiero* (29/VII/36, 31/VII/36, 1/VIII/36, 2/VIII/36, 5/VIII/36, 12/VIII/36, 13/VIII/36) y *Heraldo de Aragón* (25/VIII/36, 26/I/37).

[91] AMZ c. 5891, Acción Ciudadana. AC recibía de la Junta Recaudatoria Civil cantidades (unas 5.000 ptas. cada semana), mediante talón del Banco Aragón para cubrir las atenciones de sus voluntarios. Una nota anónima adjunta entre los recibos de los socorros se preguntaba «cómo es que un hombre que tiene mujer y 7 hijos (se encuentra sin trabajo) cobra 20 ptas., y otros hombres con solo 2 hijos cobran 30 (estos están destacados en el frente, o sus hijos están en el frente también)». La actividad de los voluntarios no debía ser poca dentro de los cuarteles de Acción Ciudadana. Una mujer recibía diariamente la cantidad de 2 pesetas por las horas «de limpieza y fregado de los retretes del Frontón Aragonés» (AMZ c. 5891, justificantes de AC), lo que da la impresión de que algunos de los voluntarios prácticamente vivieran allí. Véanse también las fotografías comentadas en el Anexo fotográfico.

Ante este oportunismo, los falangistas que actuaban en vanguardia de la reacción, no podían ocultar su desprecio:

> Ya comienzan a hacer acto de presencia los arribistas, los oportunistas, los chaqueteros, los enchufistas y demás sinvergüenzas. No nos importa, que aparezcan pronto y aparezcan todos, así estaremos seguros de exterminar una raza de cobardes[92].

Era un titular en portada del nuevo periódico falangista *Amanecer*, en el que por aquellas fechas se ridiculizaban violentamente las actitudes pasivas o frívolas de la retaguardia, incluyendo en ello a los que ellos llamaban «jóvenes patrioteros» de Acción Ciudadana. Comenzaban a aparecer, conforme pasaban los días, las actitudes acomodaticias que inevitablemente venían vinculadas a la movilización de sectores comprometidos.

3. Formación y composición de la Junta Recaudatoria Civil

La sublevación logró quebrar el estado de derecho republicano, mas no logró ocupar el poder en gran parte del país. Por lo general, allí donde las fuerzas de seguridad se mantuvieron leales a la República junto a la movilización de los militantes de fuerzas políticas y sindicales, se pudo evitar el triunfo golpista. Fue el caso de las más importantes ciudades peninsulares: Madrid, Barcelona, Valencia o Málaga; y también de los núcleos industriales más pujantes, donde junto a unos sectores obreros existía una burguesía comprometida con la República, como era el caso del norte. El golpe de Estado no podía resultar definitivo sin el dominio de Madrid[93]. Además, el inicial vacío de poder provocado en la zona republicana se había convertido en una multiplicidad de poderes y contrapoderes, con el antifascismo como lugar común, que amenazaban las posiciones de los sublevados. Pronto se pusieron en marcha las milicias de la clase obrera desde Cataluña y Levante en dirección a Aragón. Las vibrantes y desafiantes consignas revolucionarias manifestaban el deseo de reconquistar Zaragoza, aunque en realidad los dirigentes catalanes pretendían consolidar la defensa del territorio catalán antes que tomar las capitales aragonesas, empresa para la que sabían que estaban lejos de tener suficientes armas y hombres[94].

[92] *Amanecer* (16/VIII/36).

[93] CASANOVA, J.: *República y…, op. cit.,* pp. 187-219.

[94] MALDONADO, J. Mª: *El frente…, op. cit.,* pp. 35-45; el estudio pormenorizado de las columnas pp. 45-85. La proliferación de «micropoderes» en relación a Aragón en LEDESMA, J. L.*: Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003, pp. 136-137.

Los militares sublevados no podían percibir su propia situación como muy halagüeña; sin embargo, a finales de julio, se habían consolidado en ciudades cruciales como Sevilla, donde Queipo de Llano se hizo con el poder aplastando con todas sus fuerzas la resistencia de los barrios obreros de manera parecida a lo que ocurrió en Granada. De Pamplona y su región había salido una ola de «boinas rojas» carlistas hacia el sur, presionando hacia Madrid. El plan de los rebeldes contaba con ejercer una presión centrípeta contra la capital; aunque para ello fue necesario trasladar a la península las tropas de Marruecos, legionarios y regulares, las más preparadas y agresivas de todo el ejército, y que dejarían un rastro de muerte en su avance por Andalucía y Extremadura. Eso sólo fue posible con la temprana ayuda recibida desde el exterior. Hitler decidió intervenir a favor de la sublevación ya el día 25 de julio (sus armas y aviones llegarían a partir del día 29), y poco después Mussolini tomó análoga decisión. Con la ayuda fascista y nazi, y con contingentes de tropas y milicias armadas avanzando hacia Madrid, que se esperaba que cayera pronto, el golpe de Estado se estaba transformando en una guerra.

Zaragoza y las otras dos capitales aragonesas, en manos de los rebeldes, habían de jugar un papel de contención mientras las columnas intentaban tomar la capital de España. La captura del poder iba a costar más tiempo del que hubiera cabido esperar en un principio; por tanto, debía organizarse concienzudamente el frente defensivo y el control de la retaguardia. Era necesario articular el mecanismo de abastecimiento a las unidades militares y milicias; canalizar los primeros apoyos civiles recibidos, especialmente los económicos; y mantener el orden en las calles frente a las realidades que empezaba a imponer la guerra. Además, se hacía imprescindible ir presentando a la población una buena imagen de las nuevas autoridades que la mera represión no podía otorgar. Todas estas motivaciones decidieron la creación de la Junta Recaudatoria Civil, para lo que los militares sublevados entraron en conversaciones con algunos representantes de las «fuerzas vivas» zaragozanas partidarias del golpe de Estado. La reunión fundacional de esta Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional (a partir de ahora, JRC) se celebró a las 20 horas del día 28 de julio, fecha en la que la columna de Durruti era detenida en las cercanías de Osera, a tan sólo 30 kilómetros de distancia.

En realidad, si nos atenemos a lo consignado en las Actas y Memorias de la nueva organización, ésta surgió con el fin de «unificar la recaudación con que hacer frente a las necesidades del patriótico esfuerzo que realizan el Ejército y demás Institutos armados y Milicias civiles y Autoridades militares que las dirigen»[95]. Desde los primeros días, los militares y las nuevas instituciones políticas

[95] AMZ, c. 50418. Libro 1º de Actas de la Junta Recaudatoria Civil, acta 28/VII/1936.

zaragozanas, en las que se repuso a algunos de los personajes de los partidos de derecha, habían recibido el apoyo de individuos y entidades partidarios del golpe de Estado, en forma de donaciones de dinero. El nuevo Ayuntamiento había abierto el día 23 una primera «suscripción patriótica», de acuerdo con la autoridad militar, con la que las personas que deseaban contribuir pudieron hacerlo. No fueron en principio muchos; la lista publicada de donantes situaba en primer lugar al propio Ayuntamiento nombrado por los sublevados, y a alguno de sus miembros: Miguel López de Gera, el repuesto alcalde procedente del Partido Radical, y Francisco Palá Mediano, un nuevo concejal que además iba a ser nombrado presidente de la JRC. Completaban la lista otros individuos, como el conocido abogado Generoso Peiré Zoco, o el empresario José Indurain, que además mostró su adhesión con una «carta patriótica» y poniendo al servicio de los rebeldes todos los almacenes y vehículos de su propiedad; todo esto se publicó en la prensa[96]. Otros documentos nos muestran, además, de dónde provinieron los primeros aportes económicos y a dónde fueron a parar; el 25 de julio la Federación Patronal cedía 25.000 pesetas de sus fondos, junto a la donación de Emilio Laguna Azorín (el presidente del Centro Mercantil Industrial y Agrícola que también iba a formar parte de la JRC), y las donaciones menores del activo católico zaragozano Andrés Egido, del fabricante de dulces Adolfo Burillo, de un pequeño comercio y de un cuarto individuo. La mitad del dinero se depositó en el Banco de Aragón, y la otra mitad se entregó directamente a Falange Española y a las JAP, milicias que hicieron uso de los fondos de la manera que ya conocemos[97].

Para mantener su control sobre el flujo de dinero y apoyos que llegaba a manos de los ejecutores del golpe a la República; para evitar choques de competencias, abusos, fraudes o irregularidades, y que todo ello redundara en un mejor servicio a su propia causa, se decidió «la centralización y unificación de todas las suscripciones [...] en una sola y en un mismo organismo», la JRC. Esta decisión puede enmarcarse en el proceso de asunción y concentración del poder de los militares, manteniendo bajo su supervisión a los demás componentes de la coalición golpista. Pero los militares no podían asumir todas las competencias, ni llevar a cabo, por sí solos, la orquestación de toda la retaguardia en pos de alcanzar la victoria; carecían de medios y de personal adecuado para ello; por consiguiente, de igual manera que necesitaron del voluntariado cívico para asestar el golpe al Estado republicano, fue imprescindible delegar espacios de poder

[96] *El Noticiero* (24/VII/36).

[97] AMZ, c. 5873, Relaciones de cantidad recaudada. Documento reproducido en Anexo, Documento 1. Andrés Egido Balaguer era un personaje relacionado en los años 20 con el grupo socialcatólico de la ciudad, organizador, antes y después de la guerra, de círculos católicos de obreros y cofradías religiosas; la fábrica de dulces de Burillo se ubicaba en Camino de las Torres, 175. No se ha logrado identificar al donante Antonio Fuentes.

y de administración a sectores civiles en los que confiaban, que se habían mostrado partidarios de la solución por las armas, y que a su vez eran los grupos de intereses que daban sentido a la sublevación. La composición de la JRC de Zaragoza en julio de 1936, que analizaremos a continuación, resulta una extrapolación, pues, de la coalición derechista que asaltó la II República.

A la primera reunión asistieron los representantes del nuevo Ayuntamiento y la nueva Diputación Provincial, y los delegados de las principales organizaciones patronales de la provincia, que pusieron en común las gestiones que se habían realizado hasta el momento transmitiéndolas a la naciente Junta, aprovechando para expresar sus sentimientos de la más «entusiasta adhesión». No obstante, no era «momento de palabras sino de hechos», como afirmó en ese momento el portavoz de la Gestora Municipal, Francisco Palá Mediano; se procedió a constituir la Junta, lo que se daría a publicidad en la prensa[98], y a repartir los puestos directivos y vocalías, tarea que se completó en las reuniones siguientes, quedando definitivamente formada el día 31 con la representación de «cuantos organismos y entidades constitu[ían] la potencialidad productora y económica de nuestra Ciudad». A ello se añadía la presencia de los representantes de las autoridades, y de las distintas milicias políticas[99].

La presidencia recayó, al parecer con unanimidad de criterio, en el nuevo concejal Francisco Palá, un notario aragonés de 44 años, natural de Barbastro, bien conocido en los medios profesionales de la ciudad por su eficiencia y seriedad. Palá no había ejercido antes ningún cargo político, pero sin embargo destacaba por su evidente tendencia ideológica conservadora y trayectoria vital del mismo signo. Su procedencia de una familia acomodada de comerciantes con propiedades rurales, «una familia de señores», le había permitido y le había inducido a realizar en su juventud, tras haber pasado por las Escuelas Pías de Barbastro, estudios de Derecho por la Universidad de Zaragoza, los cuales completó en Madrid. Durante su carrera estudiantil, dentro del ambiente conservador y elitista que rodeaba el ámbito universitario zaragozano, trabó amistad con personajes como Miguel Sancho Izquierdo, que sería catedrático de derecho y político de APAA durante la II República; compartió aulas con José Calvo Sotelo; y recibió clases de catedráticos como Gil Gil y Gil, emblemático republicano conservador, o Salvador

[98] *El Noticiero* (26/VII/36) se adelantó anunciando que había quedado constituida la JRC dos días antes de su verdadera fundación, pero se señalaban ya los lugares donde se podían entregar los donativos: las sedes de las asociaciones patronales de la ciudad. *Heraldo de Aragón* (29/VII/36) lo anunció también; al igual que en la edición de *El Noticiero* (30/VII/36), se dedicó un amplio artículo a la recién estrenada JRC, especificando sus normas.

[99] AMZ, c. 50418. Libro 1º de Actas de la Junta Recaudatoria Civil, actas 28, 30, 31/VII/1936; c. 5886, Memoria de la labor realizada por la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional de Zaragoza hasta 31 de diciembre de 1936.

Francisco Palá

Minguijón, insigne social-católico aragonés. Tras tener contactos profesionales con círculos madrileños como el de Gumersindo de Azcárate o el de Niceto Alcalá Zamora, en 1917, con sólo 25 años, ya había obtenido un puesto de notario por oposición, con el que ejerció su profesión en varios lugares, hasta poder instalarse en Zaragoza en 1931 con sus hijas y su mujer Isabel Berdejo, hija de un prestigioso médico de la ciudad. Políticamente no había militado nunca en ninguna organización, pero eso no significó que careciera de interés por la política, pues mostró claras inclinaciones autonomistas desde muy joven, en un sentido derechista. Como miembro paradigmático de una clase social burguesa, bien acomodada, y pudiendo «vivir casi a la turca» durante los años republicanos en su casa de Paseo Independencia, donde tenía su despacho; siendo lector de *ABC* y *El Debate*; su voto casi con total seguridad fue para la CEDA. Al margen de su profunda dedicación profesional, que le valió gran prestigio, prefirió, al parecer, dedicar su tiempo libre a otras aficiones, como la música o el deporte, menos procelosas que la política, aunque conocemos su afiliación al Sindicato Iniciativa y Propaganda de Aragón, de corte regionalista. Este leve activismo cambió en 1936, cuando decidió participar, junto a otros juristas y profesores zaragozanos, en la redacción del llamado Estatuto «de los cinco notables», que respondió al proyecto de Estatuto de Caspe. Domingo Miral, Antonio de Gregorio Rocasolano, Andrés Giménez Soler, Francisco Bernad Partagás y nuestro hombre redactaron un texto regionalista moderado que, aunque no era antirrepublicano, chocaba con algunos de los principios democráticos del Frente Popular; la izquierda lo criticó como un proyecto arcaico semejante a una «restauración del Tribunal de la Inquisición»; por

su cuenta, Palá calificaba al Estatuto de Caspe como «sectario», «subversivo» y carente de «técnica jurídica alguna». Por aquellas fechas de principios de julio Palá conocía la existencia de la conspiración antirrepublicana; le habían hablado de ella personas enteradas, y su hermano Alberto (que había sido alcalde liberal de Barbastro, era vocal del consejo de administración de la Caja de Previsión Social, y era afín al catolicismo social) se lo confirmó. Quizá por ese conocimiento, cuando el 13 de julio de 1936 el asesinato de Calvo Sotelo le sorprendió de vacaciones en Jaca, decidió regresar con su familia a Zaragoza, «presentando enseguida su adhesión al Movimiento» al cumplirse el prometido golpe de Estado. No cabe extrañarse, entonces, de la selección de este hombre como regidor en el nuevo Ayuntamiento de López de Gera[100].

Palá no sólo se implicó en la comisión gestora municipal y en la JRC, cargos con los que tuvo que mantenerse realmente ocupado durante la guerra. Su carácter de «trabajador infatigable», ahora al servicio de la sublevación, le llevó a participar en el proceso de depuración de la administración que, junto a la depuración de la enseñanza, tenía el objetivo de limpiar de «rojos» el nuevo Estado. El 18 de diciembre de 1936 se puso en marcha el tribunal especial en el que participaba él junto a los también abogados y concejales zaragozanos Juan Auger Puig y José María Belenger. Actuaron en calidad de jueces, con el encargo de dictaminar las sanciones de todos aquellos en los que se ratificase el haber sido «extremistas de acción», «afectos al Frente Popular» o simplemente opuestos al Régimen constituido[101]. Como vemos, la implicación y el apoyo de Francisco Palá fueron absolutos. Un «hombre nuevo» en política, pero claro representante de una burguesía elevada de ideología conservadora, no tuvo reparos en sustentar la reacción violenta contra la República del Frente Popular, aunque su buena posición social y económica no estaba amenazada en el contexto de crisis y relativa agitación de la primera mitad de 1936, ni lo había estado antes, por mucho que los devaneos sociales del periodo sobresaltaran en ocasiones a su familia. Debemos descartar en su caso también las motivaciones oportunistas para la adhesión a la acción de militares y fascistas; él mismo se definía como «un hombre corriente, sin ambiciones», prudente, sereno, discreto; y de hecho, tras la guerra, Palá regresaría a sus ocupaciones profesionales más prosaicas. El notario aragonés, como «hombre “muy moderno” y muy de su

[100] Todo el párrafo a partir de varias fuentes: LORENTE SANZ, J.: *Don Francisco Palá Mediano*, Zaragoza, «La Cadiera», 1972; VVAA: *Homenaje a Francisco Palá*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1974 (especialmente el texto escrito por su hija María Dolores Palá bajo el seudónimo de Lola Aguado, pp. 7-18) principalmente para datos biográficos y de donde provienen la fotografía y expresiones entrecomilladas. Datos políticos en FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *op. cit*., 1996, vol. 2, pp. 309, 366 y 398. Sobre el Estatuto y Palá véase PEIRÓ ARROYO, A.: *Autonomía y República: el congreso y el Estatuto de Caspe de 1936*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 2007, pp. 166-175.

[101] CIFUENTES, J. y MALUENDA, P.: *El asalto…, op. cit.*, p. 100.

época», adoptó en julio de 1936 la postura política que en aquel contexto una parte importante de la clase social burguesa estaba tomando o había tomado, no sólo en España, sino en otros lugares de Europa; la de acercarse al fascismo. Ese compromiso dotó de gran eficacia al instrumento recaudatorio zaragozano, lo que puede percibirse con la simple lectura de las Actas de la JRC; no obstante, en ésta no trabajó él solo, sino que lo hizo junto a otras personas y entidades comprometidas que también merecen atención.

Con certeza, la entidad patronal que con más decisión apoyó la sublevación en Zaragoza, y que más representantes tenía participando en la JRC (incluso la primera reunión de ésta se celebró en su sede), fue la Federación Patronal de Comerciantes e Industriales, que con la llegada de la República había registrado un progresivo incremento de su afiliación. Su crecimiento no había sido masivo ni tampoco achacable, en principio, al miedo al nuevo régimen, pues los patronos observaron con indiferencia la venida de la República y su referente político comenzó siendo el Partido Radical; alcanzó los 2.000 asociados en 1935 en el contexto de un proceso de «traspaso de representación». La Federación Patronal, en la primera etapa republicana, estuvo en manos de metalúrgicos y constructores, pero su estructura representativa se fue modificando. Aunando los intereses de la oligarquía industrial con los de los miles de pequeños empresarios zaragozanos afectados por la crisis se decidió jugar, sobre todo a partir de 1934, «la carta de una acción colectiva basada en la fuerza del número». Desde ese año, una «nueva juventud patronal» desplazó a los oligarcas industriales de la directiva, aunque estos siguieron manteniendo su hegemonía; la evolución, según Manuel Ardid, obstruyó la democratización del movimiento patronal, que así quedó en manos de «un reducido grupo de agitadores, respaldado por los viejos grupos de presión»; el giro ideológico aisló a empresarios republicanos (como Federico Martínez Andrés, radical-socialista) y trajo a fascistas como Mariano Blasco Ruiz (un tipógrafo). Protagonizaron ese viraje otros medianos y pequeños empresarios, como Ignacio Gasca (un metalúrgico productor de alfileres), Juan Francisco Hernández Bermúdez, Simón Loscertales (un ebanista), Pedro Taboada (un sastre) o Pío Altolaguirre (propietario de una fábrica de cartonaje). Tras el golpe del 18 de julio, Gasca y Loscertales fueron elegidos concejales; Altolaguirre, falangista, lideraría el partido único en la provincia; Taboada y M. Blasco crearon la CENS a partir de su propia Federación Patronal. En la JRC, Hernández ocupó una vocalía, Taboada se encargó de la tesorería (ya había sido contador de la Federación Patronal), y Mariano Blasco Ruiz ocupó el cargo de secretario. Un grupo de medianos empresarios de la Federación Patronal, más proclives al fascismo, fueron, por tanto, los que prestaron todo su apoyo colaborando con la sublevación militar[102].

[102] GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.,* pp. 108-109. ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, pp. 185-209.

Los pequeños comerciantes zaragozanos tuvieron durante la República otra entidad para la defensa de sus intereses. Aunque en 1935 la Agrupación Mercantil había sido integrada en la Federación Patronal (lo que contribuyó al incremento de la afiliación de ésta), algunos grupos de pequeños comerciantes y almacenistas, especialmente de vestidos, tejidos, ferretería, joyería y similares (un total de 407 asociados), para evitar quedar subordinados al interés del empresariado industrial, constituyeron ese mismo año la Federación Mercantil Aragonesa, lo que suponía una consecuencia del grado de radicalización al que había llegado el comercio zaragozano; su presidente José Pomar (comerciante textil) fue el vocal designado en la JRC[103].

Para la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Zaragoza la sublevación militar fue algo providencial, pues venía a poner fin a una situación social que ellos consideraban «revolucionaria» y de «insubordinación». Como institución semioficial de una larga trayectoria, controlada por la oligarquía empresarial, y portavoz de las reivindicaciones de la patronal, durante el quinquenio republicano había tendido a consolidar el poder de los grandes grupos económicos, abogando por la aleación de los intereses patronales. Muy pronto, como hicieron otras Cámaras del resto de la España sublevada, manifestó su apoyo incondicional a los insurgentes, donando todos sus fondos a la suscripción patriótica. La COCI de Zaragoza designó a Ramón Montull, un pequeño comerciante ferretero de la ciudad (hermano de José Montull, pequeño fabricante harinero en Figueruelas), como su representante en la JRC; lo que sugiere la idea de que se experimentaba en el seno de la Cámara un proceso parecido al de la Federación Patronal. Como ha señalado Ángela Cenarro, existió una comunidad de intereses entre los sublevados y esta patronal, aunque con el tiempo la COCI mostrara su molestia ante la injerencia del poder del Estado. Esta incomodidad fue una constante durante el itinerario histórico de las Cámaras Oficiales de todo el país; y aunque bajo el régimen franquista acabaron domesticadas por el totalitarismo estatal, contribuyeron al triunfo del golpe de Estado que hizo posible esa dictadura[104].

[103] GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, p. 110. ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, p. 217.

[104] Sobre la COCI véase GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, p. 111; ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, pp. 219-229; y especialmente CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados…, op. cit.*, pp. 301 y ss. La donación de los fondos (50.000 pesetas) en AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas, acta de 1/VIII/36; y en *El Noticiero* (2/VIII/36). Las donaciones de la COCI continuaron durante toda la guerra. La alarmista y defensiva postura de la COCI ante el movimiento obrero de la época puede apreciarse en Cámara Oficial de Comercio e Industria de Zaragoza, *Desarrollo industrial y comercial de Zaragoza, Ejercicio 1942*, Zaragoza, 1943, p. 47. La perspectiva ante la situación del Frente Popular en 1936 se conoce a través de la *Memoria de los trabajos realizados. Ejercicio de 1936*, Zaragoza, 1937, citada por GERMÁN ZUBERO, L.: *Elecciones y partidos políticos en Aragón durante la Segunda República. Estructura económica y comportamiento político*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1982, vol. 2, p. 267 (y otros autores). Según la patronal, «la situación política, social y económica había llegado a un extremo francamente intolerable [en la primera mitad de 1936 ante las numerosas huelgas] que reclamaba un remedio pronto y radical». No obs-

También, el espacio de socialización burgués más importante de la ciudad, el Casino Mercantil o Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, sito en pleno centro, en el Coso junto a la Plaza de la Constitución (actual Plaza de España), y que desde muchas décadas atrás organizaba actividades culturales y de ocio, envió al que era su presidente desde 1931, Emilio Laguna Azorín, para ocupar la vicepresidencia suplente de la JRC. Laguna Azorín era un experimentado abogado zaragozano, consejero de la Sociedad General Azucarera Española, y directivo de APAA[105].

En el espacio rural, la Asociación de Labradores de Zaragoza fue la organización patronal actuante durante la II República, de inspiración católica y asociada a la poderosa Asociación General de Agricultores para defender los intereses remolacheros o trigueros de la provincia. Ramón Sancho Brased fue su veterano representante en la JRC[106]. Por otro lado, los intereses de los propietarios agrarios habían tenido como órgano de defensa la Asociación de Propietarios de Fincas Rústicas. Ésta había sido durante la República el verdadero azote de los intentos de reforma agraria hasta hacerlos fracasar, cuestión que a la postre fue el más importante «punto de ruptura» de la sociedad española, creando en buena medida las condiciones necesarias para la guerra. Actuando como un auténtico *lobby* económico, la Asociación zancadilleó los intereses generales del país para salvaguardar los intereses de los grandes propietarios, y se destacó como herramienta de combate de la CEDA. Su respaldo al golpe de Estado era, por tanto, más que evidente; y por consiguiente, un representante de la sección zaragozana de la Asociación, Pedro Herrando Herrero, que además había sido dirigente destacado de las JAP, no podía estar ausente de la JRC, siendo uno de sus más activos vocales[107].

tante, Julián Casanova, a través de su investigación, señaló que no hubo ningún especial incremento huelguístico en la provincia desde febrero de 1936: CASANOVA, J.: *Anarquismo…, op. cit.*, p. 69. La tesis de la pugna con el Estado y la domesticación de las Cámaras es de REY REGUILLO, F. del: «La domesticación de los intereses económicos por el Estado. Las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación (1886-1936)», *Ayer*, núm. 66, 2007, que además mantiene una perspectiva diferente sobre el periodo tratado aquí, pero sin tener en cuenta el total apoyo otorgado por las Cámaras a la sublevación. El mismo apoyo se ha confirmado, por ejemplo, en Granada, con idéntico papel: Archivo Histórico Municipal de Granada (AHMG), sig. C.03731. El hermano de Ramón Montull fue muerto en Tardienta, «vilmente asesinado por los rojos» según *Amanecer* (1/V/38).

[105] BUENO MADURGA, J. I.: *Zaragoza…, op. cit.*, p 145. El hermano de Emilio Laguna fue comandante de Acción Ciudadana, véase capítulo anterior. A partir de 1937 el edificio del Casino Mercantil fue utilizado como hospital de sangre.

[106] GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, pp. 115-116. ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, pp 335-472. El sindicalismo católico agrario, que con el Sindicato Central de Aragón tenía una fuerte tradición e implantación, fue totalmente marginado, a pesar de su carácter católico y de que estuviera presidido por Mariano Baselga Jordán, un poderoso empresario muy poco sospechoso de «izquierdismo».

[107] El papel de la Asociación puede verse en CABRERA, M.: *op. cit.*, pp. 152-195 y en BARCIELA, C.: «El Lobby agrario en la España franquista» en SÁNCHEZ RECIO, G. y TASCÓN FERNÁNDEZ, J.: *Los empresarios de Franco. Política y economía en España. 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 111-120. La cuestión de

Tampoco podía estar ausente del organismo recaudador la importante Cámara de la Propiedad Urbana de Zaragoza. Ángel Blasco Perales, que ocupó el puesto como tesorero, era su representante (y tesorero de la misma), aunque también era miembro directivo de la COCI. No en vano se trataba de un próspero comerciante y hombre de negocios; además de propietario de los Grandes Almacenes del Pilar (de tejidos y confecciones), A. Blasco era inversor inmobiliario, poseía fincas rústicas, y participaba en el consejo de administración de un banco local. Realmente, la asociación de propietarios urbanos a la que representaba era un conglomerado de grandes, medianos y pequeños propietarios urbanos que solían poseer a la vez fincas rústicas. La Cámara de la Propiedad Urbana de Zaragoza, una ciudad con numerosos propietarios urbanos (unos 9.500 según Ardid), fue asumiendo una ideología corporativa para enfrentarse a la política del Ayuntamiento y del Estado republicano. Esto significó que la ínfima minoría de poderosos grandes propietarios, que copaban la directiva de la organización y que solían ser además empresarios, profesionales liberales o banqueros (como el presidente del pleno de la Cámara, Gumersindo Claramunt, candidato zaragozano de Renovación Española), necesitó del apoyo de los modestos caseros, que constituyeron la fuerza de choque necesaria en la nueva era democrática. A su vez, los poderosos, manteniendo su hegemonía, se encargaban de preservar el interés de los propietarios en sentido global, fueran grandes o pequeños, creando así una comunidad de intereses prácticos entre diferentes clases sociales a través del vínculo de la *propiedad*. Dicha comunidad de intereses acabó adquiriendo tintes marcadamente antidemocráticos[108].

Completando la representación de las fuerzas económicas en la JRC, la banca zaragozana, cuya colaboración en la gestión económica era imprescindible, fue representada en la JRC desde el día 31 por el adinerado abogado Mariano Baselga Ramírez, que con 71 años era el colaborador más anciano del grupo. Baselga dominaba el mayor núcleo de poder industrial-financiero de Aragón (aparte del grupo Escoriaza), presidiendo tanto el Banco de Crédito de Zaragoza, como la sociedad Minas y Ferrocarriles de Utrillas. Tanto él como su hermano Santiago (otro candidato zaragozano de Renovación Española) y su hijo Mariano participaban en otras importantes empresas o negocios, como el Gran Hotel, la fábrica de cervezas La Zaragozana o Cementos Portland. Como uno de los mayores poderes económicos de la región, tras febrero de 1936 había sido convocado, junto a otros grandes capitalistas zaragozanos, a una reunión con los represen-

la tierra como uno de los «puntos de ruptura» o causas del estallido de la contienda en FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2001 (1ª ed. 1979), pp. 721-732.

[108] ARDID LORÉS, M.: *Propiedad…, op. cit.* Ángel Blasco Perales era el padre del voluntario japista del 18 de julio Antonio Blasco del Cacho, anteriormente citado.

tantes electos del Frente Popular zaragozano (incluyendo a cenetistas y socialistas); el gobernador civil Vera Coronel era el anfitrión de esta reunión conciliatoria que tenía como objetivo solucionar entre ambas partes el problema del paro obrero de la ciudad; sin embargo fue muy difícil llegar a un acuerdo, pues ante la petición de los sindicalistas de que la banca y las empresas contribuyeran a financiar la solución del problema, Baselga respondió que no podía comprometerse: «la banca no tiene dinero propio». Los bancos sí que tuvieron dinero, en cambio, para financiar parte del esfuerzo bélico de los rebeldes, poniendo toda su capacidad gestora a su servicio. Por todo el país, la banca española apoyó generalizadamente al bando insurgente, aunque se distanciara abiertamente del ideario falangista. En la Hacienda del ejército sublevado, de hecho, «las principales fuentes de ingresos fueron los anticipos del Banco de España y la ayuda exterior»[109].

Aparte de tanto poderoso o menos poderoso empresario, la JRC también contó con los servicios de un profesional, llamado Emilio Bolí Centieday, que se encargó de dirigir la Comisión Técnica Asesora en la Junta, el trabajo administrativo y contable más minucioso. Román Izuzquiza, empresario de una poderosa y conocida familia católica zaragozana, también asistió a la reunión fundacional de la JRC, aunque no ocupó posteriormente ningún cargo.

Las sesiones de la JRC funcionaron, en la primera etapa, con la asistencia de un segundo bloque: los portavoces de los grupos políticos que protagonizaron la sublevación. Eran los solicitantes y receptores del material y el dinero aportado, recaudado y gestionado por las fuerzas económicas, aunque también participaron en otras funciones. Falange Española delegó en Martín Serrano Díaz, un empresario tipógrafo, esa prerrogativa, aunque éste sería sustituido a finales de septiembre por el capitán de Caballería Fabriciano Cuesta. Por parte de Acción Popular, el colaborador fue Serafín Lasierra Liñán, militante de segunda fila; sería relevado en febrero de 1937 por José María Sánchez Ventura, dirigente de primera fila en APAA. Este conocido abogado católico-social zaragozano había participado en el Ayuntamiento de la dictadura de Primo de Rivera dirigiendo también *El Noticiero*. Durante la guerra se implicó ampliamente con la política del nuevo régimen, llegando a ser delegado del Estado para Prensa y Propaganda en Zaragoza (lo que quería decir encargarse de dirigir la censura y la manipulación de la información periodística en pos del dominio ideológico de la población).

[109] El grupo Baselga en GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, p. 83. La reunión citada, que se celebró el 30 de marzo, en CASANOVA, J.: *Anarquismo…, op. cit.*, p. 67. Sobre la banca durante la guerra véase TORTELLA, G. y GARCÍA RUIZ, J. L.: «Banca y política durante el primer franquismo» en SÁNCHEZ RECIO, G. y TASCÓN FERNÁNDEZ, J.: *op. cit.*, pp. 67-99; y PONS, Mª. A.: «La Hacienda pública y la financiación de la guerra» en MARTÍN ACEÑA, P. y MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 257-291, el entrecomillado de la p. 383. Uno de los hijos de Mariano Baselga Jordán, Manuel Baselga, fue miembro fundador del SEU y había sido herido en 1934 en una de las primeras escaramuzas protagonizadas por los falangistas en Zaragoza: ARDID LORÉS, M.: *El bloque… op. cit.*, pp. 526 y ss.

A estas dos entidades políticas se añadieron pronto los apoderados de Renovación Española (que había organizado en Zaragoza su poco numeroso batallón de voluntarios «Calvo Sotelo»): Ángel Bellido y, posteriormente, José María Gimeno; y también el designado en representación del Requeté aragonés, que en principio iba a ser el conocido Jesús Comín. Al no comparecer este carlista, que se dedicó a tareas más belicosas durante la guerra, fue Pedro Legaz Jerez el participante. Legaz tenía también una larga y activa trayectoria como jaimista (era el contacto de Jaime de Borbón en Zaragoza); ya en los años veinte había sido detenido en la ciudad por «propaganda subversiva»; además era apoderado general del Banco de Aragón y presidente de la Asociación Católica de Padres de Familia entre otras cosas. El Requeté aragonés tenía cierta implantación en los pueblos de la provincia, contando con bases sociales parecidas a las del requeté navarro; su influencia era menor, aunque los Círculos Tradicionalistas habían proliferado durante la etapa republicana por toda la geografía. Sin embargo, el verdadero impacto del Requeté en Zaragoza se produjo a raíz de la llegada de una columna navarra el 25 de julio con Comín al frente (unos 3.000 voluntarios)[110]. A las milicias de Acción Ciudadana, que ya conocemos, las representó en la JRC el Tte. Cnel. Matías Galve Sánchez a partir de septiembre.

Las unidades militares tuvieron también varios delegados en la JRC, aunque su presencia en las sesiones fue más esporádica y variada. El Tercio Aragonés, o Tercio Sanjurjo[111], tuvo en la JRC al capitán Antonio Bernardín; el capitán de la Guardia Civil Calixto Zabal apareció por alguna de las sesiones de la Junta en nombre de su institución; mucho más habitual fue el Tte. Cnel. Antonio de Diego, enviado desde la División en nombre de la Comisión regional para la fabricación de material de guerra; Facundo Soler Ferrer, primero, y el capitán

[110] Sobre los voluntarios del Batallón Calvo Sotelo, la documentación parece indicar que no fueron muchos, y predominantemente eran hombres casados y con varios hijos: AMZ, c. 5881, Comprobantes de pago, milicias de Renovación Española. No se conoce mucho sobre el carlismo aragonés de la II República, pero puede consultarse ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, pp. 500-526; o GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón…, op. cit.*, pp. 144-145. La estrategia de inserción del carlismo en el medio rural aragonés parece que fue muy similar a la practicada en Andalucía, aunque con menos éxito: ÁLVAREZ REY, L.: «El carlismo en Andalucía durante la II República (1931-1936)», en BRAOJOS, A., ÁLVAREZ, L., ESPINOSA, F.: *Sevilla, 1936: sublevación fascista y represión*, Biblioteca Andaluza, 1990, pp. 17-79 demuestra el crucial papel de curas y párrocos en el proceso de implantación política. Lo mismo parece presenciarse en Aragón; véase ALCALDE FERNÁNDEZ, A.: «El asesinato del alcalde de Letux. Un ejemplo de conflictividad y violencia política en la España rural de la II República», en ROMERO, C. y SABIO, A. (coords.): *Universo de micromundos VI Congreso de Historia Local de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2009, pp. 65-77. Sobre Pedro Legaz, FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *op. cit.*, vol. 2, pp. 31-32. Sobre Jesús Comín, por ejemplo, la semblanza por Manuel Ballarín en VVAA: *La Guerra Civil en Aragón. 2. El estallido de la guerra. La sublevación militar y la llegada de las milicias*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, El periódico de Aragón, 2006, pp. 32-33. A Comín, cuenta Arsenio Jimeno que la picaresca zaragozana le llamaba «Comín, bebín, lamín»: JIMENO, A.: *op. cit.*

[111] Sobre esta unidad: ESCRIBANO BERNAL, F. (coord.): *op. cit.*, p. 94. Representándola también pasaron por la JRC en algún momento puntual el teniente Ernesto Curto, y el coronel Peñarredonda.

Salvador Delgado, después, representaron a los servicios de Intendencia del ejército (desde marzo de 1937 lo haría un tal Gisbert); y el teniente Tomás Gómez Acebo lo hizo desde noviembre por la Comisión de Obras del Aeródromo del general Sanjurjo. Por encima de todos estos estaba el representante del general jefe de la 5ª División Orgánica, primeramente el comandante Marco, al que sustituyó en septiembre Antonio Torres Bestard (a éste le reemplazaría Roque Palacios Gramié en mayo de 1938)[112].

El Gobierno Civil de la provincia agregó un vocal a la JRC desde septiembre de 1936: Pablo Molinos (y desde julio de 1938 Juan Manuel Cendoya, otro abogado de Renovación Española); pero fue el representante de la Diputación Provincial, Antonio Mola Fuertes, quien desde el puesto de vicepresidente de la JRC tuvo un papel más destacado. Mola Fuertes, abogado y empresario de la construcción, había pertenecido durante la II República a APAA (era vicepresidente de esta organización en 1936, junto a Serrano Súñer), y fue designado por los golpistas en julio de 1936 como diputado en el organismo provincial. En abril de 1938 se desplazaría al cargo de gobernador civil de Huesca, aunque cuatro meses antes ya había sido relevado al pie de la JRC por Gonzalo Zamora Andreu, un militar retirado conectado con la burguesía[113].

Varias conclusiones podemos extraer del exhaustivo recorrido a través de la composición de la JRC que hemos realizado. Como primer punto, conviene señalar que la institución tuvo un marcado carácter civil (como ya indicaba su nombre), siendo los militares, si bien el poder decisorio último, el bloque minoritario: en la misma reunión fundacional de la Junta hubo solamente un representante del poder militar, y sólo 7 de los 24 miembros de la Junta ostentaban un rango militar a la altura de diciembre de 1936. Entendido esto, en segundo lugar puede identificarse la naturaleza de la tupida red de intereses de la que procedió la colaboración del cuerpo civil en la sublevación militar. Aunque los individuos procedieron de varios estratos sociales (encontramos a elementos de la burguesía más enriquecida codo con codo con representantes de la pequeña burguesía) y de distintos espacios ideológicos (monárquicos, corporativistas, fascistas, carlistas…), identificamos que todos ellos se caracterizaban por tener unos intereses económicos determinados, como empresarios o como propietarios, y que el componente religioso se destacaba también en muchos de los nombrados. Cabe señalar en adición que los individuos y grupos en que los militares sublevados más confiaron y entre los que buscaron más los ansiados apoyos

[112] Información de los hombres del Gobierno Civil y la Diputación Provincial a través de CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados…, op. cit.*

[113] Gonzalo Zamora, nacido en Valencia en 1873, vivía en Paseo Independencia, casado con Gloria de la Figuera Lezcano, hermana del conocido arquitecto Luis de la Figuera Lezcano, simpatizante falangista. De otros dos hermanos de la mujer, conocemos que Antonio de la Figuera Lezcano fue uno de los primeros donantes de dinero en julio de 1936, y que Mariano de la Figuera Lezcano era militar retirado.

civiles, fueron aquellos grupos o individuos que más se habían inclinado hacia las soluciones radicales o fascistas en la crisis de los últimos años republicanos. Por otro lado, los lazos de amistad o de parentesco fueron, muy habitualmente, los que entramaron el tejido de esa coalición de intereses, como nos hemos encargado de ir señalando; puede indicarse, por poner otro ejemplo, cómo una hija de una típica familia zaragozana burguesa, la de Román Izuzquiza, estaba casada con un mediano empresario falangista, Pío Altolaguirre. Las redes de intereses, por tanto, como ha señalado Glicerio Sánchez Recio, ya estuvieron muy presentes en la preparación y ejecución del golpe de Estado, siendo las mismas redes que más tarde darían sentido al franquismo. En ese sentido, el apoyo social dado a la sublevación y a la dictadura fue una consecuencia o efecto de la anterior red de intereses económicos y políticos[114].

Hemos estado describiendo la cúpula directiva del apoyo civil a la sublevación militar en Zaragoza, pero si seguimos descendiendo niveles hacia las bases (lógicamente más amplias) de esa colaboración, continuamos encontrando los mismos hilos y vínculos mencionados que la articulaban. La JRC se estructuró mediante distintas Comisiones que organizaron la actividad a realizar (compras, recaudaciones, asistencia a refugiados, etc.). Los mismos vocales se encargaban de dirigir estas Comisiones, contando para ello con la colaboración de otras personas. Aquí, cabe notificar la colaboración de diversas mujeres, esposas, viudas o hijas de conocidos derechistas y burgueses: participando en las comisiones de visitas recaudatorias a domicilio (como hizo la Sra. esposa del Tte. Cnel. Anselmo Loscertales); en la comisión de confecciones organizada por Sra. de Escoriaza (de Manuel Escoriaza, el 'omnímodo' empresario zaragozano); en la de asistencia a comedores para necesitados (como hicieron las esposas del capitán Zabal o de Miguel Allué Salvador); o en la recogida de víveres. Estas mujeres con una misma procedencia social, desarrollaron una constante actividad, aunque nunca en plano de igualdad con los hombres, como más adelante se comentará[115].

Para llevar a cabo el cometido fundamental de la JRC, que era, cómo no, la *recaudación*, se puso en marcha toda una maquinaria administrativa y de gestión. Al institucionalizarse el procedimiento recaudador, se señaló que la suscripción no debía dejar de ser en ningún momento voluntaria; pero como iremos demostran-

[114] SÁNCHEZ RECIO, G.: «El franquismo como red de intereses», en SÁNCHEZ RECIO, G. y TASCÓN FERNÁNDEZ, J.: *op. cit.*, pp 13-22. Sánchez Recio también señala que esa red de intereses no puede identificarse con un «consenso» hacia la dictadura, pues obtuvieron sus ventajas de una manera no legítima. El dato de Izuzquiza-Altolaguirre en CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados…, op. cit.*, p. 119.

[115] La organización de diferentes comisiones puede verse a través de las Actas de la JRC, o de la «Memoria de la labor realizada…» citadas anteriormente. La única presencia femenina que hubo durante toda la guerra en una sesión de la Junta fue cuando Mª Almarza, esposa de Blasco, compareció como miembro de la comisión de confecciones presentando a los vocales distintos tipos de tejidos para que éstos eligieran uno y proceder así a la confección de camisas, pijamas y ropa interior. AMZ, c. 58401, Libro 1º de Actas, Acta 3/VIII/36.

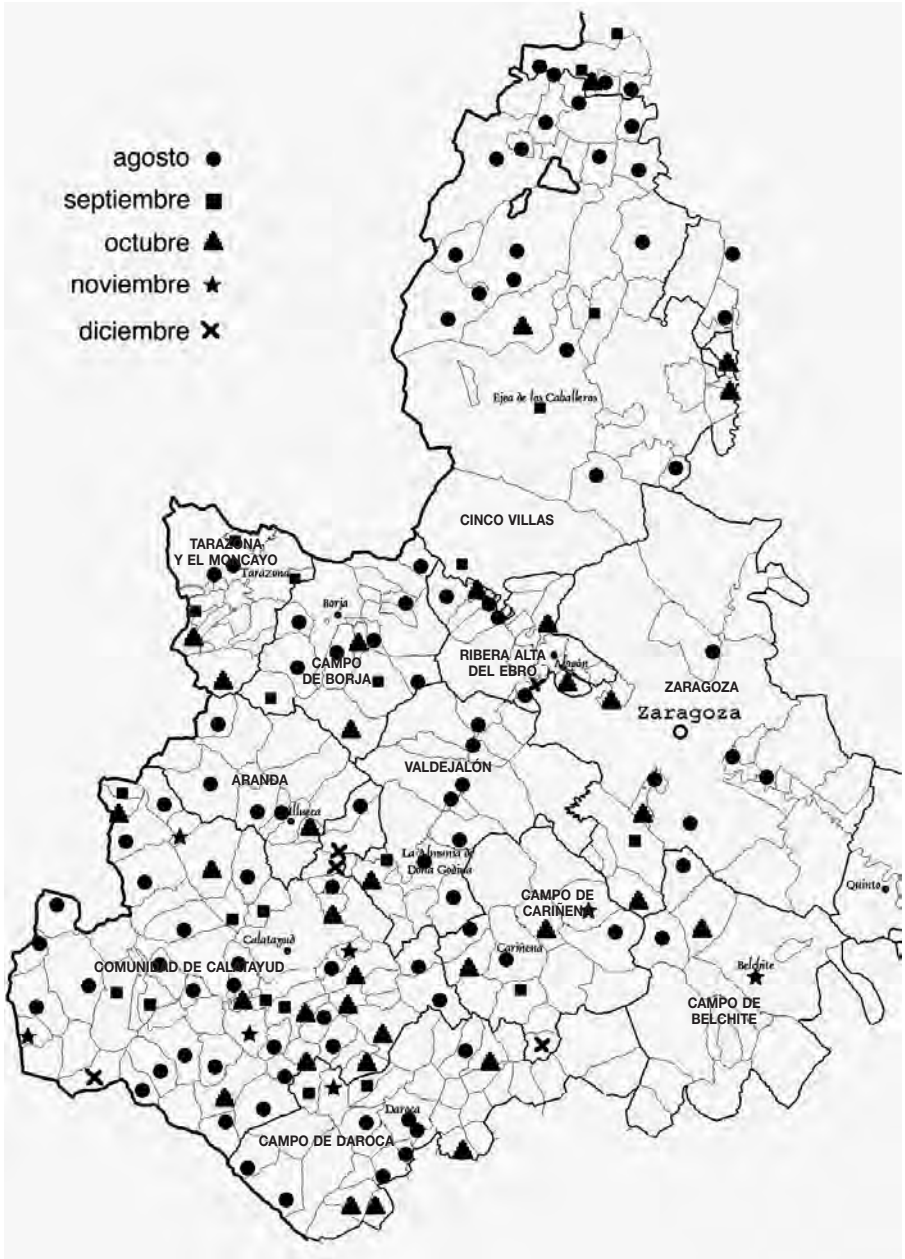
do, la voluntariedad de las donaciones a las nuevas autoridades sublevadas estuvo muy lejos de ser auténtica. Baste decir, de momento, que la JRC se atribuía el derecho de «indicar a los vecinos de Zaragoza la cuantía de sus donativos en proporción a sus fortunas, a su capacidad contributiva y a sus disponibilidades de numerario»; de una manera algo hipócrita, se afirmaba que con esta asignación de cuotas «en ningún caso se pretend[ía] imponer una contribución de guerra». Un número indeterminado de profesionales, «empleados de la Banca, corredores de comercio, registro de la propiedad, antiguos recaudadores de impuestos y comerciantes e industriales», «competentes en el conocimiento de la riqueza y capacidad contributiva de los vecinos de Zaragoza», cuyos nombres se mantuvieron en secreto con el objeto de que no interfirieran las relaciones de amistad o parentesco, fueron los peones que desde la sombra pusieron la carga impositiva de la guerra sobre los zaragozanos. Y evidentemente el proceso de asignación de cuotas se aplicó en primer lugar sobre las clases más acomodadas, a las que podía extraerse más dinero, y que a la vez podían ser más proclives a donarlo sin reparos a la causa antirrepublicana. Hasta el día 31 de diciembre de 1936 se hicieron aproximadamente 20.500 asignaciones. Como la JRC pedía «de una vez y directamente» el total de la donación (descartando métodos de recaudación periódica o progresiva), las cantidades solicitadas eran muy abultadas, y las quejas y reclamaciones no escasearon, pero la mayoría de veces resultaban infructuosas[116].

El espacio de actuación de la JRC fue provincial; pero para extender sus mecanismos recaudadores a la masa de población rural de toda la retaguardia, se optó por instituir una serie de Juntas Locales en aquellos pueblos de la provincia que no habían sido ocupados por las milicias republicanas. En algunas localidades se habían reproducido, al acontecer el golpe de Estado, algunos de los hechos que hemos detallado en la capital: la activación de grupos como la Acción Ciudadana, la acción agresiva de falangistas, y la constitución de juntas de apoyo a los sublevados, como ocurrió en Tarazona ya el día 3 de agosto. Consolidado, en ese mes, el dominio de la mitad occidental de la provincia, se procedió a articular esos apoyos. La JRC extendió sus tentáculos, y ya el día 11 de agosto se hacía una visita a Movera para crear una Comisión Recaudatoria compuesta por el cura, el alcalde, y un «notable» del lugar. Se requirió de igual manera, por carta, a la mayoría de los ayuntamientos para que nombraran sus respectivas comisiones, dando instrucciones precisas. Casi todos lo hicieron entre agosto y diciembre de 1936, y los que no, solieron reclamar instrucciones para la formación de su Junta Recaudatoria. En los pueblos más grandes, como Zuera, por ejemplo, la tarea recayó en las sucursales y delegaciones bancarias[117]. El siguiente gráfico es ilustrativo:

[116] Los entrecomillados de este párrafo proceden de AMZ, c. 5886, Memoria de la labor realizada por la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional de Zaragoza hasta 31 de diciembre de 1936. Este texto también fue publicado en el libro de P. VICENTE GRACIA, S. J.: *op. cit.*, pp. 313-352.

[117] AMZ, c. 50481, Libro 1º de Actas. Acta 11/VIII/36. AMZ, c. 50417, Registro General de Entrada.

1936. FORMACIÓN DE LAS JUNTAS LOCALES



Examinaremos en concreto el caso particular de la Junta de Sos del Rey Católico. En esta localidad, tomada por las armas, como sabemos, por los sublevados de julio, primeramente se había puesto en funcionamiento de manera espontánea una comisión formada por cuatro vecinos que se encargó de recaudar fondos para sostener a las fuerzas que actuaban «en defensa de la población». Días después, recibida la circular de la JRC de Zaragoza indicando al alcalde la necesidad de fundar una Comisión Local Recaudatoria, se creó ésta, nombrándose como componentes de la misma al comandante del puesto de la Guardia Civil, al representante de las milicias de Falange, y a cuatro vecinos; al mes siguiente se añadiría la representación de las unidades de Requeté y Acción Ciudadana que habían surgido. Se abrió una cuenta corriente en el Banco Zaragozano de la villa, y se encargó a un grupo de hombres y mujeres «de solvencia moral» la recolección de donativos. Siguiendo las instrucciones de la JRC, se confeccionó una lista del vecindario con las cuotas correspondientes «proporcionales a la capacidad contributiva del vecindario». De igual manera, se recogieron trigo (que podía ser entregado en sustitución de la cuota), oro y joyas entre los vecinos. Semejantemente a lo que se estaba haciendo en la capital, la Junta se encargó de asistir a los falangistas y soldados que se encontraban en la localidad y a las familias de estos. La eficacia de esta Junta local quedó demostrada cuando en Zaragoza se recibió a fines de septiembre un convoy procedente de Sos con grandes cantidades de alimentos, reses, dinero y otros materiales. De los artífices de este éxito en la Junta de Sos no conocemos exactamente su procedencia social, pero según los datos manejados, hay indicios de que se trataba, no de los grandes propietarios agrarios del lugar, sino de individuos pertenecientes a una clase media propietaria rural[118].

En el caso de la formación de la Comisión Local Recaudatoria del pueblo de Pedrola, se vuelven a encontrar similares características. Su fundación, en septiembre de 1936, se celebró en la casa consistorial, presidiendo el alcalde; participaban el cabo comandante del puesto de la Guardia Civil, el jefe local de Falange y de las JONS, un representante de la localidad «propietario de los montes de Pedrola», el presidente del Sindicato Central, el presidente del Sindicato del Riego, y el presidente del Sindicato Agrícola Católico. En mayo de 1937 se unieron como vocales los representantes de FET y de las milicias del Requeté[119].

Hasta aquí hemos examinado el desarrollo y la articulación de los primeros apoyos civiles que, a través de las aportaciones económicas o de implicación

[118] AMZ, c. 50417, Actas de sesiones del Ayuntamiento de Sos. Los nombres de los individuos que colaboraron en la Comisión Local Recaudatoria no coinciden en ningún caso con los de los mayores propietarios de la villa, proporcionados por GERMÁN ZUBERO, L.: *Elecciones…, op. cit.*, vol. 2, p. 436.

[119] AMZ, c. 5941, «Acta de Constitución de la Comisión Local Recaudatoria Civil para la Defensa Nacional».

en las nuevas instituciones, muestran su carácter y alcance. Se han analizado los componentes hegemónicos y directivos de ese apoyo, encargados de canalizar e incentivar la colaboración de más amplios sectores sociales que apoyaron el golpe de Estado. Asimismo, ya se ha hecho alguna referencia a los vínculos que sirvieron de aglutinante para todos ellos en torno a la sublevación militar. A continuación pasamos a estudiar el comportamiento de los sectores sociales de apoyo, en un sentido más amplio, y los procedimientos y mecanismos que influyeron en su configuración durante 1936.

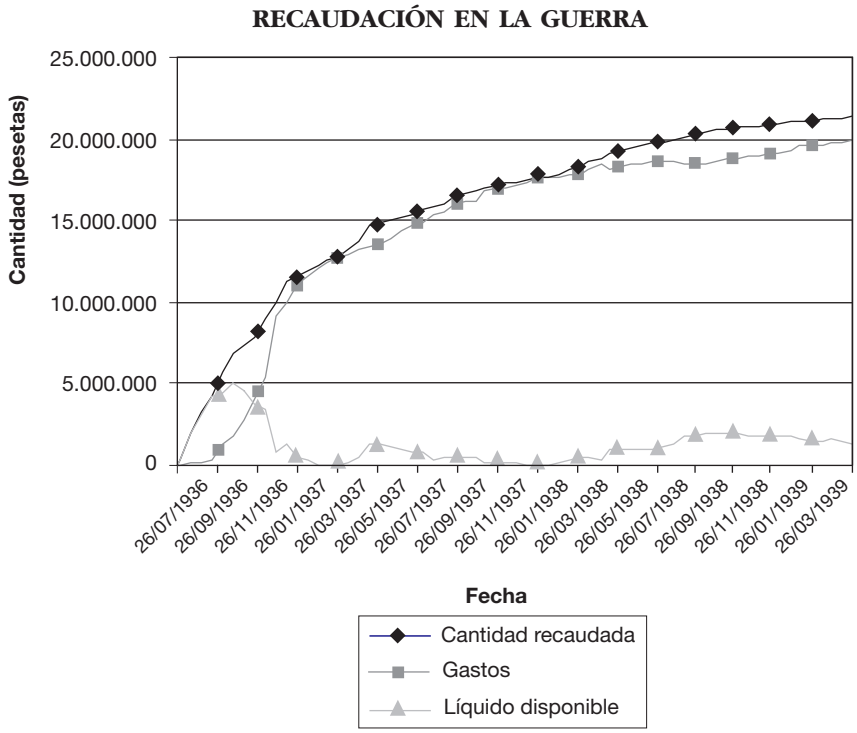
4. Sostener la sublevación

Durante los primeros meses de la guerra, Zaragoza se vio invadida de transportes y tropas que acudían al frente, que se iba configurando y que quedó totalmente perfilado hacia mediados-finales de septiembre con la llegada de los refuerzos rebeldes tras la caída de San Sebastián. Las fábricas de la provincia, algunas militarizadas, tuvieron que rendir al máximo para abastecer, equipar y abrigar a los soldados. Pronto se fueron llenando los hospitales de la ciudad, siendo la Cruz Roja el organismo más implicado en la puesta en marcha de una sanidad de guerra, que inauguró el 8 de agosto su primer hospital de sangre en Zaragoza[120]. Casi todo ese esfuerzo se financió a través de las donaciones y recaudaciones gestionadas por la JRC, que rápidamente acumuló enormes cantidades de recursos, tanto monetarios como en especie.

Si observamos el curso de la recaudación durante toda la guerra, reunida en el título de «Suscripción Nacional», se destaca claramente un despegue de la recaudación en metálico desde el mes de julio, y la mayor intensidad de la misma desde entonces hasta el fin del año 1936. A continuación, se entró en una deceleración progresiva de las recaudaciones. Los gastos tardaron más tiempo en empezar a ser considerables; durante el mes de agosto se limitaron a las entregas de metálico a las milicias voluntarias, así como a sufragar sus gastos

[120] MALDONADO, J. Mª: *op. cit.*, pp. 85-102. La Asamblea Provincial de la Cruz Roja de Zaragoza estaba controlada por aristócratas; sus presidentas honorarias eran María Escudero, esposa de Miguel Allué Salvador; la Marquesa de Bóveda de Limia; y Mercedes de Baviera y Borbón. Su presidente delegado era el experimentado médico cirujano militar Manuel Íñigo Nougués; su vicepresidente era Juan Carceller Gimeno, un profesor universitario de Religión que había sido dado de baja de su puesto en octubre de 1931; como secretario actuaba el médico Francisco Seral y Casas, unido por lazos familiares a la familia Íñigo; como presidenta de Damas enfermeras, Pilar Talué, esposa de Manuel Íñigo: Cruz Roja Española. Asamblea Provincial de Zaragoza: *Actuación de la Cruz Roja durante la campaña 18 julio 1936, 1 abril 1939. Memoria*, Zaragoza, 1939. Los datos personales a través de varias fuentes; acerca de Carceller: Universidad de Zaragoza. Departamento de Ciencias de la Educación: *Anuario de Pedagogía*, núm. 6, 2004, pp. 120 y 144 (n.). Puede comprobarse la procedencia aristocrática y burguesa de la directiva de la Cruz Roja (que a nivel estatal controlaba el Conde de Vallellano) y la existencia de una red unida por vínculos familiares y de amistad.

de equipamiento[121]; pero a partir de septiembre, con el incremento del número de soldados en el frente, el asentamiento del mismo, las compras de materias primas por la JRC y, sobre todo, el progresivo descenso de las temperaturas, los gastos se elevaron de manera que el líquido disponible se redujo drásticamente. También influyó en ello la regularización del sistema de entregas a las unidades combatientes que ordenaron los militares, a pesar de la oposición de requetés y falangistas, que veían mermada su autonomía[122]. Puede verse la siguiente gráfica[123]:



A finales del año 1936 se habían alcanzado los 12 millones de pesetas recaudados, pero ¿quiénes fueron aquellos individuos o entidades que llevaron a cabo el esfuerzo económico necesario para la consolidación de la sublevación

[121] AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas. En las Actas de 6, 8 y 10/VIII/36 pueden verse distintas entregas de dinero, vestuario, correajes, alpargatas, etc. a Falange Española.

[122] La Comisión de Compras (Taboada, A. Blasco, Pomar), realizó viajes para comprar prendas de abrigo, y llegaron hasta Portugal para conseguir materias primas textiles. El capitán Cuesta, a fines de septiembre reclamaba urgentemente mantas para el frente (Acta 29/IX/36). Las protestas ante las nuevas normas de la División para la distribución de vestuarios y efectos en AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 14-15/IX/36)

[123] Elaboración propia a través de los datos de la JRC: Relaciones de cantidad recaudada en AMZ, cajas 5873, 5934, 5921, 5908.

y para la guerra?, ¿de dónde vino toda esa cantidad de dinero? A través de la investigación minuciosa y detallada de las listas de suscriptores y donantes que se conservan en los fondos documentales de la JRC y de las que se publicaban en la prensa puede responderse a esas preguntas.

En primer lugar, hay que destacar que el grueso del sostén económico de la coalición rebelde en Zaragoza lo constituyó la aristocracia y la burguesía más enriquecida de la provincia, o al menos buena parte de ella. Algunos de los más poderosos propietarios rústicos y urbanos (con título nobiliario o sin él), de los más acaudalados accionistas bancarios, y de los más importantes empresarios, sobresalen marcadamente por su contribución total; algo completamente lógico pues ellos amasaban las más astronómicas fortunas aragonesas. En ocasiones resulta llamativa la generosidad con que se plegaron a los requerimientos de las autoridades; siendo que en muchos casos la iniciativa de estos oligarcas superó cualquier expectativa. A veces, los propios comisionados de la JRC visitaban personalmente a aquellos personajes para negociar el alcance de su aporte. Fue el caso de la vetusta aristócrata Teresa de Covarrubias y Laguna, que acordó, ya el 31 de julio, donar a la JRC 1.500.000 pesetas (lo que suponemos casi toda su fortuna), con la condición de que se destinara a la compra de un avión de nombre 'Zaragoza'; el pago, fraccionado, se completó el día del fallecimiento de la susodicha, 23 de diciembre de 1936[124]. También realizó un cuantiosísimo pago a plazos, a lo largo de dos años de guerra, Micaela Casanova Lacambra (viuda de Alfonso); una terrateniente absentista de Lupiñén (Huesca), localidad por la que pasaba el frente de guerra. Sus propiedades eran compartidas entre sus tres hijos, Desiderio, José y Alfonso, que suscribían junto a su madre las donaciones mensuales; además, los cuatro habían copado la mayoría de las acciones del Banco de Aragón desde 1929, situándose como mayores accionistas de la sociedad, por encima incluso del Marqués de Arlanza. Donaron más de 200.000 pesetas en total a los rebeldes[125]. El propio Marqués de Arlanza, Luis Higuera Bellido, tampoco fue cicatero con los sublevados; como antiguo auditor del Ejército y Caballero de Nuestra Señora del Pilar, además de, por supuesto, opulento propietario, no le faltaban vínculos con la red

[124] *El Noticiero* y *Heraldo de Aragón* (1/VIII/36); esquela en *El Noticiero* (2/I/38). Teresa de Covarrubias era la hermana, soltera, del Marqués de Villatolla, A. de Covarrubias y Laguna, gran propietario de Magallón. Ver GERMÁN ZUBERO, L.: *Elecciones… op. cit.*, vol. 2, p. 449. Los aviones con nombres de provincias de la España sublevada fueron una estrategia propagandística de los rebeldes para estimular las donaciones; más información en ESCRIBANO BERNAL, F. (coord.): *op. cit.* p. 124. Pero, al menos en Zaragoza, fue exitosa: AMZ, c. 5951, Inscripciones y donativos, Suscripción para avión Zaragoza.

[125] FEO PARRONDO, Francisco: «La propiedad rústica en Huesca según el registro de la propiedad expropiable (1933)», *Catastro*, abril 2005, p. 155-170: José, Alfonso y Desiderio tenían 196,50, 173,98 y 164,30 hectáreas respectivamente en Lupiñén (Huesca). Accionistas del Banco de Aragón en FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *op. cit.*, vol. 3, p. 298.

de intereses del golpe militar; antes de su muerte, el 11 de noviembre de 1936, donó más de 40.000 pesetas[126]. El Marqués de Valdeguerrero no andaba muy a la zaga en cuanto a desprendimiento, ni tampoco la Marquesa de Artasona; ésta además fue la presidenta de Agrupación Femenina Aragonesa (Acción Popular), y también murió durante la guerra. Las múltiples donaciones de Antonio Azlor, Duque de Villahermosa, casi alcanzaron las 100.000 pesetas[127].

Menos ilustres, pero a veces más ricos y poderosos que esta 'nobleza baturra', fueron otros propietarios y empresarios aragoneses que lo pusieron todo a favor del fascismo y la guerra. Se destacó en ello, por ejemplo, José Frutos Dieste, empresario harinero, yerno de Froilán Soláns, fundador de Harinas Soláns, que también colaboró desde muy pronto junto con su empresa. El otro yerno de Froilán Soláns, Pedro Bernad Soláns, industrial y falangista, donó asimismo fuertes cantidades en metálico. Otros propietarios de fábricas harineras, como Alejandro Izquierdo Bayo o Antonio Pérez Otal, ofrecieron cantidades de cinco cifras a las suscripciones. Algunos de los mayores contribuyentes por contribución urbana en Zaragoza (datos de 1931), que eran los promotores inmobiliarios y los grandes propietarios de las fincas de la ciudad, sobresalen por sus abultadas donaciones; sobre todo Luis Pérez Cistué, un viejo cacique y ex senador maurista, que prestaba los locales donde la JRC realizaba su trabajo, y dispensó decenas de miles de kilos de trigo para alimentar a las tropas. La relación con los círculos nobiliarios solía ser habitual; el gran empresario Nicolás de Escoriaza y Fabro había obtenido el título de Vizconde de Escoriaza tiempo atrás; su hermano Manuel de Escoriaza, también poderoso empresario, contribuyó con fuertes cantidades de dinero. Los hermanos Izuzquiza Arana no andaban a la zaga en cuanto a entregas económicas; eran personajes bien conocidos de la burguesía zaragozana, como podía serlo un joven Luis Gómez Laguna, falangista, comerciante de tejidos en su negocio familiar, abogado y después propietario de una inmobiliaria, que donó 50.000 pesetas y además se implicó militarmente en el esfuerzo bélico, primero como voluntario en las escuadras represivas de Falange, luego como intérprete de la Legión Cóndor, y finalmente al mando de una compañía de esquiadores [128].

[126] Véase esquela en *El Noticiero* (10/XI/38). El Marqués había participado en política con el Partido Conservador (maurista), y se destacó como católico-social. Además, participaba de diversos intereses económicos: fue presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana y del Sindicato Iniciativa, consejero de la Caja de Ahorros, etc.

[127] Mercedes Otal Claramunt, Marquesa de Artasona, tenía en propiedad más de 1.000 hectáreas en la provincia de Huesca; murió el 7 de noviembre de 1937: esquela en *El Noticiero* (23/XI/37). El Duque de Villahermosa, propietario de la harinera de Binéfar, poseía unas 8.000 hectáreas, la mayoría en una zona que en el verano de 1936 fue ocupada por las milicias anarquistas.

[128] Soláns empezó a contribuir en dinero y en material desde julio de 1936. Los mayores contribuyentes en BUENO MADURGA, J. I.: *Zaragoza…, op. cit.*, pp. 92-93. Sobre Pérez Cistué, que además presidía

La lista podría extenderse mucho más, pero así es suficiente para confirmar que las grandes aportaciones económicas que sostuvieron desde los primeros momentos a los golpistas de Zaragoza procedieron de los mismos espacios sociales y económicos, de la misma red de intereses que definimos en el apartado anterior: grandes propietarios, empresarios, abogados, accionistas bancarios, etc. Vínculos familiares y de amistad o asociación configuraban esa malla reticular y la hacían fuerte. Esos mecanismos también ayudan a explicar el éxito del impulso recaudador. Ayudan a entender los procedimientos y a explicar casos como el de María Portolés, madre del cineasta Luis Buñuel. Esta mujer había heredado la enorme fortuna que su marido había hecho en la Cuba anterior a 1898; con ese dinero solía ayudar generosamente a familias o personas necesitadas, además de mantener en una acomodada vida a sus hijos en su casa de Paseo Independencia, en un ambiente conservador y religioso. Al parecer, Francisco Palá, que había trabado amistad con la familia en su etapa como notario en Calanda (donde los Buñuel veraneaban), había sido «quien aconsejó a la viuda que diera a Luis los cinco mil duros que necesitaba para hacer su primera película» (*Un chien andalou*, 1929). Siendo ambas familias amigas y vecinas de Paseo Independencia durante los años treinta, es muy probable que Palá consiguiera convencer a María Portolés, aprovechando su dadivosidad, de donar las 10.000 pesetas que finalmente entregó a la JRC el 11 de agosto de 1936, a pesar de que la obra artística de Luis repugnaba a la ultraderecha, éste se había destacado como partidario de la República, y su madre siempre mostró gran antipatía por el general Franco[129].

En definitiva, parece claro que la aristocracia aragonesa y la alta burguesía zaragozana, que descansaban sobre una amplia y densa red de sociabilidad,

la Casa de Ganaderos, en FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *op. cit.*, vol. 2, pp. 21, 22 y 266. Sobre los Escoriaza Fernández Clemente dice «quizá el nombre más representativo del mundo zaragozano de los negocios haya sido, durante muchas décadas, el de los Escoriaza»: *ibidem*, vol. 3, p. 35. Otros de los mayores contribuyentes que cedieron mucho dinero a la JRC fueron Francisco Martín y Martín y José Carbo Escorihuela (éste además era vocal del Banco de Crédito de Zaragoza). En toda la zona sublevada los empresarios tuvieron el mismo papel, contribuyendo significativamente a favor de la causa franquista: TORRES VILLANUEVA, E.: «Los empresarios: entre la revolución y la colaboración», en MARTÍN ACEÑA, P. y MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.): *op. cit.*, pp. 431-460. El testimonio de Gómez Laguna, que se afilió a Falange en enero de 1935 [sic], «cuando un amigo suyo de Falange fue asesinado por tres tiros en la espalda en la Cafetería Baviera» (probablemente refiriéndose al tiroteo contra Manuel Baselga de Yarza en enero de 1934), en *Heraldo de Aragón* (18/VII/1986).

[129] Agradezco a Mar García Buñuel los comentarios sobre María Portolés y su familia. La relación de los Palá con los Buñuel, relatada por la hija de Francisco Palá en VVAA: *Homenaje…, op. cit.* No obstante, Conchita Buñuel ha contado que fue ella quien convenció finalmente a su madre de dejarle el dinero a Luis Buñuel para rodar su primera película, véase FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *op. cit.*, vol. 4, p. 352. En todo caso, se comprende que en esta ocasión y en muchas otras fueron los lazos y conexiones de amistad o parentesco las que facilitaron la entrega de dinero a los sublevados por parte de una burguesía que podía ser indiferente o desafecta al proyecto político de aquellos, aunque se veía empujada por la situación bélica.

fueron las protagonistas y sustentantes del esfuerzo económico de los sublevados, el cual era imprescindible para destruir el Estado republicano. Es significativo, en ese sentido, el siguiente dato: según nuestros cálculos, las aportaciones de 30 individuos (que supondrían un 0,01% de la población activa de la provincia en 1930), los mayores y más generosos donantes (empresarios, grandes propietarios, accionistas, como hemos descrito), sumaron 3 millones de pesetas, el 15% del total recaudado por la Junta hasta abril de 1939 a través de la imposición de pagos a toda la población.

No obstante, existió lo que vamos a delimitar como un segundo bloque del apoyo económico a la sublevación. Las clases medias, o pequeña burguesía, soportaron el peso del verdadero sacrificio económico bélico. Eran aquellos pequeños o medianos empresarios, comerciantes, profesionales liberales o empleados, a los que se impusieron cuotas, por lo general muy exigentes, o que donaron con sinceridad una parte de sus ahorros en beneficio del bando «nacional». En este aspecto hay que insertar el dato de que, en toda la España sublevada, a raíz del decreto de la Junta de Defensa Nacional núm. 69 de 26 de agosto de 1936, se dispuso que a todos los funcionarios del Estado se les detraerían 2 días de haber de sus sueldos, en lo que era la primera de las nuevas figuras impositivas que ideó la Hacienda «nacional»[130]. Pueden constatarse, por otro lado, numerosos ejemplos de comerciantes o pequeños y medianos empresarios o propietarios urbanos que con su generosidad evidenciaban su apuesta por la reacción antirrepublicana en marcha. Recordando de nuevo a la familia de Fermín Ester, propietarios de un pequeño pero próspero comercio, encontramos que la viuda de Fermín Ester donó más de 30.000 pesetas a las arcas rebeldes a través de diferentes suscripciones durante toda la guerra. Balbina Palomar Mur poseía algunos edificios de viviendas en la ciudad y cumplió con un pago de 10.000 pesetas; parecida cantidad transfirió Joaquín Ceresuela, propietario de la conocida Posada de las Almas. Pueden señalarse comerciantes de los barrios burgueses de la ciudad, como Ángel García Sánchez, los hermanos Delmás Moya, la viuda de Victoriano Carboné, Ángel Faci (ex somatenista), o el renombrado confitero Antonio Fantoba. El empresario de la industria eléctrica Joaquín Guiral; el pequeño industrial Florentín Baraza; el fabricante de gaseosas y propietario del conocido bar Espumosos (sito en Paseo Independencia), Hermenegildo Aguaviva; o los propietarios y caseros hermanos Pedro y Venancio Laín Carreras; todos ellos con donaciones de 4 cifras, son otros simples ejemplos de una lista que no es necesario extender más; aunque cabe anotar también la constante aportación de dinero de las asociaciones patronales y gremiales, especialmente de la Federación Mercantil

[130] PONS, Mª A.: *art. cit.*

Aragonesa y de la Cámara Oficial de Comercio e Industria, y de algunas sociedades de profesionales liberales[131].

Pagaron sus cuotas, normalmente con suma docilidad, muchos otros pequeños burgueses de la ciudad, pero hubo quien además demostró su buena disposición hacia los golpistas de otras maneras, ofreciendo su colaboración. Particulares intentaron congraciarse con las nuevas autoridades, con propuestas que solían significar un buen negocio para ambas partes. De nuevo la actitud oportunista se asoma entre estas obras; puesto que resultaba una buena manera de dejar por sentada la adhesión, y contar con pruebas que eximieran de cualquier represalia. Acudir a calentarse bajo las faldas de la nueva autoridad impuesta, empujados por un contexto represivo y de inseguridad, podía tener sus ventajas en un futuro; eso también motivaba a estos individuos que, con sus pequeñas colaboraciones, a veces más simbólicas que valiosas si las consideramos aisladamente, generaron un volumen sustancioso de recursos materiales. Lo más común fueron las entregas de alimentos en los almacenes de víveres de la JRC; pequeñas, o grandes como las de los vagones de trigo que entregaron Rafaela Aínsa, o Juan Colón (éste en lugar de las 5.000 pesetas de su cuota); pero también de mantas, ropas u objetos diversos. Varios propietarios urbanos cedieron sus edificios a la JRC. Pedro Arbonés propuso transferir la propiedad del inmueble que poseía en calle Delicias 101-103-105, con todos los derechos incluidos, resolviendo así el problema de la hipoteca que pesaba sobre él; no obstante la Junta sólo aceptó recibir el líquido de las rentas del edificio, pues consideraba que era «desproporcionada la donación» y «excesivo el sacrificio». Pilar Lafiguera cedió el piso principal de Torre Nueva, 44, para que fuera instalado allí el servicio de recepción y reparto de donativos en especie. Otros pequeños empresarios decidieron trabajar en beneficio de la sublevación, como varios impresores (Ángel Marco, Ernesto González Torre) que confeccionaron y vendieron postales patrióticas en beneficio de la suscripción, o el churrero Francisco Civera, que entregaba 100 churros diarios para los hospitales militares. Cinta Bestratén, propietaria de una casa de prostitución muy visitada por soldados de permiso o acuartelados en Zaragoza, también donó importantes cantidades asiduamente[132]. Este proceso, que se extendía conforme la guerra marchaba cada vez mejor para los sublevados, también significó otra vía hacia la integración de las masas en el nuevo régimen, pues iba vinculando veladamente a la población con el nuevo poder.

[131] Todos estos ejemplos, y muchos otros más, surgen a través de la investigación del material documental citado, contrastado con otras fuentes de información, bibliografía especializada ya citada, Gran Enciclopedia Aragonesa, etc. Donaciones de los Colegios (Colegio Oficial de Médicos, Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón y La Rioja, Colegio Oficial de Procuradores, Colegio Oficial de Farmacéuticos), destacando las 135.000 ptas. de los médicos, en varias Actas: AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (14/VIII/36, 19/VIII/36, 26/VIII/36, 2/X/36).

[132] AMZ, c. 5873, c. 50418, Libros 1º y 3º de Actas (Actas 11, 15, 17/VIII/36, 24/IX/36, 3/IV/37).

En conjunto, el mundo empresarial aragonés fue uno de los pilares sobre los que se sostuvo el esfuerzo bélico sublevado; pero la implicación no fue homogénea para todos los sectores y categorías empresariales. Los dueños de comercios y empresas de todos los tamaños por lo general no tuvieron reparos en sumar su adhesión a la sublevación tarde o temprano; pero, de todo esto, lo que resulta más relevante es dar cuenta de la inestimable colaboración del sector industrial/comercial textil (incluidos subsectores) con la causa rebelde. Fue este sector económico el más beneficiado en Aragón por la situación de guerra. Careciendo la España «nacional» del mayor núcleo industrial textil de la península, Cataluña, y debiendo vestir y equipar a todo un ejército, la industria y el comercio textil aragonés tuvieron su ocasión de prosperar y enriquecerse. Este sector, poco concentrado en nuestra región, se echó totalmente a los brazos de los militares (de guerrera y borceguíes) y fascistas (de camisa azul y boina roja), y a ello ayudaban el anticatalanismo económico y la previa orientación derechista de unos medianos y pequeños empresarios y comerciantes que tenían su mejor clientela en la burguesía acomodada de traje y corbata. Según la COCI, durante la guerra se entregaron a los militares 4.402.559 prendas. Es significativo que en el primer número de *Amanecer*, el diario falangista zaragozano aparecido en agosto de 1936, la mayoría de los anuncios insertos en sus páginas correspondieran a comercios de tejidos. Como ejemplo de ese esfuerzo del sector económico textil a favor de la causa sublevada valgan las propias atropelladas palabras del empresario Francisco Madurga, dueño de la fábrica de tejidos Casa Madurga, que había puesto sus locales y vehículos al servicio de la Acción Ciudadana y que no daba abasto a confeccionar ropa militar: «ya que a lo que estamos es a servir al Ejército y a evitar en lo posible el paro obrero y para lo cual ya he empezado por 'volcarme' poniendo lo primero todo lo que el capital a mi alcance me ha permitido habiendo con ello dado un ejemplo que acaso no todos han hecho» [*sic*]. En el contexto represivo, además, cualquier mínima divergencia de opinión quedaba en evidencia; la Sociedad de Maestros Sastres «La Confianza» remitió a la Junta una relación de 55 sastres zaragozanos (nombre y dirección) que no habían contribuido a su donación por no ser socios de esa entidad[133].

[133] AMZ, c. 5926, carta de Madurga (5/II/1937). La Confianza en: AMZ, c. 5893, documento sin fecha. Sobre el sector textil: GERMÁN ZUBERO, L.: «El auge de la industria textil zaragozana durante la guerra y postguerra civil española», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, núm. 6 (1981-1982), pp. 213-223. ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, p. 184 ha sido quien ha señalado la mayor cercanía de sastres e impresores a las clases burguesas, siendo los sectores medios más proclives al radicalismo fascista. En *Amanecer* (11/VIII/36) se anunciaron estos comercios textiles: Sastrería La Confianza, Sobrinos de C. Valero, Casa Barranquero, Pelegrín y Tardío, Corsetería Victoria, Las Nuevas Sederías (Rafael d'Harcourt), Almacenes de Aragón (P. Cativiela), Galerías Lyonesas, Grandes Almacenes del Pilar. Aparte, se anunciaban la Industrial Licorera de Salvador Bello, y la ferretería-carbonería Viuda de Victoriano Martínez. Varios de estos anuncios publicitarios insertaban frases como «¡¡Arriba España!!»; y los propietarios de los

En un tercer bloque se debe hacer referencia a la contribución de la clase obrera, de los asalariados y de las clases bajas zaragozanas en las recaudaciones. En los libros de registro de los almacenes de la JRC y en sus actas se pueden encontrar reseñadas también las pequeñas entregas de ciudadanos de extracción social inferior bajo etiquetas tales como «un obrero»; aunque no fueron muy comunes. Fue más habitual la entrega, de manos de los pequeños patronos, de cantidades educidas de los sueldos de sus empleados o reunidas en colectas realizadas entre estos. Solía ocurrir especialmente en las pequeñas y medianas empresas, cuyos propietarios, como hemos señalado, en este periodo se habían acercado en buen número al conservadurismo y al radicalismo fascista, y en donde las relaciones de patronazgo y dependencia eran mucho más acusadas. De este modo, a finales de agosto de 1936 el patrono Eusebio Aguilar notificaba que había acordado junto a sus obreros trabajar una hora más en beneficio de la JRC; los obreros del taller de joyería de Pedro Faci, por las mismas fechas, acordaron «espontáneamente» trabajar la tarde del sábado para engrosar la suscripción; los obreros de los talleres de Anastasio Oliván entregaban el 10% de sus jornales; lo mismo ocurrió con los empleados y obreros de fábricas y empresas como las de Antonio Pérez Otal, Francisco Vera Ilundain, viuda de Bernardino Abós, o Joaquín Guiral. Esta estrategia recaudadora resultaba tan provechosa que la JRC decidió hacer, a través de prensa y radio, una «invitación» a todos los patronos de la ciudad para que recaudaran cuotas que «voluntariamente» acordasen entregar sus obreros o dependientes. A lo largo de 1937 pueden seguirse estas aportaciones también por la prensa[134].

En las grandes empresas, a las que además se imponía una cuota como entidad, también se obligó a empleados y obreros a contribuir con un día de haber mensual a la suscripción nacional. Por ejemplo, la gran Eléctricas Reunidas de Zaragoza S.A., había contribuido, a la altura de septiembre de 1936, con 500.000 pesetas de sus fondos, y las aportaciones mensuales desgravadas de los salarios entre agosto de ese año y febrero de 1937 sumaron más de 30.000 pesetas. En noviembre de 1936, los obreros de Acumulador Tudor ya habían hecho quince aportaciones con lo despojado de sus sueldos[135]. No es probable que los trabajadores aceptaran jubilosos esos requerimientos, sino más bien lo contrario. En definitiva, resulta mucho más difícil de demostrar la voluntaria

mismos comercios se encuentran con facilidad en las listas de donaciones «patrióticas». Otros documentos que muestran el abastecimiento de textiles y materiales por parte de los pequeños y medianos comercios zaragozanos en AMZ, c. 50422, Libro de entrada y suministros de material textil.

[134] AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 24, 29/VIII/36, 29/IX/36). Véase también, por ejemplo, *El Noticiero* (10/III/37, 26/VI/37). La joyería de Pedro Faci se lucró además vendiendo medallas, condecoraciones militares e insignias del sagrado corazón.

[135] AMZ, c. 5944, relaciones de donativos; c. 5887, relaciones de suscriptores; c. 50420, Libro de recaudaciones, diario 2. *El Noticiero* (11/XI/36).

participación de la clase obrera en las suscripciones, aunque en la prensa, sobre todo en *El Noticiero*, suelen encontrarse menciones de la generosidad de gentes humildes que dan pequeñas cantidades de dinero, hecho que se tendió a magnificar y tergiversar. Las clases trabajadoras se vieron afectadas igualmente por los impuestos de guerra, como vemos, porque resultaba muy difícil escapar a ellos en el contexto represivo; los vínculos existentes de dependencia y sometimiento se reforzaron enormemente en esta coyuntura. A través de una carta enviada a la JRC desde la Granja Casetas de Lierta, de Cartuja Baja (Zaragoza), el 29 de diciembre de 1936, la servidumbre de una de las fincas propiedad de Carmen Yarza, «habiendo recibido como los demás años, de la bondadosa Sra. el aguinaldo de Navidad, dedica[ban] para la Junta de Defensa Nacional» varias pequeñas cantidades. La carta la firmaba el capataz o «encargado» de la finca, que aportaba 200 pesetas, 100 pesetas entregaba el hijo de éste, también trabajador del lugar, y a continuación los siete sirvientes de la propietaria donaban entre 7 y 2 pesetas cada uno. Podrían agregarse más ejemplos de sirvientes que eran inducidos a colaborar de un modo u otro[136].

La colaboración de la clase obrera en el proceso de sostenimiento económico de la sublevación se consiguió a través de la fuerza, mediante la represión, y mediante los vínculos de dependencia y subordinación que operaban desde las redes sociales burguesas en sentido vertical, dominando socialmente a las clases trabajadoras. Esas relaciones de dependencia tendieron a acentuarse en un contexto en el que hasta de los bolsillos de los cadáveres eran extraídos monedas y billetes para aumentar la suscripción nacional; y el miedo se apoderaba de las barriadas obreras. Incluso en más de una ocasión presos gubernativos hicieron llegar a la JRC cantidades de dinero. Aunque un titular de *El Noticiero* rezaba a mediados de agosto de 1936 «Todas las clases sociales acuden con generoso entusiasmo a la suscripción patriótica», la voluntariedad de las donaciones de la clase obrera era totalmente irreal y más aún el supuesto «entusiasmo»; las coacciones eran algo cotidiano, y las motivaciones de los obreros para hacer sus entregas, por lo general, no tuvieron nada que ver con una armonía de intereses con el bando sublevado, aunque sobre este tema volveremos otra vez más adelante[137].

[136] AMZ, c. 5944, donativos.

[137] En alguna ocasión se remitió a la JRC el dinero recogido de personas fusiladas o de cadáveres hallados: AMZ, c. 50418, Libro 2º de Actas (Actas 8, 24/X/36). En *El Noticiero* (25/VII/36), en la plena vorágine de asesinatos y detenciones tras el golpe se señalaba que incluso el barrio San José, de predominio obrero, «cobijo de pistoleros, atracadores y extremistas» según el diario, daba muestras de «simpatía», haciendo el saludo fascista y vitoreando a las rondas de vigilancia. Titular mencionado, en *El Noticiero* (15/VIII/36). Colecta de reclusas de la Cárcel Provincial en *Amanecer* (14/II/37). El *Heraldo Bilbilitano* de Calatayud mostraba el 24 de septiembre de 1936 una «relación nominal de los detenidos que voluntariamente se honran con poder contribuir a la suscripción nacional para el Glorioso Ejército», muchos de los cuales serían luego fusilados (agradezco a Nacho Moreno Medina este dato).

Como veremos también, fue en los pueblos donde más se agudizaron las presiones recaudatorias a través del sistema de Juntas Locales ya descrito, aunque del medio rural procedió una gran cantidad de apoyo material. Los convoyes de víveres fue una de las realidades más impactantes durante los primeros meses de la guerra. Desde muchos de los pueblos de la retaguardia zaragozana zarparon columnas de vehículos, camiones y coches, repletos de alimentos y de materiales. Con la mayor pompa posible, a la cabeza una orquesta, con pancartas y banderas, y con la correspondiente representación del alcalde, las fuerzas de Falange y de la Guardia Civil de la localidad, Margaritas y Pelayos, los convoyes llegaban a la ciudad para ser recibidos «entre vítores». A continuación, el espectáculo solía dirigirse al templo del Pilar para hacer ofrenda a la Virgen, y después entregaban los víveres en los almacenes de la JRC. En *El Noticiero* se publicaron extensos artículos describiendo los «gloriosas» caravanas, incluyendo fotografías, con el exacerbado estilo propagandístico que caracterizó al lenguaje periodístico en esos meses. De hecho, las cantidades acumuladas en poder de los militares fueron realmente abultadísimas; toneladas de trigo, arroz, azúcar, conservas, miles de litros de vino o aceite, animales de granja, etc. Con todo ello, a finales de 1936 se habían podido enviar un total de 192 convoyes al frente, valorándose el importe de lo enviado en 750.000 pesetas[138].

Igualmente intensa y exigente fue la recaudación de oro emprendida con urgencia por orden del alto mando militar. Era muy necesario contar con reservas de oro si se quería emprender una guerra larga contra una República que había mantenido bajo su poder las reservas áureas del Banco de España; de igual manera que se procedió a la recaudación de divisas. Tras publicarse en la prensa el llamamiento del general Franco para la entrega de oro a principios de agosto, se puso en marcha una campaña propagandística muy apasionada con ese objetivo. Hombres y mujeres debían dar «por España» sus joyas y alhajas; conservar en el dedo la alianza de matrimonio podía ser considerado un indicio de traición:

> Es un judío quien en estos momentos guarda el Oro, cuando la Patria lo necesita. ¡Entregue Vd. el que tenga!

Se insistía en entregar hasta la más pequeña pieza de oro en las oficinas de la Caja de Ahorros, y se publicaban las listas de donantes, especificando los anillos, pendientes, collares y otros objetos de oro entregados. A principios de septiembre se anunciaba que se habían reunido ya 145 kilos de oro, que se entregarían a la Junta Nacional de Burgos. La campaña fue común a toda la España sublevada, y quedó como una de las realidades más recordadas de la

[138] Diversos ejemplos en la prensa: *El Noticiero* (15, 18, 19, 21, 25/VIII/36, 11, 15/IX/36).

vida cotidiana durante la guerra civil[139]. Sin embargo, si revisamos los documentos producidos por la JRC de Zaragoza donde se anotan los donantes y donaciones de oro, comprobamos que el alcance de esta empresa no fue de excesiva profundidad social: de nuevo, fueron los mismos estratos burgueses y aristocráticos los que principalmente aportaron el oro. Así por ejemplo, Luis Pérez Cistué, propietario al que ya conocemos, entregó dos lingotes en octubre de 1936; el arzobispo Doménech, mucho antes, había donado su propio reloj de oro a las arcas golpistas, y el Cabildo Metropolitano también entregó material dorado; pero sobre todo, numerosas mujeres, esposas y viudas de la alta y baja burguesía zaragozana, junto a sus maridos a veces, fueron quienes más realizaron entregas de sus alianzas matrimoniales, medallas religiosas, etc. No muchos poseían objetos del tan preciado metal en la Zaragoza de la época, y de los que lo poseían solieron ser reticentes a entregarlo. Se hizo un llamamiento incluso a los ilustres aragoneses que poseían una Medalla de Oro de la Ciudad, de los cuales, algunos prefirieron entregar otros objetos a cambio[140].

Estas referencias nos conducen a profundizar en tres aspectos importantes del apoyo social a la sublevación en Zaragoza. Nos referimos al papel de la Iglesia; a la contribución de intelectuales y de la Universidad de Zaragoza; y al componente de género que tuvo el apoyo social, con las distintas contribuciones de mujeres al triunfo y consolidación del golpe de Estado.

Como es bien conocido, en la madrugada del 3 de agosto de 1936 un solitario avión bombardeó fallidamente, pues las bombas no explotaron, la basílica del Pilar de Zaragoza. El hecho fue mitificado e instrumentalizado por los sublevados, calificándolo como «milagro», lo que significó profundos y perennes réditos para legitimar su propia causa a ojos de la población. Muy pronto se hizo una extensa propaganda del suceso, celebrándose enseguida la primera gran ceremonia de desagravio; ese mismo día, se observa un ligero incremento en el número de donantes de las listas de recaudación, con cantidades modestas. La plaza del Pilar se convirtió en el centro de gravedad espiritual para la sublevación zaragozana, a donde invariablemente acudían las visitas de personalidades golpistas, como Millán Astray o Mola, y todo tipo de peregrinaciones que depositaban flores en torno a la huella «en forma de cruz» que había dejado la bomba caída en la plaza, mientras las multitudes posaban en las fotos haciendo el saludo fascista. Es indudable que todo esto supuso para los sublevados un aldabonazo en la capta-

[139] Véase DÍAZ-PLAJA, F.: *La vida cotidiana en la España de la guerra civil*, Madrid, Edaf (Clío), 1994; de donde se ha extraído el titular (p. 173). Otro ejemplo en ABELLA, R.: *La vida cotidiana durante la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 1973, p. 193. En Zaragoza fue en *El Noticiero* donde más se publicaron ese tipo de artículos: por ejemplo, «Oro di, por España» (8/VIII/36). También véase AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 6, 10, 15/VIII/36).

[140] *El Noticiero* (18/VIII/36). AMZ, c. 5872, Comprobantes de la suscripción de Defensa Nacional.

ción de apoyos de masas; el pueblo zaragozano empezó a percibir que estaba unido a los golpistas en su condición de receptor de los ataques armados por parte de las fuerzas leales a la República; y además, muchos pudieron empezar a creer que realmente el «milagro» del Pilar significaba que uno de los dos bandos gozaba de protección «divina». Las guerras y catástrofes siempre han significado la agudización de supersticiones y sentimientos religiosos, como refugio psicológico ante el miedo y las desgracias; pero lo que realmente más hizo posible esta propensión, fue la legitimación otorgada por la Iglesia católica a la causa rebelde[141].

Aunque las motivaciones religiosas habían estado ausentes de las proclamas y manifiestos golpistas de los primeros días, y las causas fundamentales que movieron a los militares no eran tampoco de esa índole, la Iglesia no tuvo ninguna duda, salvo muy contadas excepciones, a la hora de echarse en brazos de los sublevados en todo el país. La identificación de catolicismo con el conservadurismo en un sentido amplio permitió convertir la religión en una justificación perfecta para la sublevación contra una República anticlerical. Como ya señaló Frances Lannon, el catolicismo fue el nexo de unión de las diferentes derechas[142]. Por eso no cabe extrañarse de que en Zaragoza el arzobispo Doménech ya enviara el 7 de agosto un escrito a la JRC ofreciendo su colaboración y pidiendo que se le señalara la cuota con la que debía contribuir; recibió a los delegados de la Junta al día siguiente con «fraternal cariño y acendrado afecto», iniciando una serie de buenas relaciones; tres días después declaraba en público que la violencia del fascismo se hacía «lícitamente en beneficio del orden, de la paz, de la Patria y de la Religión»[143].

Pese a que, por otro lado, el apoyo de la Universidad de Zaragoza y (por tanto y además) de algunos intelectuales a la sublevación no tendría tanta tras-

[141] Aparte de la prensa, que extensamente narró todos esos hechos, puede verse IZQUIERDO TROL, F. («ORLANDO»): *Patria y Fe. Horas de España junto al Pilar*, Zaragoza, Ed. «Heraldo de Aragón», 1937, especialmente pp. 30-51. Toda esa obra, escrita por un sacerdote, es un buen ejemplo de la ideología de la Cruzada y de la exaltación religioso-patriótica en torno al símbolo del Pilar. Otras fuentes: GARCÍA MERCADAL, J.: *Frente y Retaguardia (Impresiones de guerra)*, Zaragoza, 1937, pp. 86-92; COLÁS LAGUÍA, E. y PÉREZ RAMÍREZ, A.: *op. cit.*, pp. 70-96 para el bombardeo y desagravios. El calado del discurso ideologizador de la Iglesia y su legitimación de la sublevación, a través del caso oscense, en SALOMÓN CHÉLIZ, Mª P.: «La defensa del orden social: fascismo y religión en Huesca» en CASANOVA, J. *et alii*: *op. cit.*, pp. 127-165.

[142] LANNON, F.: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975*, Madrid, Alianza, 1990 (1ª ed. 1987), pp. 235-263; y de la misma autora: «La Cruzada de la Iglesia contra la República» en PRESTON, P. (dir.): *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 41-58. Sobre la profunda implicación de la Iglesia católica en la España de Franco y en los mecanismos represivos, ver CASANOVA, J.: *La iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

[143] AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas de la Junta Recaudatoria Civil, (actas 7, 8/VIII/1936); AMZ, c. 50417, Registro general de entrada; *El Noticiero* (11/VIII/1936). Durante la guerra hubo un cuerpo armado de Seminaristas Combatientes, que se comunicó con la JRC con motivo de encontrar alojamientos «apropiados para la dignidad sacerdotal»: AMZ, c. 5933, Informes y comunicaciones.

cendencia como el otorgado por la Iglesia católica, es difícil soslayar el beneficio que trajo a su causa en distintos aspectos. Se conocen bien las colaboraciones de algunos miembros de la jerarquía universitaria zaragozana, cuyo caso más conocido fue el del rector Gonzalo Calamita Álvarez. Éste ya puso en las primeras horas del 19 de julio todos los elementos universitarios a disposición de Cabanellas, y se convirtió en asesor de la Junta de Defensa Nacional, teniendo un papel esencial en el proceso de depuración de la enseñanza. Fueron destituidos y dados de baja los catedráticos y profesores desafectos o considerados izquierdistas, llegándose a fusilar a alguno de ellos. La Universidad de Zaragoza permanecería clausurada y al servicio de los militares, dando un impagable apoyo logístico, especialmente desde las facultades de Medicina y Ciencias. Profesores de Derecho como Manuel Lasala, Luis del Valle o Miguel Sancho Izquierdo, se encargaron de colaborar en la censura de prensa. Conforme se alargó la guerra, se iniciaron una serie de conferencias y cursos cuya materia, coincidente plenamente con el magma ideológico de la coalición rebelde, con justificaciones de la Cruzada y alabanzas a los regímenes totalitarios y al corporativismo, auguraba en qué iban a convertirse las instituciones educativas de la dictadura[144].

Otros intelectuales, no directamente relacionados con la Universidad, aunque pertenecientes a los mismos círculos de sociabilidad, también mostraron su adhesión al «Movimiento patriótico». Cabe recordar que personajes muy comprometidos con el naciente régimen como Miguel Allué Salvador (presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza desde agosto de 1936), o Miguel López de Gera, eran personas procedentes de esos mismos espacios y formadas en ellos. El padre de este último, el pedagogo Marcelino López Ornat, junto a su compañera de pedagogía, la anciana María Díaz Lizarde, dieron «ejemplo» público entregando sus Medallas de Oro de la Ciudad (como hicieron Allué y López de Gera) al Tesoro «nacional». El también pedagogo Guillermo Fatás Montes hizo lo propio, además de enviar al alcalde una patriótica carta de adhesión que se publicó en la prensa:

> Querido Miguelito: Secundo tu feliz iniciativa entregándote mi medalla de oro. Te ruego que la juntes con la de tu buen padre. No pudieron sospechar los que nos las regalaron que tendrían una aplicación tan noble y patriótica. Era la única manera de corresponder al honor del obsequio. Me basta con el acuerdo que generosamente tomó el Ayuntamiento de concederme tan alta distinción y con el saludo filial de tantos discípulos que con mono, gorra militar, el indispensable fusil, enorme entusiasmo y loca alegría, ofrendan su vida por Dios, por España y por la civilización. ¡Mis hijos, mis discípulos y mi medalla! pero aun me queda otra cosa, siquiera de menos valor: mi vida.

[144] CARRERAS ARES, J. J.: «Epílogo: La Universidad de Zaragoza durante la guerra civil» en VVAA: *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 419-434.

> Serena y reflexivamente la ofrezco a cambio de la de cualquiera de ellos en todo caso más importante que la mía. Y si llega el momento de necesitarme la Madre Patria, la buena, culta y honrada, la naciente España, sin requerimientos de nadie, ni uniforme, ni educación militar, pero con entusiasmo y poseído de mi deber ciudadano, cogeré un fusil y me confundiré con mis hijos y discípulos, bien seguro de que no faltará ninguno. [...]

Como sabemos, Guillermo Fatás, que se dirigía al primer magistrado de la ciudad «con la familiaridad de toda la vida», tenía a su hijo Guillermo Fatás Ojuel combatiendo como voluntario desde el mismo 18 de julio. De la misma manera que él, entregando sus Medallas u otros objetos a cambio, y también colaborando de distintas formas y haciendo donaciones, obraron unos cuantos escritores, arquitectos, químicos, etc.[145]

Para entender estas adhesiones de intelectuales y científicos a un proyecto antidemocrático, de violencia, y de tipo fascista, es preciso, en primer lugar, referirse a las características del entorno universitario y cultural de la época. Décadas antes de la guerra, la Universidad de Zaragoza, en su reducido edificio de la Magdalena, había sido una institución sumamente elitista y elevada, donde solamente se formaban los hijos de la flor y nata burguesa de la región, a semejanza de lo que todavía eran las Universidades por todo el país. Hacia los años veinte, la Universidad de Zaragoza es todavía «una universidad pequeña, donde todo el mundo se conoce, donde estudiar es aún una actividad casi familiar». Sus facultades, especialmente la de Derecho, estaban dominadas por un grupo de profesores social-católicos (Inocencio Jiménez, Salvador Minguijón, etc.), y otros más modernos, pero decididamente conservadores (Luis del Valle, Gil y Gil); por lo que es fácil comprender la simpatía con la que la institución recibió la dictadura de Primo de Rivera. En este ambiente se formaron, como ya se ha señalado, personajes como José Calvo Sotelo, Francisco Palá, José María Sánchez Ventura, el carlista Jesús Comín, o Miguel Sancho Izquierdo; estos dos últimos en los años veinte, además, ocuparían cátedra universitaria, manteniendo la línea conservadora en la que se habían formado. Si comparamos los recuerdos de Sancho Izquierdo acerca de su etapa universitaria con los que recoge en sus memorias un José María Gil Robles sobre su paso por la Universidad de Salamanca, puede comprobarse la añoranza con que ambos describían la experiencia de un ambiente conservador, sosegado y jerárquico; ambos personajes coincidieron durante la II República en el mismo partido político.

Hay más; la llegada del régimen republicano no significó, al menos en Zaragoza, una «democratización» del ámbito universitario; no se produjo ningún

[145] *El Noticiero* (20, 21/VIII/36); la lista completa de Medallas donadas en AMZ, c. 5951, Inscripciones y donativos. Relación de los señores que han entregado la medalla de oro de la ciudad.

incremento especialmente significativo del número de alumnos: si en el curso 1924-25 fueron poco más de 2.000 los alumnos de las cuatro facultades, en el de 1931-32 eran aún 2.300, y sólo alcanzarían más de 3.000 a partir de 1933-34 (lo que llevó a comenzar la construcción de un nuevo campus universitario en 1935). Asimismo, aunque una serie de profesores de tendencia más progresista había conseguido hacerse un hueco en la institución, tanto el rectorado como los decanatos estuvieron copados por los más derechistas profesores y catedráticos, círculo que aprovecharía para imponerse sobre los otros con la fractura abierta en julio de 1936. En cuanto al alumnado, como ya se introdujo en un capítulo anterior, contó durante la República con una fuerte presencia del SEU falangista, especialmente en Filosofía y Derecho, enfrentado junto a los estudiantes tradicionalistas de AET contra la FUE, que sólo tenía más fuerza en Medicina. De aquellos estudiantes procedieron muchos combatientes voluntarios del ejército «nacional», que así se labraron, además, un futuro, como fue el caso de un joven Luis Horno Liria[146].

Pero sumándose a esta tradición ideológica conservadora del ámbito universitario y cultural que venía de tiempo atrás, puede comprobarse cómo aquellos destacados profesores y doctos aragoneses no solamente habían participado en el juego político durante la II República, sino que también respondían a importantes intereses económicos. El desarrollo de la región en los años veinte había estado vinculado a grupos de científicos e intelectuales, que se convirtieron en empresarios, participando activamente en los juegos del capitalismo. Gonzalo Calamita era, además de rector y concejal cedista, presidente de Talleres Mercier; el escritor José Valenzuela de la Rosa era miembro destacado de la COCI; el catedrático Luis del Valle, que escribió alabando los regímenes totalitarios, estaba relacionado con el sector azucarero y alcoholero, donde coincidía, entre otros, con el famoso catedrático y periodista de *Heraldo de Aragón* Antonio Mompeón Motos (que fue otro de aquellos destacados donantes), y con el antiguo rector universitario, el médico, escritor y académico de convicción monárquica Ricardo Royo Villanova, que no faltó tampoco a su cita con la recaudación en julio de 1936. Gil Gil y Gil, que fue rector durante la República, siendo miembro destacado del Partido Radical, presidía el consejo de administración de Maquinaria y Metalurgia Aragonesa, era vocal de la Caja de Ahorros, etc.; su profundo compromiso con el nuevo Estado borró su pasado republicano. La lis-

[146] Sobre la Universidad de Zaragoza en la etapa previa a la guerra, FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: «E. La Universidad de Zaragoza durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República», en VVAA: *op. cit.*, pp. 377-418; entrecomillado en p. 379 y estadística de alumnos p. 383. Memorias de SANCHO IZQUIERDO, M.: *op. cit.*; y de GIL ROBLES, J. Mª: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 23-25. El futuro «Jefe» de la CEDA, al comentar sus orígenes ideológicos afirma: «También la vida universitaria ha dejado en mí huellas igualmente profundas». RUIZ CARNICER, M. A.: *art. cit.* y de este mismo autor, *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989.

ta podría extenderse, y viene a confirmar que el apoyo social a la sublevación procedió en Zaragoza de una determinada red influyente de intereses, económicos y políticos, que existía previamente y estaba muy bien trenzada a través de vínculos de amistad, parentesco y asociación, y se movía y se generaba en la red de sociabilidad burguesa[147].

De ese mismo tejido burgués procedieron las mujeres que pusieron todas sus «armas femeninas contra la revolución»[148]. El hecho de que las mujeres, una vez asestado el golpe de Estado, se implicaran activamente junto a los hombres en tareas de diferentes tipos fue algo llamativo, que la prensa resaltó continuamente. Aunque el bando insurgente se declaraba defensor del modelo de género tradicional, llevó a cabo una movilización femenina sin precedentes, que ya procedía de la etapa republicana en la que las mujeres de derechas, sobre todo en torno al catolicismo, se habían movilizado para contribuir al freno y la marcha atrás de las reformas introducidas por una República que les había dado el voto. Los marcos organizativos para ello fueron en Zaragoza, durante la guerra, la Sección Femenina de Falange, las Margaritas de Comunión Tradicionalista, la Sección Femenina de Derecha Aragonesa, Acción Ciudadana y Acción Católica. Aunque en los primeros días pudo verse a mujeres participando en labores de control en la vía pública, cacheando a otras mujeres y niños, la colaboración se orientó a tareas asistenciales, sanitarias y de servicios como la confección y lavado de ropas militares, o en las comisiones de recaudación, mesas petitorias y postulaciones: se trataba de una extensión de sus tradicionales labores. Junto a esto, casos excepcionales como Marina Moreno, la primera mártir falangista, que había muerto en una emboscada cerca del frente de guerra, sirvieron para llevar a cabo un culto a la feminidad, al trabajo voluntario y abnegado de aquellas mujeres cuya procedencia no dejaba mucho lugar a dudas: se trató de las hijas de la alta y pequeña burguesía, educadas en un ambiente conservador y derechista, en las que había influido el discurso contrarrevolucionario, sobre todo a través de los vínculos con sus familiares, hermanos, padres e hijos afectos a la sublevación. «Las condiciones de estancia son un poco duras para algunas de estas muchachas acostumbradas a la vida cómoda y fácil de familia de una cierta categoría social», se decía en un artículo que describía las actividades de confección de la Sección Femenina. Las «madrinas» y madres de combatien-

[147] Datos sobre la pertenencia a entidades económicas conocida a través de varias fuentes, especialmente Germán Zubero, L.: *Elecciones… op. cit.*, vol. 2. Sobre la cuestión del apoyo de la Universidad de Zaragoza y de intelectuales a la sublevación, y especialmente acerca de la contribución a la construcción del entramado ideológico franquista por parte de profesores de la Facultad de Derecho como Sancho Izquierdo y Luis del Valle, puede verse la comunicación de Alcalde Fernández, A.: «El apoyo de la Universidad de Zaragoza a la sublevación militar de 1936», presentada al *I Encuentro de Historia sobre la Universidad de Zaragoza*, en 2008 (en prensa).

[148] Expresión de Blasco Herranz, I.: *op. cit.*

tes fueron una figura muy evocada; María Blázquez Orcáriz, mujer que perdió a dos hijos en la guerra, y otros dos fueron heridos, recibió por ello una medalla, en un gran homenaje a las «madres de combatientes» celebrado en noviembre de 1937[149].

En adición a esto y a la implicación, ya comentada, de mujeres en los mecanismos de la JRC, a través del material investigado se ha podido comprobar hasta qué punto llegó la participación de las mujeres en las donaciones de dinero. Especialmente, fueron las viudas de burgueses las que entregaron generosas cantidades, además de sus joyas. No es baladí señalar que, según nuestros cálculos, las tres más grandes donaciones totales a las arcas de los sublevados zaragozanos fueron las de tres mujeres: Teresa de Covarrubias, Micaela Casanova, a las que ya conocemos, y la acaudalada zaragozana Alejandrina Alpert. Un tercio de las 100 personas que más dinero entregaron fueron también mujeres. Otras de estas señoras fueron Presentación Serrano, viuda de Paraíso; Concepción Arcal, viuda de Marín; la viuda de José Puértolas (un patrono textil muy destacado en los años veinte por su oposición al movimiento obrero); Joaquina Larroya Alejaldre; etc.

Otra conclusión que podría extraerse de estos datos es la elevada edad de los sostenedores del apoyo económico a la sublevación militar, aunque los documentos no permiten confirmarlo pues raramente se consigna la edad de estos personajes. Pero en la Zaragoza de la guerra hasta los niños se vieron implicados y afectados en los engranajes del esfuerzo bélico, cayendo sobre ellos, además, el peso de un fuerte adoctrinamiento ideológico de tipo fascista. Ya a finales de julio de 1936 se formó la Acción Ciudadana Infantil, con el objeto de formar a los niños en los «ideales patrióticos», existiendo también secciones infantiles de Falange y Requetés. Entre los niños de las escuelas, recién purgadas de maestros «rojos» e instalados en ellas los adictos a la sublevación, se recogían colectas para engrosar la suscripción, como por ejemplo pasó «entre los alumnos de la clase de Religión del Instituto Goya». En diciembre, Antonio Mola, presidente de la Diputación Provincial, informó a la JRC: «los niños del Hogar Pignatelli han expresado sus deseos de renunciar por este año a los juguetes con que tradicionalmente se les obsequiaba por la Excma. Diputación destinando el importe de adquisición de aquéllos a la suscripción Nacional»,

[149] Varios trabajos ya han descrito y analizado el papel de la mujer durante la guerra en la zona sublevada de Aragón. GARCÍA ALSINA, M.: «La mujer en la guerra civil española, el Frente de Aragón en la provincia de Zaragoza», *Andalán*, núm. 466-467, 1987, pp. 58-60. BLASCO HERRANZ, I. e ILLION, R.: «Las mujeres en la Guerra Civil en Aragón», en CENARRO LAGUNAS, A. y PARDO LANCINA, V. (eds.): *Guerra Civil en Aragón. 70 años después (Catálogo de la exposición)*, 2006, pp. 181-196. Pero sobre todo, centrándose en la Sección Femenina, BLASCO HERRANZ, I.: *op. cit.* El artículo de prensa citado en *El Noticiero* (31/VII/1936). Homenaje a las madres combatientes: AMZ, c. 5951, Donativos. Fue Pedro Faci el joyero que se encargó de fundir la medalla.

sacrificio que, cuando menos, cuesta creer que hicieran de buen grado; los alumnos de los Escolapios, para esas navidades, recogieron 150 pesetas para aguinaldos que contribuyeran a «hacer menos crudo el heroico trabajo de nuestros valientes soldados»; y en el siguiente día de Reyes, los adultos de las familias Cativiela y Julián recaudaron «en una fiesta infantil familiar» la cantidad de 16 pesetas, que remitieron a la JRC. Evidentemente, la infancia no formó parte de lo que denominamos apoyo social a la sublevación militar, pero las acciones simbólicas de aquellos niños, recogiendo dinero o entregando sus huchas con unas pocas monedas, que eran beneficiosas para la imagen ofrecida por las autoridades y para su bolsillo, fueron inducidas desde los ámbitos y redes sociales de la burguesía que apoyaba el golpe: colegios religiosos o familias conservadoras y fascistas[150].

5. Conclusiones y comparaciones. El apoyo social a la sublevación en 1936

Con los análisis efectuados en este capítulo se han descrito y delimitado los sectores sociales que protagonizaron y sostuvieron el golpe de Estado de 18 de julio de 1936 en la ciudad de Zaragoza. Un golpe que fue dirigido y preparado por un sector de la 5ª División Orgánica del ejército junto a ciertas elites políticas derechistas, pero que tuvo la ineludible necesidad de contar con segmentos amplios de la sociedad civil, tanto para efectuar el asalto al poder y extender una violencia destinada a destruir cualquier tipo de resistencia, como para organizar políticamente la retaguardia y financiar el esfuerzo bélico consiguiente al fracaso del golpe de Estado en gran parte del país.

El apoyo social a la sublevación en Zaragoza provino de una coalición que abarcaba desde los sectores más elevados de la pirámide social, la nobleza terrateniente y los mayores empresarios y propietarios urbanos o rurales de la provincia, pasando por una burguesía acomodada de profesionales de alto estatus y medianos patronos, hasta un sector de las clases medias: pequeños comerciantes, propietarios de talleres, trabajadores de «cuello blanco», etc., que han venido a llamarse habitualmente «pequeña burguesía». En la coyuntura de 1936, para hacer posible la destrucción del Estado republicano dominado por el Frente Popular, era necesaria la colaboración de todos esos sectores.

[150] *El Noticiero* (2/VIII/36). AMZ, c. 50421, Libro 2º de Actas (Actas 14/X/36, 2/XI/36, 19/XII/36); c. 5944, «donativos recibidos en la Diputación Provincial», «Escolapias: Colegio Calasanz», «Instituto Miguel Servet», «carta de Cativiela, 9 de enero 1937». Pedro Cativiela López era un rico comerciante textil; proveedor de sábanas a los militares sublevados (AMZ, c. 50422, «Libro de entrada y suministros de material textil»), anunciaba su negocio en *Amanecer* (11/VIII/36)*r*; era miembro de los Caballeros de Nuestra Señora del Pilar, y falleció dos meses antes de terminar la guerra a los 75 años; esquela en *Amanecer* (2/II/39).

En primer lugar, era necesaria la financiación de los más poderosos y los más ricos, cuyos intereses iban a ser los mejor preservados con el triunfo de la sublevación, junto a la implicación de la burguesía mejor situada. Además de ello, era imprescindible la participación de un sector de la pequeña burguesía urbana, grupo de donde procederían las fuerzas de choque y las masas de la reacción, además de otra parte de los recursos financieros y materiales. Los grupúsculos fascistas que hicieron el trabajo más sucio, imprescindible para el éxito del golpe de Estado, se compusieron esencialmente de individuos de esa extracción social, que contaban con las armas y el dinero que les proporcionaron el ejército y las grandes elites, además de con la bendición de la Iglesia católica y con los argumentos justificativos construidos por algunos intelectuales. Pronto, además, se unirían las masas movilizadas de pequeños campesinos del medio rural que compusieron la base del ejército franquista.

Para entender cómo fue posible esa comunidad de intereses entre las elites de la sociedad y los estratos medios es necesario, en primer lugar, retroceder cronológicamente al menos hasta la etapa de la II República o, si se quiere, hasta el comienzo del periodo de entreguerras. En todo ese lapso temporal se presenció el envite de la reacción conservadora, nacida de las redes de sociabilidad burguesas, frente a la evolución democratizadora que amenazaba a los privilegiados[151]. La llegada de la II República en 1931 significó para aquellas elites la necesidad de edificar una respuesta de masas al reformismo y a las pretensiones de revolución social. La CEDA fue el resultado, reuniéndose bajo esas siglas la elite de la sociedad y amplios sectores sociales intermedios. Fue un éxito que no alcanzaron otras propuestas políticas que, como el carlismo o el falangismo, abogaban claramente por el uso de la violencia para la destrucción de la II República, y planteaban proyectos de sociedad y Estado más revolucionarios, aunque más concretos que el de la CEDA. Todos esos grupos, sin embargo, participaban de una serie de intereses e inspiraciones comunes que, tras la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, hicieron posible la coalición que derribaría la II República definitiva y despiadadamente.

Los vínculos de la alianza de julio de 1936 fueron los mismos que habían hecho posible la conversión de la CEDA en un partido de masas. En primer lugar, fue la *propiedad* la noción sobre la que se cimentó la reacción antirrepublicana. La CEDA ya había conseguido aunar los intereses de los grandes terratenientes españoles con los de numerosísimos pequeños propietarios agrarios, «propietarios muy pobres» pero propietarios al fin y al cabo, a los que la propaganda derechista alertaba sobre los peligros de una supuesta revolución

[151] BUENO MADURGA, J. I.: «La reacción conservadora en la España de entreguerras (1917-1936): el caso zaragozano», *Historia Social*, núm. 34, 1999, pp. 135-156.

social que, decían, iba a proletarizarles y a aniquilar toda propiedad privada, además de destruir la «familia», célula básica de su concepción de la sociedad[152]. El Aragón rural, como sabemos, era por su estructura socioeconómica un buen caldo de cultivo para el éxito de esa estrategia. Algo parecido ocurrió en la ciudad de Zaragoza y en los núcleos más urbanizados y modernos. Allí, un buen número de pequeños propietarios de comercios, inmuebles y modestas fábricas, afectados por la crisis y por las consecuencias de las luchas de clases, optó por arrimarse a los grandes y poderosos a través de las asociaciones patronales y los partidos de la derecha, para lo cual muchos abandonaron el republicanismo y generaron un discurso de tipo fascista. Las elites económicas, a su vez, manteniendo en todo momento su hegemonía de clase, decidieron aunar sus grandes intereses propietarios con los de los pequeños poseedores, gestando una reacción corporativa y proautoritaria.

Se ha demostrado a lo largo del capítulo cómo la propiedad es una constante que se encuentra en los individuos que compusieron el apoyo social a la sublevación, aunque fuera a través de relaciones de parentesco, amistad o dependencia; pues además parece claro que los segmentos sociales de clase media que más se acercaron a las elites para conformar la reacción antirrepublicana fueron aquellos que eran más afines o mantenían algún tipo de relación con los estratos burgueses más elevados.

Pero los intereses propietarios no fueron los únicos que determinaron la configuración del apoyo social a la sublevación; pues al igual que ocurrió durante la II República para la reacción conservadora, el *catolicismo* fue un componente clave. De hecho, la CEDA, gran defensora de los intereses de la Iglesia, había basado su proyecto político en la doctrina católica, tanto en un sentido moral como en un sentido social que se inspiraba en las encíclicas. Propiedad y catolicismo iban fuertemente unidos en el universo simbólico de la derecha, aunque la primera siempre tuvo preferencia sobre el segundo; el catolicismo social, de tortuosa trayectoria, fracasó estrepitosamente: Lamamié de Clairac se impuso a Giménez Fernández. Con todo, los cimientos de la «comunidad nacional» que defendía la derecha y de la que se hizo defensora la reacción de 1936 se ceñían a la tradición católica española: «Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico –de gloriosa tradición y predominante en España– a la reconstrucción nacional» decía el punto 25 del programa de Falange Española.

Y en efecto, a través de esta investigación se aprecian los fuertes lazos que unían muy a menudo a los protagonistas del asalto a la República con la reli-

[152] Una perspectiva clásica de la captación del campesinado por la CEDA en SEVILLA-GUZMÁN, E. y PRESTON, P.: «Dominación de clase y modos de cooptación del campesinado en España: La Segunda República», *Agricultura y Sociedad*, núm. 3, 1977, pp. 148-165.

gión católica, a través del mismo tejido social o red de intereses y relaciones de carácter burgués que existía en Zaragoza. El catolicismo tuvo, primeramente, una clara y tradicional afinidad ideológica con el ejército y los grupos políticos monárquicos y/o fascistas que encarnaron el alzamiento; pero además, durante la guerra, sirvió para decantar a sectores sociales, también de extracción humilde, hacia el bando sublevado, especialmente por la legitimación otorgada por la jerarquía de la Iglesia (desde el arzobispo hasta los párrocos) y, con el tiempo, con la influencia de las noticias de la persecución a la que fue sometido el clero en la otra zona.

Manteniéndonos en el campo de lo ideológico, en Aragón, donde sectores de las elites se caracterizaban por su regionalismo conservador, se desarrolló durante la República un *anticatalanismo* que no hizo sino empujar más a la burguesía hacia posturas antirrepublicanas. No obstante, ni el nacionalismo centralista, ni el regionalismo aragonés, parece que llegaran a ser elementos que sirvieran de aglutinante ideológico de las distintas fracciones sociales que apoyaron el golpe: no supusieron un resorte para la ampliación de esos grupos, ni para la articulación de la alianza entre elites burguesas y clases media y obrera, al contrario de lo que ocurrió con los sentimientos religiosos; aunque sí que se apeló a valores regionales y a símbolos locales, como el Pilar, para dar cuerpo simbólico a las movilizaciones antirrepublicanas[153]. Son casi inexistentes los casos documentados en el que el puro sentimiento patriótico aparece como motivación básica para unirse a la rebelión[154].

En definitiva, parece claro que el apoyo social a la sublevación procedió de una red de intereses y de sociabilidad burguesa, cuyos componentes se inclinaron por la violencia y por la fuerza de las armas para aferrarse a sus privilegios y beneficios económicos, y a su posición social de dominio sobre clases inferiores cuya categoría consideraban que debía ser «subordinada». La coalición a la que nos referimos presenta, entonces, un marcado carácter *aristocrático* y *burgués*. Los enlaces entre los intereses de las elites con los de las clases medias que las apoyaron se basaron en los conceptos genéricos de *propiedad* y de *catolicismo*, mediatizados a través de la misma red de sociabilidad, que podía ampliarse y extender sus ramificaciones hacia abajo en la pirámide social,

[153] Sobre la utilización de símbolos identitarios de índole local y regional en el seno del discurso nacionalista de guerra rebelde, véase NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista (1936-1939)», *Ayer*, núm. 64, pp. 201-231.

[154] Una excepción en AMZ, c. 5946, Subsidios y pensión: Un joven voluntario de julio, trabajador que mantenía a su tía y a dos hermanas, se había alistado, según el informe de la JRC, porque quería «defender a la patria del comunismo». En contraste, fue claramente el discurso nacionalista y patriótico el utilizado para la movilización de masas en el bando franquista, seg. NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

mediante lazos de asociación, amistad y parentesco. El contexto de guerra, violencia e inseguridad desatado desde el 18 de julio fortalecía a su vez esos lazos y clientelas. No obstante, la alianza dejaba fuera a los sectores burgueses que prefirieron mantener un compromiso con las instituciones republicanas, o que tenían un pasado de izquierdas o anticlerical, sobre los que cayó todo el peso de la represión; y tampoco incluía los intereses de las clases trabajadoras, de los obreros y los sectores más humildes, a los que, en un principio, se sometió por la fuerza y las coacciones.

Sin embargo, una guerra larga hacía necesario insertar de alguna manera al resto de las clases medias y a la clase obrera, o sea, a la gran mayoría de la población, en el proyecto de nuevo Estado que se hacía realidad al tiempo que continuaban las operaciones bélicas. No todo podía conseguirse a través de la represión. Para ese objetivo, las elites y las clases medias, como se ha empezado a ver en este capítulo, también activaron y estiraron los hilos de sus redes sociales, que a través de vínculos de dependencia y patronazgo descendían hasta las clases asalariadas y humildes. La JRC tuvo otro papel fundamental en este proceso de captación y control de las masas en Zaragoza; y poco a poco, sería el partido único FET-JONS el que mediante la ideología fascista intentara encuadrar a toda la población y canalizarla en apoyo del nuevo régimen. Pero los mecanismos con que la JRC intentó llevar alcanzar ese fin, sus resultados, el papel y el alcance que tuvo FET-JONS en la ciudad, y la respuesta de la población a todo ello durante la guerra, son objeto de análisis de los siguientes capítulos.

Es necesario ahora someter a examen comparativo las conclusiones apuntadas durante esta primera parte, insertando el caso zaragozano en su contexto, no sólo nacional, sino también europeo. En primer lugar, porque el asalto al poder del 18 de julio de 1936 se vivió en todo el país, aunque con resultados dispares, dándose una serie de hechos y acciones análogos. En Sevilla o Granada, dos ciudades que cayeron en poder de la sublevación desde los primeros días a pesar de que, como Zaragoza, alojaban a un importante y movilizado movimiento obrero, se demuestra la validez de la tesis de que la toma de partido de las fuerzas de seguridad por los golpistas y la posesión de las armas, frente a la carencia (o relativa carencia) de ellas entre los resistentes, determinaron el resultado del golpe de Estado. En ambas ciudades andaluzas los militares contaron con voluntarios civiles, organizados en milicias, con especial protagonismo de falangistas y requetés, a los que se armó y equipó en los cuarteles[155]. El análisis de una unidad de voluntarios civiles de la retaguardia

[155] Una diferencia entre estas dos ciudades y el caso zaragozano fue la profusa utilización de artillería, ametralladoras y carros blindados por parte de los golpistas para reducir los barrios obreros de Triana y La Macarena (Sevilla) y El Albaicín (Granada). Véase ESPINOSA, F.: «Sevilla 1936. Sublevación y represión» en BRAOJOS *et alii, op. cit.*, pp. 171-279 y ESPINOSA, F.: *La justicia de Queipo. Violencia selecti-*

sevillana, asimilable a lo que fue en Zaragoza la Acción Ciudadana, nos ha mostrado cómo se cumplen las mismas características sociales del voluntariado: hombres de todas las edades, en este caso al margen de las quintas movilizadas, entre los que predominan los profesionales liberales (ingenieros, abogados, médicos), los comerciantes, propietarios y, sobre todo, empleados[156].

En un lugar como Albacete, donde finalmente fracasó el golpe de estado debido a la respuesta de la clase obrera junto a la intervención de efectivos republicanos, se siguió el mismo procedimiento insurgente. Allí la sublevación fue preparada por miembros de la Guardia Civil y del ejército, con la cooperación de sectores civiles procedentes de Falange, CEDA, Renovación Española y el Partido Agrario. Leído el bando de guerra se tomaron los poderes locales con la intervención de civiles en ello, hasta que el desenlace final fue favorable a la República. La «sociología de los rebeldes» efectuada por Francisco Sevillano Calero confirma las conclusiones que apuntamos en nuestro análisis de los «voluntarios del 18 de julio»: en Albacete, una mayoría de adultos jóvenes, provenientes en un 75% de las clases medias, especialmente trabajadores del sector servicios (profesionales liberales, comerciantes, etc.) y del sector primario (propietarios de tierras), con presencia significativa de estudiantes, pero casi nula participación de obreros (aunque quedaran consignados unos cuantos «jornaleros»), fueron los apoyos sociales con que contó la sublevación militar. Sevillano concluye, como nosotros, que fue la oligarquía provincial, con sectores intermedios de la sociedad (principalmente de Falange Española y la CEDA) quienes apoyaron el golpe[157].

Por todo el país hubo civiles armados, junto a guardias civiles o de asalto, deponiendo los Ayuntamientos republicanos, deteniendo a los resistentes, ejecutando a muchos de ellos (que quedarían en las cunetas y fosas comunes), y difundiendo así una sangrienta ola de terror que marcaría indeleblemente el estío de 1936 y que significó para muchos la génesis de la dictadura de Franco. Los mecanismos de agresión y represión, los objetivos marcados, el respaldo con que contó (que hemos demostrado), y la función del asalto al poder tienen múltiples concomitancias, sin ir más lejos, con la toma del poder por el fascismo italiano durante 1920-1922. Los *squadristi*, dedicados a destruir las bases

va y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz, Barcelona, Crítica, 2006, especialmente pp. 179-221 para el caso sevillano. Granada a través de ARCO BLANCO, M. A. del: *«Hambre…, op. cit.*, pp. 59-63 y GIBSON, I.: *Granada 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 70-95.

[156] En concreto se trata de los componentes de las Milicias Nacionales de Sevilla, sección Porvenir (un barrio de predominio burgués), 3er escalón. Archivo Histórico Municipal de Sevilla (AHMS), rollo 705, «FET y de las JONS milicias nacionales, solicitudes de ingreso».

[157] SEVILLANO CALERO, F.: «La sublevación de julio de 1936 en Albacete», *Al-basit: Revista de Estudios Albacetenses*, núm. 35, 1994, pp. 133-151.

asociativas de la clase obrera italiana, contaron a menudo con la connivencia y apoyo de *carabinieri*, y con el suministro de armamento procedente de la policía y el ejército. Aquello sólo fue posible en el contexto europeo interbélico de crisis del Estado liberal, que también posibilitó en España el 18 de julio[158]. La financiación del movimiento fascista italiano provino, como ya puso de manifiesto Tannenbaum, de terratenientes ricos y de algunos banqueros e industriales urbanos, de idéntica manera a lo ocurrido en el caso zaragozano para el golpe de julio de 1936. Si nos acercáramos al caso de la toma del poder nazi en Alemania comprobaríamos que existieron en buena medida las mismas conexiones y métodos[159].

El soporte económico que hemos descrito ampliamente para el caso zaragozano también encuentra transparentes equivalencias con los de otras ciudades y provincias españolas. Como han demostrado Julio Prada Rodríguez y Mª Luz de Prado Herrera para los casos orensano y salmantino respectivamente, las «suscripciones patrióticas» muestran cómo el apoyo provino de la elite económica y social de esas ciudades; de entidades oficiales, de propietarios agrícolas, industriales, profesionales liberales, comerciantes, etc.; y cómo los encargados de ese trabajo colector fueron las «personas de orden» de cada lugar. Igualmente que aquí ponen muy en duda la teórica voluntariedad de esas donaciones. Prada hace referencia a las motivaciones del apoyo, que eran «de índole ideológica y de intereses particulares y de clase»; pues se trataba de hombres y mujeres «políticamente identificados con diferentes sectores de la derecha, hondamente católicos y 'de orden'». A las mismas conclusiones se ha llegado con lo investigado en los casos de Granada y Sevilla[160].

[158] En el periodo 1917-1936 se vivieron sucesivas crisis del Estado en España, en las que la acción colectiva podía aprovechar la vulnerabilidad estatal para imponer sus intereses. CRUZ, R.: «Crisis del Estado y acción colectiva en el periodo de entreguerras. 1917-1939», *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 119-136.

[159] Sobre Italia: TILLY, Ch., TILLY, L. y TILLY, R.: *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997 (1ª ed. 1975), pp. 208-221 y TANNENBAUM, E.: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza Universidad, 1975 (1ª ed. inglesa 1972), pp. 49-61. Para Alemania: KÜHNL, R.: *La República de Weimar. Establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, Valencia, Alfóns el Magnànim, 1991; aunque por otro lado se ha señalado que la aristocracia *junker* no tuvo un poder manipulador del nazismo tan importante como se ha creído: EVANS, R. J.: «Ascenso y triunfo del nazismo en Alemania» en CABRERA, M., JULIÁ, S., MARTÍN ACEÑA, P. (comps.): *op. cit*., pp. 97-118. Para profundizar en el apoyo social al nazismo en el poder, GELLATELLY, R.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002.

[160] PRADA RODRÍGUEZ, J.: «'Despensa e criadeiro'. As suscripción patrióticas en Ourense», *Minius. Revista do departamento de historia, arte e xeografía* (Universidad de Vigo), núm. XI, 2003, pp. 157-170. PRADO HERRERA, Mª L. de: «Patria y dinero. La contribución salmantina a la financiación de la guerra civil española: suscripciones e impuestos especiales» en ROBLEDO, R.: *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 189-214. Sobre Granada: AHMG, sig. C.03731, «Recaudaciones voluntarias»; y en la prensa, *Ideal* (julio y agosto 1936). Tanto allí como en Sevilla des-

No sólo la reacción de julio de 1936 se asemejó en procedimientos, objetivos, funciones y patrocinios con el fascismo europeo, sino que si volvemos a adentrarnos en la composición social de las fuerzas de choque de los distintos movimientos encontramos claras coincidencias. La base social del fascismo, según Michael Mann, provino de unas «circunscripciones fascistas principales», unos grupos sociales de profundo calado fascista en la crisis de entreguerras. Los hombres jóvenes, proclives a la recepción del paramilitarismo fascista es la primera y más evidente circunscripción. En segundo lugar, la procedencia social, sin atender solamente a la ocupación y la clase: según Mann, «los fascistas tendieron a proceder de sectores que no se hallaban en primera línea de la lucha organizada entre capital y trabajo», aunque estaban afectados por ésta; eran individuos que se encontraban en una posición ventajosa y veían la lucha de clases con repugnancia. En tercer lugar, una serie de grupos heterogéneos compondrían una circunscripción de calado fascista a causa de su proclividad al nación-estatismo: soldados, funcionarios o religiosos, por ejemplo. El autor señala que la clase social no sirve para explicar totalmente la configuración de los movimientos fascistas, de la misma manera que Louise Tilly afirma que es imposible utilizar «etiquetas simples» para describir su origen social; «¡como si nuestras identidades sociales fueran al noventa por ciento conferidas por nuestra clase ocupacional!» dice Mann: «social» no debería equipararse con «clase». Según el sociólogo, en el caso español, los motivos que indujeron a apoyar a Franco fueron conservar las propiedades y los privilegios; la asociación de la propiedad a los valores fundamentales de «orden» y «seguridad» fertilizó el terreno necesario para la germinación de la reacción de 1936, pigmentada ésta, en seguida, con la defensa de los valores católicos que también estaban íntimamente presentes en ella[161].

De este modo, hasta ahora hemos visto cómo el apoyo social a la sublevación de julio de 1936 en Zaragoza, y por tanto al fascismo, provino esencialmente de las clases privilegiadas, aristocracia y burguesía, que además se mantuvieron hegemónicas, pero también de una parte de las clases medias o pequeña burguesía. La alianza, ese aparente interclasismo, respondió a la existencia de vínculos comunes, que aquí hemos determinado con los valores propietarios y católicos, que se transmitían a través del entramado de sociabilidad burgués.

tacaron las donaciones y colaboraciones de la COCI, de la Cámara de la Propiedad, etc.: *ABC* (Sevilla, 25, 28/VII/36). Queipo de Llano, en una de sus charlas, hizo referencia a la donación de 100.000 ptas. de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de la provincia de Sevilla (fue el 24/VII/1936), citado en ESPINOSA, F.: *La justicia…, op. cit.*, p. 296.

[161] MANN, M.: *Fascistas*. Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2006, pp. 33-37, 76.

II

1937-1938

1. La experiencia de guerra en la retaguardia zaragozana en 1937. Apoyo social, fascismo y propaganda

En 1937, la guerra española se había convertido en un conflicto de gran repercusión en la dinámica internacional de la época entre fascismo y antifascismo. Frente a la injerencia militar de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, la ayuda material soviética y los voluntarios de las Brigadas Internacionales intentaron suplir el apoyo que las democracias europeas embargaban con el Pacto de No-Intervención; pero a pesar de los fracasos rebeldes ante Madrid, del «empate» en el Jarama y de la derrota italiana en Guadalajara, el ejército franquista, muy reforzado por la ayuda exterior, continuó tragándose tierras españolas: regiones tan importantes como Málaga, en febrero, y el norte, incluido Bilbao, donde la ofensiva comenzó en marzo y culminó en octubre. Los contraataques estratégicos de la República efectuados en Brunete o en el frente de Aragón se estrellaron contra un frente defensivo bien organizado[162].

La influencia fascista sobre los insurgentes no sólo se dejaba notar en el plano militar, sino también en lo político. Aparte de la personificación progresiva del poder en Franco, la necesidad de la unificación de las fuerzas políticas y los apremios de los fascistas italianos en esa dirección desembocarían en el Decreto de Unificación de abril y el nacimiento de FET y de las JONS, partido en el que los sectores falangistas iban a adquirir una posición dominante. El funcionamiento interno de este órgano político, que también quedó bajo el poder, casi omnímodo, de Franco, no estuvo exento de contradicciones y conflictos entre sus muy diferentes componentes, pero la base social de la España sublevada, las masas movilizadas en la guerra, permanecieron unidas y ajenas a ellos. Algo muy diferente a lo que ocurrió al otro lado de las trincheras; como puso de manifiesto el hecho de que las diferencias internas existentes en el seno de la República estallaron ruidosamente el mes de mayo en Barcelona[163].

---

[162] Las operaciones militares pueden seguirse a partir de cualquier buena monografía de la guerra; también sigue siendo útil CARDONA, G.: «Las operaciones militares» en Tuñón de Lara *et alii*, *La guerra civil española. 50 años después*, Barcelona, Labor, 1985, pp. 201-274. La eficacia de la organización del frente sublevado de Aragón bien descrita en MALDONADO, J. Mª: *op. cit.*, pp. 152-155.

[163] Los procesos políticos de la España franquista durante la guerra en TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992. Una caracterización de la crisis del bloque

Zaragoza continuó siendo una ciudad transformada por la guerra, en una retaguardia no muy lejana al frente, y con una asfixiante presencia ideológica fascista y militarista. Los desfiles, las concentraciones de masas con el brazo alzado, la grandilocuente simbología falangista, las procesiones y exaltadas manifestaciones católicas; todo venía a reafirmar el dominio de la España franquista en la ciudad. La represión redujo su intensidad, pero no lo hizo el miedo de amplios sectores de la población. No cabían muchas opciones de resistencia; por lo que lo más habitual fue la fuga de aquellas personas que se consideraban en peligro, especialmente cenetistas, que aprovechando la porosidad del frente de guerra, y asistidos por expediciones que se acercaban con sigilo hasta la ciudad, escapaban de ella por los pinares de Venecia y los montes de Valmadrid hacia el otro lado[164].

No era la clase obrera organizada el único sector social aterrorizado. En una mímesis del ejemplo nazi, el antisemitismo también se había adoptado en la España de Franco para humillar y perseguir a la minúscula comunidad judía española, apoyándose en la imaginaria vinculación judaísmo-comunismo. En «Los perros judíos», un artículo antisemita recogido en un libro publicado en Zaragoza en 1937, haciendo referencias a la «profecía de Hitler», se afirmaba que si bien la expulsión de los moros (en el siglo XVII)

> fue quizá inconveniente […] la decisión de liberar a España del judaísmo nos ha parecido una sabia medida de un buen gobierno. […] Hoy, como ayer y como en los tiempos babilónicos, el antisemitismo se halla perfectamente justificado[165].

Iba a ser la prensa el medio de expresión y comunicación que más reflejaría el totalitarismo del momento[166]. Sometida desde el principio a la censura previa de los militares, su función informativa quedó desfigurada por completo, convirtiéndose en un mero órgano de propaganda y adoctrinamiento. La

antifascista de la República en GALLEGO, F.: «Los orígenes de la crisis de mayo de 1937», *Historia Social*, núm. 59, 2007, pp. 99-123.

[164] Sobre todo en los primeros meses, el frente de Aragón era un coladero; a propósito de estas huidas: LEDESMA, J. L.: *op. cit.*, p. 134 (nota) y el testimonio de Miguel Ángel Tarancón en *Andalán*, núm. 466-467, 1987, pp. 22-23. En 1937 se ejecutó a 186 personas en la provincia, aunque en 1938 la cifra volvería a elevarse hasta los 255 ejecutados: CIFUENTES, J. y MALUENDA, Mª P.: *op. cit.*, pp. 45 y 54.

[165] GIMENO RIERA, J.: *Aspectos de la Retaguardia. (Comentarios periodísticos), Cuadernos de la nueva España*, núm. II, Zaragoza, 1937, pp. 23-27. El artículo fue originariamente publicado en *Heraldo de Aragón*. Un testimonio de la persecución sufrida por un judío aragonés en ÁLVAREZ CHILLIDA, G.: «Zaragoza en la guerra civil. La memoria de un judío aragonés», *Raíces: revista judía de cultura*, núm. 54, 2003, pp. 43-47.

[166] Sobre la prensa zaragozana durante la guerra civil son imprescindibles los trabajos de BUENO MADURGA, J. I.: «La prensa burguesa zaragozana durante la Guerra Civil (1936-1939)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 67-68, 1993, pp. 241-269 y, más en profundidad, *La prensa burguesa zaragozana durante la guerra civil (1936-1939). Prensa y poder político en el nuevo Estado*. Tesina de Licenciatura inédita, Universidad de Zaragoza, 1991.

exaltación de los primeros instantes mostró en los periódicos un rostro grotesco, en el que las manipulaciones y mentiras[167], unidas a la construcción de estereotipos del adversario, de los «rojos» como «enemigos absolutos», contribuyó a lo que Sevillano Calero ha llamado «brutalización» de la política, «barbarización» de los comportamientos de las tropas, y «banalización» de la violencia. La propaganda y el lenguaje eran una faceta más del terror. Como afirmó Franz Neumann, «la propaganda es violencia contra el alma», y al igual que la represión, tenía la finalidad de que la población se sometiera a los dictados del poder[168]. No sólo se emitió un discurso violento desde el periódico falangista *Amanecer*, algo más discretamente lo hacía *Heraldo de Aragón* y, sin ningún recato, el diario católico *El Noticiero*, que publicó, por ejemplo, la siguiente supuesta carta de un soldado a sus padres:

> […] puedo disponer de tiempo para darles alguna impresión de mi vida de defensor de la Patria contra los salvajes comunistas.
>
> Aunque les supongo enterados por otros conductos, no estará demás [*sic*] que les diga, que el día 29, las fuerzas de las cuales formaba yo parte, capturamos un camión lleno de rabassaires y de tres «rabassairas» vestidas con pantalón y chaqueta de color rojo; como es natural los «liquidamos» sin más toques que los acostumbrados en la plaza para las banderillas de fuego.
>
> Estas escenas nos van habituando de tal modo, que el día que no hay rabassaires para liquidar, nos aburrimos soberanamente. […][169]

El titular que el diario católico daba a esta carta era «El buen humor de los soldaditos que luchan por España». No en vano, el consejo de administración de este diario católico, coincidente plenamente con los designios de la sublevación, había notificado confidencialmente a la JRC su disposición «siempre y para todo al servicio de España», y le había transmitido el usufructo de los locales del disuelto periódico republicano *La Voz de Aragón*, para instalar unos nuevos almacenes[170].

La «atrocity propaganda» presentaba horribles y dantescos cuadros de los desmanes cometidos en la zona republicana, hablando de sacerdotes metidos en ollas de agua hirviendo, o de asesinatos y decapitación de niños, por ejemplo[171].

---

[167] El 25 de julio *El Noticiero* afirmaba que José Antonio Primo de Rivera se había evadido de la cárcel de Alicante y marchaba hacia Madrid al frente de una columna formada por campesinos.

[168] Sevillano Calero, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, que da la cita de Neumann (*Behemot. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*), p. 176.

[169] *El Noticiero* (6/VIII/36).

[170] AMZ, c. 5868, Comisión de Víveres. AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Acta 7/IX/36).

[171] El ejemplo en *Amanecer* (11/VIII/36). Por «atrocity propaganda» se entiende el uso sistemático de descripciones y relatos de atrocidades cometidas por el enemigo, independientemente de su veracidad, como propaganda de guerra. Ya se comenzó a utilizar de manera metódica durante la I Guerra

Y aunque desde finales de 1936 se procedió a una centralización de la información, creándose en enero de 1937 la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda (que en junio de 1937 instaló una subdelegación en Zaragoza), el relato de inhumanas tropelías cometidas por «los rojos» fue una constante de la letra impresa; de igual forma que desde 1937 se mantuvo en los periódicos la exaltación de la figura de Franco y del liderazgo carismático; y, cada vez más, la sesgada interpretación de la actualidad exterior, deshaciéndose los articulistas en alabanzas hacia las potencias del Eje y criticando los intentos de mediación para la paz en España. El discurso periodístico se estandarizaría y homogeneizaría durante la guerra, siendo férreamente controlado desde el poder, lo que entre otras cosas eliminó los visos revolucionarios de los órganos de expresión falangistas, especialmente a partir de marzo de 1938 con la Ley de Prensa trazada por Serrano Súñer, de clara tendencia totalitaria.

Es indudable que toda esta sofocante propaganda, además de ayudar a confirmar e incrementar la inquina hacia los «rojos» de los sectores de apoyo del golpe de Estado, contribuiría a decantar hacia el apoyo a los sublevados, o al menos hacia el rechazo o miedo a la República, a sectores de la población totalmente aislados de otras fuentes de información alternativas o discrepantes; sectores que en muchos casos carecían de la capacidad crítica necesaria para mantener, y no digamos crear, una opinión disconforme dentro de un contexto en el que además había que ocultar ésta si se querían evitar las represalias[172].

Pero también pronto, las nuevas autoridades entendieron la necesidad de lanzar un discurso atractivo para las clases trabajadoras y de crear organismos de captación social con los que esos sectores vieran reconocidos y atendidos sus intereses, y paliadas sus necesidades. Desde julio de 1936 se habían lanzado llamamientos a los obreros para que depusieran su actitud huelguística, con una mezcla de amenazas y promesas de una vida digna; y después, en los primeros artículos de la prensa sublevada en los que se hablaba de cómo sería el nuevo régimen, se afirmaba que además de «una política que exalte todos los

Mundial. En España ya lo había utilizado la derecha desde la revolución de Asturias en 1934, y Bueno Madurga resalta claramente su uso en los periódicos zaragozanos durante la guerra. Su finalidad última era deslegitimar la posición internacional del gobierno republicano: Bueno Madurga, J. I.: *La prensa…, op. cit.*, pp. 72, 139. Otra descripción del discurso divulgado por el bando sublevado, con reflexiones sobre su poder movilizador en Cobo Romero, F. y Ortega López, T. M.: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 16, 2006, pp. 131-158.

[172] Desde muy pronto las autoridades se esforzaron por controlar la información; en los primeros momentos se rechazaban las informaciones de las radios gubernamentales y se pedía «dar crédito tan solo a cuanto [comunicase] Radio Aragón y Radio Sevilla»; se incautaron rápidamente las radios de la ciudad, se aplicaron medidas para controlar las antenas; y el gobernador Julián Lasierra ordenó la entrega de «publicaciones marxistas y pornográficas». En enero de 1937 comenzó su andadura Radio Zaragoza, controlada por falangistas (Jesús Muro la presidía). *El Noticiero* (25, 31/VII/36, 1/IX/36).

valores espirituales de la raza y despierte un sentimiento de nacionalidad», se introduciría «*por último* una avanzadísima política social compatible con todos los derechos y con el próspero desenvolvimiento de la economía nacional»; «autoridad, patriotismo y justicia social» iban a ser los rasgos del nuevo régimen, y aunque se decía que no era «momento de ahondar en este problema de la justicia social», el movimiento sería comienzo de «una verdadera política social en favor de las clases obreras del país». Los «patronos injustos» y los «ricos egoístas» empezaron a ser objeto de dura crítica, siendo calificados de «judíos» y de «traidores de lesa patria», aunque conforme se aseguraba la victoria, esta retórica de inspiración fascista utilizada en *El Noticiero* iría quedando reducida a los órganos de expresión del nacional-sindicalismo[173].

Para los trabajadores, en esta coyuntura, disueltos los sindicatos de izquierda, se abría una etapa difícil. En contraste, estaban de enhorabuena los falangistas organizadores de la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS). A pesar de que el sindicalismo vertical había fracasado en Zaragoza durante la etapa de la República, en la que no consiguió atraer apenas afiliados, la total destrucción del asociacionismo tradicional de la clase obrera y el contexto de terror y represión, junto a la carencia de otro tipo de opciones, empujaron a un buen número de obreros a entrar en estos organismos, los únicos que a partir de entonces tuvieron capacidad de negociación de contratos laborales con los patronos. Según Antonio Peiró, en febrero de 1937 ya había 35.000 afiliados a la CONS en toda la provincia, 18.000 en la capital, cifras que integraban a los miembros de sindicatos católicos y tradicionalistas. La Central de Empresarios Nacional Sindicalista (CENS), en el otro polo del nacional-sindicalismo inicial, se constituyó en Zaragoza tempranamente, como sabemos, por iniciativa de patronos muy relacionados con la JRC. Ambas entidades se fusionaron con la aparición del Fuero del Trabajo en marzo de 1938, texto de clara impronta fascista, resultado del compromiso y la negociación entre los diversos sectores golpistas, por el cual quedaba sancionada la subordinación incondicional del trabajador al empresario[174].

Pero durante la guerra, otras realidades más acuciantes se imponían sobre los problemas del mundo laboral. Las autoridades tuvieron que consolidar su

[173] *El Noticiero* (25/VII/36, 30/VII/36, 31/VII/36), la cursiva es mía.

[174] Sobre el nacional-sindicalismo: ELLWOOD, S.: *op. cit.*, pp. 118-121. ANDREASSI CIERI, A.: «Trabajo y empresa en el nacionalsindicalismo» y LÓPEZ GALLEGOS, Mª S.: «El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos consistas a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacional sindicalistas (1931-1938)», ambos en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El viejo topo, 2005, pp. 13-42 y 43-67 respectivamente. PEIRÓ, A.: *art. cit.* para las cifras de afiliación. Para los primeros intentos de implantación de la CONS en Zaragoza véase la voz Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS) en la Gran Enciclopedia Aragonesa. Los fracasos de los inicios del sindicalismo falangista en Zaragoza también en ARDID LORÉS, M.: *El bloque…, op. cit.*, p. 531.La absorción del sindicalismo católico y el alcance de la Organización Sindical en la guerra y primera posguerra por CENARRO LAGUNAS, A.: *Cruzados…, op. cit.*, pp. 212-219, 318-320. Durante la guerra se encuentran en la prensa zaragozana notas sobre la contratación de obreros de la CONS; un ejemplo temprano en *El Noticiero* (23/X/36).

sistema impositivo, que en Zaragoza contó con el servicio de la JRC. Se convirtió en rutinaria la dinámica recaudatoria, para la que se crearon nuevas figuras. La más célebre fue el Plato Único, que se implantó en noviembre de 1936 en todo el territorio controlado por los militares sublevados, con «fines benéficos». Consistente en la recogida de cantidades no determinadas de dinero que las familias o establecimientos hosteleros debían reunir reduciendo su menú a un único plato, inicialmente tuvo periodicidad quincenal, pero aprovechando la celebración del 18 de julio pasó a ser semanal en 1937, a la vez que se creaba el «Día semanal sin postre»[175]. Los procedimientos eran marcadamente coactivos:

> No sólo se confeccionarán listas negras de aquellos que se nieguen a ello, sino que se impondrán aquellas multas que notoriamente compensen con exceso las cantidades que se debían entregar para el patriótico fin. Para establecimientos hosteleros se establecerá un «servicio de vigilancia» para que los dueños de los establecimientos hagan constar el número de huéspedes y comidas servidas[176].

Además de alguna «lista negra», se publicaron «listas blancas» de los «buenos patriotas» siguiendo lo que se hacía con otras suscripciones que en Zaragoza organizaba la JRC. Con el ejemplo de la suscripción «pro avión Zaragoza» se ideó la suscripción para el «Acorazado España» en mayo de 1937, cuando la anterior había perdido ímpetu, aunque esta otra no tuvo tanto éxito. Más tarde llegaron el «Ropero del soldado» y otras pequeñas suscripciones o colectas con un carácter más sinceramente voluntario[177].

Lo que salta a la vista cuando se analizan detenidamente las relaciones de donantes en cada una de aquellas es la repetición de los mismos nombres y entidades que otorgan su óbolo a las arcas de los sublevados. Como si se tratara de una renovación simbólica del apoyo otorgado a la sublevación, la gran mayoría de aquellos que habían colaborado desde el primer momento en el esfuerzo económico golpista siguen contribuyendo, junto a otros donantes que se suben al carro de los vencedores y se hacen asiduos de las suscripciones. En el «Ropero del soldado» (noviembre de 1937), suscripción voluntaria, el mayor donativo procedió de Talleres Mercier, destacando a continuación las donaciones de la viuda de Fermín Ester, de Joaquín Ceresuela, de varios almacenes de tejidos, y de una serie de individuos cuyos domicilios, consignados en los documentos, se circunscribían casi exclusivamente a las zonas burguesas de las calles Alfonso I, Coso, Independencia y General Mola (Sagasta). En una colecta de botellas de

[175] BOE: 3/XII36, 12/XI/36, 21/III/37, 18/VII/37. El impuesto del Plato Único no se suprimió hasta 1942.

[176] *El Noticiero* (3/XI/36).

[177] AMZ, c. 5951, Inscripciones y donativos. Donativos para la construcción de un nuevo Acorazado «España», Suscripción para Avión Zaragoza. Las listas de suscriptores se publicaban en prensa; en noviembre de 1937 finalizó la suscripción del Acorazado reuniendo un total aproximado de 295.000 ptas.

coñac organizada por *Heraldo de Aragón* para los soldados del frente de Teruel en diciembre-enero de 1937-38 participaron, con generosidad una vez más, el banquero Gumersindo Claramunt, el rector Gonzalo Calamita, el propietario Luis Pérez Cistué, la empresa Fundiciones y Maquinista del Ebro, etc.[178]

Avanzada la guerra, las listas de suscriptores, por lo general, reunían a muchos más individuos, entre los que solían destacar los representantes de pequeños comercios de la ciudad, pero las cantidades donadas comenzaban a reducirse hasta ser exiguas en numerosos casos. Pueden encontrarse amplias relaciones de nombres de donantes de entre 1 y 5 pesetas, sumando totales poco abultados; lo que indica que en esta rutinización y extensión del proceso recaudador primó el interés de los individuos por aparecer simplemente consignados en las listas de «patriotas», junto a los poderosos que sí aportaban cantidades importantes, por encima del interés de apoyar realmente el esfuerzo económico bélico. También es indicativo de que la economía de las familias zaragozanas se deterioraba rápidamente en el contexto de guerra, de igual manera que parece anunciar la exangüe situación en que estaba quedando la provincia.

En definitiva, el núcleo duro del apoyo social a la sublevación militar en Zaragoza continuaba siendo el mismo, y a la altura de principios de 1938 estaba ya muy bien definido, comprometido y consolidado. A su sombra aparecen otros sectores poblacionales que se acomodan a la nueva situación y apoyan pasivamente la sublevación, bajo la influencia de una persistente propaganda que se mezclaba con todas las realidades de la vida cotidiana zaragozana.

Porque la JRC también utilizó métodos indirectos de recaudación, que además servían para difundir los valores e ideas del nuevo Estado, como tómbolas, loterías, festivales, etc., y aunque se estimara que «a los patriotas no se les debe molestar frecuentemente», fueron continuos[179]. En estos eventos, el ocio y el arte se mezclaban con el adoctrinamiento político y la propaganda. El 31 de agosto de 1936, la Peña Lírica Aragonesa ya había organizado el primer gran festival en beneficio del Ejército y las milicias, que se celebró en el Teatro Principal; allí, el falangista José María Monterde exclamaba:

> Hoy, lo urgente, lo inmediato, es barrer, aniquilar, extirpar al enemigo de nuestro suelo; ahogar la intromisión deshonrosa del monstruo soviético en nuestros asuntos internos; recuperar a España; dignificar a España; engrandecer y glorificar a España... En estos instantes, nuestro único objetivo, es limpiar el extenso y vastísimo campo de la Patria de la mala hierba, de la cizaña destructora, del traidor y del asesino. Y para esto, nuestro sacrificio; la sangre, el dinero y la vida. ¡Todo por España! ¡Todo para España!... Unidos todos, apretados todos; todos lo

[178] *Heraldo de Aragón* (6, 7, 8, 11/I/1938). El «Ropero del soldado» en AMZ, c. 5891.

[179] AMZ c. 5886, Memoria de la labor realizada por la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional de Zaragoza hasta 31 de diciembre de 1936.

> mismo ¡españoles!; todos persiguiendo el mismo fin: ¡España! Nadie hace más ni hace menos: todos –¡Absolutamente!– debemos hacer y hacemos lo mismo: dar todo por España; ¡morir por España![180]

Similares festivales se celebraron en beneficio de la CONS o del Auxilio Social; la Agrupación Artística Aragonesa o la Unión Musical Aragonesa también se ofrecieron para ello; artistas de la región organizaron varias exposiciones e incluso la Banda Municipal celebró conciertos en la plaza de Castelar en provecho de la recaudación; de igual forma también ingresó dinero la venta de conferencias impresas. A propuesta de Palá, que era muy aficionado a la música, se organizó un concurso de canciones patrióticas, cuyos ganadores fueron premiados; la venta del disco que recogía el tema elegido, «Soy voluntario de España», también sirvió para reunir fondos. Para el llamado «Cancionero del soldado» se contó con la colaboración de Gregorio Arciniega Mendi, maestro de capilla de la basílica del Pilar y académico numerario de la Academia de San Luis de Zaragoza, y del compositor Luis Aula Guillén[181].

En 1937, los eventos e iniciativas ganaron en escala y prestigio; más conciertos, más exposiciones y más festivales, que contaron con la presencia del «ilustre charlista» Federico García Sanchiz. La primera actuación del valenciano maestro de la palabra hablada fue en enero de 1937 en el Teatro Principal, ocasión que aprovechó para luego visitar, junto a Palá, el establecimiento benéfico Casa Amparo y el frente de Belchite, y para acudir al banquete que solían darse las autoridades con motivo de celebrar el éxito del Plato Único. Siendo tan bien tratado en Zaragoza (la JRC lo llegó a nombrar vocal de honor), Sanchiz volvió en más ocasiones a dar charlas que versaban sobre las «gestas» del ejército sublevado; el 13 de septiembre en el Teatro Parisiana 1.046 personas escucharon su «Espanto y gloria de Oviedo», charla en la que describía «los episodios de la gloriosa defensa desde el 19 de julio hasta la liberación por las columnas gallegas en 17 de octubre» y luego daba una «impresión» de la actual ciudad asturiana; el beneficio para la JRC fue de 2.039 pesetas, una vez descontados los gastos de via-

[180] *El Noticiero* (1/IX/36). José María Monterde reunió las alocuciones emitidas desde Radio Aragón en las primeras semanas de la guerra en un libro prologado por Francisco Palá: *Latidos de un español. Alocuciones pronunciadas desde las emisoras de «Radio Aragón», de Zaragoza*, Zaragoza, 1936. «Doble satisfacción de complacer al público y contribuir a la suscripción abierta por la Junta Recaudatoria Civil para la Defensa Nacional, toda vez que ha sido condición impuesta por el autor» (p. 2). Una de las más llamativas alocuciones, del día 18 de agosto, se dirigía a las mujeres para que dieran su oro y sus joyas: «Muchachitas que me escucháis; amigas y compañeras mías: ni un solo gramo de oro debe quedar en vuestros cofres o realzar vuestros cuerpecitos» había dicho frente al micrófono, entre otras cosas, Mª de la Anunciación Monterde Albiac, hija del autor.

[181] *El Noticiero* (8/IX/36, 13/III/37). AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 17/VIII/36, 2, 5, 8, 26/IX/36); c. 50421, Libro 2º de Actas (Actas 20, 24, 27/XI/36, 19/I/37). El autor del tema ganador en el concurso de canciones patrióticas fue un joven Jesús María de Arozamena, de San Sebastián, futuro escritor y guionista de cine.

je y manutención del charlista y el coste de la caja de puros con que fue obsequiado éste. Una nueva charla de Sanchiz el 25 de febrero de 1938, esta vez acerca de la batalla de Teruel, arrojó un beneficio a la suscripción nacional de más de 3.000 pesetas. No fue tan valiosa la aportación económica de estos espectáculos como el impacto propagandístico que causaba un artista por el que algunos espectadores se peleaban, literalmente, por ver; al morir el hijo de García Sanchiz poco después de su última charla en Zaragoza, la JRC hizo constar su pésame en las actas. Cabe suponer que otras conferencias dadas en los teatros zaragozanos por José María Pemán, y el jesuita Padre Otaño, que peroró sobre «música militar» con la colaboración del Orfeón Donostiarra, tuvieran éxito[182].

Asimismo, se pueden calificar de exitosos los sorteos y loterías realizados por la JRC, en concreto el de maquetas de la basílica del Pilar en marzo de 1937, y numerosos sorteos de una «lotería patriótica» que tuvo alcance en toda la zona sublevada[183]. No pueden soslayarse tampoco las corridas «patrióticas» de toros, organizadas por la Asociación de Prensa en colaboración con la JRC en julio y octubre (para las fiestas del Pilar), entre otras, en las que los brazos alzados de todo el aforo, en saludo fascista, entonando canciones patrióticas, o la exaltación de la tradición (trajes regionales) y la presencia de personalidades de la España sublevada causaron fuerte impacto. Ni tampoco puede olvidarse la edición de un folleto de fotografías del frente de Aragón a finales de 1937, de acuerdo con la Delegación militar de Prensa y Propaganda del 5º Cuerpo de Ejército, que tuvo la espectacular tirada de 62.500 ejemplares, 40.000 de los cuales se entregaron del 20 al 25 de diciembre como obsequio navideño a los soldados del frente[184].

Para aquellos, otra iniciativa navideña de la JRC resultó, sin duda, aún más grata. El Aguinaldo del Soldado se inspiraba en una tradición muy coincidente con el horizonte cultural de los partidarios del bando «nacional». Puesto en marcha con dificultad en noviembre de 1936, la propaganda consiguió extender la iniciativa de tal manera que el resultado llegó a gran número de soldados del frente, para satisfacción de sus mandos; así que volvió a repetirse en las navidades de 1937 y 1938. Con permiso de la JRC y por iniciativa de *Heraldo de Aragón*, el sobrante de lo recolectado se dedicó al llamado «Aguinaldo del Pobre». Como ya se ha indicado anteriormente para otras suscripciones, el sostenimiento

[182] AMZ, c. 50421, Libro 2º de Actas (Actas 19, 23, 26, 28/I/37). *El Noticiero* (24/I/37, 2/II/37). AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 9, 25/II/37, 30/VI/37). AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 1, 18/III/38). AMZ, 5884, Recibos y justificantes de festivales.

[183] AMZ, c. 5872, Lotería patriótica. AMZ, c. 5873, Listas de talonarios de la lotería patriótica.

[184] AMZ, C. 5890, Corridas patrióticas. Se editó un álbum propagandístico de la corrida, con fotos, que se regaló a autoridades y centros importantes de la ciudad o el exterior (arzobispo, gobernador, generales): Asociación de la Prensa. Zaragoza: *A nuestro Glorioso Ejército y a la España de Franco. Recuerdo de un homenaje*, Zaragoza, 1937 (con textos redactados por Federico García Sanchiz, José Blasco y Pablo, Cistué de Castro, etc.). El folleto de fotografías: 5º *Cuerpo de Ejército. Estampas de la guerra*, Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza, 1937.

de esta iniciativa siguió fundamentándose en la colaboración de los particulares y empresas que habían apoyado el golpe desde un principio: pequeños comercios, grandes empresas, bancos, etc., pero hay que destacar que cualquier soldado, voluntario o reclutado por el ejército, pudo percibir con buenos ojos que desde su retaguardia se le enviaran dulces, licores o tabaco para paliar una situación que en escasas ocasiones era deseada; y la iniciativa mejoró cada vez: en diciembre de 1938 se anunció que al cerrarse la suscripción se había recaudado un total de 803.455,55 ptas. A esto podemos añadir los premios y obsequios que recayeron en los soldados del ejército rebelde para recompensar acciones heroicas, como el derribo de aviones enemigos o la neutralización de minas, o acciones que mostraban fidelidad al mando, como la de aquellos legionarios que entregaron a la Comisaría de Vigilancia al individuo que les había incitado a desertar[185].

La enumeración de iniciativas y acciones emprendidas a través de la JRC, siempre con objetivos de recaudación y propaganda, podría extenderse más; pero baste con señalar que no sólo los soldados del frente, sino toda la sociedad civil de la retaguardia en la ciudad, hasta los niños, quedaba de alguna manera imbuida por la agresiva ofensiva ideológica y por la agobiante atmósfera que no dejaba de ser de temor y de terror. No hay que llamarse a engaño al dar cuenta de la larga lista de celebraciones, festivales, conciertos, exposiciones, etc. que se hicieron en Zaragoza; la vida en ésta estaba muy lejos de ser alegre, apacible o segura. La muerte planeaba sobre la ciudad y, por supuesto, no sólo alcanzó a las familias obreras o de izquierdas puestas de rodillas con la dura represión. El deterioro del nivel de vida y, mucho más, los combates del frente segaron la vida de muchos que apoyaban el golpe de estado o habían sido captados o reclutados por él, lo que, engendrando odios, todavía pudo reafirmar más el apoyo de sus allegados al franquismo.

Así, sin ir más allá de la misma mesa de sesiones de la JRC, un familiar de su tesorero Ángel Blasco Perales, y el propio hijo de Blasco, murieron en el frente en agosto de 1936; un hijo de Mariano Baselga Ramírez lo hizo poco más tarde, en septiembre, y el propio Baselga fallecería en junio de 1938; dos familiares de Gómez Acebo murieron durante la guerra; y un hermano de Ramón Montull perdió la vida en febrero de 1937. En el invierno de 1937-38 se puede observar un aumento del espacio de los periódicos dedicado a esquelas y al culto de los «mártires de la Patria». Francisco Palá, presidente de la JRC, tampoco escapó a la desgracia; su hermano Alberto, que había quedado en el Barbastro dominado por los milicianos de izquierda, fue asesinado el 21 de septiembre de 1936; Palá recibió la noticia el 9 de enero de 1937. Ese día se

[185] AMZ, c. 5884, Aguinaldo del Pobre. AMZ, c. 50421, Libro 2º de Actas (Actas 20/VIII/36, 5/X/36, 27/XI/36, 1, 3, 7, 10, 15, 17, 22, 26, 31/XII/36). AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 9, 16/II/37, 28/VII/37 16/XI/37, 17/XII/37). AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 8/III/38, 10/XII/38). *El Noticiero* (3, 4/XII/36, 1, 22/XII/38). *Heraldo de Aragón* (16, 28/XII/36).

levantó la sesión de la Junta, y el notario, muy afectado, pasaría la noche en vela deambulando por el pasillo de su casa; no obstante, «a la mañana siguiente estaba tras su mesa, como de costumbre y a la hora de la comida, se sentó a la familiar con la misma sonrisa de siempre»[186].

2. Mecanismos de control social y extensión de los apoyos sociales a la sublevación

Hasta que los nuevos instrumentos oficiales para la asistencia a la población civil, como el Auxilio Social de Falange, se extendieron y consolidaron[187], en Zaragoza fue la JRC la institución que se hizo cargo de las perentorias labores asistenciales de la retaguardia zaragozana. Incluso cuando el organismo dirigido por Javier Martínez de Bedoya empezó a absorber competencias y a ganar protagonismo en Aragón, la JRC fue quien lo hizo materialmente posible, entregando a los falangistas importantes cantidades de dinero y alimento[188]. La institución zaragozana nunca tuvo las pretensiones totalitarias, de proselitismo, y sumamente propagandísticas del asistencialismo falangista, pero ya desde el principio prefiguró métodos y finalidades que se identificarán en el periodo «azul» de la primera posguerra.

Además de paliar los efectos perniciosos de la guerra sobre la población civil, la JRC, paralelamente, con sus actuaciones fue atrayendo el favor de la población hacia la causa franquista, y a la vez controlando las actitudes de la gente, con el objeto de localizar cualquier tipo de discrepancia o disenso que saliera a la superficie, marginando y excluyendo a los considerados desafectos o «rojos». Las autoridades militares, con sus ejecutores fascistas, se encargarían en su caso de tomar cartas en el asunto para disciplinar o represaliar esas posibles oposiciones. No obstante, existieron vías de inclusión para los grupos inicialmente «marginales», que en un sentido opuesto al de la represión y la violencia (métodos de exclusión) procuraron claramente atraerse a nuevos grupos sociales a la causa insurgente. Las políticas de exclusión debían completarse con las de integración en pos de la construcción y ampliación de la «comunidad nacional»; pero como Ángela Cenarro ha señalado, esa integración no implicaba igualdad, pues los que controlaban el proceso imponían las condiciones[189].

En las siguientes páginas analizaremos cómo la JRC dirigió varias tareas significativas en ese doble sentido. Tanto la asistencia a los refugiados de guerra y a los afectados por los bombardeos aéreos en la ciudad, como el auxilio a las

[186] En abril de 1938 también moriría la madre de Francisco Palá. Todo este párrafo a través de las notificaciones en las Actas de la JRC, y esquelas de *El Noticiero*. El entrecomillado, palabras de la hija de Palá: VVAA: *Homenaje…, op. cit.*, p. 15.

[187] CENARRO LAGUNAS, Á.: *La sonrisa…, op. cit.*, pp. 1-37. Auxilio Social fue escalando posiciones en el nuevo Estado convirtiéndose en Delegación Nacional en mayo de 1937.

[188] *Ibidem*, p. 15.

[189] *Ibidem*, p. xiv.

familias de combatientes, sirvieron tanto para atemperar los trastornos económicos y sociales que podían arrastrar malas consecuencias en retaguardia, como para extender de manera conveniente el apoyo social al nuevo Estado.

2.1. Refugiados

Todas las guerras provocan desplazamientos de población. En una de las primeras sesiones de la JRC, en julio de 1936, ya se dejó constancia de la necesidad de atender a ciudadanos que se encontraban refugiados en la ciudad, y de la dificultad que ello entrañaba. La primera medida tomada fue recurrir a los establecimientos de beneficencia para concertar una provisional atención alimenticia; así como crear un Servicio de Refugiados, como sección de la JRC, cuyo primer encargado fue el representante de la Asociación de Labradores, Ramón Sancho Brased. Iba a tener un papel clave durante la guerra en la retaguardia. El servicio se instaló primeramente en el Café Boulevard, sito en Paseo Independencia, y a esa sede se convocó el 1 de agosto a aquellas «personas significadas» de los pueblos que tuvieran refugiados en la ciudad para recibir instrucciones en la organización de los auxilios[190].

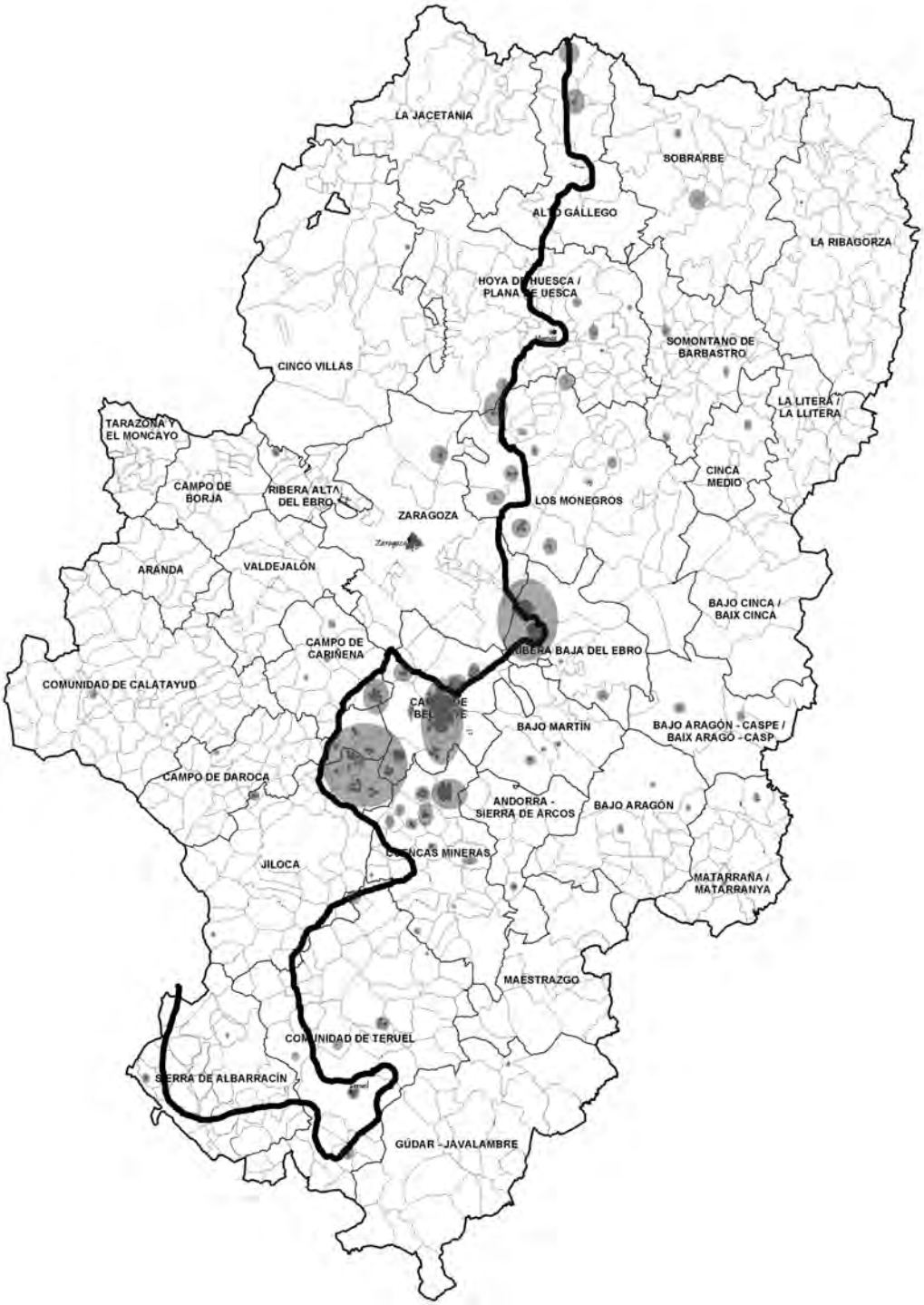
En efecto, tras el golpe de Estado fueron llegando a la ciudad personas que dejaban sus lugares habituales de residencia, o que no se atrevían o podían regresar a ellos. La mayoría de estas personas contaban con ser asistidas por familiares y/o amigos que habitaban en la ciudad, y algunos acudieron a los establecimientos religiosos buscando cobijo, pero pronto el volumen de la circulación de refugiados y la prolongación de la situación excepcional excedió la ordinaria capacidad de asilo que podían tener los zaragozanos. ¿Quiénes eran estas personas?, ¿por qué razones se encontraban en la ciudad?, ¿de dónde procedían?

Durante la guerra, la JRC consideró «refugiado» a «cuantos tienen su domicilio en territorio ocupado por los rojos, los que han sido evacuados por orden Militar a retaguardia y cuantos ancianos, mujeres y niños tienen su vecindad en lugares de primera línea si hay riesgo para sus vidas»[191]. Los documentos y libros de registro utilizados en las gestiones de la JRC y en los establecimientos de ayuda permiten trazar un mapa con las procedencias de varios cientos de refugiados dentro de la región aragonesa[192]:

[190] AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 30, 31/VII/36). *El Noticiero* (1/VIII/36). La también llamada Comisión de auxilio a refugiados contó además con los vocales de la JRC, J. F. Hernández, Serafín Lasierra y Pedro Herrando, personas bien conectadas con el medio rural.

[191] En otro lugar la definición era: «cuantos españoles teniendo su residencia habitual en zona ocupada por los rojos, se hallan accidentalmente en nuestra zona, bien por haberles sorprendido en ella el glorioso Movimiento Nacional, bien por haberse evadido de aquella y que carecen de medios de subsistencia propios». AMZ, c. 5907, Refugiados. También otros documentos en AMZ, c. 5934, c. 5866.

[192] Se ha marcado con un punto gris la procedencia de cada refugiado, y con un punto gris más grueso la de cada grupo de 5 refugiados. Sin registrar los refugiados procedentes de fuera de Aragón, se trata de un total aproximado de 800 personas que eran o habían sido atendidas por la JRC hacia enero de 1937. Confeccionado a partir de AMZ, c. 50423, Refugiados.


LA JACETANIA
SOBRARBE
ALTO GÁLLEGO
LA RIBAGORZA
HOYA DE HUESCA / PLANA DE UESCA
SOMONTANO DE BARBASTRO
CINCO VILLAS
LA LITERA / LA LLITERA
TARAZONA Y EL MONCAYO
CINCA MEDIO
CAMPO DE BORJA
RIBERA ALTA DEL EBRO
LOS MONEGROS
ZARAGOZA
ARANDA
VALDEJALÓN
BAJO CINCA / BAIX CINCA
CAMPO DE CARIÑENA
RIBERA BAJA DEL EBRO
COMUNIDAD DE CALATAYUD
BAJO MARTÍN
BAJO ARAGÓN - CASPE / BAIX ARAGÓ - CASP
CAMPO DE DAROCA
ANDORRA - SIERRA DE ARCOS
BAJO ARAGÓN
CUENCAS MINERAS
JILOCA
MATARRAÑA / MATARRANYA
MAESTRAZGO
COMUNIDAD DE TERUEL
SIERRA DE ALBARRACÍN
GÚDAR - JAVALAMBRE

Lo primero que llama la atención es la concentración de las procedencias en determinadas zonas, y que hay una clara mayoría de procedentes de las localidades cercanas al frente de guerra, tanto de un lado de las trincheras como de otro. Puede comprobarse la presencia en Zaragoza de personas con residencia en la mitad oriental de la región, especialmente del bajo Aragón y del Somontano y Sobrarbe, aunque no son muy numerosos; así como casos en que los refugiados son habitantes de pueblos de la mitad occidental o incluso de la propia capital zaragozana. No se recogen en nuestro mapa los refugiados provenientes de otras ciudades españolas, que no fueron excesivamente numerosos; hacia enero de 1937, junto a los aragoneses señalados en el mapa, recibían la asistencia de la JRC 24 refugiados de Madrid, 10 de Bilbao, 9 de Barcelona, y no más de una quincena de personas de diversos lugares como Sevilla, Baracaldo, Tarragona, Reus, Cuenca o Castellón.

Los datos indican que los refugiados vinieron en su mayoría de los lugares más afectados por combates o por la instalación de tropas; es decir, las zonas de mayor riesgo en Aragón, que se fueron determinando en los dos primeros meses de la guerra. Así, en nuestro mapa aparecen manchas grises en torno a Tardienta y los pueblos de la sierra de Alcubierre, lugares en los que ya en julio se registraron algunos combates, y en donde luego se estableció un frente atrincherado y bien fortificado. De la misma forma, más de 100 personas huyeron de Quinto, y en torno a 150 lo harían de Pina, un sector estratégicamente importante (corredor del Ebro) donde se detuvo el avance de las columnas catalanas. De este modo, el 11 de agosto se notificaba en la JRC la necesidad de ayudar a las familias de guardias civiles de Pina y Monegrillo, que habían escapado de una represión probable y de la atemorizadora presencia de la columna Durruti en ese territorio. Escabullirse de una posible ejecución fue para los derechistas destacados o representantes del orden social tradicional en aquellos pueblos la más acuciante motivación para huir a Zaragoza; aunque no debemos pensar que solamente personas opuestas a la República marcharon a la ciudad[193].

Prestando atención al hecho de que un guarismo excepcionalmente elevado de refugiados procedió de los pueblos de la comarca de Belchite, y del territorio al sur de esa villa, desde Fuendetodos hasta las comarcas del Jiloca y las cuencas mineras, zona que suponía un entrante del frente aragonés dominado por los milicianos de izquierda, podemos entender mejor el fenómeno. Era aquél un territorio de valor estratégico, flanco sur de Zaragoza, una llanura delimitada geo-

[193] Los primeros combates e incursiones de tropas en torno a Tardienta, Almudévar y Alcubierre, que en realidad fueron el aplastamiento de las resistencias de esos pueblos al golpe, ya ocurrieron antes de la llegada de milicias. Véanse los partes de julio en Servicio Histórico Militar, *Partes oficiales de Guerra 1936-1939*, tomo I, Ejército Nacional, Madrid, Ed. San Martín, 1977. Llegada de refugiados de Pina, Quinto, Fuentes de Ebro, Monegrillo, en AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Actas 5, 11/VIII/36)

gráficamente por la sierras de Belchite, Oriche, Herrera y Cucalón. Frente al baluarte defensivo instalado por los insurgentes en la villa de Belchite, las tropas republicanas instalaron una línea atrincherada que aprovechaba la elevación del Cabezo Lobo y otras alturas para bombardear al enemigo, emplazándose una batería muy fortificada en dicha cota. Al otro lado de esta cima, al pie de ella se encontraba el pueblo de Almonacid de la Cuba, con 135 refugiados en Zaragoza hacia enero de 1937; pocos kilómetros más allá, Letux, que con 222 fue el pueblo que más refugiados tuvo en la ciudad, y Lagata, con 88 refugiados[194].

Era aquella una comarca que, además de tener el segundo mayor índice de analfabetismo de toda la región, descollaba como políticamente conservadora. Un estudio local sobre Letux explica cómo se produjo el éxodo de los vecinos durante aquellos días. Al parecer, durante la primera semana tras el golpe de Estado, en la que la Guardia Civil de Azuara había ido deponiendo los ayuntamientos del Frente Popular en varias localidades haciendo las primeras detenciones, y las escuadras de falangistas visitaron cada pueblo de la comarca en busca de personas de izquierdas; los vecinos habían permanecido intranquilos en actitud vigilante. Hacia el 4 de agosto, las noticias de que las milicias catalanas habían llegado al cercano pueblo de Lécera hicieron que «la gente en masa» comenzara a huir del pueblo, refugiándose en los montes, en casetas y parideras, o marchando directamente a Zaragoza. El día 9 de agosto, al divisar desde las protectoras lomas una columna de humo, producto del incendio de los objetos de la iglesia de Letux y señal inequívoca de la llegada de los milicianos al pueblo, la mayoría de familias de derechas decidieron huir a la ciudad; tomaron el tren de Utrillas, prácticamente colapsado, para alejarse pronto de la zona de peligro, mientras se producían estruendosos combates en Belchite que provocaban el pánico. Un total de ochenta familias se fueron a la capital, entre ellas algunos republicanos en desacuerdo con el proceder de los milicianos catalanes; pero otros vecinos, la mayoría izquierdistas, al instalarse definitivamente los soldados a mediados de mes en Letux, regresaron al pueblo para convivir los siguientes meses con ellos[195].

[194] La unidad republicana que se instaló en esos pueblos fue la columna Ortiz, que pasó a ser la Divisón Jubert con la reorganización del ejército republicano en 1937. Ese vértice del frente zaragozano tuvo especial valor estratégico, manteniéndose estático hasta la batalla de Belchite en agosto-septiembre de 1937. Sobre el Cabezo Lobo puede verse el documental dirigido por Eugenio Monesma, *Espacios de la guerra: Belchite*, Pyrene, P. V., 2006. El número de refugiados ha sido contabilizado a través de AMZ, c. 50423, Refugiados, tomo 2; aunque es muy probable que fueran más, pues no todos los refugiados que acudieron a Zaragoza fueron controlados por la JRC.

[195] Uno de los republicanos letujanos, Jesús Borao, concejal del pueblo que, a pesar de conocerse que Zaragoza estaba en manos de los sublevados, decidió refugiarse en la ciudad, acabó siendo allí detenido y fusilado el 8 de diciembre de 1936. Todo el relato según PLOU GASCÓN, M.: *Historia…, op. cit.*, pp. 339-355.

Una veintena de los refugiados de Zaragoza a principios de 1937 procedía de Plenas, otro pueblo de la comarca de Belchite situado más al sur. Allí, tras el golpe de Estado, la Guardia Civil, esta vez la del puesto de Herrera de los Navarros junto a voluntarios civiles, había depuesto el Ayuntamiento frentepopulista; no obstante, el 12 de agosto arribó la columna Carod a la localidad, huyendo un buen número de personas, que llegarían a Zaragoza viajando en carros, camiones o caballerías. Otros se refugiaron en parideras diseminadas por la sierra de Cucalón, merodeando durante semanas; algunos de los huidos, ante la noticia de que se producían fusilamientos, se acercaron al pueblo para sacar nocturnamente a sus familias y marchar a la capital, lo que al parecer ocurrió en diversos momentos a principios de 1937[196].

No sólo los desplazados que huían de los combates y de la represión acudieron a Zaragoza, sino que además se dispersaron por otros pueblos y villas de la zona sublevada. Por ejemplo, en Langa del Castillo, cerca de Daroca, se acogió a familias procedentes de los pueblos ocupados por las tropas republicanas de las sierras de Oriche y Herrera, como Loscos, Luesma o Monforte de Moyuela; lugares de donde procedía también medio centenar de los refugiados contabilizados en Zaragoza. En febrero de 1937 la JRC decidirá instalar un comedor de refugiados en Alhama de Aragón[197].

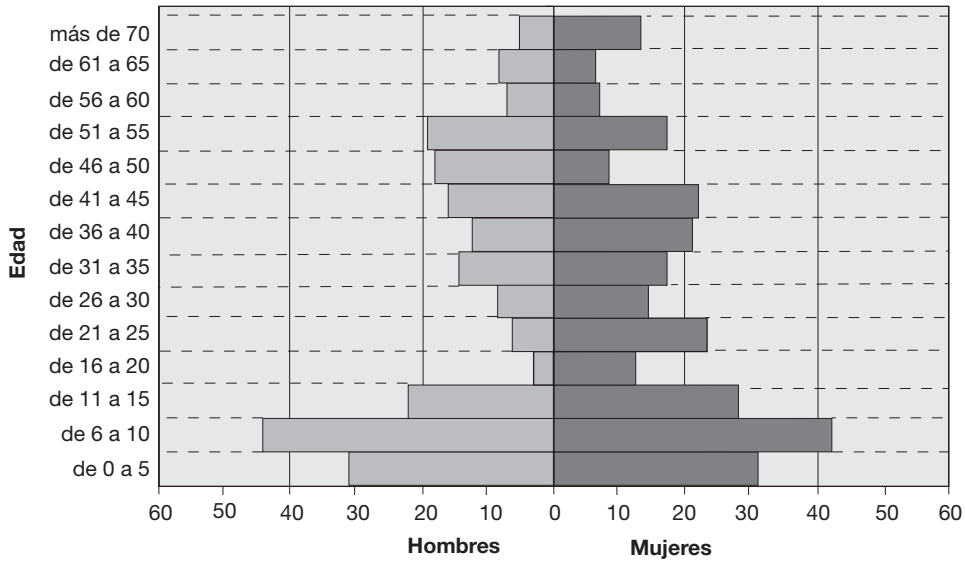
Por otro lado, a través de una muestra de 500 refugiados atendidos en los comedores dispuestos por la JRC a principios de 1937, hemos delimitado parámetros de sexo y edad. En los resultados resalta el alto número de niños hasta los diez años en la pirámide de edades resultante; el 40% de los refugiados atendidos era menor de quince años de edad, pero se da un brusco descenso en el número de personas que tienen entre 15 y 29, que son sólo un 10% del total, la gran mayoría mujeres. Si la infancia era el grupo más vulnerable y necesitado de cuidados, los jóvenes, especialmente los hombres, tendieron menos a huir de sus lugares de residencia; además, los varones que llegaban a Zaragoza fueron directamente movilizados por los sublevados y pasaron a engrosar el ejército o las milicias de Falange y Requeté. Los muchachos que permanecieron en retaguardia bajo la condición de refugiados lo hacían por razones muy concretas; enfermedad o inutilidad para el servicio de armas[198].

[196] TOMÁS DEL RÍO, A. S.: *La guerra civil en Plenas*, Cuadernillos culturales núm. 8, Asociación cultural Manuela Sancho, Plenas (Zaragoza), 1991.

[197] DIARTE LORENTE, P.: *Langa del Castillo, un pueblo aragonés en la historia de España*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006, p. 372. AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Acta 6/II/37).

[198] Estadística a partir de AMZ, c. 50424, Refugiados, libro de registro. De los 219 varones contabilizados se especificaban «servicios patrióticos» como Requeté Aragonés en 23 casos, y como 2ª línea de Falange en 3. PLOU GASCÓN, *op. cit.*, p. 342 también señala que los jóvenes refugiados llegados de Letux a Zaragoza se afiliaron a Falange.

MUESTRA DE REFUGIADOS



Además, la JRC y las autoridades conminaban a hombres y mujeres en esta situación a buscar un empleo o a ponerse al servicio (prácticamente gratuito) del órgano recaudador. Algunos hicieron esto último, trabajando en los almacenes de víveres, por ejemplo; y para ocupar a las mujeres se propuso crear un taller de confección de prendas militares; pero los más disconformes lo evitaron[199]. Miguel Plou Gascón, de Letux, por entonces tenía 14 años y llegó con su familia a la ciudad, acudiendo al servicio de comedores durante un tiempo, hasta que consiguió emplearse en una farmacia; no obstante su padre, que había sido funcionario republicano en el pueblo, se negaba a trabajar: «Él no quería trabajar, no quería. Yo por un lado comprendo su mentalidad, si no sabemos si mañana nos van a matar pues qué vas a trabajar ahí»; con todo, Miguel Plou guarda un muy buen recuerdo del papel de auxilio a los refugiados que tuvo la JRC[200]. De igual manera, algunos de los refugiados se sintieron sumamente agradecidos por la asistencia que les concedía la eficiente JRC, predisponiéndoles positivamente hacia los nuevos gobernantes[201]. A finales de 1936 se afirmaba estar manteniendo a cerca de 800 refugiados.

[199] AMZ, c. 50421, Libro 1º de Actas (Acta 6/XI/36). Los refugiados empleados por la JRC obtenían algunas prebendas, como prendas de vestir u obsequios.

[200] Entrevista con Miguel Plou Gascón, Zaragoza 28/V/2007.

[201] Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza, c. 1704, «Varios refugiados solicitan que la Corporación conceda determinados honores a las personas que cita, por su actuación en la Junta

No eran cifras particularmente abultadas; los refugiados en la retaguardia, a los que se intentaba reenviar a sus localidades de origen en cuanto fuera posible, nunca llegaron a suponer un grave problema; la JRC atendió a un promedio de 900 refugiados diarios en la ciudad, pero nunca hubo que atender a más de 2.500 a la vez, y el total de los que pasaron por Zaragoza durante la guerra, siempre según los datos de la JRC, fue de 16.000[202]. El fenómeno nunca alcanzó las dimensiones del experimentado con los refugiados de guerra en la retaguardia republicana catalana, que afectó a unas 600.000 personas, a 1 millón probablemente hacia 1938. Las medidas promulgadas por la Generalitat para auxiliar humanitariamente a todo ese volumen de población, mediante leyes e infraestructuras, garantizaron la atención médica de todos los refugiados enfermos, asegurándose alojamiento, manutención y educación; se invirtió en ello gran cantidad de dinero, y el resultado, aunque costoso, fue exitoso. El enfoque del problema y las acciones emprendidas por el Estado republicano resultan reveladores, si los comparamos, de las diametrales diferencias con el sistema implantado por los militares en la zona sublevada[203].

En Zaragoza, una verdadera regularización del sistema de auxilio a los refugiados no se produjo hasta marzo de 1937, cuando José María Sánchez Ventura cogió las riendas del servicio. Hasta entonces, la JRC mantuvo las comidas en la beneficencia, proporcionando excepcionalmente prendas de vestir «con gran parsimonia y previo informe de las Religiosas que sirven en los comedores». La admisión a estos servicios venía dada mediante anticipado «informe de personas de la misma procedencia del refugiado que merecen crédito». En el impreso de solicitud de auxilio, además de consignarse los datos personales, las fincas poseídas, la industria ejercida y el oficio al que se dedicaba el refugiado, el firmante avalaba «la conducta social y política del solicitante». Estos procedimientos se mantuvieron, y en febrero se regularizó el acceso a un modesto hospedaje, limitándolo a las personas refugiadas «accidentalmente desvalidas» y

Recaudatoria Civil»: seis firmantes, refugiados agradecidos por las ayudas recibidas, solicitaban a la Diputación Provincial que los componentes de aquélla fueran nombrados «hijos preclaros y predilectos de la provincia de Zaragoza».

[202] AMZ, c. 5866, Memoria de la actuación de la Junta Recaudatoria Civil en relación a refugiados y similares, 30 de diciembre de 1938.

[203] CLAVIJO LEDESMA, J.: «La legislación catalana sobre refugiados de guerra», *Hispania*, LIX/2, núm. 202, 1999, pp. 663-675. En octubre de 1936 el Gobierno creó un Comité de Refugiados y Emigrados, aunque ya antes las organizaciones obreras habían abordado el problema. Para la República refugiados eran «aquellas personas que sin ser combatientes o varones sanos mayores de veinte años y menores de cuarenta, se hubieran visto obligadas a cambiar de residencia a consecuencia de la guerra, no fueran hostiles al régimen, carecieran de medios de subsistencia y no se encontraran acogidas por ninguna otra persona de su familia o amistad». Puede verse también: MORENO FONSERET, R. y QUIÑONERO FERNÁNDEZ, F.: «Guerra civil y migraciones en una localidad de retaguardia: Alicante (1936-1940)», *Investigaciones geográficas* (Universidad de Alicante), v. 11, 1993, pp. 299-308.

«francamente afectas a la causa nacional», y a condición de que, si eran mujeres, prestaran servicio en alguno de los talleres de fines «patrióticos» o, si eran hombres, se alistaran a la 2ª línea de las Milicias Nacionales[204].

El control social ejercido sobre las personas refugiadas en Zaragoza, cuyos antecedentes y circunstancias personales fueron habitualmente investigados[205], se puso de relieve, así como las claras pretensiones de aleccionamiento ideológico y religioso. Los católicos zaragozanos aprovecharon para hacer apostolado; aquellos refugiados que participaron en los cultos católicos que se les proponían obtuvieron más ventajas; y los niños refugiados, alistados muchos de ellos a las Milicias Infantiles, no faltaron a la toma de la primera comunión; no se tardó en buscar medios para que continuaran su educación, aunque hasta noviembre de 1937 no empezó a funcionar la Escuela de la Guardería Infantil de Refugiados[206].

Es significativo que la persona designada por la JRC para realizar el mayor y más activo trabajo en el Servicio de Refugiados fuera un cura, a su vez refugiado en Zaragoza tras escapar de su parroquia en La Puebla de Híjar. Francisco Artal Luesma había sido recomendado por el arzobispo, y a principios de 1937 ya se encontraba trabajando en contacto con los asistidos. Por su condición de joven y resuelto sacerdote, una cara más amable que ofrecer a los que pedían auxilio, y por su incuestionable rectitud y afinidad ideológica con la sublevación, teniendo un hermano afiliado a Falange Española, era la persona idónea para ese puesto; y la JRC demostró estar muy satisfecha con su prestación, aunque en ella parece que tendió a favorecer y privilegiar a las gentes procedentes de su comarca natal y familias conocidas[207]. De igual modo, los

[204] AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Acta 13/II/37, 24/III/37, 13/IV/37). Entrecomillados de la ya citada Memoria de la labor realizada…, de diciembre de 1936. Los establecimientos eran La Caridad, Refugio, Tienda Económica y Casa Amparo.

[205] Véanse informes de los refugiados considerados sospechosos o «dudosos» en AMZ, c. 5891, Informes de la Oficina de Refugiados.

[206] AMZ, c. 50421, Libro 2º de Actas (Actas 26/X/36, 34/XI/36); c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 16/III/37, 11, 21/V/37, 5/XI/37).

[207] Artal (nacido en 1901 en Samper de Salz), en su etapa formativa en el Seminario Conciliar hacia 1921-1922 había conectado con el círculo integrista religioso de Josemaría Escrivá de Balaguer, del cual había surgido el Opus Dei en 1928, una de las más radicales y politizadas facciones de la Iglesia católica española. Otros de aquellos compañeros seminaristas del «beato Josemaría» practicaron un claro activismo político: véase ALCALDE FERNÁNDEZ, A.: *art. cit.* Sobre Artal, véase necrológica en *Boletín Romana. Boletín de la prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, núm. 28, 1999, p. 145; y HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R.: *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925): el Seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002, pp. 149-151 y 323-324. Su hermano, Valentín Artal Luesma, residía en condición de refugiado en la ciudad, y aparece en los listados de militantes falangistas publicados en prensa en 1939 (ver capítulo 3.2). En mayo de 1938 Artal solicitó cesar en su servicio para volver a su parroquia, pero la JRC consiguió mantenerle a su servicio dándole 300 ptas. mensuales para que pudiera pagar a un sustituto: AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 6, 25/VI/38). Una semblanza, con fotografías, de Artal en PLOU GASCÓN, M.: *Historia de Samper del Salz*, Samper del Salz, Ayuntamiento de Samper del Salz, 2003, pp. 344-347.

religiosos y monjas de Zaragoza colaboraban en estas actividades: en febrero de 1938 la JRC acordó «gestionar el ingreso en un convento de esta Ciudad de una refugiada de conducta poco edificante»[208].

Como representantes del orden tradicional en los pueblos, los curas párrocos estaban en el punto de mira de las armas de los milicianos de izquierda que ocuparon la mitad oriental de Aragón; diecinueve de ellos fueron asesinados en la provincia de Zaragoza, pero otros huyeron, a veces siguiendo propios consejos de los comités locales frentepopulistas[209]. Los párrocos recibieron auxilio en Zaragoza, donde la JRC, por indicación del arzobispo Doménech, sufragó los gastos de los nuevos trajes talares (y gorros de teja) de todos ellos, como si se tratara de otra milicia que necesitara uniforme; 121 curas durante toda la guerra obtuvieron nuevas vestiduras religiosas, pagadas con los fondos de los sublevados, llegando a agotar las existencias de materia prima (tela negra) de las sastrerías en junio de 1938[210]. Estos sacerdotes habitualmente habían huido de la zona republicana camuflados con ropas de paisano; pero a través de los documentos de sus solicitudes de ayuda, gestionadas por la secretaría de cámara del arzobispado, puede apreciarse cómo los eclesiásticos asumieron su rol de víctima y se amoldaron a las coordenadas ideológicas del nuevo régimen.

Severino Gómez Blanco y Ricardo Martínez Monedero, dos sacerdotes que se cobijaron en la ciudad, emplean en sus respectivos relatos, del 8 de mayo y del 30 de mayo de 1938, exactamente las mismas expresiones para describir su situación a la JRC, con objetivo de que ésta les auxiliara. Ambos, una vez «iniciado el glorioso movimiento salvador de nuestra querida y amada patria», «perseguidos por las hordas marxistas», teniendo que «permanecer escondidos» hasta que «pudieron burlar su vigilancia», consiguieron «evadirse de la zona roja», para llegar a la «auténtica y verdadera España», concretamente a la «Inmortal Ciudad» de Zaragoza «sin obtener ingresos bajo ningún concepto y [careciendo] de toda clase de medios económicos». En los dos casos, «los sin Dios y sin Patria» habían destruido sus ropas talares, y en la «zona roja» habían tenido que dejar a sus familiares «a merced de las hordas marxistas». Por aquellos idénticos motivos los dos «suplica[ba]n» a la JRC que les administrara un traje talar.

Hay decenas de solicitudes similares, redactadas en los mismos términos, y narrando idénticas experiencias. Otro caso es el del sacerdote Baldomero Jiménez Ferrer, natural de Villar del Humo (Cuenca), pueblo donde también estuvo «escondido» tras haberse «iniciado el glorioso movimiento salvador de nuestra querida y amada Patria»; como los otros, igualmente «logró burlar la

[208] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 4/II/38).

[209] La violencia sobre el clero a través de LEDESMA, J. L.: *op. cit.*, pp. 250-260.

[210] Contabilizado a través de los libros de Actas de la JRC. Un traje talar costaba unas 300 ptas.

persecución de las hordas marxistas; pero no así salvar su modesto mobiliario y ropas talares, que fueron destruidos por la barbarie y tiranía de la canalla roja». Al «llegar a la auténtica y verdadera España» su satisfacción no era completa, ya que «en el infierno de la zona roja, ha[bía] tenido que dejar a los suyos con harto sentimiento». Algunos sacerdotes parecían venir expresamente a Zaragoza para que les fueran confeccionados nuevos trajes talares, incluso una vez acabada la guerra[211].

Las monjas, que aunque no fueron normalmente asesinadas o maltratadas en la zona republicana sí que solían ser sacadas de sus conventos, también acudieron a refugiarse en los existentes en la ciudad del Ebro. A cada una de ellas la JRC les asignó un subsidio de 1,25 pesetas al día para su manutención; y aunque las cifras variaron a lo largo de la guerra, en 1938 eran auxiliadas en Zaragoza un total de 276 religiosas, repartidas en dieciséis conventos, donde además se daba asilo y educación a muchachas «desamparadas». La jerarquía eclesiástica se mostró muy satisfecha también con esta ayuda; el obispo de Tarazona, Nicanor Mutiloa, enterado a través de su «buen amigo» Francisco Artal de que las monjas eran atendidas, escribió en agradecimiento al presidente de la JRC, con el que también tenía amistad: «Estuve en Barbastro, tres días, a fines de junio. Entre los que no vi estaba su hermano D. Alberto (q.e.p. descansará seguramente) mi buen amigo y coadorador nocturno del Santísimo» [*sic*][212].

Los que no siempre estuvieron tan contentos fueron los refugiados civiles, consiguieran o no ser socorridos por la JRC. Los asistidos a menudo buscaron aprovecharse en lo posible del servicio; de manera que ante los «abusos de la actividad benéfica» se determinó que los Jefes de las milicias armadas poseyeran una relación de los individuos que debían ser socorridos. Ello no evitó que se siguiera dando la «actitud antipatriótica de algunos refugiados asistidos en los comedores establecidos»; hasta el punto de que uno de los encargados del servicio enviara un escrito a la dirección de la JRC en tono de impotencia, lamentándose de la actitud de muchos refugiados que, haciendo oídos sordos de sus indicaciones, seguían asistiendo a los comedores a pesar de haber encontrado trabajo y disponer de honorarios, y quejándose de otros que se negaban a trabajar aunque se les ofrecía empleo[213].

[211] AMZ, c. 5907, Refugiados: monjas y sacerdotes, oficios de solicitud.

[212] AMZ, c. 5907, Refugiados: monjas y sacerdotes, «Relación de religiosas refugiadas». AMZ, c. 5866, Documentos y relaciones de refugiados, carta de ¿1938? del obispo de Tarazona, administrador apostólico de Tudela. Nicanor Mutiloa e Irurita había sido obispo de Barbastro entre 1928 y 1935, año en que pasó a la diócesis de Tarazona sucediendo a Gomá.

[213] AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Acta 5/VIII/36); c. 50424, Libro 3º de Actas (Acta 18/V/37). AMZ, c. 5872, «Acuerdos sobre refugiados». El documento escrito por el encargado, sin fecha, en AMZ, c. 50419, Libros de registro de refugiados.

La JRC tendió a ser muy austera e inconmovible en la asistencia ofrecida. Los subsidios en metálico a refugiados y necesitados fueron excepcionales. Realmente era difícil conseguir mayores atenciones que las ofrecidas en los comedores; era imposible si no se contaba con antecedentes inmaculados, con avales de prestigio, y con razones de suficiente peso[214]. Pero una serie de refugiados sí que accedieron con mayor facilidad a ayudas más significativas, siendo sus peticiones gestionadas directamente por Francisco Artal; se trataba de lo que podríamos denominar «refugiados políticos», personas que habían huido de sus lugares de residencia por ser significadas de derechas. Entre ellas abundaban las mujeres, separadas de sus maridos por la guerra, o enviudadas por el mismo motivo (por ejemplo la esposa de un fusilado en Barbastro, o la de un guardia civil asesinado), que o bien habían llegado a Zaragoza, a veces tras cruzar la frontera francesa, o bien el golpe de Estado les había sorprendido en la ciudad. Algunas tenían consigo a sus hijos, a los cuales debían mantener; como el caso de María Sainz, que huyó de Aragüés cuando las milicias ocuparon esta localidad oscense, y que había colocado a una hija en Casa Amparo y a otra en la Fundación Villahermosa, y solicitaba una paga para mantenerlas; o el caso de Milagros Bercebal Benedí, de 28 años, casada y con dos hijos, que «enterada por la prensa de lo que el nuevo Estado protege a la madre y al niño, con todo respeto» solicitaba una cantidad para sostenerlos[215].

Las actitudes oportunistas también se perciben; y personas sobradas de recursos intentaron recibir el subsidio de la JRC. Un abogado que había huido de Barcelona «por españolista y católico» y estaba refugiado en Zaragoza señalaba que sus dos hijos eran voluntarios del Requeté Catalán, milicia con la que colaboraba él mismo, y sus dos hijas trabajaban en el servicio informativo de Renovación Española; siendo propietario de varios inmuebles, un terreno, una finca vinícola, de más casas y terrenos y de un chalet en Villanova i la Geltrú, además de contar con «buenos contactos» en Zaragoza, su solicitud de 500 pesetas mensuales como auxilio (con promesa de devolución) fue denegada[216]. Por otro lado, el auxilio sí que se concedió a algunos soldados o prisioneros evadidos de manos del ejército que luchaba por la República.

[214] Valga el ejemplo de la refugiada madrileña Urbana Sanz Hernando que, presentando un informe médico en el que un profesor de la Facultad de Medicina ratificaba la «intensa anemia» que padecía, solicitaba ayuda para sostener el régimen alimenticio que necesitaba como tratamiento. La petición fue denegada en diciembre de 1938: oficio de 16/XII/38 en AMZ, c. 5886, Documentos y relaciones de refugiados.

[215] AMZ, c. 5926, Documentos de refugiados, peticiones de auxilio.

[216] Solicitud de Joaquín Vivó Soler, octubre 1937, en AMZ, c. 5926, Documentos de refugiados, peticiones de auxilio.

Con estas historias personales contrastan las de aquellos que prefirieron no quedarse en la ciudad sublevada, o tuvieron que marcharse. Un discreto documento de junio de 1937 recogía una relación de personas residentes accidentalmente en Zaragoza que deseaban trasladarse a Barcelona por mediación de la Cruz Roja Internacional; 39 personas se marcharon de este modo, «canjeadas». Pero fue más penoso lo experimentado por otras personas dependientes de ayudas. En cierta ocasión, un anónimo dirigió a la JRC el siguiente escrito:

> Información secreta, auténtica y verídica [...] relativa a personas refugiadas en el Amparo, y a quienes debe inmediatamente suspender el socorro de comida se les da.
>
> Matilde Lasarte. Antonia Alcázar. Mercedes Vecino. Encarnación Beneti. Hermanas Pereda. Florita Pas. Amparo Cervera. Matilde Lázaro. Carmen Valero. Mari-Desa. Manolita Inglés. Lina Díaz. Maestro Quirós. Fernando Daína, este es anarquista peligroso, tiene 33 años y está en edad de ser útil.
>
> Una llamada por apodo «La Sorcha», que al parecer es amante del Chófer del Alcalde. Las trece primeras mujeres se dedican al ejercicio de la prostitución, llevando una vida depravada, afirmándoseme que alguna de ellas ha sido ya contagiada de males venéreos.

Atendida esta denuncia, el socorro que percibían se les suprimió el 25 de mayo de 1937. Diez de las mujeres dirigieron luego un escrito conjunto a la JRC, lamentándose de la pérdida del auxilio, el cual reclamaban recordando «las palabras del caudillo», «que no falte lumbre en los hogares y que ningun español carezca de pan» [*sic*]; no les sirvió de nada si consideramos que junto a casi todos sus nombres un funcionario de la JRC escribió después con lápiz rojo la frase «a Barcelona»[217].

Las mujeres habían oído o leído bien las palabras de Franco, pero lo que quizá no sabían es que la España del Caudillo no consideraba españoles a aquellos que no compartieran su particular ideología y concepción de lo social, o no se sometieran estrictamente a la moralidad católica imperante. Los mecanismos de inclusión y exclusión se habían puesto en funcionamiento en pos de formar la «comunidad nacional» a la que aspiraba la coalición sublevada. El organismo de la JRC también trabajaba en ello, colaborando con los órganos represivos de la ciudad, con los que mantenía estrecha comunicación. La Delegación de Orden Público, conforme a esa cotidiana relación, planteó en cierto momento a la JRC la conveniencia de que la Srta. Josefina Bonafé Palacios, si recibía «el auxilio de los comedores de esa Junta», fuera privada de él; la razón era clara: según la Delegación, la refugiada observaba «una vida un poco libre»[218].

[217] Documentos en AMZ, c. 5926.

[218] Informes de la Delegación de Orden Público en AMZ, c. 5926.

2.2. Bombardeos en Zaragoza

Zaragoza no fue una ciudad totalmente a salvo de las destrucciones bélicas, sino que sufrió con alguna frecuencia las incursiones de aviones republicanos que arrojaron bombas sobre el casco urbano, causando ya cinco muertos el día 24 de julio de 1936[219]. Según datos de la Cruz Roja, desde el principio de la guerra hasta la terminación de la campaña, tuvieron lugar en la provincia 582 alarmas y 43 bombardeos; y en la ciudad el total de víctimas se ha precisado en 119 muertos y 248 heridos[220]. Se trataba de acciones poco o nada sistemáticas, descoordinadas y de escasa repercusión, que tuvieron su mayor intensidad en torno al mes de mayo de 1937; no parece que su objetivo fuese el aterrorizar a la población civil. En ningún momento, por tanto, fueron comparables a los bombardeos que desde el otro bando se realizaron contra ciudades como Madrid, Barcelona, Guernika o Durango. El efecto de los ataques aéreos fue más perjudicial que beneficioso para la República, siendo utilizados por los propagandistas franquistas en beneficio de su propia causa.

Especialmente, fue la comunidad internacional ante la que el bando franquista presentó una imagen de víctima de los bombardeos «marxistas». Una carta enviada desde la JRC al editor de *The Times*, en Printing House Square, Londres, relataba de manera sensacionalista el bombardeo del Pilar de Zaragoza y otros. Por otra parte, Santiago Rohrbach, un empresario de Zaragoza con contactos en el exterior, escribió un informe para ser remitido al gobierno francés a través del agente consular en Francia, Roger Tur; en él, aparte de recogerse la particular visión que planteaba el bando sublevado sobre guerra, y describirse en términos dantescos y de inhumanidad todo lo que tenía relación con el Frente Popular, se presentaban los bombardeos sufridos en Zaragoza como motivados por la única, exclusiva y perversa intención de provocar víctimas civiles, y de «destruir, matar, por el mero placer de destruir, matar», con «premeditación y alevosía», sin que por el contrario ni «una sola bomba» se dejara caer sobre objetivos militares, reduciéndose los objetivos de los aviones «rojos» a los «edificios religiosos, hospitales, hospicios y domicilios particulares». La manipulación y el falseamiento de la realidad presentada era tal, que incluso un miembro de la JRC encargado de revisarlo decidió eliminar algunos párrafos del largo texto anotando con lápiz rojo «no hay que exagerar»[221].

[219] Maldonado, J. Mª: *op. cit.*, p. 34.

[220] Cruz Roja española. Asamblea Provincial de Zaragoza: *op. cit.*, p. 45. Vaquero Peláez, D.: «En la historia y en el recuerdo: bombardeos sobre la ciudad de Zaragoza durante la Guerra Civil española», *Rolde*, núm. 114, 2005, pp. 18-25.

[221] Los dos documentos, y otros más, en AMZ, c. 5948, Informes sobre bombardeos en Zaragoza.

En cambio, los ataques que, sobre todo, aviones italianos y alemanes realizaron sobre la República eran silenciados o manipulados. En noviembre de 1936, el rector Gonzalo Calamita escribía un artículo «contra los intelectuales de Madrid, que protestan ¡ahora! de los bombardeos aéreos». Al mes siguiente se publicaba una foto de personas refugiadas en el metro de la capital de la República por motivo de los ataques de la aviación sublevada, comentando al respecto que en Madrid, el pueblo «dominado por las hordas anarco-comunistas» se veía «obligado a vivir de manera dramática», pues «miles de familias sin casa ni hogar tienen que refugiarse en las estaciones del Metro para pasar estas noches terriblemente largas y angustiosas del invierno»[222]. Nada solía decirse en los periódicos de la presencia de la Legión Cóndor nazi, a pesar de que la gente sabía de ella e incluso tenían contacto cotidiano con sus soldados[223].

De igual manera se intentaba acallar toda información relativa a las agresiones recibidas desde el cielo en Zaragoza que pudiera hacer cundir el pánico. En marzo de 1937 se denunciaban las mentiras de un evadido que afirmaba que en la ciudad «aterrorizada por los bombardeos […] se apagan por la noche las luces de los barrios aristocráticos, pero se dejan encendidas las de los barrios obreros para que los aviadores enemigos dejen caer en ellos sus bombas»[224]. Por esas fechas, algunos habitantes atemorizados empezaron a abandonar la ciudad, lo cual intentaron frenar las autoridades por todos los medios. Tras los bombardeos de mayo y de que la Comisión de Recaudación de la JRC percibiera el problema, se solicitaron «atribuciones para imponer o aumentar en su caso cuotas extraordinarias a los vecinos de esta ciudad que a causa de los bombardeos la abandonan cobardemente». En seguida se definió esta actitud civil casi como deserción:

> En la guerra todos estamos movilizados, formando unos la vanguardia y otros la retaguardia. Quien en la vanguardia deserta ante el enemigo, tiene su castigo determinado en el Código de Justicia militar. Quien en la retaguardia huye ante el peligro, debe tener una sanción adecuada a su cobardía.

El proyecto de bases para regular los castigos incluía la requisa por parte del ejército de las casas abandonadas, incluso si éstas habían quedado al cargo de familiares o de la servidumbre; también sanciones ejemplares para aquellos que permanecían en el extranjero sin haber demostrado la imposibilidad de su

[222] *Heraldo de Aragón* (3/XI/36, 4/XII/36).

[223] En cierta ocasión, la Legión Cóndor solicitó a la JRC información de los antecedentes de cinco mujeres zaragozanas que estaban trabajando a su servicio; las pesquisas revelaron los antecedentes de simpatías por el Frente Popular y de «vida alegre» de esas mujeres. AMZ, c. 5948, Informes sobre bombardeos en Zaragoza, Oficio de 27/I/39 y documentos.

[224] *El Noticiero* (23/III/37). En los dos días siguientes, no obstante, dos ataques aéreos afectaron a zonas de la ciudad que pudieran considerarse «aristocráticas»: Coso, calle Costa, etc.

regreso[225]. Se publicaron en la prensa el 23 de junio y entraron en vigor en julio de 1937, pero se pudieron aplicar a vecinos huidos de la ciudad desde abril de ese año. Algunos se apresuraron a justificar sus ausencias, mientras se ponían en marcha indagaciones sobre los pisos vacíos de la ciudad, y se enviaban cartas a los ausentados conminándoles a responder justificativamente en el plazo de cinco días. A las personas que por causa de fuerza mayor tenían que marcharse, se les hacía dejar a alguien encargado de entregar las cantidades correspondientes al Plato Único u otras colectas[226]. La milicia nacional de FET-JONS se encargó, por su parte, de elaborar un listado de los pisos desocupados de la ciudad, sector por sector; y desde otros ayuntamientos de la retaguardia se dio parte de los habitantes de Zaragoza que se encontraban viviendo en sus localidades[227].

Las incursiones de la aviación republicana tuvieron como objetivo fábricas de la ciudad, algunas de las cuales producían material de guerra, pero también lanzaron bombas sobre el centro de la ciudad y el casco antiguo, que además de albergar a la mayor parte de la población, predominantemente burguesa y de clases medias, era donde se encontraban la gran mayoría de edificios oficiales de las autoridades sublevadas. Soldados alojados en casas de estos barrios también fueron víctimas de las explosiones, si tenemos en cuenta al menos los nombres árabes de soldados de Regulares que aparecen en los listados de víctimas.

La Junta de Defensa Pasiva Antiaérea tomó medidas precautorias, como el desalojo de desvanes y buhardillas del casco urbano[228]; y la JRC se encargó de costear las destrucciones de los edificios alcanzados por las bombas, no sólo en cuanto a los desperfectos de los inmuebles, sino también pagando los costes de muebles destrozados, objetos, aparatos, cristalería, animales muertos, o gastos de entierro de personas fallecidas como consecuencia. Los inventarios detallados de los daños se registraron en los informes preparados por la JRC, y así conocemos con exactitud cuáles fueron los edificios de la ciudad destruidos en los ataques. Salta a la vista que buena parte de las familias perjudicadas eran de extracción social acomodada, pues éstas solicitaban la reparación de objetos lujosos perdidos como jarrones, mármoles, botellas de licor, cuberterías de plata, etc.[229]

[225] AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 1, 15/VI/36), de donde proviene la cita textual.

[226] AMZ, c. 5886, Correspondencia. Modelo de carta de aviso en AMZ, c. 5948.

[227] AMZ, c. 5984, Relación de los pisos deshabitados y de los que sus propietarios se encuentran ausentes.

[228] *El Noticiero* (22/VII/37).

[229] AMZ, cajas 5947 y 5949, Declaraciones juradas por daños. El comisario jefe de la Oficina de Investigación también solicitó que la JRC repusiera sus muebles de oficina de su casa en Jaime I destruidos en uno de los ataques: AMZ, c. 5866, oficio de 1/V/37. Véase Anexo.

Pero no sólo la burguesía fue víctima de los bombardeos, sino que humildes y trabajadores perdieron la vida en esos días. Como ocurrió en el funesto caso del marido de María Barrio Puértolas, un baulero de 44 años, asalariado que mantenía a cinco hijos, que al dirigirse el día 3 de mayo «a comprar utensilios para la construcción de baúles», se tropezó en la calle Jaime I con la incursión aérea que le causó la muerte. La JRC le concedió un subsidio de viudedad a la mujer[230].

El temor que causaron los bombardeos, en vez de generar rechazo e inquina contra los militares sublevados que habían provocado en origen la situación de guerra, por lo general empujó más a los vecinos a buscar amparo en ellos, que dominaban la ciudad, y a confirmar odios hacia la República, a la que vieron como agresora. La sensación de estar juntos en el mismo barco, junto a los líderes del bando insurgente, hubo de ser común para muchos, transcurridos varios meses de guerra.

2.3. Combatientes

El 24 de julio, *El Noticiero* señalaba en sus páginas el hecho de que ante el rumor de un reclutamiento masivo, grupos de personas se habían alejado del casco urbano para esconderse en bosques y arboledas de los alrededores. La murmuración era falsa, pero ya el día 21 los militares sublevados de la 5ª División habían ordenado la incorporación a filas de las quintas de 1931 a 1935, hombres de entre 22 y 26 años; y pocos días después de esas reacciones de miedo ante la leva se iba a ampliar la movilización a las quintas de 1928, 1929 y 1930. El llamamiento militarizaba a un segmento importante de la población masculina de dicha región militar, sin hacer distinciones de ningún tipo y sometiéndola a una dura disciplina[231].

Para vertebrar ideológicamente a este ejército puesto en pie, se mezcló a las unidades de reclutas con los grupos armados de voluntarios nacidos de la paramilitarización de la política en la etapa anterior y que, como sabemos, habían hecho posible el triunfo del golpe de Estado en Zaragoza[232]. De esta manera, y agregando el aporte humano de los voluntarios que se fueron adhiriendo desde este momento, los mandos militares sublevados dispusieron en Aragón de un instrumento bélico poderoso, que pronto contaría con la ayuda internacional y la llegada de las unidades de elite del protectorado marroquí. La República, por su parte, había provocado la disolución de su propio ejército y

[230] AMZ, c. 5946, Subsidios y pensión.

[231] *El Noticiero* (24/VII/36, 5, 6/VIII/36); Maldonado, J. Mª: *op. cit.*, p. 33.

[232] Ellwood, S.: *op. cit.*, p. 97 señala que la dispersión de los falangistas dentro del ejército redujo su capacidad de respaldar actividades políticas, neutralizando el potencial militar de Falange.

confiaba inicialmente su defensa a las milicias de las organizaciones obreras; a antifascistas que en muchos casos veían el militarismo con repugnancia. Frente a este brazo armado desorganizado, indisciplinado, escasamente capaz y que se abastecía sobre el terreno; los sublevados, liderados por militares que conocían bien el «arte de la guerra» y tenían una tradición de intervencionismo en la política, contaban no solamente con una organización superior en todos los sentidos, sino también con la participación en su bando de individuos fanatizados partícipes del culto a la guerra y a la violencia, a la cual consideraban como un valor en sí mismo[233].

Observemos un marco más amplio, para luego recoger la experiencia histórica española. En Europa, la I Guerra Mundial había encumbrado, en un primer momento, unos sentimientos nacionalistas y belicistas que a partir de 1918 para muchos europeos, excombatientes algunos, se convirtieron en frustraciones y en desconfianza hacia los valores de la propia civilización occidental. Fue el caldo de cultivo sobre el que creció el fascismo, que debemos insertar en ese clima cultural de disolución de las certezas, de crisis del liberalismo y de inseguridad que sentían, sobre todo, las clases medias; su ascenso sólo fue posible en esa crisis de la conciencia europea. Crisis que el fascismo, en sus diferentes versiones, quiso superar poniendo la acción frente a la palabra, el carisma frente a la razón, el nacionalismo frente a la lucha de clases, el culto a la guerra frente al valor de la paz[234].

Si España no había participado en la gran guerra europea, y por tanto carecía de las masas de excombatientes que en los años 20 y 30 fueron la cantera que nutrió al fascismo italiano y al nazismo, otras experiencias históricas permitieron la aparición o la resurrección de movimientos regeneradores que promovían el empleo de la violencia y rechazaban los valores democráticos. Sin olvidar al mismo ejército, o más precisamente a su facción africanista, en los años 30 el carlismo, renacido al calor del conflicto religioso, y el fascismo de Falange Española encarnaron la reacción ya vivida en otras democracias europeas. El Requeté carlista, con su núcleo principal en Navarra y el País Vasco, pero implantado también en medios rurales de Andalucía, Cataluña y Aragón,

[233] Las diferencias cualitativas entre los dos ejércitos en liza fue decisiva en el resultado de la guerra civil: CARDONA, G.: «Entre la revolución y la disciplina. Ensayo sobre la dimensión militar de la guerra civil», *Ayer*, núm. 50, 2003, pp. 41-53. La tradición intervencionista militar en la política española en PAYNE, S.: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968.

[234] La crisis cultural e ideológica del periodo de entreguerras en MOSSE, G. L.: *La cultura europea del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1997, pp. 77-91; FUSI AIZPURÚA, J. P.: «La crisis de la conciencia europea» en CABRERA, M., JULIÁ, S. y MARTÍN ACEÑA, P., *op. cit.*, pp. 327-342. La importancia de la I Guerra Mundial en la aparición del fascismo en PAYNE, S.: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 101-113. Sobre los orígenes y variantes del nacionalismo franquista: SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

contaba con una tradición de insurrección y antiguas guerras y con un mundo simbólico de tradicionalismo militante que arrastró a masas de campesinos a tomar las armas; junto a las fuerzas paramilitares de Falange, más urbanas, cuya idiosincrasia se basaba en la dialéctica de los puños y las pistolas predicada por sus líderes, y clamaba por la reconstrucción de un imperio perdido, fueron las fuerzas de choque del 18 de julio subordinadas al mando militar. Ambas milicias, y otras como las de la JAP o Renovación Española quedaron unificadas bajo hegemonía falangista en abril de 1937[235].

No se trataba de unas masas de combatientes muy numerosas, pero con su dialéctica y su violencia arrastraron tras de sí a amplios grupos de población durante la guerra y, sobre todo los falangistas, aportaron la simbología y la mística que caracterizaría al nuevo Estado. La figura del combatiente, y más especialmente la del combatiente *voluntario*, se mitificó, ocupando el espacio simbólico que en Alemania o Italia había ocupado el excombatiente; y aunque los falangistas no olvidaron tampoco esta faceta del fascismo (pues obsérvese que ya en noviembre de 1936 en Zaragoza se celebraba una reunión de dos centenares de excombatientes de las guerras de Cuba, Puerto Rico y Filipinas), la guerra civil fue la guerra presente que dio sentido al fascismo en España, no una guerra pasada o una guerra por llegar como en los fascismos italiano y alemán. El mito y las realidades del voluntariado franquista en la guerra civil y del excombatiente en la posguerra marcaron el rostro de la dictadura, y supusieron para ésta una fórmula de captación de las masas pues, recordemos, el ejército tenía movilizados sólo en la 5ª División a casi 43.000 hombres para combatir a la República a la altura de abril de 1937. Entender esta vía de captación y averiguar sus mecanismos, límites y alcances es el objetivo de las próximas páginas, explorándola a través del caso zaragozano, pues la JRC se encargó de gestionar el sistema de socorros y ayudas a los combatientes, voluntarios y sus familias[236].

[235] González Calleja, E.: «Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización», y González Calleja, E. y Aróstegui, J.: «La tradición recuperada: el Requeté carlista y la insurrección», ambos en *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco), núm. 11, 1995, pp. 52-58 y 29-54 respectivamente. Sobre el Requeté navarro Ugarte Tellería, J.: *op. cit.*, pp. 371-410. Sobre las milicias de Falange Payne, S.: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 153 y ss. y Ellwood, S.: *op. cit.*, p. 80. Algunos individuos imbuidos del culto fascista a la violencia y la guerra llegaron muy lejos con sus convicciones; en el capítulo 1.2 se hizo referencia a voluntarios del 18 de julio en Zaragoza que continuaron combatiendo con la División Azul. Pueden encontrarse más ejemplos de voluntarios falangista que continuaron la lucha comenzada en 1936 llegando a defender Berlín en 1945. Véase Nuñez Seixas, X. M.: «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wihelm Faupel y los últimos de Berlín (1944-1945)», *Historia Social*, núm. 51, 2005, pp. 21-48. La Unificación en la Milicia Nacional se produjo por el decreto de abril: BOE 20/IV/37.

[236] La concentración de excombatientes en *Amanecer* (8/XI/1936). Una muestra de la mitificación del voluntario franquista todavía fue, a pesar de aportar cuantiosos datos, el libro de Casas de la Vega, *Las milicias nacionales en la guerra de España*, Madrid, Editora nacional, 1974. El dato de movilizados en Maldonado, J. Mª: *op. cit.*, p. 145.

Ya vimos cómo las milicias voluntarias se financiaron a través de las concesiones en metálico de la JRC. En cuanto al ejército, a finales de agosto de 1936, el gobernador civil y la Federación Patronal acordaron unificar las normas para el pago de jornales a los obreros que habían sido movilizados; ello se hacía a través de esta patronal y la COCI, que solían recibir de la JRC subvenciones en metálico reintegrables. Si atendemos a los continuos llamamientos que se publicaban en la prensa recordando a los patronos la obligación de pagar el subsidio a los obreros movilizados, y consideramos las multas que se impuso a algunos industriales por desobedecer lo estipulado, se podría pensar que estas medidas fueron en lo posible sorteadas por los patronos. Otras familias de combatientes que se hallaban en paro antes de ser movilizados o que no recibían el subsidio de la patronal por algún otro motivo fueron atendidas directamente por la JRC. Para decidir si los movilizados eran merecedores de tal subsidio y para precisar la cantidad que debían percibir, la JRC requería los informes de la unidad a la que pertenecían, de la alcaldía del pueblo de residencia y de la Comisaría de Policía o puesto de la Guardia Civil; así gestionó varios miles de subsidios. Más tarde, entre enero y abril de 1937, se formó una Junta Provincial Pro Subsidio, dependiente del Gobierno Civil, que asumió progresivamente esas competencias[237].

Para los movilizados y sus familias, la concesión del subsidio podía resolver apuros económicos y preocupaciones, especialmente en los casos de aquellos afectados por el paro forzoso, de las familias que adeudaban meses de alquiler, y de los que carecían de propiedades o de más medios de subsistencia que la mera venta de su fuerza de trabajo. Un subsidio de 48 pesetas semanales equivalía a lo cobrado por un obrero fabril, pero el acceso a la ayuda económica era restringido. Cuando ésta no era proporcionada directamente por el patrono, cuya mayor o menor probidad ante las normas del pago de subsidios determinaba la puntualidad o cuantía de los mismos; dependía de superar los filtros establecidos por la JRC. Mas no por ello dejaba de intentarse:

> Muy Sr. nuestro: despues de saludarle pasamos a molestarle y el motivo es el siguiente.

[237] AMZ, c. 5866, Memoria de la labor realizada… BOP 31/VIII/36. Las cantidades pagadas a los movilizados oscilaron entre las 15 y las 48 pesetas semanales, dependiendo de su situación familiar. Multas a industriales «por infringir lo decretado sobre subsidio pro combatientes», por ejemplo en *El Noticiero* (24/IV/37). Atención a los subsidios de los movilizados en paro y anticipos a la patronal en AMZ, c. 50418, Libro 1º de Actas (Acta 3, 24/IX/36, 2/X/36). Instancias de solicitud de subsidios en AMZ, cajas 5953-5963, que contienen un total de 3.600. Por supuesto, el subsidio a las familias de combatientes se extendía a toda la España sublevada; varios decretos lo regularon desde enero de 1937: BOE (11/I/37, 7/II/37, 14/XI/37), reorganizándose más tarde: BOE (24/VI/38, 1/V/39); véase la publicación *Decreto y reglamento para la concesión del subsidio a las familias de los combatientes*, Lugo, Biblioteca Celta, 1938.

> Enterados de que estando en el frente luchando por la salvación de España, y comunicarnos que estando casados podemos percibir el subsidio de obrero movilizado, como lo estan cobrando otros compañeros nuestros que estan en otros frentes y habiendo echo [*sic*] nosotros jestiones [*sic*] por mediación de la Oficina Recaudatoria De Defensa Nacional y siendo todo eso por estar casados y no tener nuestras esposas otro medio de vida que lo que ganamos o sea nuestro modesto jornal.
>
> Le rogamos a vd. que al ser posible jestione [*sic*] todo cuanto este a su alcance, relacionado con dicho subsidio, y que segun nuestro Capitan los lo a echo [*sic*] poner en conocimiento de Vd.
>
> Por si nos viesemos favorecidos por la indicada petición, adjunto le mandamos nuestros nombres con domicilio en Zaragoza y frente en que estamos
>
> Quedan agradecidos de Vd. sus aftos. s.s. q. b. s. m. [firmas]
>
> P.D. Nuestros domicilios son: Luisa Inisterra: Azoque, núm. 36-1º y Constancia Martinez: Calvo-núm. 46.

La carta la enviaban dos soldados zaragozanos desde el frente de la Ciudad Universitaria en Madrid, en enero de 1937[238].

Familias de izquierdas afectadas por la movilización tampoco dejaron de suplicar el socorro económico de las autoridades, aunque eso supusiera renegar de las convicciones o del pasado político. En el caso del soldado Matías Maylin Molina, cuya esposa había solicitado el subsidio, la JRC lo había denegado ante informes muy negativos enviados por la alcaldía correspondiente acerca del izquierdismo del reclutado. La mujer protestó negando la veracidad de los informes «pues quienes eran izquierdistas son los hermanos de su marido», y apuntaba que «tuvo unas palabras con el Alcalde» y temía que hubieran «podido influir en el informe». El párroco del pueblo avalaba la conducta del soldado, que no había mantenido actitudes «destacadas» y tenía «a sus tres hijos bautizados»[239].

Los contactos informativos de la JRC funcionaban bien. El expediente de solicitud de Ramón Cubero Bello, un asalariado jabonero de 21 años llamado a filas, demostraba cómo su familia (padres y hermanos) adeudaba seis meses de alquiler y carecía de «lo más indispensable para vivir»; por añadidura la Comisaría de Investigación y Vigilancia indicaba que el soldado había sido detenido en 1933 por «tenencia de hojas subversivas»[240]. Ni en éste ni en el caso anterior parece que los peticionarios fueran privados finalmente del subsidio.

[238] AMZ, c. 5905, Socorros, Carta con oficio adjunto 15/I/37.

[239] AMZ, c. 5905, Socorros.

[240] AMZ, c. 5930, Informes, certificados, socorro eventual.

Los informes negativos no escaseaban; de una muestra de 100 expedientes para la concesión de socorros estudiados, en torno al 15% presentan antecedentes de izquierdismo tales como «pertenencia al Frente Popular», «anarcosindicalismo», «afiliado a la UGT», etc. Si el historial de alguno de los solicitantes revestía de especial gravedad, repercutía en la no concesión; pero en otros casos solía remarcarse un atenuante como la «buena conducta» o el haber «acatado» la realidad política del momento, para derivar en una concesión sin más obstáculos[241].

Para los soldados que se presentaron voluntarios al ejército o a las milicias también se proporcionaron subsidios, normalmente más generosos que los concedidos a los reclutados a la fuerza. Pasada la vorágine de los meses de julio y agosto, en que las milicias falangistas de Zaragoza se nutrieron rápidamente de izquierdistas que se apresuraban a ponerse el «salvavidas» de la camisa azul, durante el resto de la guerra fueron presentándose voluntarios que procedían en su mayoría de los intervalos de edad no movilizados: jóvenes menores de 21 años, y hombres mayores de 30 (con el año nuevo de 1937, nuevos quintos movilizados tuvieron que presentarse en las unidades de combate); pero también fueron habituales los casos de aquellos que prefirieron permanecer o ingresar en las milicias voluntarias aun perteneciendo a las quintas reclamadas por la movilización del ejército. Los republicanos e izquierdistas necesitados de lavar el pasado, hacer méritos, o evitar represalias continuaron surtiendo las unidades, avanzada la guerra. Es conocido el caso del llamado Tercio Sanjurjo, caracterizado por su composición de elementos izquierdistas a los que se prometía perdonar el pasado, pero que sufrió una purga en octubre de 1936 ante las sospechas de que se iba a producir una deserción masiva, lo que se llevó la vida de unos 300 de sus miembros, enterrados luego en fosas comunes como la del cementerio de Torrero[242].

Los testimonios directos dan cuenta de una realidad que no siempre se aprecia a través de la documentación. Miguel Ángel Tarancón, hijo de un republicano federal, estudiante y activista de la FUE en 1936, cuenta su propio caso: «tuve que ir voluntario porque en casa temían que pudieran detenerme»; al alargar una baja por enfermedad fue cesado como voluntario, pero tuvo que volver a filas incorporado con su quinta en 1937[243].

Motivaciones variopintas se sumaban a la hora de tomar la decisión de acudir voluntariamente a prestar servicio, sobre todo entre los ideológicamente indiferentes. En el contexto de la retaguardia de guerra era necesario definir

[241] AMZ, c. 5905, Socorros. Más informes en AMZ, c. 5912, 5913, 5875, 5953.

[242] ESCRIBANO BERNAL, F. (coord.): *op. cit.*, p. 94; GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 356.

[243] M. A. Tarancón en *art. cit.*

posición, y lo más fácil era tomar partido por los que se habían hecho con todo el poder, legitimidades al margen, demostrándolo de algún modo. Gentes de extracción social humilde se unieron así; especialmente en los medios rurales más proclives al conservadurismo, a las milicias voluntarias. Las campañas de los falangistas para reclutar afiliados entre los campesinos fueron intensas y amenazadoras. José Antonio Martínez Barrado[244], un falangista, camisa vieja, de aquellos que acudieron al cuartel de Castillejos el 18 de julio, cuenta cómo se desarrolló su campaña propagandística por el medio rural desde agosto de 1936 cuando

> por aquellas fechas eran muy pocos los que habían dejado familia, casa y hacienda para empuñar el fusil y la bomba en defensa de la Patria amenazada y muchos los que permanecían fríos o indiferentes cuando no llenos de miedo ante la gesta de nuestros hermanos: Requetés y Falangistas, que con los patriotas del Ejército honrado [...][245]

Según sus memorias, la llegada de un voluntario falangista a esos pequeños pueblos de la retaguardia zaragozana (Tomos, Las Cuerlas, Bello, etc.) provocaba un revuelo entre los campesinos, que le rodeaban y le acosaban a preguntas.

> El pueblo estaba verdaderamente preocupado, temeroso...; había muchos, muchísimos pesimistas que sentían un gran pánico de que los rojos pudieran llegar de un momento a otro [...] Pero ni por éstas se decidían a largarse a los centros de reclutamiento a tomar las armas[246].

Los falangistas arengaban al pueblo desde el balcón de los ayuntamientos; llamando a los vecinos y vecinas a la afiliación; intercalando las amenazas y las admoniciones con la retórica falangista de revolución, de un futuro de justicia social y glorias nacionales. Martínez Barrado tuvo relativo éxito en su labor de proselitismo por los pueblos en torno a Calamocha, llegando a formar una Bandera con los voluntarios presentados. Pero tal ofensiva persuasiva tenía sus límites, especialmente los marcados por las autoridades militares. En enero de 1937, el gobernador civil de Zaragoza se refería a las consultas que familiares de los mozos habían hecho en las cajas de recluta, preguntando «si era obligatorio alistarse en Falange Española, toda vez que delegados de dicha entidad recorrían los pueblos conminando a todos los hombres comprendidos entre los 18 y los 30 años a alistarse en las milicias de la precitada organización». Se señalaba que también se habían «presentado soldados movilizados de dicha entidad y de la JAP solicitando servir en el Ejército, lo que no podían efectuar sin ser tenidos por desertores, ya que en ambas organizaciones se niegan fre-

[244] Martínez Barrado, J. A.: *Cómo se creó una Bandera de Falange*, Zaragoza, 1939.

[245] *Ibidem*, p. 14.

[246] *Ibidem*, p. 14.

cuentemente a extender el certificado en que conste no acudieron oportunamente al llamamiento por encontrarse en el frente». Con motivo de que el contingente llamado a filas del ejército no se redujera «en límites considerables» se resolvió: «el alistamiento en Falange Española es completamente voluntario y nadie puede ser forzado a ello». Con todo, no se expresaba un interés por parte del estamento castrense, que controlaba el Gobierno Civil, de cercenar la captación de afiliados a la doctrina falangista, sino de preservar una suficiente afluencia de efectivos a las unidades del ejército[247].

Resulta muy complejo analizar los factores que operaron en la adhesión y alistamiento de muchos hombres del medio rural zaragozano en la causa franquista. Ya se ha apuntado el previo conservadurismo de algunas zonas agrestes, en cuyos habitantes caló fácilmente la retórica de la defensa de los valores propietarios y religiosos; o el aplastamiento mediante la represión de las bases asociativas y la militancia izquierdista, sobre todo en zonas como las Cinco Villas, de fuerte presencia sindicalista[248]. Hubo personas, jornaleros o campesinos pobres que, como ha revelado Carlos Gil Andrés, empujados por las circunstancias del entorno, ante la posibilidad de gratificaciones, buscando un reconocimiento, *para hacerse notar*, o limpiar el pasado izquierdista, se adhirieron a la sublevación; en esa toma de partido intervenían múltiples factores, valores e identidades que coexistían y competían entre sí. Muchos jóvenes campesinos de los pueblos, incluso, se marchaban voluntarios con el ejército franquista simplemente *porque así lo hacían los demás*[249].

La guerra no era un juego y muchos voluntarios, jóvenes o maduros, murieron en acción de guerra. Para cubrir el vacío legal que dejaba sin amparo a las familias de los voluntarios fallecidos de las milicias aunque éstas habían sido militarizadas ya, en febrero de 1937 la JRC dispuso que dichas familias (esposas viudas, hijos huérfanos o padres ancianos), siempre que acreditaran «documentalmente ser pobres de solemnidad», podían percibir un socorro mensual[250]. A partir de los cincuenta y tres expedientes cursados por la JRC y conservados en sus fondos documentales hemos extraído la información necesaria para presentar un bosquejo de los voluntarios con que contó el ejército de Franco para hacer la guerra[251].

[247] BOP 11/I/37.

[248] El clima represivo y de movilización forzada desatado en Ejea de los Caballeros desde 1936 véase en Remón Aísa, J. A.: *Ejea 1936. La sombra de una guerra*, Ejea, Foro de mujeres progresistas, 2006.

[249] El autor ha captado a través de la historia oral precisamente ese tipo de motivaciones, que poco tienen que ver con la convicción ideológica; véase Gil Andrés, C.: *op. cit.*, pp. 125-140.

[250] AMZ, c. 5905, Socorros, documento de 19/II37.

[251] AMZ, c. 5946, Subsidios y pensión. Hemos seleccionado 41 informes válidos para el análisis, pues el resto presenta carencias informativas o contradicciones que impiden extraer conclusiones. Todos los expedientes citados a continuación proceden de esta caja.

Veinticuatro de los voluntarios fallecidos habían pertenecido a Falange Española. Sólo dos de estos falangistas, según lo apuntado en los documentos, eran afiliados anteriores al alzamiento; uno de los camisas viejas era Fermín Ester (cuya familia y circunstancias conocemos bien, véase capítulo 1.2); y otro era Ángel Inglés Rigal, un ex cenetista que había colaborado en la formación de la CONS zaragozana en 1934. José Prades Cuevas, vecino de Quinto que trabajaba en la herrería propiedad de su padre enfermo, casado y con 4 hijos, alistado en Falange (de la que era afiliado un hermano suyo) el 19 de julio; y Ernesto Latorre Blasco, de Boquiñeni, casado y con una hija, carente de bienes, son los dos únicos ejemplos encontrados en los que se especifica la afiliación a Falange en los momentos del golpe de Estado[252]. Del resto de voluntarios falangistas se desconoce la fecha de su alistamiento; pero en seis de ellos (25% del total) encontramos reseñado un pasado izquierdista, descubierto por las pesquisas de la JRC.

Estos eran casos típicos de uso (fallido al fin y al cabo) de la camisa azul como «salvavidas». De uno de ellos, un vecino de Lumpiaque, se afirmaba textualmente que «observó buena conducta» porque «aunque estuvo afiliado a partido de izquierda, para rectificar su error, se incorporó voluntariamente a Falange Española»; había muerto en Villafranca de Ebro en diciembre de 1936. De otro, vecino de Caminreal, el alcalde del pueblo afirmaba que había militado en la «política izquierdista» al igual que su esposa, solicitante del subsidio, pero que ambos habían mantenido «buena conducta»; había muerto en El Pueyo en febrero de 1937. Del resto, las alcaldías o puestos de la Guardia Civil informaban sobre pertenencias o simpatías al Frente Popular y sus organizaciones; pero aparentemente sólo se denegó el subsidio en uno de los casos: el de Pedro Usón Moya, casado y con tres hijos, obrero afiliado al Partido Socialista,

[252] Expedientes núms. 1, 2, 9, y sin número (s/n). Ángel Inglés tenía domicilio en Coso, 112, zona de poco carácter obrero, y a sus 27 años estaba casado y tenía un hijo; su esposa Rosa Campos Sanz, de 25 años, declaraba que su marido había servido en Falange hasta que el 26 de julio de 1936 había muerto en el frente en «accidente de servicio, vuelco de un camión»; el informe del registro civil decía que había muerto «en la Facultad de Medicina» por «hemorragia interna por fractura base del cráneo», tecnicismo muy utilizado para camuflar el hecho del tiro en la nuca. Por tal cuestión aparece recogido como represaliado en los listados de CASANOVA, J. *et alii*: *El pasado…, op. cit.*, p. 237. En otros documentos hallados se especifica que Ángel Inglés murió mientras realizaba actos de «servicios especiales», por los que estaba siendo bien pagado, aunque tras su muerte tal dinero volvió a ingresar en la caja de Falange. Podría concluirse que la muerte de Inglés bien pudo tratarse de un asesinato motivado por su pasado anarquista, y recuperar la cantidad de 700 pesetas que se le habían entregado, en un momento de vorágine asesina como era julio de 1936 (AMZ, c. 5880, recibos de Falange; c. 5914, relación núm. 2 y recibo núm. 7). La lesión de «fractura de la base del cráneo» era muy poco común excepto para las víctimas de las ejecuciones, si simplemente creemos en las estadísticas ofrecidas por la propia Cruz Roja durante la guerra: Cruz Roja Española. Asamblea Provincial de Zaragoza, *op. cit.* Al margen de cualquier sospecha, la niña Carmen Inglés Campos recogió en 1943 la medalla de plata de la ciudad en honor a su padre, voluntario del 18 de julio (véase capítulo 1.2).

muerto el 8 de diciembre de 1936 en El Pueyo, que había sido concejal del Frente Popular en su localidad de origen, Vierlas, hasta el 18 de julio. De su viuda, de 37 años, que pedía el subsidio, también se decía haber pertenecido al Frente Popular y por tanto, según el informe de la alcaldía, habría emitido su sufragio a favor de su marido. Tenían «algunos bienes»; así que sumaban suficientes razones para no conceder la pensión[253].

Del resto de falangistas de la muestra se tiene menos información o hay información incompleta. Encontramos un jornalero «de conducta intachable» según la Guardia Civil; un zapatero asalariado también «de buena conducta» al que se le disparó accidentalmente el arma por levantarse bruscamente en una alarma, causándole la muerte; un joven contable zaragozano «de ideas derechistas»; un vendedor ambulante de dulces y olivas, cocinero de la 2ª Bandera, soltero pero cuya madre y hermana eran «muy derechistas y religiosas»; un empleado de banca propietario de una peluquería en Gallur; y un par de propietarios rurales; entre otros[254].

Un grupo de voluntarios de los que nos hablan los informes prefirieron unirse al Requeté o a unidades del ejército. Verbigracia al Tercio Sanjurjo, al que pertenecían varios soldados fallecidos que sobrevivieron a su depuración pero no a los combates del frente. Entre estos, por ejemplo, aparecen ciertos obreros que se encontraban en paro en el momento de su incorporación, pero también se puede encontrar a asalariados con trabajo. Algún caso sugiere que individuos casi indigentes se sumaron a las filas del ejército como medio de obtener manutención y paga. Por ejemplo, el 11 de agosto de 1936 se alistó al Tercio Sanjurjo Andrés de Vega García, un vallisoletano de 29 años que ganaba unas 4 pesetas diarias como limpiabotas; su esposa, analfabeta, se dedicaba a hacer recados, ganando muy poco dinero, por lo que complementaba sus ingresos lavando la ropa de algunos legionarios; su marido falleció en octubre del 36 en Perdiguera.

En los casos de los voluntarios requetés se advierten más claramente conexiones con la religiosidad o la propiedad: el informe de Alejandro Román de los Santos, hijo de una familia «de derechas de toda la vida» con amplias propiedades rústicas en Belmonte de Calatayud, podría servir de prototipo; pero no todos los voluntarios requetés eran tan ricos. Luis Ruiz Navarro, que se alistó al Requeté el 26 de julio, procedía de una familia pobre de Tarazona, teniendo, eso sí, un padre sacristán y una hermana monja: la condición de católicos definía a algunas familias más que su condición de pobres o de asalariados. Podemos pensar que el padre del voluntario requeté Escolástico Maestro y

[253] Expedientes núms. 3, 4, 13, 18, 24 y s/n.

[254] Expedientes núms. 6, 8, 12, 15, 22, 25, s/n para los casos reseñados.

Marín, muerto en Almudévar en noviembre de 1936, puso ese nombre a su descendiente a raíz de sus convicciones teológicas; tras recibir la noticia de su muerte quedó «enfermo mental»[255].

La vivencia de combatir en las filas del ejército rebelde alcanzó, pues, a grupos sociales de toda clase y condición. Fue la experiencia común para una generación que vivía en una época de crisis militar en Europa, de auge del militarismo y de emergencia del paramilitarismo[256]. Haber luchado con las armas en la mano por la destrucción de la República, codo a codo con los falangistas y requetés, y bajo las órdenes y la hegemonía de los militares y grupos sociales que prepararon y apoyaron el golpe de Estado de 1936 suponía ser aceptado, estar incluido en la nueva «comunidad nacional» regenerada, en la nueva España que surgía; ser combatiente o, más aún ser voluntario, aseguraba (en principio) convertirse en un miembro de pleno derecho en el nuevo Estado. No cabe extrañarse de que en Zaragoza, al igual que en otros lugares de España, donde desde el principio se destruyó cualquier oposición al golpe de estado mediante una acción «en extremo violenta», y se desarticuló todo tipo de estructura de disidencia, los grupos sociales indiferentes y desafectos, inmersos en el imperio de la propaganda ideológica fascista, optaran por tomar esta peligrosa vía de inserción[257].

Alguno de los obreros o izquierdistas que fueron voluntarios al combate llegó a tener incluso una «actuación distinguida en el frente». Tanto los combatientes como sus familias esperaron y desearon de ese modo asegurar su propia salida a flote en el contexto represivo y de crisis abierto en julio de 1936. Las autoridades y sus colaboradores, en nuestro caso la JRC de Zaragoza, dejaron abierta esa puerta de entrada a la «comunidad nacional» de la España franquista. Establecieron ciertos filtros lo suficientemente permeables como para acoger a la mayoría de los que pretendían abjurar de un pasado de izquierdas, republicano o de poco entusiasmo por la causa «nacional», pero lo suficientemente rígidos y estrechos como para forzar a aquellos que intentaban superarlos a aceptar la sumisión incondicional y el completo abandono de antiguas veleidades, simpatías o lealtades. Ello llegaba a romper fuertes lazos de sociabilidad, de amistad e inclusive lazos familiares, para reforzar la subordinación y la dependencia de las gentes a los que ostentaban el poder y otorgaban dádi-

[255] AMZ, c. 5946, Subsidios y pensión. Expedientes sin numerar.

[256] La importancia de la crisis del poder militar en el periodo de entreguerras para el surgimiento del autoritarismo y el fascismo en MANN, M.: *op. cit.*, p. 80. Una presentación de la vida y experiencias cotidianas del combatiente «nacional» en ABELLA, R.: *op. cit.*, vol. 1, pp. 341-353.

[257] «La acción ha de ser en extremo violenta», como se sabe, era la expresión empleada por Mola en los preparativos del golpe de estado: Instrucción reservada núm. 1, citada entre otros por PRESTON, P.: *Franco…, op. cit.*, p. 158.

vas (subsidios, ayudas, etc.) necesarias para la supervivencia. Tampoco los filtros permitían la asimilación de aquellos considerados demasiado inaceptables, de aquellos que tenían un pasado demasiado «manchado», que no hacían suficientes méritos, o que eran simplemente irrecuperables para la nueva España.

Los integrados a través del servicio de armas bien pudieron desarrollar una fuerte lealtad y un apoyo hacia el naciente régimen franquista, al que habían ayudado a implantarse, y que les había a su vez ayudado a subsistir además de darles agasajos (recordemos aguinaldos, etc.) y envolverles de la mística que glorificaba al combatiente y al voluntario. Las personas difícilmente podían ser las mismas después de haber sido inducidas a combatir contra otros a los que nunca habían odiado o a los que antes habían tolerado o que incluso habían sido compañeros ideológicos suyos[258]. El apoyo al franquismo se extendió así, a través de la guerra; y la posguerra traería una reválida, como apéndice al conflicto español, para que los izquierdistas purgaran sus «pecados» y se integraran en el régimen: la División Azul que marcharía a combatir en Rusia en 1941[259].

La República, al parecer no pudo, o no supo, consolidar y generar de igual manera adhesiones a su causa a través del servicio de armas en su ejército. La militarización y homogeneización de sus tropas fue tardía, costosa y conflictiva; y además la carencia de recursos apropiados, agudizada por el embargo y la delicada posición internacional, obstaculizaba el mantenimiento de sus tropas con una moral elevada, pues éstas pasaban hambre y frío en las trincheras, donde combatían con material escaso y defectuoso. Michael Seidman llega a concluir que la República perdió la guerra por estos motivos[260].

Evidentemente, el sistema con que ambos contendientes afrontaron el esfuerzo bélico fue muy distinto, y se desarrolló en contextos extremadamente diferentes. La JRC de Zaragoza instauró unos mecanismos por medio de los cuales se conseguía que la propia clase obrera financiara la batería de subsidios y

[258] Son muy recordadas, además, las escenas de confraternización con el enemigo vividas en los frentes en calma: GIL ANDRÉS, C.: *op. cit.*, p. 357; SEIDMAN, M.: «Frentes en calma de la guerra civil», *Historia Social*, núm. 27, 1997, pp. 37-59. También múltiples anécdotas, más o menos graciosas, sobre el brusco giro de lealtad de los izquierdistas de la zona sublevada; por ejemplo la del ex republicano que coloca un gramófono desde su ventana, cara a la calle, con el *Cara al sol* a todo volumen, en DÍAZ-PLAJA, F.: *op. cit.*, p. 46. Pero esa realidad tuvo más a menudo una vertiente muy cruel; se recogen historias de izquierdistas y sindicalistas prestando todo tipo de servicios a los sublevados, delatando a antiguos compañeros, o presentándose voluntarios para participar en pelotones de ejecución: GIL ANDRÉS, C.: *op. cit.*, pp. 132-134.

[259] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *De héroes e indeseables. La División Azul*, Madrid, Espasa, 2006.

[260] SEIDMAN, M.: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2003; obra que ha sido criticada por otros historiadores, pues su perspectiva centrada en la individualidad llega a perder de vista el contexto. Véase, por ejemplo la crítica de LEDESMA, J. L., en *Historia del Presente*, núm. 3, 2004, pp. 223-225.

ayudas económicas a los trabajadores movilizados; la aportación de las elites económicas, de la burguesía, y la extracción intensiva de recursos en los espacios rurales de retaguardia hicieron el resto. Esa estrategia de financiación se repitió en otros lugares de la retaguardia sublevada; en Sevilla, por ejemplo, se formó en abril de 1937 una Junta Municipal de subsidios a familiares de combatientes que obtuvo sus fondos a partir de la imposición de cuotas sobre la propiedad urbana, organizando loterías, a través de recargos en el consumo o, especialmente, con la imposición de multas, que llegaron a significar el 25% de los ingresos dedicados a subsidios para familias de combatientes[261].

Los mecanismos de inclusión y exclusión, necesarios para moldear la nueva España franquista, estaban implícitos en todo esto como hemos estado viendo, pero puede profundizarse más en ello. En el siguiente capítulo atenderemos a las realidades de aquellos a los que el sistema de captación de adhesiones dejaba fuera, y las historias de gentes que de alguna manera se negaron a integrarse en el proyecto antirrepublicano en marcha, dejando de actuar como las nuevas autoridades esperaban que se hiciera.

2.4. Los límites de la extensión del apoyo social: resistencias, represalias, exclusiones y rupturas

Hemos ido presenciando hasta ahora cómo la JRC implantó un sistema administrativo y de gestión de los recursos y apoyos económicos del bando sublevado en la provincia de Zaragoza, y cómo esto permitía a su vez el control de la población y la medición de su nivel de colaboración con el esfuerzo bélico. Los propios ciudadanos, como vimos, contribuían con su participación, a generar el clima agobiante de presiones y coacciones en el que se basaba el sistema recaudador, señalando en ocasiones a aquellos que no actuaban de igual modo a favor de la sublevación. En febrero de 1937, la sociedad de patronos panaderos mandó a las oficinas de la JRC la lista de industriales que habían contribuido a la suscripción abierta a favor del auxilio a la ciudad de Málaga recién «liberada», adjuntando una lista de «señores que no han contribuido»; un proceder que sabemos que no fue excepcional[262]. Los mecanismos por los que se explicitaba el apoyo a las fuerzas sublevadas tenían una doble vertiente, incluyente y excluyente.

Por el bando de 4 de enero de 1937, el general de División Miguel Ponte y Manso de Zúñiga fijaba las normas de confiscación de bienes a asociaciones y personas desafectas al «Movimiento», manteniendo para sí el poder decisorio de

[261] AHMS, L / 4623, Libro de actas de la Junta Municipal de subsidios a familiares de combatientes.

[262] AMZ, c. 5951, Inscripciones y donativos. «Convoy de víveres donado por el pueblo de Zaragoza para la provincia de Málaga». En el capítulo 1.4 se señala un ejemplo similar, del gremio de sastres.

llevar a cabo las incautaciones. Además, en el artículo 11 del bando se señalaba que la JRC de Zaragoza tenía la capacidad para fijar y recaudar cuotas, y que en caso de que los contribuyentes se negasen a hacerlas efectivas, se pondría «en conocimiento de la Autoridad militar, que adoptará las medidas que estime pertinentes». En cumplimiento de este amenazador artículo, tanto por iniciativa de la JRC como de las Juntas locales, se agudizaron los controles sobre los vecindarios, y como consecuencia aumentaron las coacciones, delaciones y abusos, especialmente en los pueblos[263].

Se han conservado copias de algunos informes de personas que se negaban a realizar los pagos, remitidos al general de División en virtud del bando de enero[264]. En algunos casos, no parece que fuera la insolvencia económica el motivo de esa negativa a entregar dinero; Pedro Juan Sanz, un abogado y propietario de Sos, cuyas fincas se valoraban en 200.000 pesetas, no había querido pagar la cuota (de 1.500 pesetas) que le había asignado la Junta de ese pueblo, ni se había «molestado en contestar ni en protestar» por la cuota que le asignó la JRC de Zaragoza (de 8.000 pesetas) con motivo de estar habitando «espléndidamente» en la capital. El informe señalaba que Sanz era «político del antiguo régimen» y «fundador del partido Unión Republicana en Sos».

En otro caso se señalaba que Silvestre Díaz de Tuesta (cuota de 3.000 pesetas), que era «propietario de diez o doce casas al lado de la suya y de varios almacenes», además de «negociante de carbones» con un «buen capital», también esquivaba el pago. Con más descaro, Abilio Molina, propietario de un cabaret y «muy conocido de la policía» por sus turbios negocios, «contestó que no daría ni una gorda» a los requerimientos de cuota. En otro informe se recogió que, por su cuenta, la viuda de Ramón Galianas, una rica heredera y propietaria, vecina del Coso, dijo «que no le da[ba] la gana de dar un céntimo», habiendo entregado una cantidad mísera para sus posibilidades. Reacción similar tuvo Eustaquio Turmo, del que se creía que su ideología era «sospechosa», y que también recibió a la comisión recaudatoria groseramente. Existen algunos ejemplos más, pero no abundan.

[263] A un oficio enviado desde la JRC a la alcaldía de Aranda de Moncayo se adjuntó «una relación de los vecinos […] que no han satisfecho las cuotas asignadas», y se rogaba al ayuntamiento que se expusiera dicha relación en la tabilla de anuncios de la Casa Consistorial, haciendo un llamamiento a los vecinos que se citaban para que respondieran al fin «patriótico». La lista también se remitió a la autoridad militar. AMZ, c. 5948, Informes de personas que no pagan, oficio de 26 de mayo de 1937. En la zona controlada por la República, el Estado se encargó de realizar requisas u ocupaciones de bienes a las personas consideradas desafectas, a través de un sistema complejo caracterizado por «el rigor, la contundencia, la minuciosidad y el legalismo»: SÁNCHEZ RECIO, G.: *La República contra los rebeldes y los desafectos. La represión económica durante la guerra civil*, Alicante, Universidad de Alicante, 1991; cita en p. 13.

[264] Los siguientes ejemplos en AMZ, c. 5948, Informes de personas que no pagan.

Estas resistencias parecen obedecer a distintos motivos, pudiéndose por un lado reconocer la disconformidad ideológica entre ellos; como en el caso de Adolfo Lozano, vecino del Coso con una cuota de 1.500 pesetas, la cual se negaba a pagar a pesar de poseer un «capital importante»; sobre él, la JRC decía tener «en su poder informes muy desfavorables». Algún zaragozano afectado por las depuraciones se resistía a someterse, como es el caso del Sr. Gascón de Gotor, propietario del colegio San Felipe, que «dice que no da nada por "Plato Único" y […] está suspendido de empleo y sueldo como profesor»; o el del cartero Jesús Bozal, «expulsado del Cuerpo», al que no lograban hacerle pagar. Pero en otros ejemplos parece discernirse una simple tacañería ante las peticiones de la recaudación, a la par que muy poco miedo ante las amenazas. En éstos, se trataba de gente de «buena posición» social, muy poco dispuesta a desprenderse de su dinero, pero segura a la vez de no estar realmente en el punto de mira de la represión franquista.

En otra serie de informes dirigidos a la autoridad militar[265], la vinculación de los afectados con las fuerzas políticas de izquierda es más clara. Estas personas, habitualmente víctimas también de la represión física, solían aducir como impedimento para pagar tributos que ya habían sufrido el embargo de sus bienes. La esposa de Florentín Clavería Arazo, un «desafecto a la Causa Nacional» que «desapareció» a finales de septiembre de 1936, recibió las reclamaciones de las cuotas que se le exigían a su esposo; aunque éste había entregado «días antes de su desaparición» 5.000 de las 25.000 pesetas que se le demandaban:

> A su difunto esposo D. Florentín Clavería Arazo le asignó esta Junta provisionalmente una cuota de 5.000 pts. que pagó. Posteriormente, y previo conocimiento de sus bienes de fortuna, elevó la cuota a 25.000, cuya diferencia está sin satisfacer.
>
> Nos consta que todos los bienes de fortuna del fallecido han pasado a ser propiedad de Vd. y la requerimos, con arreglo a las normas dictadas por el Excmo. Sr. General Jefe del 5º Cuerpo de Ejército, que satisfaga las 20.000 pts. restantes en un plazo de ocho días, advirtiéndole que si no lo hace lo pondremos en conocimiento de aquella Autoridad Militar.

Otros «desafectos» que habían tenido actuaciones «destacadas» durante la República huyeron de Zaragoza escapando de una posible ejecución; pero la JRC no dejó por ello de asignarles su correspondiente cuota con absurda exactitud:

> A D. José Lázaro Sebastián, destacado radical-socialista, vecino de Zaragoza –Avenida de Madrid, núm. 10– y actualmente supuesto residente en Madrid, donde consiguió del Frente Popular un estanco-lotería, le asignó esta Junta Recaudatoria Civil una cuota de 10.000 pts, que no ha pagado ni se le ha podido notificar.

[265] AMZ, c. 5948, Oficios dirigidos al general del 5º Cuerpo de Ejército. De aquí proceden los siguientes casos y citas textuales.

También se asignó cuota, según los documentos de las reclamaciones, a José María Lamana, candidato a diputado a Cortes del Frente Popular; y a Honorato de Castro, diputado y catedrático, al que se le pedían 25.000 pesetas sobre la base de los bienes que poseía en la comarca de Borja. De este último se decía que estaba en Valencia, lejos de las represalias. No obstante, para republicanos e izquierdistas que habían participado en política a no tan alto nivel, les resultaba más difícil escapar de los requerimientos y castigos.

> A D. Miguel Sebastián Barranco, vecino de Cariñena, uno de los principales elementos del Frente Popular de aquella ciudad, lo impusimos [*sic*] una cuota de 5.000 pts. habiéndole escrito dos cartas el 19 de Octubre y el 2 de Diciembre sin obtener contestación. Últimamente y por medio del Alcalde, nos hemos dirigido de nuevo y nos contesta que no puede pagar más de lo que ha pagado –100 pts.– que ha estado detenido 49 días y que le han embargado todos los géneros de la tienda o comercio que tenía.

En otro caso, la esposa de un izquierdista de Gallur se disculpaba ante la JRC por no pagar su cuota de 960 pesetas ya que su marido se encontraba preso. La JRC decidió que una vez que se le hubiera formado expediente de responsabilidad civil con incautación de bienes, si le quedaban fondos, le fueran remitidas por la Comisión provincial de incautaciones las 960 pesetas de la cuota. En un número considerable de casos se daba la circunstancia de que las cuotas no eran satisfechas por haber sido embargados los bienes poseídos, o haber sido asesinado el ciudadano al que se le reclamaban; ante esto último eran los familiares quienes debían correr con el pago de la cantidad estipulada[266].

A Sebastián Rodríguez y Rodríguez, un «furibundo izquierdista del Frente Popular» según los informes de la JRC, se le había impuesto un tributo de 50.000 pesetas, sobre la base de sus diversas propiedades, entre las que se encontraba un chalet en el Camino de Ruiseñores, utilizado en ese momento como hospital militar. Aunque no lo pagó, en poder de la JRC obraba un documento firmado por Rodríguez ante testigos, en el que ofrecía un donativo de 100.000 pesetas. Como venía siendo habitual, en 1938 la JRC recordó a la autoridad militar que tras efectuarse la incautación correspondiente, «si quedase activo» se abonaran las cantidades reclamadas. La responsabilidad del pago se transmitía a Ana Martínez, viuda de Rodríguez, pues éste había sido asesinado a finales de septiembre de 1936[267].

Las fuentes de información de la JRC en los pueblos recopilaban y a veces enviaban datos muy detallados acerca de los vecinos y su comportamiento. En

[266] Otro informe de esta índole en AMZ, c. 5944, oficio de la Comisaría de Investigación y Vigilancia.

[267] AMZ, c. 5918. En esta caja se han contabilizado setenta y un informes de personas que se negaban a pagar las cuotas asignadas. El oficio mencionado está reproducido en ANEXO, Doc. 8. La muerte de Rodríguez en CASANOVA, J. *et alii*: *El pasado…, op. cit*., p. 291.

los informes, largas listas de nombres de ciudadanos, se anotaba muy claramente la filiación política de cada uno (especificando en alguna ocasión la orientación «antes» y «después» del movimiento); se indicaba el capital rústico, urbano, y otros bienes poseídos; y se podían comentar otras cuestiones, tales como el número de hijos que el individuo tenía en el frente, o las opiniones personales del emisor del informe acerca de si las personas podían o no pagar más. Datos bancarios y de documentos oficiales, así como las referencias del alcalde, del párroco, del jefe local de Falange, y del puesto de la Guardia Civil servían para determinar la cuota, que se abultaba si se evidenciaba una tendencia izquierdista. Los requerimientos a personas destacadas «de derechas» resultaban más moderados, y se reducían si el interesado tenía hijos combatientes[268].

A una mujer de El Burgo de Ebro se le había impuesto una cuota de 50 pesetas que se negaba a abonar; el informe sobre ella enviado a la Junta decía que tenía «bienes de fortuna escasos […] pero su ideología política e[ra] radical». A tres hermanas vecinas de Orés, al ser izquierdistas, se les impuso un tributo de 1.500 pesetas, que tampoco pagaban; el informe de mayo de 1938 decía sobre una de ellas, María Auria, que era «esposa de Paulino Lapieza, muerto o desaparecido, de mala conducta, según nuestros informadores, de izquierdas y propagandista en mitin»; y continuaba «dicen también que en vida intentó ingresar en Falange Española y no fue admitido. De la María Auria, su viuda nos dan informes parecidos». En efecto, Paulino Lapieza, de 35 años, había sido fusilado en Orés el 17 de enero de 1937[269].

En más casos encontramos conexiones entre las peticiones de pagos de cuota y represión física. En noviembre de 1936, el comandante del puesto de la Guardia Civil de Vera del Moncayo envió a la JRC una «relación de las personas que se titulan patriotas pero que no lo han demostrado en la suscripción hecha para recaudar fondos o víveres» en Tarazona; tres de esos vecinos, cuyo «matid político» [*sic*] era comunista, de «izquierdas» o socialista, y que por «no ser buenos patriotas […] merecen que se les quite todo lo que poseen», fueron fusilados el mes siguiente[270]. En ese mismo pueblo, ya antes Julio Calahorra, propietario de una fábrica de tejidos, a petición del vocal de la JRC Ángel Blasco

[268] Como muestra: AMZ, c. 5948, Carta y lista del ayuntamiento de Ainzón.

[269] AMZ, c. 5918, Requerimientos pago cuota (reproducido en ANEXO, Doc. 7). Cfr. CASANOVA, J. *et alii: El pasado… op. cit.*, p. 450.

[270] AMZ, c. 5886, Correspondencia. Los fusilados fueron Roberto Marco Redrado, «comunista», muerto en 10/XII/36, el mismo día que Dionisio Pérez Martínez, «socialista»; Antonio Lahuerta Bonet, de «izquierdas», fue asesinado el 20/XII/36; los tres habían entregado pequeñas cantidades, pero de los dos últimos el jefe de la Guardia Civil afirmaba «tiene dinero». Cfr. CASANOVA, J. *et alii*: *El pasado… op. cit*., pp. 582, 583. Ver ANEXO, Docs. 9 y 10.

había confeccionado una lista del centenar de habitantes más pudientes de la villa; en ella se incluía al médico Luis Muñoz, de Izquierda Republicana y «conducta irregular», que acabó siendo asesinado en agosto de 1938[271].

No cabe extrañarse de que en septiembre de 1937, en una de las sesiones de la JRC, el vocal asesor de la Comisión de Recaudación, Emilio Bolí, comentara que la «falta de autoridad y sobre todo el empleo de medios coercitivos ha[bían] llevado en los pueblos al desprestigio de la Junta». Pero esta tímida advertencia no pareció surtir efecto; al mes siguiente, el Servicio de Investigación de FET y de las JONS solicitaba a la JRC la «relación de los donativos que esta Junta ha[bía] recibido de los habitantes de Zaragoza y su provincia». La aplicación de medios autoritarios y coercitivos, cuando no violentos, acompañaba a muy poca distancia a la supuesta voluntariedad de las contribuciones económicas; y ante ello los ciudadanos, especialmente aquellos de condición humilde, estaban indefensos. En cierta ocasión, unos habitantes de Oseja enviaron sus protestas a la JRC de Zaragoza porque se les habían asignado unas cuotas imposibles de cumplir; los folios fueron marcados por un empleado de la Junta con la palabra «incautación» en lápiz rojo. «Hacer comparaciones no es labor suya», respondió autoritariamente la JRC a un vecino de Isuerre que se quejaba de que las cuotas impuestas a su familia eran injustas en comparación con lo que pagaban otras casas del pueblo[272].

Además de las cuotas, la mayoría de las veces notificadas por carta, las postulaciones por las calles, las mesas petitorias y las comisiones de recaudación fueron una constante cotidiana durante toda la guerra, para muchos molesta e incómoda. Muchachas de la Sección Femenina u otras voluntarias, si no de uniforme, vestidas a veces con traje regional, abordaban a los transeúntes solicitando unas monedas a cambio de distintivos. Hasta a los niños se les pedía dinero: «[…] una tarde, junto al Arco de la Villa, una señorita me pidió con la hucha, pero no tenía nada y me registró para comprobarlo»[273]. Las cuestaciones proliferaron y se multiplicaron; apareciendo en febrero de 1937 la del Auxilio Social de Falange[274]. Tal insistencia provocaba quejas, y a veces reacciones violentas o negativas, contestándose groseramente a las postulantes:

[271] AMZ, c. 5886, Correspondencia. Cfr. CASANOVA, J. *et alii*: *El pasado…, op. cit*., p. 580.

[272] AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 17/IX/37, 16/X/37). AMZ, c. 5948, Cartas de vecinos de Oseja. AMZ, c. 5918, Requerimientos pago cuota.

[273] Testimonio de un vecino de un pueblo de la retaguardia franquista en Segovia, citado por FONTECHA, A., GIBAJA, J. C., BERNALTE, F.: «La vida en retaguardia durante la guerra civil en zona franquista: Coca –Segovia– (1936-1939)», en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *op. cit.*, pp. 183-309, p. 208.

[274] *El Noticiero* (22/II/37). Y la llamada Ficha Azul había surgido a primeros de año, véase CENARRO LAGUNAS, A.: *La sonrisa… op. cit.*, p. 47.

> [Algunas personas] se permiten sentar juicios que van en contra de la justicia social de la nueva España y otras llegan a arrancarse violentamente las insignias que les son colocadas en la solapa[275].

Pilar Primo de Rivera se lamentaba: «la mujer que realiza el Servicio Social, que acaba de cumplir por lo general diez y siete años al llevar a cabo las postulaciones, tiene que luchar en la calle con un ambiente que hasta entonces no ha conocido [...], en muchas ocasiones se ven sometidas a toda clase de insultos y vejaciones y lo que es peor a agresores halagos y proposiciones que una mujer honrada no puede aceptar»[276]. Las resistencias cotidianas pasivas en la calle, donde era más fácil mantener el anonimato, menudearon como vemos; pero aunque reflejan disconformidad es difícil delimitar con exactitud el perfil de sus motivos, que fueron de lo más variado. Por lo general, sin embargo, la expresión de disidencia en el seno de la retaguardia franquista quedó reducida a dimensiones mínimas, pues el espectro de la violencia represiva seguía presente desde su gran explosión del estío de 1936.

Los que tenían a sus espaldas un pasado muy marcado por el activismo político republicano o de izquierda tuvieron pocas vías de escape, sin que cupiera perdón posible por parte del nuevo poder establecido. La vía redentora, que pasaba por la afiliación voluntaria a Falange o el enrolamiento en las unidades de combate, también se les cerraba, quedando atrapados en la imposibilidad de lavar un ayer demasiado evidente; por ello debían pagar, en el sentido literal de la palabra, con su dinero y bienes, y en muchas ocasiones a través de duras condenas de prisión o con la vida.

Este sector de población se convirtió en chivo expiatorio de muchos otros, cuyas actuaciones durante la época anterior no habían sido suficientemente «destacadas». Los peligrosos senderos abiertos hacia la purga de sus pequeñas «culpas», que en Zaragoza establecía y supervisaba en gran medida la JRC, pasaban por abandonar toda inclinación anterior y por garantizar una completa adhesión a la sublevación. Los filtros establecidos para discernir quién era merecedor de la aceptación y la ayuda de las autoridades hacían a los individuos aferrarse más a sus posibles vínculos sociales con los representantes del «orden»: pedir ayuda al párroco, reforzar la amistad con el jefe de Falange, someterse y poner buena cara al patrón, guardar la fidelidad al amo. La contrapartida estaba en romper toda ligazón con los excluidos y rechazados, pasando por encima de viejos vínculos de amistad, de parentesco o de asociación. De momento, durante la guerra ya era suficiente con haber conseguido la integración en la nueva «comunidad nacional» que les mantenía a salvo de

[275] *El Noticiero* (7/VII/37). Aquí también se aprecia la reticencia de algunos a colaborar en el proyecto de asistencia social protagonizado por el falangismo.

[276] Citado por Blasco Herrranz, I.: *op. cit.*, p. 20, n.

represalias, agradeciendo esta «generosidad» de la autoridad; la defensa de sus intereses como trabajadores y como clases humildes se hipotecaba, intentando confiar en las promesas de justicia social que enarbolaba el falangismo, que quizá en un futuro se harían realidad[277].

Para los indiferentes, para los que nunca habían definido una postura política clara, que ante las elecciones de 1936, por ejemplo, habían optado por la abstención, que en el distrito zaragozano fueron un 23% del electorado[278], la elección era más fácil y evidente. El oportunismo se vislumbra como uno de los acicates de ese apoyo; como en el caso del barcelonés Miguel Pi Donat, un refugiado, viudo de 35 años, que se ofreció a colaborar con la Oficina de Información y Vigilancia; la JRC prefirió prescindir de su ayuda pues conocía sus antecedentes; ya le habían retirado en un par de ocasiones el auxilio que percibía, al conocerse por la Delegación de Orden Público que había gastado «alegremente» el dinero concedido en ropas caras, tabaco y viajes[279]. Otras gentes realmente vieron durante la guerra una ocasión para ver beneficiados sus intereses si confirmaban su entusiasta adhesión; y la lealtad geográfica determinó conformidad y aceptación de la situación de hecho.

En el contexto de una guerra que se presentó en la propaganda sublevada como necesaria e inevitable, en el que quedó atrapada e inserta buena parte de la población, los más afectados por el establecimiento de un frente de guerra, algunos refugiados protegidos por las autoridades zaragozanas y, sobre todo, muchos de los que combatían en las filas del ejército franquista, pudieron hacer suya la causa «nacional». No podían hacer suya ninguna otra, pues quedarían excluidos y desprotegidos ante un ambiente adverso y peligroso. Así aceptaron las consignas que les fueron dadas, y los valores simbólicos por los que se decía luchar: «Patria», «Dios».

Y otros intereses más prácticos se sumaban; los relacionados con el miedo al avance militar de la República, en nuestro caso el miedo a una hipotética toma de la ciudad de Zaragoza por las tropas republicanas, la cual podía traer represalias y destrucciones; los nombres y apellidos de muchos ciudadanos de a pie habían sido publicados en la prensa, como «buenos patriotas» que habían dado su dinero a favor de los sublevados; era difícil dar marcha atrás a ese relativo apoyo otorgado.

[277] Se ha demostrado que la militancia falangista en el agro andaluz incluyó, tras el 18 de julio, a jornaleros y a campesinos pobres, atraídos por el clásico discurso integrador fascista, demagógico, populista y antiburgués, que no se limitó a ser un mero instrumento propagandístico, sino que era sincero en algunos cuadros dirigentes. No obstante, las medidas falangistas de carácter «revolucionario» siempre fueron obstaculizadas e impedidas en lo posible por los sectores más conservadores de la coalición sublevada: LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: *art. cit.*

[278] Según los datos de Concepción Gaudó en GERMÁN ZUBERO, L. (coord.): *op. cit.*, p. 189.

[279] Varios documentos sobre este individuo en AMZ, c. 5926, Documentos de refugiados.

III

1938-POSGUERRA

1. El ¿fin? de la guerra en Aragón y el nuevo rostro de la sociedad zaragozana

El nuevo año de 1938 había llegado en medio de la incertidumbre bélica provocada por la batalla de Teruel. Ésta, que significó la única conquista republicana de una capital de provincia durante toda la guerra, se había dejado notar en Zaragoza con la llegada de nuevos refugiados y con el envío por parte de la JRC de víveres y material para las tropas de Franco, en medio de noticias confusas sobre las operaciones militares. A pesar de que el contraataque rebelde fue algo lento y costoso, en febrero la ciudad volvería a cambiar de manos, repitiendo la República el fracaso de Belchite del año anterior[280]. La superioridad del ejército sublevado quedó nuevamente patente, y el Generalísimo, en una de sus «pocas decisiones rápidas y acertadas de toda la guerra» aprovecharía la presencia de las tropas en la región para preparar y ejecutar la ofensiva de marzo. Contando con un desequilibrante apoyo aéreo italiano y alemán a su favor, que se saldó con ataques masivos sobre localidades como Alcañiz, desmoralizadores para la población del Aragón republicano, el día 9 comenzó la gran ofensiva que significaría el fin definitivo de la República en Aragón. La guerra relámpago permitió la conquista de un extenso territorio y la llegada franquista al mar Mediterráneo, lo que separó en dos zonas el territorio leal a la República[281]. Por aquellas mismas fechas, en Europa, Hitler engullía Austria con el *Anschluss*.

Si para la población afecta a la sublevación el éxito y el alejamiento definitivo del frente suponían un alivio y la confirmación de las expectativas de victoria final, para la mitad oriental de la región el vuelco significó la llegada del fascismo y la represión. Un día antes de que se realizara la entrada de las tropas en los pueblos conquistados, FET-JONS convocaba en su jefatura del Coso núm. 33 a los refugiados de todas aquellas localidades «a fin de ir preparando lo que en

[280] TUÑÓN DE LARA, M.: *La Batalla de Teruel*, Zaragoza, Instituto de Estudios Turolenses, 1986. AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 28, 31/XII/37). La ofensiva republicana de agosto-septiembre de 1937 también había sido contenida, véase MARTÍNEZ BANDE, J. M.: *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, San Martín, 1973; o MALDONADO, J. M.: *op. cit.*, pp. 204-228.

[281] La ofensiva de marzo en Aragón, que fue la de mayor envergadura de toda la guerra, a través de MALDONADO, J. Mª: *op. cit.*, pp. 293-467; entrecomillado sobre Franco, p. 505. El bombardeo de Alcañiz que causó un mínimo de 250 muertos, la mayoría civiles: MALDONADO, J. Mª: *Alcañiz, 1938. El bombardeo olvidado*, Zaragoza, Ibercaja, 2003.

su día serán las Falanges Locales en los pueblos que reconquiste nuestro Ejército»[282]. Aunque muchos de los vecinos que habían permanecido en la zona republicana huyeron, otros no escaparon a venganzas y represalias que acompañaron a la reposición en los poderes locales de las clases dominantes y a la hegemonía de los nuevos cuadros falangistas: las cifras de fusilados volvieron a elevarse y el total de víctimas de 1938 en la provincia de Zaragoza superaría a las del año anterior[283]. Muchos más fueron encarcelados, engrosando la inmensa población reclusa que existía desde el triunfo del golpe de Estado en la ciudad. La cárcel de Torrero, que teóricamente estaba habilitada para contener a 500 presidiarios en buenas condiciones, encerraba en mayo de 1938 a 2.280 personas en condiciones nefastas, la gran mayoría por delitos políticos; y muchas otras, incluyendo mujeres y niños, estaban recluidas en otros centros de la provincia. El sistema carcelario se había convertido en un método de castigo de los «rojos», de los cuales algunos morirían a consecuencia de las malas condiciones derivadas del hacinamiento y del maltrato, y otros irían siendo ejecutados sistemáticamente, por fusilamiento o garrote vil. En marzo de 1939 ya eran más de 5.000 los presos de la provincia, y casi 8.000 en julio de 1939, finalizada la guerra[284].

La violencia represiva fue la médula espinal de la dictadura de Franco, y su imperio alcanzó mucho más allá de los muros de las prisiones y de los cementerios. La vida en las calles, a pesar de que la guerra se alejaba de la ciudad, estuvo marcada por el dirigismo de las autoridades, por la verticalización social, y por el dominio ideológico del nacionalcatolicismo, la doctrina oficial del régimen; todo ello acompañaba a un grave deterioro económico, causado por la guerra, que se iría acentuando con la ominosa autarquía[285]. Zaragoza fue una ciudad más de la España franquista que sufrió una radical «purificación» en todos los aspectos; ya antes de que llegara el nuevo «Año Triunfal» de 1938, la calle de la Democracia y la plaza de la Libertad perdieron sus nombres para ser bautizadas como calle de Predicadores y plaza de Santo Domingo[286].

[282] *El Noticiero* (10/III/38).

[283] CIFUENTES, J. y MALUENDA, Mª P.: *El asalto… op. cit.*, pp. 45, 54, calculan en 255 los asesinados en 1938, frente a los 186 de 1937.

[284] HEREDIA URZÁIZ, I.: *Historia de la cárcel de Torrero (1928-1939). Delitos políticos y orden social*, Zaragoza, Mira, 2005; tabla de población reclusa p. 202. La Iglesia se implicó en las tareas represivas carcelarias; pueden verse en ese sentido las memorias de Gumersindo de ESTELLA: *Fusilados en Zaragoza, 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos*, Zaragoza, Mira, 2003.

[285] Una visión global de la cultura de la violencia, conectada por la política de autarquía del nuevo Estado es la de RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945,* Barcelona, Crítica, 1999. También acerca de la violencia estructural del franquismo los artículos de CENARRO, Á.: «Muerte y subordinación…», *art. cit.*; y «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, núm. 44, 2002, pp. 65-86.

[286] *El Noticiero* (30/XII/37).

Aquello era una muestra más de que la vida en la urbe comenzaba a estabilizarse en un sentido radicalmente conservador y autoritario. La Comisión Gestora del alcalde Antonio Parellada, un militar (julio de 1937-enero de 1939), y el Gobierno Civil del antes delegado de orden público Francisco Javier Planas de Tovar (abril de 1938-marzo de 1939) eran las instituciones de poder local de un sistema opresivo de «justicia y orden», que castigaba duramente todo aquello que se saliera del angosto margen marcado por la moralidad del nacionalcatolicisimo, y todo aquello que pudiera ser indicio de disidencia política.

Las multas supusieron un medio no sólo coactivo, sino también un método de ingresar sustanciosas cantidades de dinero, y de seguir poniendo en práctica mecanismos de exclusión, pues incluso los nombres de los sancionados por diversos motivos se publicaban en la prensa. Las «murmuraciones», la «actuación política» o el «derrotismo» eran perseguidos y multados con energía. Una «reunión clandestina» en una vivienda u otras actividades ilegales podían ser multadas con pagos desde 1.000 a 50.000 pesetas. Los delitos contra el rígido control económico sobre el comercio y el mercado de trabajo fueron arbitrariamente castigados; vender artículos a precios elevados, o no tener lista de precios en el establecimiento conllevaba ser multado sin remisión; en una ocasión se multó a varias empresas por la «excesiva demora» en la descarga de trenes; en otra, a un comerciante de la rebautizada Avenida del General Mola (el burgués Paseo de Sagasta) se le multó con 1.000 pesetas por la «venta de filetes mal presentados y tratar con desconsideración a la reclamante»[287].

Las faltas contra la moralidad se ensañaron sobre todo contra la mujer, y podían ir desde besarse en público y no vestir con recato hasta blasfemar y no guardar el «respeto debido» en ciertos actos. La rigidez tenía su guardián en el señor Parellada, que estaba empeñado en eliminar los «desacatos a la moral y a la decencia», como por ejemplo «el empleo del taparrabos como traje de baño» que había observado con desagrado en una visita a los baños públicos de la ciudad; según él, aquellos eran «extravíos del modernismo europeo, que no [eran] otra cosa que desacatos al pudor, a la moral, a la decencia y al respeto»; en el mes de julio de 1938 afirmó que vestir con camiseta en público era un residuo de «aquellas libertades asiáticas» características de la etapa de la República «inhumada recientemente». Planas de Tovar, por su parte, se encargó de perseguir lo que quedaba de los «rojos», y continuó practicando «detenciones de elementos indeseables y sospechosos», en «una labor de higiene social», que

[287] *El Noticiero* (23/IV/38, 1/VII/38). Otros ejemplos de motivos de las multas, «por indiscreto», «por inmoral en un escrito», «por blasfemo», «por falta de seriedad y obstaculizar la venta en su establecimiento», «por su actuación política», «por negarse a servir una comida a un combatiente», «por no dar tickets de subsidio», «por demora», «por infracción registro viajeros», etc., en *Amanecer* (3/VII/38).

consistía a veces en expulsar de la ciudad a individuos por sus actividades subversivas tales como «dedicarse a poner letreros con tiza en las fachadas»[288].

No sólo aquellos letreros, expresiones minimizadas de una disidencia desarticulada, sino todo vestigio de la etapa anterior fueron borrados de raíz; mientras los pilares del nuevo régimen, la Falange y la Iglesia católica, recibían prebendas una vez que la máquina de guerra se relajaba, victoriosa, en la región. El SEU zaragozano, por su parte, recibió dinero de la JRC para sus actividades; y se empezó a barajar la posibilidad de financiar obras de remodelación y construcción de una torre en la basílica del Pilar. Las diócesis aragonesas recibieron sustanciosas cantidades de dinero para «reparar iglesias devastadas por los rojos» y reponer el culto. La institución que seguía presidiendo Francisco Palá entró en una etapa de menor actividad, y el abastecimiento a las unidades combatientes fue dejando paso a otros gastos como los mencionados, o al pago de materiales de importancia secundaria, material de oficina, aparatos de precisión, medallas, prótesis para mutilados de guerra, libros de homenaje o propaganda lujosos, etc., sin dejar de servir, no obstante, a las necesidades del aparato represivo del poder: desde junio de 1938 la JRC se encargó de sufragar los gastos de alimentación de los cientos de detenidos que cada mes pasaban días en comisaría[289].

Mientras, los ciudadanos zaragozanos empezaron a sentir el hambre y el frío que serían la tónica habitual en los años de la posguerra. La mendicidad infantil se multiplicó; era habitual ver cada vez más «niños pedigüeños» merodeando por los paseos y terrazas de los bares, pordioseando a veces «explotados […] por personas mayores que andan siempre por las proximidades». Los meses de invierno comenzaban a ser muy crudos, y las autoridades levantaron la voz contra aquellos que se dedicaban a talar el arbolado de parques y alrededores para obtener madera combustible[290]. No obstante, la JRC, viendo en buena medida cumplidos sus objetivos de cooperación para la victoria franquista, poco hacía para paliar los males de los necesitados. En mayo de 1938, ante los requerimientos del Hogar de Nuestra Señora de Montserrat para la atención de refugiados se determinó que no se concedería ayuda a esa institución ya que

[288] *El Noticiero* (10/V/38, 28/V/38, 1/VI/38, 23/VI/38, 22/VI/38). La obsesión por el control de los abastecimientos en plena crisis económica trajo tensiones en el seno de los organismos de poder franquista que se acentuaron con el tiempo; véase CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados… op. cit.*, pp. 162-170.

[289] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 22/III/38, 26/IV38, 3, 6/V/38, 7/VI/38, 29/VII/38, 7/X/38, 16/XII/38, 13/I/39, 10/II/39). En AMZ, c. 5882, Correspondencia, se encuentran los documentos del proyecto de un libro dedicado al Caudillo, cuya lujosa edición se calculaba que costaría unas 200.000 pesetas para 17.000 ejemplares de 200 páginas, que debería publicarse para conmemorar el II aniversario del decreto de Unificación; también puede verse el Libro 4º de Actas (Acta 23/VIII/38).

[290] *Heraldo de Aragón* (17-6-37); *El Noticiero* (29-12-37).

«no depende de la Junta y da de comer a refugiados expulsados de los comedores de la Junta»; por el contrario, en la sesión siguiente se concedían sin reparos 10.000 pesetas para gastos de propaganda de la Junta Provincial de Huesca de FET-JONS, y después se patrocinaba con 2.000 pesetas la revista «Nuestro Apostolado» de seminaristas combatientes[291].

Por esas fechas no andaba escasa de dinero la JRC, con un líquido disponible de más de 1 millón de pesetas que la rutina recaudadora elevaría a casi 2 millones en septiembre de 1938; y sus almacenes de víveres seguían rebosantes. Con tanto patrono ocupando sus vocalías era inevitable que la institución se impregnara de una mentalidad empresarial, aunque se fue modificando ligeramente y reduciendo la composición para amoldarla a las nuevas y menos perentorias exigencias. Algunos de ellos aprovecharon la coyuntura y su esfera de poder para lucrarse; quizá por ello, ya en el verano de 1937 Ángel Blasco Perales, tesorero de la JRC, presentó su dimisión a causa de los rumores que corrían acerca de supuestos negocios realizados en perjuicio de la organización; ésta, sin embargo, no le retiró su apoyo. Días después, de nuevo Blasco, además de Ramón Montull, Pedro Taboada y José Pomar, pidieron ser relevados de la Comisión de Compras; al frente de ésta se puso a Pedro Legaz, el representante de Requetés (que no tenía intereses comerciales propios), y se expulsó a los funcionarios de la JRC Belio, Lajoya y Tolosa «por su falta de disciplina»[292].

Las irregularidades en el funcionamiento llevaron asimismo al asesor técnico, Emilio Bolí, a presentar su dimisión más tarde, la cual no fue aceptada; pero en agosto de 1938, a raíz de una inspección, tuvo que tratarse el problema subyacente. Al parecer, muchas de las facturas gestionadas hasta la fecha no habían seguido el protocolo de comprobación, y alguien había aprovechado para obtener con los fondos de la recaudación unas cajas de preservativos y unas medias y ligas de señora; lo que además sugiere que ya comenzaban a mercarse de manera ilegal ciertos artículos lujosos en la ciudad. La coyuntura sirvió también para traer a discusión la cuestión de si las actuaciones de algunos vocales habían sido honestas al aprovechar para vender los géneros de sus propios negocios al ejército y las milicias. J. Mª Sánchez Ventura opinó que los responsables serían culpables «de lesa patria», pero el problema se solucionó con mesura; ningún vocal fue sancionado o expulsado, pues nadie, ni siquiera el representante del gobernador civil, J. M. Cendoya, votó a favor de tomar medidas drásticas. No obstante, Bolí, disconforme, se mantuvo ausente de las sesiones de la Junta, volviendo a presentar su dimisión en octubre de 1938 «por disparidad de crite-

[291] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 10, 13, 20/V/38).

[292] AMZ, c. 50424, Libro 3º de Actas (Actas 13, 20/VIII/37).

rios», la cual tampoco fue aceptada; Francisco Palá le convenció para permanecer a su servicio[293].

Otras actuaciones que no desataron ninguna protesta también muestran la cara lucrativa de la JRC. Por ejemplo, la mezcla de existencias de trigo en mal estado, semipodrido, con trigo de buena calidad para producir harina que luego se vendía al Auxilio Social o a empresas. Todavía en agosto de 1939 la Junta consiguió vender partidas de harina en mal estado; esta vez se encargó de adquirirlas el industrial harinero Antonio Morón, cuyo favor fue respondido con la expedición de un documento en el que se certificaba tal «actitud patriótica»[294].

Con todos los medios descritos, la JRC había llegado a acumular, a la altura del verano de 1938, un remanente total de más de cuatro millones y medio de pesetas. Ya no eran tan apremiantes, derrotada la República en Aragón, las atenciones a las milicias y al ejército, y las penurias de la población civil no parecían preocupar en exceso a las autoridades. Se planteaba por tanto el problema de la inversión de ese cuantioso capital; se estimaba «llegado el momento de destinar los fondos […] a subvenir necesidades de distinto orden, todas ellas en íntima relación con el Movimiento Nacional». Se iba a repartir la gran tarta del beneficio producido por la guerra en el Aragón sublevado, y es interesante ver cómo se dispusieron las porciones.

En primer lugar, se decidió destinar 1.000.000 de pesetas a las necesidades del Cuerpo de Ejército de Aragón (antigua 5ª División Orgánica), dinero que su general jefe podría invertir en lo que creyera conveniente. En segundo lugar, se concedió 1.000.000 de pesetas al «Santo Templo de la Virgen del Pilar», que desde el verano del 36 se había convertido en el centro espiritual del Aragón franquista; ese dinero permitiría construir la portada principal del templo, proyectada desde tiempo atrás, pero que no había sido posible comenzar por falta de recursos. En tercer lugar, 1.500.000 pesetas se entregaron al Servicio Nacional de Regiones Devastadas, para la reconstrucción de las poblaciones destruidas de Aragón. 500.000 pesetas para la construcción de un Colegio de Huérfanos de Guerra en las inmediaciones de la Universidad de Zaragoza fue la siguiente partida. A continuación, se invertían 100.000 pesetas para el restablecimiento del culto en las parroquias de las localidades que habían estado bajo el «dominio rojo». La misma cantidad, otras 100.000 pesetas, se invirtió en la organización del Campamento provincial de las Organizaciones Juveniles de FET-JONS.

[293] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 14/I/38, 26/VIII/38, 21/X/28); AMZ, c. 5872, «Información sobre los extremos…».

[294] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 12/VIII/38). AMZ, c. 5872, Información sobre el asunto de molturación y mezcla de trigos; AMZ, c. 5937, Documentación moltura electro-harinera de Cinco Villas. AMZ, c. 5908, Correspondencia.

El Servicio de Información e Investigación de FET-JONS también recibió la cantidad de 100.000 pesetas, dinero con el que se intentaba facilitar la adquisición de muebles apropiados para la conservación de su extenso archivo, que constaba de «más de dos millones de fichas y una masa enorme de documentos» necesarios para el «conocimiento de [sus] enemigos y para prestar una ayuda eficaz en la depuración de responsabilidades». En último lugar, se destinaban 200.000 pesetas a la «Evangelización de los barrios obreros de Zaragoza»; se entregarían al Prelado de la archidiócesis para que se encargara de realizar la conversión de los obreros al nacional-catolicismo.

Los tres pilares fundamentales del nuevo Estado, el ejército, la Iglesia católica y la Falange, eran los tres grandes beneficiados. Además, como queda reflejado, se invertía en la reconstrucción material de la región, y en los mecanismos de captación ideológica de las masas. Se tenía en cuenta la imperiosa necesidad de adoctrinar «cuidadosamente a los hombres del mañana evitando toda contaminación de las ideas liberales y democráticas», y de inculcar un ambiente de disciplina a las nuevas generaciones; por otra parte, se aseveraba que la clase obrera sería evangelizada por una «savia regeneradora», suministrada en escuelas y centros católicos en sus barrios, que eliminaría los «tóxicos marxistas»[295].

Así sería el nuevo rostro de la Zaragoza franquista: militarista, nacionalcatólica y fascista.

2. El apoyo social al franquismo tras la victoria y el papel de FET-JONS en Zaragoza

Era el verano de 1938 cuando la República presidida por el doctor Negrín lanzó un gran contraataque en el Ebro. El ejército republicano, en el que predominaban los mandos de ideología comunista, se había reorganizado en la medida en que una breve apertura de la frontera francesa (entre marzo y junio) había permitido la llegada de armas y efectos. Sin embargo, la operación, ambiciosa, ágil e inicialmente desbordante, fracasaría; los republicanos no llegaron a sobrepasar Gandesa, y Franco, confiado en su mayor disponibilidad de recursos, plantearía una batalla de desgaste, de grandes contingentes de tropas, de

[295] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas, Acta 5/VII/38. Esas cantidades sufrieron variaciones. Primero, a petición de la Delegación Provincial de Auxilio Social, se elevó a 750.000 la cantidad propuesta para la construcción del Colegio Mayor para excombatientes estudiantes y pobres estudiantes (Acta 12/VIII/38). Finalmente, en noviembre, el ministro del Interior aprobó la propuesta de inversión con leves cambios. El arzobispo recibió, en un acto de entrega, un millón de pesetas, 100.000 más para la evangelización de los obreros y 100.000 más para restablecimiento del culto. A Regiones Devastadas se dedicó 1.550.000 ptas., y al colegio de huérfanos medio millón (Acta 14/XI/38).

aviación y de masiva utilización de artillería, que diezmaría definitivamente al ejército republicano en los encarnizados combates palmo a palmo por la sierras de Pándols, de Cavalls o de La Fatarella, a lo largo de tres meses. Paralelamente, la República perdió otra batalla en el ámbito de la política internacional, probablemente más decisiva; por el pacto de Munich (30 de septiembre de 1938) las democracias occidentales permitieron la nueva ocupación nazi de los sudetes checoslovacos, evitando, a la postre sólo retrasando, el desencadenamiento de la conflagración mundial que hubiera podido salvar a la República[296].

Pero este enfrentamiento, lidiado en tierras tarraconenses, afectando solamente a alguna localidad aragonesa como Mequinenza, apenas se dejó sentir en la ciudad de Zaragoza excepto por la llegada, como sabemos, de algunos refugiados de esa zona, que fueron pasando a ser atendidos por el Auxilio Social falangista, organismo del Estado[297]. El Auxilio a Poblaciones Liberadas, creado en el verano de 1938, aunque ya desde principios de ese año se venían recogiendo fondos a través de suscripciones con ese fin, y dependiente de la citada organización fascista, resultó «una fuente inagotable de propaganda» según Ángela Cenarro, y como tal se explotó al máximo. Los camiones cargados de alimentos entraban en las ciudades conquistadas tras las tropas, se instalaban rápidamente comedores, y se emprendían otras medidas. Las ayudas materiales contribuyeron a cimentar adhesiones a los sublevados y ofrecían una buena imagen que mostrar al exterior, pues los propagandistas franquistas se encargaban por sistema de recoger fotográficamente todas aquellas escenas caritativas. Fue 1939 el año en que, con el avance sobre Cataluña, este fenómeno tuvo su mayor magnitud; en Zaragoza casi 30.000 pesetas se recaudaron en su mes de enero para construir el nuevo Estado en las localidades conquistadas, y las recaudaciones con ese objeto continuaron hasta mayo, aunque fueron pocos los contribuyentes en metálico[298].

Dejando en manos del Auxilio Social la atención a la Cataluña «liberada», en cierta ocasión la JRC se ocupó de que sus víveres no acabaran en bocas leridanas, asistiendo por el contrario a la Comisión de Auxilio a Teruel e incluso a

[296] Hay numerosos libros acerca de los aspectos militares de esta batalla. Para una perspectiva más amplia, conectada con el contexto internacional, por ejemplo sirve la obra del periodista MARTÍNEZ REVERTE, J.: *La batalla del Ebro*, Madrid, Crítica, 2003.

[297] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 30/IX/38).

[298] CENARRO LAGUNAS, Á.: *La sonrisa… op. cit.*; la cita en p. 20. MOLINERO, C.: *op. cit.,* pp. 26-34, coincide con Cenarro en afirmar que el Auxilio Social fue un instrumento de propaganda y socialzación. El recuerdo de muchos de sus asistidos no fue de hermandad, sino de humillación (p. 29). La suscripción de Auxilio a Poblaciones Liberadas se había abierto en la provincia de Zaragoza en enero de 1938: *BOP* 3/I/38; AMZ, c. 5951, Inscripciones y donativos; AMZ, c. 5937, Comisión de Auxilio a poblaciones liberadas.

otras provincias, dejando así entrever el anticatalanismo que había caracterizado a la clase empresarial conservadora de la región aragonesa. No obstante, un día antes de firmarse el último parte de guerra, se anunciaba el envío a Barcelona de veinte vagones de harina (probablemente de calidad cuestionable) que la JRC transmitía al Auxilio. A toda actuación de esta índole se le daba generosa publicidad[299].

Pero la JRC, con el fin victorioso de la guerra aproximándose, había ido dejando de ser una institución imprescindible. Su actividad se redujo al mínimo, y en octubre de 1938 sólo celebró dos sesiones, y tres en el mes de noviembre. Las autoridades habían barajado el cese de su funcionamiento ya desde la ofensiva de marzo, y aunque no ocurrió finalmente tal cosa, a finales de año se llevó a cabo una reorganización de la entidad. A principios de diciembre, por petición del gobernador civil, se celebró la reunión en la cual Cendoya explicó los motivos de la reducción de componentes. El propósito era que el ejército y la Milicia Nacional tuvieran una única representación, y que convenientemente se hallaran recogidas en la JRC «las Delegaciones de las Autoridades y de las Entidades de carácter económico que representan a los donantes». De este modo, junto al delegado del poder militar Roque Palacios se encontraban Cendoya (un abogado procedente de Renovación Española) representando al Gobierno Civil, y Gonzalo Zamora (un hombre nuevo en política, al parecer un oportunista de FET-JONS) de la Diputación Provincial[300]. A éstos se sumaban un falangista viejo, Pío Altolaguirre Añorga como único representante «político» en nombre de FET-JONS, y Matías Galve Sánchez, que respondía de las milicias falangistas. Francisco Palá continuaba presidiendo en calidad de concejal del Ayuntamiento, y por debajo de él continuaban en servicio varios de los representantes patronales. En la primera sesión de la nueva JRC se recordaba la misión de atender a las necesidades del ejército y milicias[301].

Lo más destacable de estos cambios era la entrada en escena del predominio falangista en la JRC, que puede enmarcarse en el proceso de ascenso y consolidación del partido fascista en Aragón[302]. Las autoridades habían promovido desde arriba la introducción de Falange en los poderes locales, de manera que

[299] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 29/III/38, 6/V/38, 17/VI/38). *El Noticiero* (31/I/39).

[300] La confirmación por parte de la Diputación Provincial de Gonzalo Zamora en su puesto, en Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza (ADPZ), c. 1704, «Designación de Delegado de la Corporación Provincial en la Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza».

[301] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 3, 5/XII/38). Sólo aparecía un nuevo nombre entre los representantes «económicos»: procedente de la Banca y vinculado al grupo industrial «Baselga», además de presidente fundador de la Asociación de Caballeros de Ntra. Sra. del Pilar en 1928, Manuel Gómez Arroyo se hacía cargo de la comisión de Refugiados.

[302] CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados…, op. cit.*, pp. 57-104.

se recompensaba con espacios de poder político el protagonismo que los falangistas habían tenido en el asalto y destrucción del Estado republicano, como ya vimos que ocurrió. Fue por ello que en la nueva gestora municipal zaragozana formada en enero de 1939 con Juan José Rivas (otro hombre nuevo en política) al mando, casi todos los miembros, Pío Altolaguirre entre ellos, estaban afiliados a FET-JONS a pesar de que no muchos eran «camisas viejas». También puede entenderse la llegada de Altolaguirre a la JRC como un escalón más en el ascenso político de este personaje; si ello había ocurrido en diciembre, como paso previo a su llegada a la concejalía zaragozana, el empresario falangista tardaría solamente un mes en hacerse también con la presidencia de la JRC, desplazando al veterano y eficiente Francisco Palá, que a su vez había sido sacado de su puesto en el Ayuntamiento. Al notario aragonés se le ofreció en la JRC una «despedida cariñosa», pero más bien discreta; y solamente se recogieron en acta algunos comentarios de disgusto por parte de Emilio Bolí, el cual se lamentaba de que «no se haya tenido en cuenta los sacrificios y desvelos que al Sr. Palá han costado el cargo que ahora deja por decisión superior» [*sic*]. La tímida protesta musitada por Bolí fue acallada directamente desde el Ministerio del Interior, que pidió explicaciones por aquellos comentarios[303].

Altolaguirre inicialmente intentó dar nuevos ímpetus a la actividad recaudadora algo aletargada, emprendiendo medidas contra las personas con cuotas aún pendientes de cobro; los casos de impago se pusieron en conocimiento del Gobernador Civil. En octubre de 1939 todavía se estaba exigiendo un total de más de 3 millones de pesetas en pagos en toda la provincia, 1.200.000 pesetas en la ciudad de Zaragoza. Las recaudaciones perdurarían hasta 1941, constando la última relación de donantes, ya muy reducida, en el mes de junio de ese año; pero en el Año de la Victoria la JRC entró en su etapa resolutiva[304]. Los gastos dedicados al mantenimiento de los últimos refugiados en la ciudad se suprimieron; en mayo de 1939 se dejó de dar comidas en el establecimiento Casa Amparo, y en julio de 1939 cesó el Servicio de Refugiados.

Los fondos que aún restaban en poder de la JRC, por otro lado, se destinaron generosamente al partido único FET-JONS y a sus organizaciones juveniles; las divisas y el oro que todavía quedaban se transmitieron al Tesoro del Estado en el Banco de España; se sufragaron los gastos de reconstrucción de edificios religiosos, como por ejemplo el convento de las Carmelitas descalzas de Teruel; y en las últimas sesiones, presididas desde diciembre de 1940 por el Gobernador Civil (Altolaguirre ocupaba el activo cargo de Jefe Provincial del

[303] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Actas 13, 21/I/39, 10/II/39). Además, también en enero de 1939 se nombró teniente de alcalde a Juan Manuel Cendoya, y a Luis Sanz, jefe de contabilidad de la JRC.

[304] AMZ, c. 50429, Libro 4º de Actas (Acta 10/II/39); AMZ, c. 5882, Correspondencia. Un «brillantísimo» balance final de la trayectoria de la JRC en *Amanecer* (11/I/39).

Movimiento), se asignaron las últimas partidas de dinero: la COCI de Zaragoza obtuvo casi un millón de pesetas que pudo invertir en las obras de su Feria de Muestras, y FET-JONS se benefició de otra buena cantidad. Finalmente, el 14 de abril de 1941, justamente diez años después del nacimiento de la breve II República, se formó la comisión para proceder a la liquidación de la JRC[305].

Había llegado la paz para los vencedores, y con ella las recompensas y los beneficios para ellos. En febrero de 1941 se expidieron certificaciones a todos los empleados y empleadas que habían pasado por la JRC, prestando su servicio, a veces gratuito, en las comisiones de recaudación, en los almacenes, en las secciones de contabilidad, en la organización de loterías, como mecanógrafas o como asesores técnicos; también se reconoció, por supuesto, la participación al frente del Servicio de Refugiados del sacerdote Francisco Artal, que en la posguerra volvería a la más prosaica y plácida vida religiosa como párroco en Albalate del Arzobispo; e igualmente se hizo en cuanto a la colaboración de otros, como el médico José Monclús de la Institución «La Gota de Leche». En noviembre de 1940 incluso se solicitó la Medalla de Campaña para condecorar a las señoritas que colaboraron con la JRC desde su fundación[306].

El 10 de febrero de 1939, la JRC presidida por Altolaguirre expidió una certificación, firmada por el secretario Pedro Legaz, de la contribución monetaria que, según constaba en los antecedentes de la Sección de Recaudación, había hecho Micaela Casanova con sus tres hijos Alfonso, Desiderio y José: un total de 230.000 pesetas, que habían supuesto una de las mayores donaciones de toda la guerra en la provincia; un mérito que en la primera posguerra era provechoso ostentar; también esta familia recuperaría el control sobre sus propiedades del campo oscense, afectadas por el frente de guerra[307]. En octubre de 1940, el funcionario Francisco Alonso Palomar solicitó, y le fue expedida, una certificación de las 1.500 pesetas que había pagado puntualmente a la JRC en los lejanos días de agosto de 1936 con el fin de que así pudiera constar «para fines de su depuración como funcionario». Es probable que la prueba de la adhesión a la sublevación le evitara ser despedido de su empleo en plena posguerra.

Sin embargo, si ese tipo de documentos certificando el apoyo otorgado a la sublevación existen, no fue algo muy habitual; escasean en los fondos docu-

[305] AMZ, c. 50428, Libro de caja núm. 4 (jun-38 – dic-40); AMZ, c. 5892, Banco de España; AMZ, c. 5882, Correspondencia. Para la comisión liquidadora se volvió a nombrar a Palá, junto a Montull, Herrando y Luis Sanz.

[306] AMZ, c. 5882, Correspondencia, certificaciones y otros documentos.

[307] La certificación en AMZ, c. 5934, Documentos. Los hermanos Alfonso y Desiderio estaban afiliados a Falange.

mentales estudiados. La primera razón es que durante la guerra ya se publicaban con asiduidad en la prensa las listas de los «buenos patriotas», dándose pábulo a los comportamientos más generosos. La segunda razón, en nuestra opinión, es que aquellos que habían dado su apoyo económico de manera generosa y voluntaria durante la guerra, nunca necesitaron certificaciones que demostraran de qué lado habían estado y cómo lo habían apoyado. Esos individuos generalmente ya antes de la guerra procedían de un *status* privilegiado; y la victoria no hizo sino consolidar su posición de clase. El Marqués de Valdeguerrero o Manuel de Escoriaza no tenían necesidad de que un papel certificara su completa adhesión y colaboración con la España de Franco. No se habían comprometido con la sublevación para medrar socialmente, sino para asegurar y poner a salvo unos privilegios que el fascismo y la guerra se encargaron de blindar; por tanto, no tenía sentido pedir cuentas, o exigir nada, pues lo que se conservaba tras la victoria ya se había tenido desde un principio; obtuvieron que su posición no pudiera estar nunca más amenazada, y continuaron en su posición hegemónica en los espacios de poder económico y social, dejando a nuevos cuadros falangistas entrar a participar en las esferas de poder político.

Manuel de Escoriaza, por ejemplo, llegaría a la presidencia del Banco de Aragón en 1945; el abogado y empresario Antonio Mola Fuertes, que de vicepresidente de la JRC había pasado a dirigir el Gobierno Civil de Teruel y Huesca, acabó siendo presidente del Real Zaragoza Club de Fútbol en ese mismo año. Francisco Palá, por su parte, alejado de la arena política en la posguerra, disfrutaría de su prosperidad profesional y de una recreativa actividad cultural; sería consejero de la Institución «Fernando el Católico», un proyecto cultural fascista creado en 1943, y socio de otras asociaciones como la regionalista «La Cadiera», la cual fue fundada por un grupo de personajes íntimamente relacionados con el franquismo: su primer presidente en 1948 fue José Valenzuela de la Rosa, uno de los primeros ilustres zaragozanos que habían mostrado su adhesión a la sublevación en julio de 1936, y junto a él se encontraron otros protagonistas del apoyo civil al golpe de Estado o individuos de aquella elite de voluntarios del 18 de julio, como Genaro Poza, A. Blasco del Cacho, J. A. Cremades o J. Bautista Bastero, elite que como sabemos fue condecorada en 1943. No sería necesario señalar, además, que el ámbito universitario estuvo plenamente dominado por aquellos profesores y catedráticos que habían puesto todo a favor del esfuerzo bélico insurgente, y por esa casta de estudiantes falangistas del SEU[308].

[308] Agradezco a Gustavo ALARES los comentarios sobre La Cadiera; de este historiador también ha sido útil su comunicación «La génesis de un proyecto cultural fascista en la Zaragoza de posguerra: la Institución "Fernando el Católico"», presentada al I Encuentro de Historia de la Universidad de Zaragoza

Por tanto, debería subrayarse que aunque es cierto que las redes de poder político de la España franquista, compuestas por los núcleos de poder local, vieron la aparición de un grupo nuevo de hombres, muchos de ellos procedentes de las clases medias articuladas por FET-JONS, tradicionalmente apartadas del poder excepto durante la etapa republicana; ello no significó en absoluto la defenestración de las clases históricamente dominantes, los aristócratas y burgueses que habían apoyado el golpe de Estado, muchos de los cuales, sobre todo en medios rurales, eran paradigma del cacique de tiempos más remotos. El caciquismo y el poder tradicional, los conservadores de siempre, siguieron en buena medida en el poder político, ahora reconvertidos más o menos sinceramente al moderno fascismo de FET-JONS, al que apoyaban. Su influencia despojaba al falangismo de toda veleidad revolucionaria, para horror de los «camisas viejas» que veían aquello como una perniciosa intromisión[309]. Otros conservadores y derechistas optaron por dejar de lado la política, ingrato trabajo del que ya se encargarían los falangistas, para disfrutar de un placentero retiro en la posguerra, asegurados, con la Victoria total de Franco, todos sus privilegios y su posición social jerárquica dominante; no pasarían hambre en los severos años de la autarquía.

Entendido el hecho de que la guerra consolidó el *status* de las clases más o menos ya privilegiadas, también se plantea la cuestión de si las clases trabajadoras, a las que se obligó a apoyar a la sublevación, intentaron promocionar socialmente o no, utilizando las pruebas de ese apoyo que habían sido inducidos a dar. Al parecer, basándonos en la documentación que hemos trabajado, la respuesta es que no; no hay pruebas de que obreros y gentes humildes pidieran certificaciones en la posguerra del dinero que habían donado o de las extracciones que se habían aplicado a sus sueldos. Los estratos más bajos de la población no utilizaron esta vía de ascenso social, en nuestra opinión, porque no existía tal vía de ascenso para ciertos sectores sociales. El someterse a la cooperación con el bando insurgente fue considerado por las autoridades franquistas como una obligación, una imposición que en muchos casos se consideraba un justo castigo o pago de responsabilidades por haber traído lo que afirmaban que era la decadencia democrática o el peligro de revolución. De igual modo, en el nuevo Estado totalitario, el trabajo fue considerado «el más ineludible de los deberes» y «único exponente de la voluntad popular», como

(en prensa). Esa elite cultural y política exhaustivamente descrita y analizada en ALARES LÓPEZ, G.: *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico» (1943-1984). Una aproximación a las elites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008. Sobre la Universidad de posguerra: RUIZ CARNICER, M. Á.: *op. cit.*

[309] CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «La vuelta a la historia: caciquismo y franquismo», *Historia Social*, núm. 30, 1998, pp. 119-132.

dijo Franco en uno de sus primeros discursos filmados. La clase obrera tuvo que someterse al sistema nacional-sindicalista que le colocaba en una situación de dependencia y subordinación y tuvo que buscar dentro de esas condiciones las mejoras de su situación[310].

Pero tampoco parece que FET-JONS solucionara los problemas de las clases trabajadoras en la primera posguerra. En septiembre de 1939 el paro obrero seguía siendo igual de abultado que antes del Movimiento y progresaba ascendentemente ante la fuerte carencia de materias primas. Aunque el Partido Único contaba con recursos y facilidades de sobras, son reveladoras las palabras que sobre el mismo escribía Pío Altolaguirre en febrero de 1940, al poco tiempo de ocupar su Jefatura provincial:

> no podéis imaginar mi sufrimiento al ver cómo vienen los individuos a darse de baja, diciendo «Me doy de baja porque no veo qué es lo que hace Falange». Como es natural, yo les argumento que tengan paciencia, que se den cuenta del estado ruinoso en que nos han dejado los rojos, la influencia de la guerra actual, etc. etc. A lo que me contestan «Que ya ha habido tiempo para hacer algo». Sigo argumentando que si no es ni significa nada el Auxilio Social, el Subsidio familiar, el subsidio de Combatientes y Ex-Combatientes, la construcción de casas para obreros, las obras de reconstrucción. En fin, que hago lo que puedo, pero no puedo convencer suficientemente. Y esto me desespera.[311]

Un año después, seguía cundiendo el «desaliento entre nuestros camaradas», que observaban el fuerte incremento de las solicitudes de baja en la organización, aunque la mayoría de éstas era desestimada para no causar rotundos descensos en la afiliación[312]. Quizá aquellas incapacidades se debían a la «paradójica victoria» a través de una guerra, de un fascismo que había fracasado en la política, como ha afirmado Ricardo Chueca[313]. No obstante, conviene profundizar en el estudio de las características de esa afiliación a la Falange de Franco, el partido único que intentaba integrar a toda la sociedad española, encua-

[310] El desarrollo sindical del nuevo Estado, además, fue al principio muy limitado; véase APARICIO, M. A.: *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista*, Barcelona, Eunibar, 1979, pp. 44-45, obra útil para ver el desarrollo institucional del sindicalismo falangista.

[311] Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, Delegación Nacional de Provincias, Zaragoza (DNPZ), 51/20541, correspondencia 1939-1940.

[312] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de enero de 1941.

[313] CHUECA, R. L.: «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 1986, pp. 39-59. Los falangistas interpretaron erróneamente la Victoria en la guerra como una conquista del poder a la manera del fascismo italiano y el nazismo. Según Chueca, esa ausencia de captación política previa a través del convencimiento y no de la fuerza determinó en parte la escasa implantación social de Falange en la posguerra y la frustración final de sus pretensiones de dominio totalitario; sin embargo, hubo sin duda dominación totalitaria en la España franquista, y tal dominación sólo fue posible con la participación de la Falange.

drándola en sus estructuras totalitarias, en pos del progreso de esa teórica «Comunidad Nacional» carente de divisiones de clase a la que apelaba el fascismo[314]. Aunque se carece de documentación adecuada para emprender un estudio riguroso de la base social falangista, para estudiar el caso de la ciudad de Zaragoza hemos hallado documentos que permiten realizar un acercamiento empírico a la realidad. Nos hemos basado en los datos que proporcionan unas largas listas de militantes falangistas que se publicaron en varias ocasiones en el diario *Amanecer*, con el objeto de llamar a éstos a prestar servicios, y donde junto al nombre y apellidos del falangista se anotaba su domicilio[315].

De esta forma hemos establecido un mapa de la extracción geográfico-social de la afiliación falangista en la ciudad, tomando como buena la división en barrios burgueses, barrios de clases medias (pequeña burguesía y presencia obrera), y barrios de de predominio obrero que planteó Luis Germán Zubero y que ha sido utilizada por éste y otros autores sobre todo para estudiar los procesos electorales zaragozanos durante la II República[316]. Tomamos una muestra aleatoria de 500 falangistas. Hemos puesto en comparación los datos del análisis de las elecciones de febrero de 1936 por distritos (realizada por Concepción Gaudó[317]), en concreto los votos a la candidatura falangista de Ruiz de Alda, con nuestros datos de procedencia domiciliaria de los afiliados falangistas en 1939. La comparación permite extraer conclusiones que consideramos muy válidas para observar la evolución social del falangismo en la ciudad.

Del total de los votos que en febrero de 1936 fueron a parar a la candidatura falangista, más de la mitad provinieron de los barrios de predominio burgués (un 55%), siendo el distrito de la burguesa y céntrica calle Alfonso (Pilar-Audiencia) el que más votos emitió en total hacia Falange (aunque también era el distrito con más electores), y siendo los distritos de Azoque e Independencia-

[314] Un estudio monográfico de FET-JONS, centrándose en los aspectos institucionales y de sus cuadros dirigentes es el de THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001. Su tesis es la no verdadera existencia de fascismo en el régimen de Franco, basándose en que el límite a la fascistización lo puso la ausencia en el régimen de ofertas integradoras más allá de la represión, y la carencia de base de masas. No obstante, y coincidiendo con otros estudios, en nuestra investigación «desde abajo» las conclusiones difieren.

[315] *Amanecer* (21, 22, 25/I/39). En la primera lista, del día 21 de enero, se citaba a 1.000 afiliados en orden alfabético por apellidos desde la A hasta la G; el día 22 la segunda lista recogía a 838 afiliados entre la G y la Z, y se añadía una «lista complementaria de pertenecientes a Falange» que comenzaba con los nombres de los líderes provinciales del Movimiento y continuaba con nombres de falangistas de los que en algún caso se especificaba la profesión (empleados, sastres, comerciantes, industriales, etc.) sumando en total 128 personas más. La lista del día 25, publicada para llamar a los «camaradas» a presentarse para realizar servicios «patrióticos», «debidamente uniformados», incluía otros 704 nuevos nombres.

[316] GERMÁN ZUBERO, L. (coord.): *op. cit.*, pp. 21-35; véase ANEXO, imagen 1.

[317] *Ibidem,* pp. 188-197.

Santa Engracia los que en datos relativos más votos aportaron al fascismo (un 1,2 y un 1,3% de los electores, respectivamente). A continuación, de los barrios de la pequeña burguesía procedió el 28% del total de los votos a Falange. El resto, un 17% solamente, provino de los barrios obreros que además, al contener una gran población, mostraron unos índices míseros de voto al falangismo (entre el 0,04 y el 0,5% de los electores). En todo caso se evidenció un estrepitoso fracaso electoral de Falange Española; la reacción conservadora prefirió concentrar sus votos en la CEDA.

De febrero a julio de 1936, y sobre todo desde el estallido de la guerra, se produjo un crecimiento espectacular de la afiliación a Falange Española, que incluía la conversión al fascismo de sectores políticos de la derecha conservadora, y (tras el triunfo del golpe de estado) el alistamiento de izquierdistas que querían borrar el pasado. El total de «camaradas» citados en las listas de la prensa de enero de 1939 era de 2.670, aunque tras realizar una revisión de las mismas, subsanando errores como nombres repetidos, hemos reducido la cifra a unos 2.500, que probablemente sería el número de afiliados del Partido en la ciudad de Zaragoza en esa fecha, de edades no afectadas por la movilización bélica[318]. Según nuestros cálculos a partir de la muestra aleatoria de 500 de ellos, el 51% procedía de los barrios burgueses, el 29% de los barrios pequeño-burgueses, y sólo el 20% tenía su domicilio en los barrios obreros. Los porcentajes coinciden casi exactamente con los de los votantes fascistas de febrero del 36. El fascismo zaragozano, por tanto, se seguiría componiendo de en torno a un 80% de individuos de extracción social burguesa (en sentido amplio), y el 20% restante pudo proceder de las clases asalariadas; sin embargo, recordemos que en uno de nuestros análisis a través del material empírico, dábamos precisamente una cifra de casi un 20% de voluntarios falangistas (después de julio del 36) que presentaban un pasado de militancia izquierdista. Es decir, cuando la clase trabajadora zaragozana optó por unirse al partido fascista que sustentaba el franquismo, y por tanto optó por dar su apoyo activo al franquismo, no lo hizo, al parecer, de una manera sincera, sino empujada por la necesidad de dar la vuelta a un pasado político realmente diferente, y así escapar de cualquier represalia.

Es evidente que el partido único, que canalizaba el apoyo social al franquismo, creció mucho numéricamente, convirtiéndose en un partido de masas

[318] Una incursión en el padrón municipal de 1935 muestra cómo los falangistas de los listados habían nacido, salvo excepciones, antes de 1907. Desconocemos las cifras de la afiliación falangista para los hombres de edades comprendidas entre los 18 y los 30 años, que en todo caso se encontraban encuadrados en las unidades combatientes del frente. Si aceptamos los datos dados por Casas de la Vega (referentes a octubre de 1936), en la provincia de Zaragoza el bando sublevado contaba con 3.133 milicianos falangistas movilizados: CASAS DE LA VEGA, R.: *op. cit.*, pp. 73, 76-78. En nuestra opinión, el total de hombres (de todas las edades) afiliados a FET-JONS en la ciudad de Zaragoza a principios de 1939, se podría situar en torno a los 4.500.

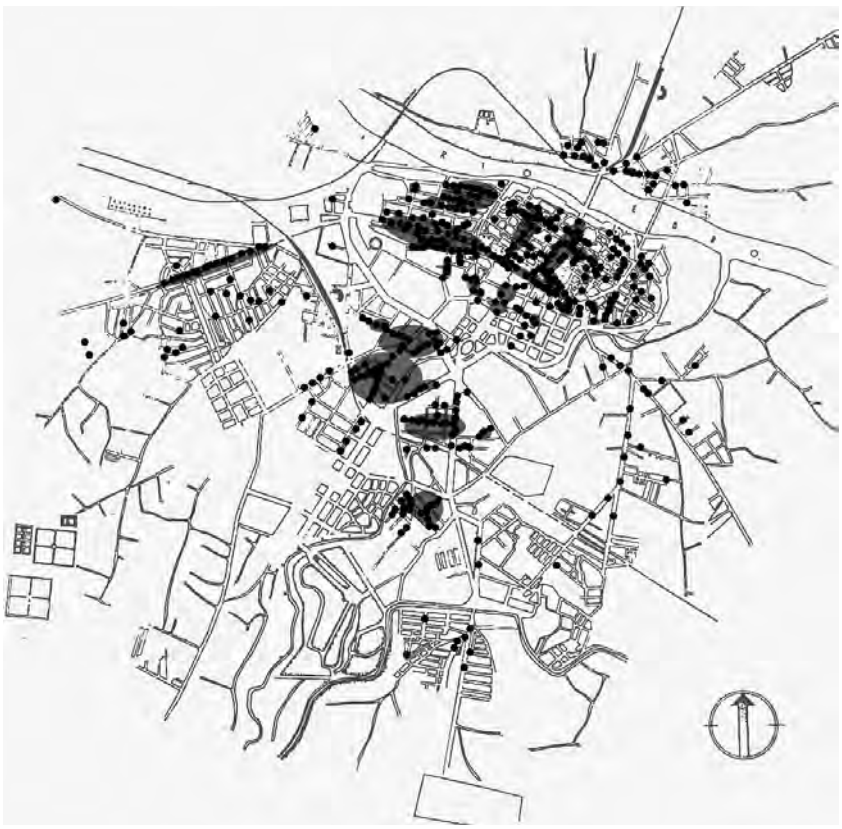
durante la guerra; pero cabe señalar que ese salto se produjo principalmente en las primeras semanas del conflicto, estancándose después: *El Noticiero* ya daba el 25 de julio de 1936 la cifra de 2.500 falangistas que luchaban en Zaragoza. Tras ese gran salto, al parecer, la afiliación no experimentó nuevos estirones destacables. Su aumento, siempre condicionado por la coyuntura de guerra cada vez más favorable a los franquistas, implicaba la ampliación del número de simpatizantes; pero ese crecimiento no cambió el carácter y la composición social de Falange en Zaragoza; sus ingredientes siguieron siendo dominantemente burgueses. El fascismo creció durante la guerra en Zaragoza, pero lo hizo, principalmente, ensanchando horizontalmente su espacio político en la pirámide social, no verticalmente captando a las bases trabajadoras de la sociedad.

Intentaremos reforzar esta última idea con otras apreciaciones. Las comparaciones basadas en las divisiones de distritos y barrios no dejan ver otras realidades, y tienden a diluir las diferencias de diversa naturaleza existentes en el seno de cada clase social; como ya advertimos, nuestra metodología no solamente se basa en los parámetros de clase; no todos los habitantes de los barrios obreros eran asalariados o izquierdistas, ni el vecindario tenía por qué caracterizarse por la homogeneidad. En los barrios de clases medias algunos podían ser, por ejemplo, ateos y anticlericales y otros católicos convencidos; en esos distritos convivían los pequeños burgueses, empleados, funcionarios o propietarios de pequeños comercios familiares y tabernas, con los obreros y asalariados que formaban la apurada clientela de aquellos pequeños negocios. Las posibles relaciones de dependencia cotidiana entre unos y otros estratos son fácilmente imaginables; como también es concebible el hecho de que aquellos pequeños propietarios de los barrios de clases medias, mínimamente acomodados, fueran aquellos que con más facilidad se convirtieran al fascismo, ideología que les aseguraba su posición jerárquica en el interior de su célula social, en medio de una época de crisis; este planteamiento coincide también con las apreciaciones hechas sobre este asunto en el primer capítulo.

Señalando sobre un plano de Zaragoza aquellas calles en las que según la documentación residían los afiliados falangistas (a cada falangista le corresponde un punto rojo en el plano) salta a la vista cuáles eran las zonas donde se concentraba la adhesión. Identificamos varios polos de especial densidad (véase figura más abajo)[319]. A simple vista llama la atención que la distribución de los falangistas no tuvo un carácter homogéneo; su presencia no fue igual en toda la ciudad, por consiguiente su origen social o al menos su origen urbano, en principio, no podría considerarse muy heterogéneo. El centro histórico de la ciudad era la zona más densamente poblada de falangistas; pero

[319] El plano de Zaragoza por Borobio y Beltrán (1939).

hay que tener en cuenta que esa misma zona contaba, con diferencia, con la mayor densidad de población. De la muestra de medio millar, 21 de los falangistas contados vivían en el Coso, y los domiciliados en Avda. General Franco se repiten asiduamente; se puede comprobar que al margen del núcleo céntrico de la ciudad, los lugares de procedencia de los afiliados falangistas, tendían a aglomerarse en unas determinadas calles. Ha de advertirse cómo había una buena cantidad de falangistas que residían en torno al eje de Paseo Sagasta (entonces General Mola), y en las calles rodeadas por Juan Pablo Bonet, la orilla del Huerva y el Paseo Ruiseñores. Otro núcleo «azul» importante sobresalía en las inmediaciones de Hernán Cortés y Cortes de Aragón. Observando el plano se aprecia que en los barrios más netamente obreros la presencia falangista era mínima, aunque existió; y en el caso del barrio obrero de Delicias es llamativa una peculiaridad: la mayoría de sus falangistas eran vecinos de la Avenida de Madrid, la calle más elegante y acomodada, podría decirse más burguesa, de la zona. Algo parecido pudiera señalarse del sector San José, tradicionalmente obrero, donde los falangistas tendían a proceder de la Avenida del mismo nombre.



Para descubrir qué sector de la ciudad era el que mayor porcentaje de falangistas tenía entre sus vecinos hemos recurrido a los datos del censo electoral de 1936 (de Concepción Gaudó). Con los datos de nuestra muestra falangista de 1939, hemos hallado el porcentaje de falangistas por distrito respecto al número de electores del 36. Así, sabemos que el distrito que mayor índice de falangismo tenía era el de Hernán Cortés (1,37%, muy concentrado en las calles señaladas); le seguía el distrito de Azoque (1%); y en tercer lugar el que comprendía al Paseo General Mola y Ruiseñores (0,85%). En conclusión, parece clara la vinculación existente entre militancia falangista y espacio social burgués y de clase media. La realidad del fenómeno es compleja y difícil de analizar con la documentación disponible; no es posible asegurar, ni parece probable, que la militancia falangista fuera totalmente de clase social burguesa o media, pero lo que se revela como seguro es que siempre tuvo algún tipo de vinculación con el espacio social de las clases acomodadas. Nuestra conclusión aquí apunta en la misma dirección que otras tesis defendidas; el apoyo social al franquismo en Zaragoza procedió de sectores de población que de un modo u otro eran socialmente privilegiados[320].

Para suscitar y consolidar adhesiones y apoyos sociales al nuevo régimen franquista, FET-JONS resultó una herramienta relativamente útil, pero con importantes limitaciones, como hemos visto. Supuso un medio de encuadramiento, de control, represión y adoctrinamiento, que sin embargo se mostró incapaz, a la larga, de reproducir sus bases para perpetuarse. Su movilización de la juventud en la posguerra fue un fracaso que ya en los años cincuenta se haría explícito, con la reacción de una nueva generación sobre todo universitaria que no había experimentado la guerra. La respuesta del Partido fue la burocratización y la «funcionarización» que suplieron a una implantación social ausente[321]. La clase obrera sólo se introdujo en la organización, buscando algún amparo en el sindicalismo vertical, al no quedar otras alternativas.

Entonces, ¿cuál fue la vía por la que el franquismo obtuvo sus mayores apoyos de masas que le permitieron mantenerse en el poder?, ¿cómo se produjo la integración de la población y se generó lo que algunos llaman «consenso»?

En primer lugar, fue la guerra, partera del régimen, la que creó las bases de apoyo de masas a la dictadura. Durante tres años, cientos de miles de hombres fueron movilizados para combatir en un lento y sangriento conflicto, que el

[320] Se ha profundizado con esta línea de análisis en la comunicación de ALCALDE FERNÁNDEZ, Á: «La Zaragoza fascista de 1939. Un estudio sociológico de la afiliación de FET-JONS», en CD de *Actas del Congreso Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Barcelona, CEFID-UAB, 2009.

[321] CHUECA RODRÍGUEZ, R.: «Las juventudes falangistas», *Stvdia Historica* (Hª Contemporánea), vol. V, núm. 4, 1987, pp. 87-104.

propio Franco tuvo interés en alargar, no sólo para asegurarse de destruir por las armas lo más posible a sus enemigos irreconciliables e irrecuperables, los «rojos», sino también porque quizá era consciente de que cuantos más lugares y personas tuvieran experiencia directa de la guerra, combatiendo en las filas de su ejército, o algunos sufriendo el «dominio rojo» en la retaguardia republicana, más individuos y con más energía se harían auténticos y acérrimos partidarios de su dictadura, que finalmente les traería una Victoria sin paliativos, sentida por algunos como «liberación». Con la extensa represión, también el franquismo se encargó de llevar a cada rincón de la España «nacional» la particular experiencia violenta de la destrucción de la República[322].

El bando «nacional» se preocupó de cuidar, a veces mimar, a sus combatientes y voluntarios, tanto en el frente como en la retaguardia, incluidas sus familias, como ya vimos en un capítulo anterior. Con la Victoria, el militarismo y el discurso nacionalista alcanzaron su máxima expresión en las calles y en boca de los vencedores. El franquismo sacralizó su «Comunidad Nacional», elaborando los mitos y ritos de un universo simbólico que puede identificarse con lo que se ha denominado «religión política», a la manera que lo hicieron el nazismo alemán y el fascismo italiano. La Victoria, mito fundacional por excelencia del franquismo, legitimó al régimen como una consecución de la paz, una particular consecución del «Reino de Dios». Tras haberse borrado todo vestigio de la anterior etapa republicana, los enormes desfiles militares y de impronta fascista, los fabulosos ritos como el traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera, la ofrenda de la Espada de la Victoria de Franco y su reconocimiento como «Caudillo por la Gracia de Dios», otras ceremonias con la entrada de Franco en la iglesia bajo palio, la erección de fastuosos monumentos como el Valle de los Caídos, o en Aragón las ruinas intocadas del pueblo viejo de Belchite, etc. tuvieron que hacer mella en las mentes de muchos españoles comunes[323]. En Zaragoza no faltaron, durante la larga posguerra, aquellos desfi-

[322] La idea de la ralentización consciente de la guerra por Franco, por ejemplo en PRESTON, P.: *La política… op. cit.*, pp. 73-106. Pero también ello se ha interpretado como una evidencia de la «incompetencia militar» del Caudillo; cfr. BLANCO ESCOLÁ, C.: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000, que señala que, por ejemplo, la ofensiva de marzo de 1938 fue un «ataque cansino, ejecutado además en un frente exageradamente amplio» cuando podría haberse llevado a cabo con rapidez y concentrado en mucho menos espacio geográfico (p. 434). La represión franquista llegó desde el primer momento a todas las provincias dominadas por los insurgentes en retaguardia, aunque no se hubiera dado ninguna resistencia del poder republicano o del movimiento obrero; el caso de Galicia, con su especial crudeza, es paradigmático: FERNÁNDEZ PRIETO, L.: «Represión franquista y desarticulación social en Galicia. La destrucción de la organización societaria campesina 1936-1942», *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 49-65.

[323] Sobre el concepto de «religión política»: BOX, Z.: «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», *Ayer*, núm. 62, 2006, pp. 195-230. Su aplicación a la España franquista, por la misma autora, en «Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional

les y homenajes preparados concienzudamente por falangistas y militares; y todavía en octubre de 1944 se llevó a cabo un gran Homenaje a las fuerzas del frente de Aragón[324].

Pero los excombatientes franquistas no sólo disfrutaron de esta mitificación que renovaba una y otra vez su Victoria, también recibieron de las autoridades beneficios materiales, subsidios y facilidades laborales o para conseguir vivienda. Haber combatido con el ejército victorioso significó la mejor, probablemente la única vía en la España franquista de ascenso social, o de ver respondidos sus intereses, para gentes de cualquier extracción, aunque para hacerla efectiva a veces debían permanecer encuadrados al más puro estilo castrense, como los voluntarios falangistas de la Segunda Línea, que se decretó que permanecieran movilizados todavía en junio de 1939. El nuevo Estado y la Falange se encargaron de asegurar nivel de vida y posición social de los que habían combatido en las unidades «nacionales», y para ello se formaron la Delegación Nacional de Excombatientes y otros organismos. En agosto de 1939 el nuevo Estado decretó la preferencia en la colocación de excombatientes en puestos públicos y empresas privadas. El Cuerpo de Mutilados de Guerra (que ya tenía una trayectoria anterior), mediante su Comisión Inspectora Provincial en Zaragoza, se encargó de proporcionar nombramientos de Caballeros Mutilados para puestos vacantes de funcionario, especialmente como guardias municipales. La Jefatura provincial de FET-JONS también comunicó habitualmente durante la posguerra la colocación de excombatientes en diversas empresas, aunque las dificultades para hacerlo disgustaban enormemente a aquéllos[325].

Porque la mera supervivencia en los años 40 peligraba si no se contaba con una fuente de ingresos asegurada y suficiente, como puede vislumbrarse a través de los informes de Falange que describían la situación en la provincia. La

franquista: la narración de la Victoria», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 12, 2004, pp. 133-160. Para profundizar más, especialmente en los aspectos religiosos de esas ceremonias y cultos que influían en la mentalidad de las masas: FEBO, G. di: *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée, 2002, donde también se estudia el culto ofrecido a la Virgen del Pilar (pp. 39-47). Véase también ELORZA, A.: «El franquismo, un proyecto de religión política», en TUSELL, J., GENTILE, E., FEBO, G. di (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82, que señala el fracaso a la larga de ese proyecto. Uno de los primeros estudios que analizó, en el caso alemán culminante en el nazismo, esa nueva política de masas entendida como «religión secular» y su repercusión en la captación de masas para un proyecto nacionalista, fue en 1974 el de MOSSE, G. L.: *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

[324] AMZ, c. 5965, Homenaje a las fuerzas del frente de Aragón.

[325] AMZ, c. 5882, Cuerpo de mutilados de guerra. AMZ, c. 5965, Subsidio al combatiente, 1943-1944. AMZ, c. 5985, Arriendo pisos. AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de febrero de 1941. AGA, Presidencia, Delegación Nacional de Excombatientes, 51/2289; en el documento que recoge el decreto se especifica que el 80% de las vacantes producidas «por cualquier causa» tras el 18 de julio de 1936 quedaban reservadas para excombatientes. *BOE* (1/IX/1939).

pésima tesitura económica que la autarquía no hizo sino agravar trajo hambre y enfermedades. Los abastecimientos eran insuficientes y los repartos injustos, además de ineficaces por la carencia de medios de transporte. El estraperlo se hizo una realidad cotidiana, pero este «innominado comercio oculto» exasperaba especialmente «a los necesitados y a la misma clase llamada media»; la clase obrera «se depaupera[ba] cada vez más». Por otro lado, se advertía que

> Entre los problemas que alteran la confianza está el del carbón, tanto por lo exiguo de la producción como del poco equitativo reparto, pues al paso que las gentes forman cola para obtener unos kilos, en las callen [*sic*] céntricas se ven descargar toneladas para particulares pudientes[326].

Había barriadas en la ciudad que presentaban un aspecto de «aduares enfangados», y se indicaba la apremiante necesidad de una «intensa acción contra la falta de higiene»[327]. Muchos carecían de techo; existían centenares de familias que «por la falta de viviendas [vivían] en las cuevas de los alrededores de Zaragoza», y que tuvieron que ser rescatadas en enero de 1941 de un temporal de nieve, «medio muertas de frío, de hambre»[328]. Los transeúntes en busca de trabajo vagaban por la ciudad «en constante aumento»; el informante de Falange los describía como indeseables que

> en su mayor parte carecen de ideas morales como personas que vivieron la dominación marxista y se educaron sin los más elementales principios de ética, son un peligro político, como fermentos de toda rebeldía y sanitariamente por su característica falta de higiene en su vida trashumante son un constante peligro de transmisión de epidemias[329].

El considerable aumento de enfermos, especialmente de tuberculosis, se cebaba en los obreros, que carentes de cualquier ayuda o seguro social, quedaban «resignados a sucumbir lentamente» en sus viviendas «faltas de higiene y angostas, en las que el hacinamiento es peligroso». Ello empujó a Pío Altolaguirre a solicitar a sus superiores el establecimiento del seguro y subsidio de enfermedad; ya que «el remedio de las desventuras [...] no puede dejarse a la libre voluntad de los empresarios, pues son en minoría los que obran cristianamente»[330]. De hecho, hacía tiempo que los falangistas afirmaban que la beneficencia particular zaragozana, en contraste con su Auxilio Social, arrastraba «una vida lánguida»; y el sistema sanitario que había implantado el régimen,

[326] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de agosto de 1941.

[327] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de abril de 1941.

[328] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de enero de 1941.

[329] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de marzo de 1941.

[330] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Expediente. Asunto: Informando sobre aumento considerable de enfermos y pidiendo el establecimiento del seguro y subsidio de enfermedad, 18 de junio de 1941.

recolocando en el poder a viejos clanes, se revelaba también incapaz de revertir una penosa realidad que se intentaba ocultar o manipular[331]. Sobre aquellos necesitados y marginados, los derrotados en la guerra y estigmatizados como «rojos», cayó todo el peso de un control social y moral, y de una justicia civil invasiva hasta en la «intimidad más recóndita de las personas», frente a la cual sólo funcionaba el aval de la adhesión a la «Causa Nacional» y de la conducta social acorde con la moralidad nacionalcatólica imperante[332].

Las deplorables condiciones de vida se habían originado durante la guerra, y no solamente en la retaguardia republicana, necesitada de productos primarios desde el principio. La economía de guerra de la República había sido «dispersa y desorganizada», mientras que la sublevada se supeditó por completo a los objetivos bélicos, siendo sus carencias (de productos industriales) sobradamente compensadas por el apoyo exterior[333]. En la retaguardia insurgente se tomaron medidas para paliar los trastornos que sufría la población civil, ejerciendo la JRC tal tarea en Zaragoza, pero esa actuación nunca estuvo motivada por el humanitarismo; la ayuda a los necesitados se limitó a aquellos que mostraban una completa adhesión a la causa sublevada, marginando a los demás; y la motivación principal para atajar esos problemas fue la de evitar males en la retaguardia que entorpecieran el camino hacia la victoria en la guerra. De hecho, cuando la Victoria total se alcanzó, mientras el nivel de vida descendía vertiginosamente, en Zaragoza se desactivaron unos mecanismos eficientes, los de la JRC, que podían haber hecho mucho para revertir las condiciones y sacar de la miseria a muchas personas. El dinero y los recursos, como vimos, se destinaron a otros fines.

Y el falso o condicionado humanitarismo también puede encontrarse en las actuaciones de organismos similares en otros lugares de la retaguardia sublevada durante la guerra. En concreto, en Sevilla se formó, el 2 de agosto de 1936, una Junta de Auxilio a los Necesitados, similar en su funcionamiento a la JRC, cuya actividad consistía en el reparto de comida a las familias de obreros en paro. Para acceder a ello, previamente las familias obreras tenían que presentar una solicitud avalada «por el Sr. Cura párroco o persona solvente del distrito municipal […] comerciante o industrial». En las bases de funcionamiento, punto 8º, se señalaba: «[la Autoridad Militar] castigará severamente a aquellos que solici-

[331] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de marzo de 1941. SERRALLONGA I URQUIDI, J.: «El cuento de la regularización sanitaria y asistencial en el régimen franquista. Una primera etapa convulsa, 1936-1944», *Historia Social*, núm. 59, 2007, pp. 77-98.

[332] MIR CURCÓ, C.: «Justicia civil y control moral de la población marginal en el franquismo de posguerra», *Historia Social*, núm. 37, 2000, pp. 53-72.

[333] MARTÍN ACEÑA, P.: «La economía de la guerra civil: perspectiva general y comparada», en MARTÍN ACEÑA, P. y MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.): *op. cit.*, pp. 13-51.

ten o tengan vales siendo que tienen medios para su sostenimiento» y la delación de estos casos era obligada para aquellos que tuvieran su conocimiento. Los estrictos filtros de inclusión estipulados se asemejan sumamente a los descritos anteriormente para la JRC de Zaragoza y su auxilio a refugiados[334].

A los pocos días de comenzar su andadura en Sevilla, un bando de Queipo de Llano, que publicaba las normas de la Junta, prohibía «en absoluto la mendicidad callejera, así como dar limosna en las calles». A finales de agosto se acordaba hacer publicidad sobre el número de raciones repartidas (250.631 en ese mes), que iba en aumento. El 11 de septiembre el número de socorridos era de 13.800; y ante ese crecimiento se hizo una purga, retirándose la ficha de auxilio a aquellos que se consideraba que no eran necesitados. A éstos se les amenazaba en la radio: «Que se den por avisados del peligro que corren los que traten de llevarse lo que no es suyo: nos consta que el castigo será ejemplar. Y como dice nuestro insigne General "quien avisa, no engaña"». Pero a pesar de todo, el número de asistidos creció hasta llegar en octubre a los 15.000 diarios; cosa que los organizadores de la Junta veían con preocupación, pues parecía que se iba a crear «un problema económico difícil de resolver»[335].

Mientras, el periódico falangista sevillano *FE*, hacía su trabajo propagandístico. El 22 de octubre de 1936 publicaba un reportaje, con varias fotos, sobre el reparto de bonos y de comida a los obreros parados, y se decía:

> La protección al desvalido sería una preocupación primordial en el nuevo Estado. No con vanas palabras, sino con hechos, más elocuentes que aquéllas, vemos cómo ya se realiza esto en Sevilla, precisamente por iniciativa de una de las figuras más destacadas de este movimiento que ha de salvar a la Patria[336].

Se referían a Queipo de Llano. En contraste con esta perspectiva, la realidad era que la Junta intentaba por todos los medios reducir las raciones concedidas, y especialmente excluir de este amparo a los desafectos a la causa sublevada. Un informe de la Junta describía, haciendo un poco riguroso cálculo estadístico, la barriada sevillana de Amate, en la que existían miles de chozas de obreros; el firmante calculaba que 1.476 individuos recibían ración siendo que seguramente tenían otros medios de vida o no querían trabajar, por lo cual no deberían ser socorridos. La propuesta que se hacía era no socorrer a ninguna familia que no estuviera inscrita en el censo de parados, de lo que resultaría «una enorme eco-

[334] AHMS, D-1898, Junta de Auxilio a Necesitados, Libro de Actas.

[335] AHMS, D-1898, Junta de Auxilio a Necesitados, Libro de Actas. Bando de Queipo de 17 de agosto, con un ejemplar adjunto al libro; el texto también se reprodujo en prensa y BOP de Sevilla. La nota radiada fue enviada por Antonio Gomero y también se encuentra adjunta al libro de actas; el subrayado en el original.

[336] AHMS, D-1898, Junta de Auxilio a Necesitados, Libro de Actas. Artículo adjunto.

nomía en el reparto de comidas». Pocos días más tarde, el gobernador civil señalaba al presidente de la Junta la «conveniencia de hacer desaparecer el reparto de comidas», sencillamente. Y en enero de 1937 la Junta finalmente se disolvió, transfiriendo el trabajo a la vieja Asociación Sevillana de Caridad.

El auxilio a los peor situados nunca fue una prioridad para el franquismo; solamente se paliaron los trastornos en la medida en que ello pudiera revertir en su propia posición de poder o en la buena marcha de la guerra, a pesar de las protestas de algunos falangistas que veían que ello obstaculizaba la llegada de su ansiado proyecto de Estado y justicia social. Con todo, la sociedad civil de la posguerra en su conjunto, no desarrolló una oposición activa o una opinión claramente enfrentada al régimen; predominaron, por el contrario, la resignación pesimista y las vías de escape al margen de la política; la mayoría de la población se caracterizó por una amplia gama de actitudes grises entre la indiferencia, la aprobación y la pasividad[337]. El orden público sólo era perturbado por «los bulos, chistes y comentarios» que en opinión de los falangistas debían «ser objeto de localización y severa sanción»[338]; evidentemente, la victoria bélica total y sin condiciones de Franco, y la destrucción de toda base democrática o de izquierda –la paralización por el terror[339]– hacían imposible cualquier verdadera oposición. Desde el poder no se actuó eficazmente contra la pésima situación económica, porque ésta era efecto de otras políticas franquistas consideradas esenciales: la autarquía (que se estimaba indispensable para la independencia nacional); y la defensa, sobre todas las demás cosas, de los intereses de los propietarios de los medios de producción, junto al control de los trabajadores y su subordinación (eliminando toda posibilidad de protesta); además, tampoco se actuó suficientemente contra la corrupción y el estraperlo, porque sus mayores beneficiarios eran los propietarios de los escasos bienes, que eran a su vez el principal apoyo de la dictadura, como aquí se ha demostrado[340].

Antonio Cazorla ha sugerido cómo el primer franquismo pudo, sobre el desolador marco de la posguerra, lograr extender su apoyo social[341]. Durante todo

[337] Acerca de los múltiples y diversos comportamientos de la población dentro de los límites impuestos por el nuevo Estado: FONT I AGULLÓ, J.: ««Nosotros no nos cuidábamos de la política». Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, núm. 49, 2004, pp. 49-66.

[338] AGA, Presidencia, DNPZ, 51/20579, Parte de febrero de 1941.

[339] FONTANA, J.: «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 2000 (1ª ed. 1986).

[340] Estas son las conclusiones confirmadas por MOLINERO, C. e YSÁS, P.: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, núm. 52, 2003, pp. 255-280.

[341] CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 18, 2002, pp. 303-319.

este trabajo hemos comprobado cómo ese apoyo provino, en primer lugar, de elites conservadoras y fascistas que protagonizaron junto al ejército el asalto y destrucción de la República; se ha demostrado cómo ese apoyo se ensanchó durante la guerra, abarcando a los grupos sociales propietarios y católicos, y aquellos captados por el servicio de armas en el ejército y la adhesión geográfica. Todo ello venía acompañado por la destructiva represión. Cazorla señala que desde 1939, «la propaganda del régimen se apoyó precisamente en la muy real experiencia reciente de muerte»[342], con una óptica pesimista sobre la violencia de los españoles que tenía un constante recordatorio en la guerra mundial que se debatía en Europa. Lo último que deseaba la inmensa mayoría de los españoles, a diferencia del propio Franco y de grupos como los que se alistaron a la División Azul, era repetir la experiencia bélica; y acabaron por sentirse agradecidos a un régimen que finalmente no participó en ella. En adición, el nuevo Estado totalitario hacía un masivo uso del recuerdo de los «mártires», y del culto a la Victoria, a las gestas heroicas y a los combatientes que las realizaron. Por supuesto, la culpa de todos los males se cargaba sobre la República, explotando la idea de que el parlamentarismo sólo había traído decadencia nacional y corrupción; el calado de esta concepción maniquea y falseada de la historia se veía sin obstáculos facilitada por unos medios de comunicación serviles. La guerra y la violencia produjeron el antipoliticismo que caracterizó a buena parte de la sociedad española durante tiempo[343].

En definitiva, no parece apropiado hablar de «consenso» en cuanto al régimen de Franco, aunque sí, claramente, de «apoyo social», como en este trabajo se ha intentado demostrar. No obstante, ese apoyo social, no se revela tan amplio ni tan «heterogéneo» como otros estudios, basados en otras regiones y utilizando otra metodología, han presentado. En ningún caso, además, parece que el origen de ese apoyo social estuviera en «la confianza que, sobre la mayor parte de la población, continuaron despertando [las] instituciones, la legislación dictada y la persistente imagen de liderazgo carismático [de Franco]» durante la dictadura[344]. El apoyo social al franquismo tuvo su origen en las redes de intereses y de privilegios que, viéndose amenazadas, prepararon, ejecutaron y sostuvieron el golpe de Estado a la República; consiguieron extender ese apoyo social, durante la guerra, mediante la violencia y, como ya habían

[342] *Ibidem*, p. 314.

[343] Véase también CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la Victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, cap. 5, «La implantación social de la dictadura», pp. 201-243.

[344] COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, Mª T.: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950.* Granada, Universidad de Granada, 2005, p. 11.

hecho durante la etapa parlamentaria, congeniando los intereses de las clases dominantes con las clases medias a partir de vínculos comunes de propiedad y de catolicismo; y lograron integrar a más sectores sociales estableciendo filtros de inclusión/exclusión aplicados sobre un volumen importante de población obligado a combatir en las filas del ejército franquista.

Los apoyos sociales generados y consolidados durante la guerra civil supusieron un sostén de la Dictadura hasta su final. Aunque ésta vio su destino irremediablemente unido a la biología, pues con el paso de los años sólo la muerte física de Franco hizo posible el derrumbe del régimen cuatro décadas después, no sólo la cabeza dirigente del (ya no tan) nuevo Estado estaba desapareciendo de la vida política y social española en los años 70; también desaparecieron las bases sociales que habían supuesto su más sincera adhesión. Por nombrar algunos protagonistas de esta historia local, Francisco Palá Mediano falleció en enero de 1972, cuatro años después de ser nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Zaragoza; en noviembre de ese año murió Antonio Blasco del Cacho, aquel voluntario del 18 de julio que dejó su diario de combatiente para ser publicado tras su muerte; y el compañero de éste Juan Bautista Bastero le acompañó al otro mundo en julio de 1975. También los ostentadores del poder económico que se consolidaron en Aragón con la guerra civil y el franquismo fueron desapareciendo; por ejemplo, Gumersindo Claramunt, tras «una larga y lúcida vejez», lo hizo en 1973. Otros habían muerto anteriormente; Emilio Laguna Azorín en 1960, el mismo año que José María Sánchez Ventura[345]; y Miguel Allué Salvador expiró en 1962. Los protagonistas más jóvenes de la guerra, o los hombres más longevos, tras disfrutar de una apacible vejez fueron falleciendo, algunos muy recientemente; Miguel Sancho Izquierdo, jubilado de su puesto como consejero de la Caja de Ahorros en 1976, murió en 1988; a Luis Gómez Laguna, que llegó a alcalde de Zaragoza en el franquismo, le llegó el turno en 1995. Poco antes, en 1992, había muerto el voluntario japista del 18 de julio Juan Antonio Cremades Royo, recordado actualmente en el Opus Dei, como se recuerda a Francisco Artal Luesma (que murió en enero de 1999), por haber conocido en persona al beato Josemaría.

[345] Breves comentarios acerca de Gumersindo Claramunt y Emilio Laguna Azorín en HORNO LIRIA, L.: *Convecinos de ayer*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1978. Sobre J. Mª Sánchez Ventura véase la semblanza laudatoria escrita tras su muerte por Genaro Poza Ibáñez, Luis Gómez Laguna y Miguel Sancho Izquierdo: *Homenaje a la memoria del patricio aragonés Excmo. Sr. D. José Mª Sánchez Ventura*, Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 1962; la cual no obstante (aunque se relata la actividad de Sánchez Ventura como alcalde de Zaragoza entre 1946 y 1948) olvida por completo su colaboración durante los años de la guerra con Falange, la JRC, etc. Lo mismo ocurre con la voz que la Gran Enciclopedia Aragonesa (versión *on line*) dedica al político, abogado y periodista aragonés, en la cual se incluye una fotografía de Sánchez Ventura, recortada de manera que no aparece la insignia falangista que aparecía en la solapa de su chaqueta en la fotografía original publicada en *El Noticiero* (22/V/38).

De aquellos voluntarios del 18 de julio de 1936, algunos llegaron a conocer el nuevo milenio: podríamos nombrar a Antonio Zubiri Vidal, que murió en el año 2000, y a Miguel París Plou, condecorado con la Cruz de Hierro nazi, que falleció en 2004. No obstante, y lamentablemente, cuando se ha realizado este trabajo de investigación ya no hemos hallado a ninguno de aquellos voluntarios todavía con vida.

CONCLUSIONES

Zaragoza durante la II República fue una ciudad afectada por la crisis económica y la agudización de la lucha de clases propias del periodo de entreguerras europeo. En su seno se experimentó la articulación de una reacción política conservadora, encabezada por unas elites tradicionalmente dominantes que, logrando aunar sus intereses con los de una parte importante de las clases medias, pretendían frenar y dar marcha atrás a las reformas y cambios que traía la democracia. Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, la estrategia accidentalista de aquéllos dio paso a la preparación de una sublevación militar. En julio de ese año, los militares golpistas de la V División, comandados por Cabanellas, se hicieron con el poder en la capital aragonesa mediante una acción violenta bien preparada de antemano, y que respondía al plan orquestado en todo el país. Para ello, los oficiales contaron con la participación de grupos de civiles, reducidos numéricamente, pero muy dispuestos y mentalizados a efectuar el asalto a la República, y que podían identificarse por su trayectoria política previa.

En efecto, el análisis de los voluntarios civiles que el 18 de julio acudieron a los cuarteles zaragozanos para ser armados demuestra que fueron los falangistas, por un lado, y miembros de las JAP, por otro, codo con codo junto a otros individuos de procedencia social predominantemente burguesa, las fuerzas de choque de la sublevación empleadas en tareas como la represión, cruciales para la destrucción de la República en la región. Además de estos grupos ideológicamente fascistas o fascistizados, los requetés carlistas también participaron en la sublevación, aunque su protagonismo en la ciudad se debería fundamentalmente a la llegada posterior de una columna de boinas rojas navarras. Y, mientras se configuraba un frente de guerra que dividía Aragón en dos mitades, otra milicia armada colaboró en el establecimiento del control insurgente de la ciudad: la Acción Ciudadana que, dirigida por militares retirados por los decretos de Azaña y con una composición esencialmente burguesa, se encargó de mantener el «orden» en las calles.

A pesar de todo, la sublevación fracasó en su pretensión de derribar al Estado republicano, aunque sí triunfara en el de desbaratar su poder, abriendo la veda para el enfrentamiento bélico entre dos bandos antagónicos. La guerra, alimentada por el contexto internacional, adquirió el carácter de lucha entre fascismo y antifascismo, situación que integraba a su vez diferentes fracturas políticas, sociales, regionales, ideológicas y religiosas. En esa coyuntura, y ante

la amenaza que representaba el acercamiento a Zaragoza de las milicias anarquistas procedentes de Cataluña, las nuevas autoridades sublevadas de la V División vieron necesaria la formación de un organismo civil encargado de administrar importantes tareas de la retaguardia.

Esta institución fue la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional, que se fundó el día 28 de julio de 1936 encomendando su presidencia al eficiente notario zaragozano Francisco Palá Mediano. Aunque su objetivo inicial era simplemente el de unificar la recaudación de dinero y bienes materiales destinados al ejército y las organizaciones insurgentes, las labores realizadas por la Junta consistieron en canalizar los apoyos, fundamentalmente económicos, que la sociedad civil zaragozana otorgó a la acción golpista y al esfuerzo de guerra sublevado, y en mitigar los trastornos que la guerra causaba en la retaguardia, asistiendo por ejemplo a los refugiados y otros afectados, con lo que además se colaboró en el férreo control social de la masa de población que las nuevas autoridades pusieron en práctica. Todo ello iba a repercutir positivamente en la consolidación y gestación de adhesiones al bando sublevado entre toda la población.

Pero el apoyo social a la sublevación militar en sus orígenes, durante los primeros meses de guerra, procedió de sectores muy determinados de la sociedad. En la propia Junta Recaudatoria Civil, junto a los portavoces del estamento militar (que conservaban el poder decisorio último), de los nuevos poderes públicos (Ayuntamiento, Diputación Provincial y Gobierno Civil), y de las organizaciones políticas y paramilitares sublevadas (Falange Española, Requetés, Renovación Española y APAA), los que predominaron fueron los representantes de los intereses económicos de la provincia. Banqueros, patronos y propietarios, de distintas categorías y sectores a los que encarnaban, asumieron la dirección de las labores directivas propias de la retaguardia bélica. Allí se encontraban, respondiendo a unos mismos intereses, medianos empresarios y comerciantes proclives al fascismo, como Mariano Blasco y Pedro Taboada de la Federación Patronal, o Ramón Montull por parte de la COCI; junto a un poderoso banquero como Mariano Baselga; representantes de la elite burguesa zaragozana como Emilio Laguna Azorín; y de los propietarios rústicos y urbanos como Ramón Sancho Brased y Ángel Blasco Perales. Todos ellos formaban parte de una misma red de intereses interrelacionados entre sí y muy conectada con los grupos políticos protagonistas de la sublevación.

De aquella misma entrelazada malla social llegaron, además, las primeras colaboraciones y aportaciones, algunas muy generosas y notables, que permitieron a los sublevados asentar su dominio sobre la ciudad y poner en pie un ejército bien pertrechado que cubriera un amplio frente de guerra. Aparte de las incautaciones de material y medios realizadas sobre los desafectos y víctí-

mas de la represión, y de las militarizaciones de las industrias convenientes, un relativamente reducido pero pudiente grupo de ciudadanos proveyó a los insurgentes de todo aquello que necesitaron. Los propietarios urbanos e industriales cedieron el uso de almacenes, fábricas e inmuebles. Comerciantes y empresarios, pequeños y grandes, facilitaron el abastecimiento de todo tipo de material, siendo especialmente el sector textil zaragozano, previamente muy cercano al fascismo, el más favorablemente dispuesto hacia los rebeldes: prácticamente vistió y abrigó a todo el ejército franquista en Aragón. Grandes terratenientes rurales, nobles como el duque de Villahermosa o caciques como Luis Pérez Cistué, entregaron enormes cantidades de dinero y alimento. Los profesionales, fuera individualmente o a través de sus entidades representativas, colocaron sus habilidades y dineros al servicio de los sublevados. Y dos importantes instituciones, la Universidad de Zaragoza, por iniciativa de su rector Gonzalo Calamita, y sobre todo, la Iglesia católica encabezada por el arzobispo Doménech, se echaron de cuerpo y alma en brazos de la reacción de militares y fascistas.

Desde los pueblos de la retaguardia zaragozana llegaron convoyes a la ciudad, con toda la pompa posible, con víveres entregados voluntariamente por la masa de medianos y pequeños campesinos conservadores, o extraídos bajo coacciones y amenazas a los vecinos desafectos e indiferentes, a través de las Juntas recaudatorias locales diseminadas por toda la mitad occidental de la provincia. También las entregas de oro, el precioso metal del que estaban muy necesitadas las arcas insurgentes, adquirieron una gran importancia, revestida de fuerte valor simbólico. Con todo ello, la prensa, purgada y adicta al golpe de Estado, construía su discurso propagandístico para magnificar el proceso, como si se tratara de una reacción espontánea y entusiasta de toda la sociedad, sin distinciones de clase.

Pero la realidad fue que en 1936 el apoyo social a la sublevación tuvo un marcado carácter clasista. Fue de la aristocracia y de la burguesía zaragozana de donde provino su grueso; y sólo un sector de las clases medias, vinculados con aquellas a través de los valores propietarios y católicos, podía encontrarse, en un principio, sosteniendo la acción golpista. También tuvo la sublevación una dimensión de género, pues aunque la particular visión del mundo de la que se hacían defensores los insurgentes relegaba a las mujeres al espacio privado, éstas se implicaron tanto como los hombres (sus maridos, hermanos e hijos) en el esfuerzo de guerra, si bien las más de las veces fuera a través de talleres de confección y mesas petitorias. Es destacable que las tres personas que, según nuestros cómputos, más dinero entregaron a los sublevados, fueran de sexo femenino.

Sin embargo, salvo excepciones en las que pueden entreverse el oportunismo e intereses poco «patrióticos» que entraron en escena desde muy pronto, la

clase obrera, la amplia base de la pirámide social zaragozana, no participó por su propia iniciativa de aquel movimiento de apoyo al golpe de Estado. Destruidas sus organizaciones tradicionales, y golpeados por una violenta represión aterradora y paralizadora, que también sufrió la pequeña burguesía republicana, asalariados y jornaleros tuvieron que someterse y buscar acomodo bajo el dominio reforzado de patronos y nuevas autoridades, mientras la nueva propaganda de corte fascista les presionaba a integrarse y apoyar la reacción con la promesa de un futuro de justicia social. La Junta Recaudatoria Civil estipuló que a los trabajadores de las empresas se les debía deducir de sus sueldos una parte sustanciosa, que iba a parar a los fondos de la Suscripción Nacional, y el mismo procedimiento se ensayó con los funcionarios. En adición, los patronos conminaban en los lugares de trabajo a sus empleados a donar cantidades en colectas extraordinarias pero muy habituales, a las que podía resultar sospechoso e incluso peligroso no contribuir. Esta estrategia funcionó singularmente bien en aquellas medianas y pequeñas empresas y talleres donde los vínculos de dependencia y subordinación entre patrono y obrero eran especialmente acusados. Y los mismos vínculos de subordinación, reforzados por la sumisión a la que empujaba el contexto, funcionaron a la hora de inducir a algunos sirvientes a contribuir, como aquellos trabajadores de la finca de Carmen Yarza, que entregaban a los sublevados parte de la paga extra que su señora les daba por navidad. Por estos medios, hasta los niños cooperaban, sin saberlo ni entenderlo, en ganar la guerra a los «rojos», en las ocasiones en que eran inducidos a entregar, simbólicamente, el dinero de sus huchas a los militares, o a integrarse, por ejemplo, en las milicias infantiles.

Esa guerra se alargó, y aunque el frenesí de los primeros meses se atemperó, la ciudad del Ebro se doblegó bajo el imperio del militarismo, el nacionalcatolicismo y el fascismo. La Junta Recaudatoria Civil continuó su constante tarea recaudadora, por medio de nuevas suscripciones, a las que desde 1937 se sumaron otras estrategias de obtención de recursos. Loterías, corridas de toros y conciertos benéficos, concursos, exposiciones, etc. de clara finalidad propagandística en los que los ciudadanos se implicaban activamente, o de forma pasiva como espectadores, pero integrándose en la cotidianeidad de una situación dictatorial progresiva y relativamente «normalizada», y contribuyendo de un modo u otro a engordar los capitales de que disponía la sublevación para continuar su guerra. Y su guerra continuaba estando muy presente en la realidad, pues los ataques aéreos republicanos y la existencia de refugiados en la ciudad impedían evadirse del clima de muerte y penalidades que no acababa en los muros de las abarrotadas cárceles y cementerios.

Con objeto de sortear las consecuencias negativas que para el buen desarrollo de las operaciones bélicas pudieran tener los trastornos de la retaguardia, la Junta Recaudatoria Civil también se puso manos a la obra. Temprana-

mente se tomaron medidas para asistir a los refugiados que acudían a la ciudad huyendo de los combates y destrucciones del frente de guerra, o escapando de la posible represión tras las líneas «rojas» como hicieron numerosos religiosos y monjas. Primero, la Junta recurrió a la beneficencia tradicional, y luego organizó comedores y entregó ropas y pequeñas cantidades de dinero a los necesitados que demostraban ser merecedores de ello. Este aparente humanitarismo tuvo un claro sesgo político. Había que demostrar la adhesión sin fisuras a la sublevación y una comunión activa con los valores morales religiosos y «patrióticos» de que se hacía adalid el franquismo. No está de más señalar que fue un sacerdote de clara inclinación reaccionaria, Francisco Artal Luesma, el encargado de la Junta para el trato y control de los refugiados. De este modo, las rígidas condiciones de acceso a la asistencia funcionaron como filtro para purgar a un sector dilatado de población, los refugiados y necesitados, antes de ser admitidos en la nueva «comunidad nacional» y recibir las (en realidad exiguas) ayudas. Mediante éstas, muchos desarrollaron un sentimiento de agradecimiento y respeto hacia las nuevas autoridades. Pero a aquellos que no pudieron o no quisieron romper amarras con un pasado izquierdista, para pasar a estrechar lazos con el jefe local de Falange, el patrono o el cura, les esperaba la miseria y la represión o la derrota y el exilio.

También la Junta Recaudatoria Civil actuó eficientemente para paliar las pérdidas materiales y personales que producían los escasos y poco coordinados bombardeos que efectuaba la aviación leal a la República sobre la ciudad. Éstos tuvieron más bien un efecto negativo para la causa republicana; pues aparte de su poca efectividad estratégica, crearon víctimas y miedo entre una población civil que tendió a refugiarse bajo las faldas de las autoridades franquistas. Además, el mando rebelde había creado un ejército en el que, mediante las quintas movilizadas, un volumen muy significativo de población masculina quedó integrado sin distinciones de clase.

La Junta Recaudatoria Civil, que abastecía copiosa y puntualmente a las unidades combatientes sublevadas que, al contrario de las iniciales milicias antifascistas, eran muy profesionalizadas y disciplinadas, también se destacó por poner en marcha una batería de subsidios y ayudas a los combatientes y sus familias necesitadas en retaguardia. Esta fue una vía de acceso generosa para la integración de muchos ciudadanos. Los soldados, especialmente los voluntarios, del ejército «nacional», fueron envueltos en las trincheras de una agasajadora mística patriótica que les hacía culto, y les insuflaba sentimientos y valores ideológicos convenientes, como los del fascismo y la veneración al liderazgo carismático de Franco. Los obsequios materiales enviados desde la retaguardia a través de la Junta Recaudatoria Civil, tales como el repetido «Aguinaldo del Combatiente», debieron de ser bien recibidos por los reclutas, y bien vistos por las familias de las que éstos habían sido arrancados, fueran de postura ideológica contraria o indi-

ferente a la del bando en el que se encontraban. No obstante, para la gran mayoría de personas políticamente escépticas afectadas de esta manera, sobre todo si sufrieron pérdidas irreparables o desgracias, la situación bélica era indeseable, y sólo su apoyo a uno de los bandos se debió a la lealtad geográfica, o a la conveniencia de unirse al que parecía que iba a ser vencedor de la contienda y ser capaz de ponerle fin antes. Con un contexto internacional favorable, que se percibía diariamente en la ciudad por la presencia, por ejemplo, de soldados alemanes paseando por las calles, ese bando victorioso era en Aragón, sobre todo a partir de marzo de 1938, el bando franquista.

Tras esa fecha, el control autoritario y opresivo de las autoridades sobre la población zaragozana, ejercido desde la gestora municipal y el Gobierno Civil, se incrementó, a través de fuertes multas y detenciones. La Junta Recaudatoria Civil perdió parte de su razón de ser, aunque continuaría existiendo hasta 1941 encargada de reunir caudales que se invertían en diferentes y menos perentorias necesidades. Habiendo acumulado una abultada cantidad de dinero sobrante, gracias a la eficiencia y la mentalidad empresarial que, obviando algunas irregularidades, le habían transmitido sus miembros, la Junta repartió sus ganancias entre el Ejército, la refundada FET-JONS, y las ayudas a la Iglesia. No faltó de nada a las unidades militares; y los organismos falangistas, como el Auxilio Social y el SEU, se vieron con grandes facilidades para crecer en poder y medios, e ir consolidándose como partes esenciales del Nuevo Estado. De igual modo, conventos e iglesias de toda la región aragonesa obtuvieron recursos para su reconstrucción; se dedicaron fondos para las obras de reforma de la basílica del Pilar, centro espiritual del Aragón franquista; y el clero lo tuvo todo a su favor para hacer apostolado y «recristianizar» a la población, especialmente a la clase obrera a la que se quería librar de todo «veneno» democrático y marxista. Sin embargo, cada vez menos recursos se fueron destinando a paliar las penurias de refugiados y necesitados que aún llegaban o permanecían en la urbe, afectados cada vez más por la pésima situación económica agravada por las primeras medidas de la política autárquica. Con una victoria incontestable al alcance de la mano, ya no era tan necesaria una actuación efectiva sobre aquellos desgraciados, especialmente porque la mayoría eran restos de los derrotados en la guerra, hombres y mujeres convertidos en mendigos, niños huérfanos que abarrotarían los centros de la caridad religiosa tradicional, gentes hambrientas que buscaron techo en cuevas y chozas de los alrededores de la ciudad. El Auxilio Social falangista encontró en ellos los destinatarios de sus obras, convirtiéndose en un excelente filón de propaganda para el régimen, e intensificando la situación de dependencia y subordinación de las clases humildes respecto del poder.

Eran los momentos de auge del fascismo en el país, e incluso un falangista, Pío Altolaguirre, empresario bien engarzado con la burguesía zaragozana, llegó

a ocupar la presidencia de la Junta Recaudatoria Civil, que fue reestructurada en diciembre de 1938 reduciendo sus componentes, con lo que Francisco Palá fue desplazado del cargo. Éste, como tantas otras personas acomodadas que gracias a la guerra habían blindado su *status* social, se retiró a una vida cómoda de éxito profesional, dejando la política en manos de los nuevos cuadros falangistas. Aquellos que habían protagonizado el verdadero apoyo a la sublevación militar desde el principio, en 1936, y que lo habían mantenido, conservando su hegemonía durante la guerra por encima de los nuevos sectores sociales que fueron subiéndose al carro de los vencedores, vieron alcanzada su meta con la Victoria firmada el 1 de abril de 1939. No necesitaron certificaciones de su adhesión a los vencedores, ni medrar socialmente; por medio de la guerra habían legitimado la jerarquía social y económica en la que desde siempre habían ostentado un lugar privilegiado; y ahora, arrasada toda oposición, reprimida cualquier disidencia, en un contexto internacional favorable, se permitieron delegar altas cotas de poder a un partido fascista que había perdido por el camino toda veleidad revolucionaria.

FET-JONS, que en Zaragoza a la altura de 1939 contaba con unos 4.500 afiliados de origen social urbano mayoritariamente burgués y de clase media, y que tenía su razón de ser en la defensa de los intereses de las clases más acomodadas y el mantenimiento de la jerarquía social, fracasó en su objetivo de encuadrar a toda la sociedad, especialmente a la clase obrera. Su victoria era real, pero se debía a la guerra y no a un previo convencimiento de la población. No obstante, esa misma guerra había sido el mejor medio para construir una amplia base social de apoyo, o lo que algunos llaman «consenso», al régimen de Franco. Los excombatientes «nacionales», mutilados de guerra, y víctimas del terror «rojo», convertidos en héroes, disfrutaron de todas las ventajas en la posguerra; haber luchado en el bando vencedor aseguraba prácticamente un lugar en la nueva España; y por otro lado, la experiencia en sí de los desastres de la guerra alejaba para muchos la idea de un cuestionamiento del poder establecido por el hecho de las armas y la represión.

Así parece ser cómo el franquismo iba a lograr ampliar entre las masas un apoyo social originario que, como revela el caso zaragozano, procedió de sectores reducidos y muy concretos de la población, aunque poderosos y dispuestos a utilizar la violencia para mantener su posición social y económicamente privilegiada a salvo de cualquier cuestionamiento, y para conservar la hegemonía de sus propias convicciones ideológicas y religiosas. Aunque estos sectores coaligados en 1936 eran relativamente diversos social y políticamente, pues en la coalición cupieron desde los grandes propietarios de tierras hasta pequeños comerciantes, desde campesinos conservadores hasta profesionales burgueses, desde los fascistas hasta los carlistas y conservadores, la Iglesia y el Ejército, hubo una comunidad de intereses muy clara entre todos ellos, unos

mismos fines, que se hacían posibles a través de la solución fascista a la crisis; solución violenta que todos esos grupos apoyaron.

Esta investigación ha ido mostrando, además, a partir del caso zaragozano, cómo aquellos grupos de apoyo a la sublevación y los propios protagonistas, civiles y militares, de ésta, grupos aparentemente diversos o heterogéneos, estaban previa y estrechamente interrelacionados; procedieron de unas mismas esferas sociales, que en Zaragoza, y en toda la región, se correspondían con la red de sociabilidad burguesa conservadora establecida a lo largo del primer tercio de siglo xx. Esta malla social, apoyada en los valores religiosos y propietarios de la burguesía, se expandió ya durante la II República entre las clases medias de la ciudad y los pequeños propietarios del campo, constituyendo una reacción de masas antirrepublicana. El mismo proceso se dio una vez comenzada la guerra civil en el bando franquista.

La capacidad de extensión y la potente fuerza y resistencia de esa única red que arropó a la reacción de julio de 1936 se debió al peculiar carácter de los vínculos o nudos de unión entre sus componentes. Lazos de sangre, relaciones de amistad, de asociación, de vecindad, de dependencia, lealtad, etc., la hicieron posible, relativizando el componente clasista de la misma, y soslayando las teóricas divergencias ideológicas y políticas que existían en su seno y que en el común asalto al Estado republicano no supusieron ningún impedimento.

En ese sentido, por ejemplo, para ilustrar el funcionamiento de la red del apoyo social a la sublevación, puede recordarse cómo Francisco Artal Luesma, el religioso encargado del control de los refugiados por la Junta Recaudatoria Civil, con un hermano falangista a su vez refugiado en Zaragoza, había sido recomendado a la Junta por el arzobispo Doménech, temprano legitimador de la violencia en servicio «de la Patria y de la Religión»; y era un buen amigo del obispo de Tarazona, el cual, puede recordarse, escribió en cierta ocasión a Francisco Palá para ofrecerle el pésame a éste por la muerte de su hermano Alberto, un banquero barbastrense afín al catolicismo social, del que era amigo y compañero de rezos; así como también podría señalarse la relación de Artal con el Opus Dei, relación que igualmente tuvo algún voluntario japista del 18 de julio, como Juan Antonio Cremades Royo. A su vez éste, un estudiante universitario de la facultad de Derecho (donde estaba en contacto con intelectuales fascistas destacados como Miguel Sancho Izquierdo o Luis del Valle), tenía una cordial relación con miembros del sindicato estudiantil falangista, el SEU. Uno de los miembros de éste, Guillermo Fatás Ojuel, también fue voluntario del 18 de julio, y su padre, Guillermo Fatás Montes, pedagogo y patriota conservador, no tuvo reparos en entregar su medalla de oro de la ciudad como símbolo de su apoyo a la sublevación, en parte porque el personaje que la solicitaba era su viejo amigo Miguel López de Gera. Un hermano de Emilio

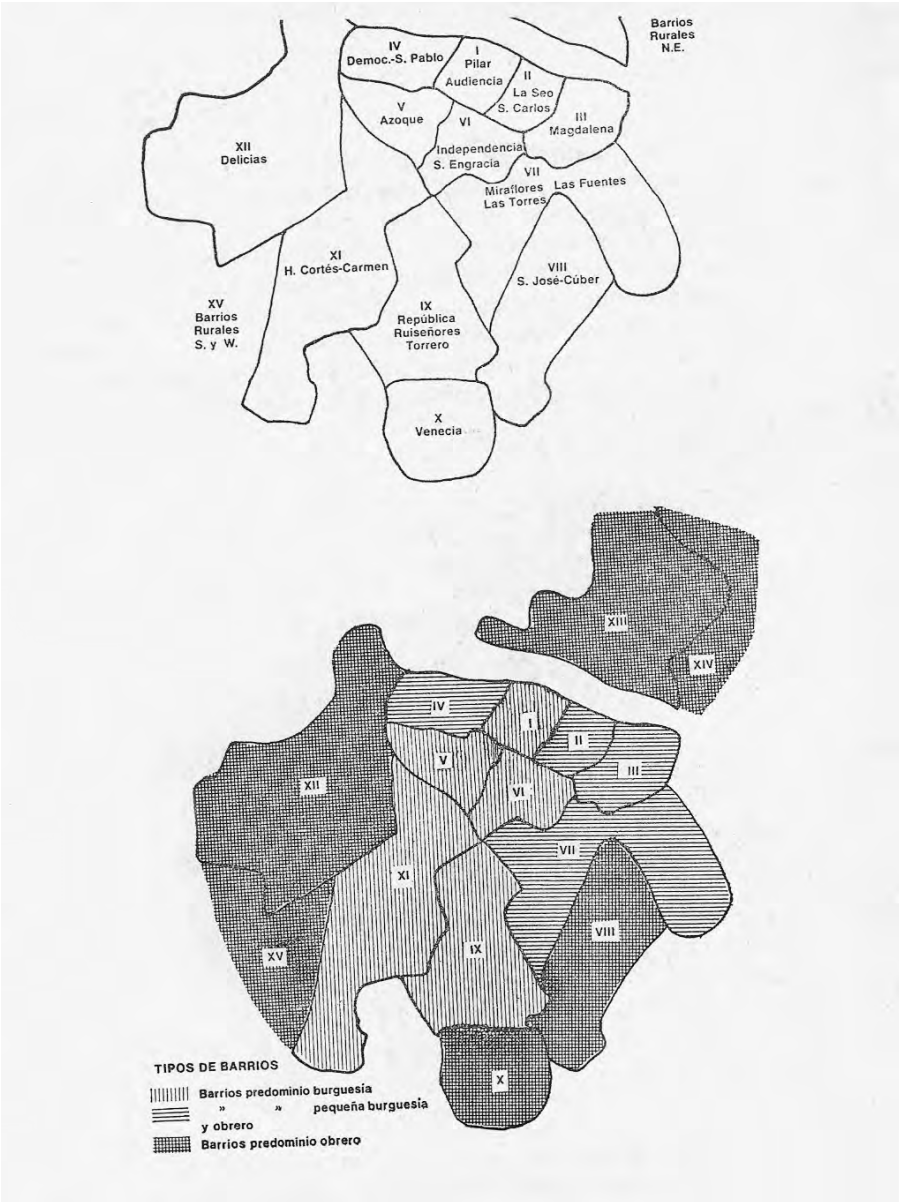
Laguna Azorín, el representante del Centro Mercantil en la Junta Recaudatoria Civil, era el Comandante Vicente Laguna Azorín, un organizador de la Acción Ciudadana, militar retirado, que sin duda algún tipo de contacto previo hubo de tener con oficiales golpistas de la V División como el Teniente Coronel Anselmo Loscertales, cuyos hijos también se lanzaron a la calle voluntariamente el 18 de julio. La esposa de Loscertales, por su parte, colaboraba en tareas de segunda fila en la Junta Recaudatoria Civil, en acuerdo con las actividades de otras mujeres como la esposa de Manuel de Escoriaza, rico empresario de ferrocarriles y transportes, hombre de negocios de sobras conocido que entregó mucho dinero a la Suscripción Nacional. Igualmente puede recordarse cómo otro importante empresario y banquero presente en la Junta Recaudatoria Civil, Mariano Baselga, era progenitor de uno de los primeros jóvenes organizadores de la Falange zaragozana, Manuel Baselga de Yarza, amigo éste del comerciante, camisa vieja, y futuro alcalde de Zaragoza Luis Gómez Laguna; y que una hija del conocido burgués católico y conservador Román Izuzquiza estaba casada con el futuro Jefe Provincial de ese partido fascista, Pío Altolaguirre. Los ejemplos relacionales podrían extenderse mucho más si se atiende a la red asociativa, de organizaciones patronales y de asociaciones religiosas, en los que estratos sociales más altos quedaban reunidos con la pequeña burguesía propietaria y católica de la ciudad.

En definitiva, como a lo largo de esta investigación se ha ido desgranando e intentando demostrar, los fascistas no eran gentes extrañas a los grupos conservadores y elites derechistas que los apoyaron en sus métodos violentos y objetivos radicales, sino que procedían de sus mismos espacios sociales, aun perteneciendo muchos de aquellos a las clases medias o medias bajas (y normalmente a generaciones más jóvenes). Sublevación y apoyo social quedan de tal manera entrelazados entre sí en la Zaragoza de la guerra civil, que cabe identificar como origen de una y otro a una única gran familia, políticamente derechista, socialmente burguesa, económicamente privilegiada, ideológicamente católica, jerárquica y relacionalmente organizada, que con la guerra asumió el fascismo como solución a la crisis, manchando sus manos de sangre.

Y por encima de todo, rodeada por el aura de la traumática experiencia bélica, la figura, construida y real, de Franco como dictador, Caudillo y garante de un nuevo Estado que sobreviviría cuatro décadas; ya que contra viento y marea, el régimen de Franco contó con un apoyo social, al cual supo articular y mantener en equilibrio sobradamente, y que pudo ampliar a través de aquella traumática experiencia bélica y de su recuerdo manipulado.

ANEXOS

ZARAGOZA EN 1936. IMAGEN 1: DIVISIÓN EN BARRIOS



Reproducido de GERMÁN ZUBERO, L. (coord.): *Elecciones en Zaragoza-capital durante la II República*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980, p. 34.

LA RECAUDACIÓN. DOCUMENTO 1

CUENTA DE DEFENSA NACIONAL

Entregado Federación Patronal .....25'000'00
Emilio Laguna Azorín ..... 500'00
Adolfo Burillo . . . . . 100'00
Antonio Fuentes . . . . . 100'00
Tintorería Masip . . . . . 50'00
Andrés Egido . . . . . 5'00 25.755'00

En el Banco de Aragón c/c. 13.000'00
Entregado a Falange Española 8.500'00
id. Juventud de A.P: 5.000'00 26.500'00

RECAUDACION:
Importe suscripcion..... 25.755'00
Entregado xxx Banco ..... 26.500'00 .....Diferencia ....745'00
En poder F.P. .....255'00
1.000'00

Primera relación de recaudación de la JRC, correspondiente al día 25 de julio de 1936: AMZ, c.5873, Relaciones de cantidad recaudada.

LA RECAUDACIÓN. DOCUMENTO 2

DEFENSA NACIONAL — JUNTA DE RECAUDACION — Relación nº.5

Anterior		111.790
Gobierno Civil	16.055	
D.Gil,Gil y Gil	1.100	
Dª.Micaela Casanova	20.000	
Sociedad de Maestros Sastres "La Confianza".	3.000	
Dª.Juana Hernández	25	
Hijo de Joaquin Herrero	20.000	
D.Joaquin Gascón	500	
Srª.Vdª. de Pascual Borruey	1.000	
Sres. Hijos de Veiga	1.000	
D.Francisco Notivol	25	
D.Pedro Ramón y Cajal	3.000	
D.Luis Solans	1.000	
D.Manuel Bruñen	50	
D.Jorge Benito	10	
D.Vicente Masarré	7	
D.Antonio Saló	41	
M.F.	50	
D.Vicente Pober	16	
Sres.Hijos de Nicasio Gracia	100	
D.Urbano Bernardos	36	
D.Ricardo Royo Villanova	2.500	
D.Carlos Vara	500	
D.Mariano García	250	
D.Alfonso de Castro	250	
Ayuntamiento	28.690	
D.Francisco Nicolás	2.000	
Srª.Vdª. de Vicente González,1ª. entrega ...	1.000	
Banco de la Propiedad	1.275	
D.Wenceslao Egido	1.000	
D.Miguel Egido	100	
D.Pedro Ara	25	
D.Gregorio Panillo	25	
D.Jenaro Blas Marichalar	25	
D.Victoriano Izuel	10	104.665
Total y continuará		216.455

Zaragoza 30 de julio de 1936.-Vº.Bº. El Presidente.=Francisco Palá= Angel Blasco y Pedro Taboada, Tesoreros.=Rubricados.=

Una monera de oro, inglesa.

Recibimos los comprobantes a que se refiere la anterior relación.-

DEFENSA NACIONAL — JUNTA DE RECAUDACION — Relación núm.6

Anterior		216.455
Federación Mercantil Aragonesa, 4ª aport.	6.040	
D. Mariano García	10.000	
Izuzquiza AranaHermanos	5.000	
Sres. Guitart Hermanos	1.000	
D. José Aramburo	100	
D. Nicolás Rivas	100	
Sra. Viuda de Ramón Galianas	25	
D. Emilio Boli	2.000	
D. Mariano Gracia	500	
Dª Carmen Español, Viuda de Lizabe	5.000	
D. Luis Cortés Pujadas	500	
D. Julián Giner	100	
D. José Giner	50	
D. Gabriel Giner	25	
Sra. Viuda de Gimeno	100	
Sra. Viuda de José Grilló	50	
D. Juan Antonio Egido	15	
D. Joaquín Ceresuela	1.500	
D. Lucas Peán	50	
Sociedad Anónima Patronos Albañiles	250	
Dª Luisa Rico	10	
D. José Teira	15	
D. José Brusel	100	
Dª Felisa Bello	25	
D. Florentino Fondevila	50	
D. José María Ducay	250	
Carmen, Ignacio, Luis y Antonio Ducay	60	
D. José Santos Andreu	75	
D. Antonio Santos Llopis	25	
D. Juan Busel	1.000	
D. Antonio Fernández Sandino	250	
D. Francisco Santapau	100	
D. Fidel Loaso	2.500	
D. Antonio de Gregorio Rocasolano	750	
Hijos de José Sanz	1.500	
Dª Ursicina Molis	10.000	
D. Fernando y Julián Marca	2.500	
D. Antonio de la Figuera	1.000	
D. Luis Sanz	1.000	
Dª Julita García	1.000	
D. Pedro Cabeza	500	
Suma y sigue	55.115	216.455

Relación núm. 6 - Hoja 2

Anterior ----------	55.115	216.455
D. Froilán Soláns ----------	5.000	
Sra. Viuda de José Puértolas ----------	10.000	
D. Julián Guallart ----------	9.000	
Juan, Pilar y Teresa Iranzo ----------	2.500	
D. Juan José Rivas ----------	3.000	
D. Emilio Ara ----------	5.000	
D. Luis Gabás ----------	2.000	
D. Miguel Pandos ----------	2.500	
D. José Valenzuela La Rosa ----------	3.000	
D. José Pinilla ----------	3.000	
Sra. Viuda de Juan Fabiani ----------	250	
D. Salvador Bello ----------	1.000	
Dña Dolores y Pilar Clavillán ----------	200	
D. Eduardo Lafarga ----------	100	
D. José Tricás, Señora e Hijo ----------	5	
D. Fabián Panjul ----------	200	
D. José Pallicer (abono B. Crédito) ---	1 0.000	
D. Mariano Odriozola id ---	3.000	
Dª Cristina López Viuda Marco (C.Ahorros	5.000	
Una Aragonesa ----------	25	
Párroco y Capítulo San Gil ----------	250	120.145
Total y continuará ----------		336.600

Defensa Nacional
JUNTA RECAUDATORIA CIVIL
ZARAGOZA

Zaragoza, 31 de Julio de 1.936.

Vº. Bº
El Presidente,

Tesorero,

Tesorero,

Recibimos los comprobantes a que se refiere la anterior relación.

Zaragoza 3 de agosto de 1936

Relaciones de recaudación números 5 y 6, correspondientes al 30 y 31 de julio de 1936 (AMZ, c. 5873, Relaciones de cantidad recaudada). Pueden observarse, entre otras, las donaciones particulares de Gil Gil y Gil, catedrático de derecho y miembro del Partido Radical hasta la sublevación; de Micaela Casanova, una de las mayores donantes durante la guerra; de los hermanos Izuzquiza Arana; del químico Antonio de Gregorio Rocasolano; o del escritor José Valenzuela de la Rosa.

LA FUNDACIÓN DE LA JRC. DOCUMENTO 3

26 de julio de 1936 — EL NOTICIERO — Página 9

Ha quedado constituída la Junta Recaudadora civil de Defensa Nacional

A las entidades que la componen pueden enviarse donativos. - - Una iniciativa en recuerdo de Vicente Peralta

De acuerdo con la autoridad militar ha quedado constituída en el día de ayer, la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional, integrada por representaciones de las entidades siguientes, y a cuyas respectivas oficinas pueden enviarse los donativos:

Federación Patronal de Comerciantes e Industriales, Coso, 33, primero.

Federación Mercantil Aragonesa, Alfonso I, 19 y 15.

Cámara Oficial del Comercio y de la Industria, Coso, 20, 18 y 30.

Cámara de la Propiedad Urbana, Coso, 18.

Cámara Oficial Arícola, plaza de la Constitución, número 1.

Asociación de Labradores, Coso, 104.

EN RECUERDO DE VICENTE PERALTA

Hace unas semanas, y en viaje de estudios, un grupo de alumnos y profesores de la Escuela Superior de Comercio de Zaragoza, visitamos Barcelona. Allí escuchamos de labios de los propios dirigentes de la Generalidad frases cariñosas y encomiásticas para nuestro Aragón, querido. Pero, como tantas otras veces, fueron palabras hipócritas, porque, precisamente entonces estaban preparando el reconocimiento de la Confederación del Ebro, que tanto nos iba a perjudicar, y allí representantes en Madrid continuaban su táctica para destruir nuestra economía regional.

Con discursos de amistad y cantos a la cultura terminóse nuestra entrevista con la Generalidad catalana, pero los hechos no han respondido a tales atrevimientos, pues bien recuerda todo esa institución que solemne era antiespañola ha mostrado también ser antihumana. Lo es de momento que ha intentado hostilizar, con que inútilmente varias veces una ceguda minoría como Zaragoza.

Pero nada hay que temer contando con los eficaces elementos defensivos, con el valor tradicional de los hijos de esta tierra, protegida por la Virgen del Pilar. De nuevo nuestra madre espiritual y capitana de la tropa aragonesa en esta nueva guerra de la Independencia nos está salvando. Queda a nosotros, sin embargo, ese dolor de ver cómo aquellos que decían ser amigos nuestros y que tanto se esforzaban en aparentar una hidalguía de la que carecen, pagan villanamente ese afecto de los millares de aragoneses que residen en aquella hermosa región catalana, para la que son todas nuestras admiraciones.

Nosotros, los excursionistas de la Escuela de Comercio, tenemos además que liquidar una cuenta con la Generalidad. Esta nos hizo un obsequio costeándonos una excursión, y en estos momentos de exaltación patriótica, esa cantidad que ella gastó nos repugna el haberla aceptado y deseamos devolverla. No queremos, pues, nada de la Generalidad — que muy pronto se demostrará no representa a Cataluña —; ahora nos quemaría en la mano ese dinero y su equivalente lo entregaremos cómo donativo a las fuerzas que combaten por España, para lo cual iniciamos una suscripción entre las excursionistas.

Otorgaremos esta modesta suma en recuerdo de uno de los que han caído de heridas, de Vicente Peralta y Martínez de Lecea, alumno que fué de nuestra Escuela de Comercio, Digna es la muerte de tal héroe—mártir podremos decir—inmolado en Torres de Berrellén que, cual otros varios, han comenzado a escribir con su sangre la historia de esta nueva España que surge esplendorosa a una nueva vida.

¡VIVA ESPAÑA!

Una encendida proclama

¡Españoles! ¡Zaragozanos! Ya podemos evitar a todo pulmón ¡Viva España! Ya el grito de ¡Viva España! no es vitor criminoso y punible, al que ahogó y suplantó el alarido de ¡Viva Rusia! que los gobernantes siniestros y traidores pertinaces pretenden proclamar por todos los lugares de esta Patria redimida, pisoteada por los bárbaros al servicio de Moscú...

Ya podemos gritar ¡Viva España! Ya está España con nosotros. Ya hemos resucitado la tradición gloriosa de este pueblo, que, habiendo sucumbido, se sobrepuso y salvó. Llevará a cabo la misión histórica de redimir al mundo, aplastando al comunismo ruso.

¡Españoles! ¡Zaragozanos! Que la hoguera de nuestro pasado encienda vuestros pechos y las virtudes de nuestra raza robusta y férrea os asalte, en estos momentos históricos, a seguir cumpliendo vuestros deberes, alentará pensamiento que España; sin otro sentimiento que la Patria.

Embriagaros de gloria española; selamad a España; levantadla, llevadla en triunfo sobre vuestros hombros; enloqueced vitoreando a España; y comunicad vuestro entusiasmo a esos desgraciados que hoy no conocen las dulzuras de sentir y aclamar a la Patria, pero que cuando se sientan calcinados por las llamas que deberán comunicarlos, os bendecirán por haberles enseñado a conocer y amar a su España...

Ya alumbra la aurora. Ya el sol, que en los dominios de España no se pone nunca, enciende nuestras almas y alumbra nuestro camino histórico. La mitad de España, por voluntad de Dios, es trascendental. Y España, con desprendimiento y sacrificio, cumplirá su destino. Y al mundo se postrará ante ella, porque merced a su virilidad y a su heroísmo, a su fe y a su tesón, España le habrá salvado de la infamidad, de la rerolleusa, del infierno ruso...

No los postreros momentos, en su agonía que, quizás a estas horas habrá podido ser ya la muerte, los mercenarios rusos, hombres cipuzcoanos como el burgués Prieto, aunque republicano; marxista, verdadero rey de fugas, sean llamados redentores del proletariado, al que asesinaron en el hambre y la miseria, siguen inmolando sus víctimas entre sus dóciles rebaños, lanzándoles a una pelea en la que sólo la derrota y la muerte les aguarda. Esos verdugos infames continúan sirviéndose de las víctimas reducidas en su propio ejército, como si por cada víctima inmolada percibiesen un puñado de rublos...

¡Españoles! ¡Zaragozanos! A gritar: ¡Viva España! A embriagarnos de gloria española; a enronquecer dando vivas a España... ¡Todo por España! Por la España tradicional grande y gloriosa... Y en el desbordamiento de nuestro entusiasmo elevemos una oración por esos desgraciados que no saben lo que fué, lo que es y lo que será España...

¡Arriba España! ¡Viva España!

COLEGIO DE MEDICOS DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

Una nota.—Ponemos en conocimiento de todos los médicos de Zaragoza y su provincia, que siendo el actual movimiento eminentemente patriótico y republicano, deben dedicar todas sus actividades y actuaciones al sagrado ejercicio que profesionalmente nos está encomendado.

Con objeto de que todos los médicos puedan ser reconocidos y circular libremente, la Junta directiva de este Colegio Oficial, de acuerdo con el excelentísimo señor gobernador civil de la provincia, ha dispuesto la creación de un distintivo, consistente en una cruz amarilla en fondo blanco, de forma circular, para ser llevada en la solapa. Igualmente se han confeccionado otros de mayor tamaño para los coches.

Dichos distintivos se repartirán en este Colegio de Médicos, a partir de las seis de la tarde de hoy.

Zaragoza, 25 de julio de 1936.—El secretario, **Santos Tamparillas.**—Visto bueno: El presidente, **Gregorio Baudrayen.**

Tabaco para los patriotas

La suscripción abierta para adquirir tabaco y regalarlo a los soldados y paisanos que tan heroicamente intervienen en el movimiento consiituye un éxito, a juzgar por los numerosos donativos que se reciben, muchos de ellos de bastante cuantía.

En la mesa instalada en el Café Bayiera se recaudaron ayer por la mañana 3.770 pesetas.

Una advertencia de la Comunión tradicionalista

Nos ruegan los dirigentes de la Comunión tradicionalista que tienen noticia de que algunos sujetos, aprovechándose de las circunstancias, se dedican a pedir dinero para obsequiar a los Requetés. Todo cuanto se haga en favor de nuestros requetés no parecerá siempre poco. Pero rogamos a cuantos tengan voluntad de contribuir a la suscripción abierta en favor de ellos que no atiendan a las requerimientos domiciliarios de personas desconocidas, sino que entreguen sus donativos en casa de don Pío Hernando Cedrún, en la platería de don Alfonso, en la joyería de don José Lacruz, de don José Ruiz de Gordejuela y mercería de don Miguel del Carbo.

EL DELICIOSO zumo "Naranjil" es el purgante que aceptan niños y mayores, porque lo toman como jarabe de naranjas y lo prefieren porque obra con eficacia y prontitud. No admita cualquier licino, pues "Naranjil" sólo hay uno, y exíjalo en su envase con nitrilla transparente de papel cristal. De venta en Farmacias

EN SAN SEBASTIAN
HOTEL MIRAMAR
ES EL UNICO FRENTE A LA PLAYA CON PENSION COMPLETA DESDE 15 PESETAS

Cuide usted su estómago porque es la base de su salud
Yo padecí también como usted, pero me curé el DIGESTONICO del Dr. Vicente
VENTA EN FARMACIAS

Constitución de la nueva Gestora Provincial

Quedó nombrado presidente D. Luis Orensanz y vicepresidente D. Antonio Mola Fuertes

No será sustituido el personal religioso de los establecimientos provinciales

A los siete de la tarde y con asistencia del gobernador civil don Julián Lasierra, se constituyó ayer tarde la nueva Comisión gestora provincial, integrada por don Luis Orensanz como presidente y por los siguientes gestores: don Amadeo Rivas, por el distrito Pilar-La Almunia; don Abel Lizarbe, por Tarazona-Borja; don Agustín Cortés, por Caspe-Pina; don Andrés Bel, por E. Pablo-Cariñena; D. Antonio de la Fuente, por Calatayud-Ateca; D. Antonio Mola Fuertes, por Ejea-Sos, y don Luis Torres, por Belchite-Daroca.

Abierta que fué la sesión bajo la presidencia del gobernador civil, el secretario de la Corporación, don Emilio Falcó, dió lectura a las comunicaciones en las que se suspendía a los anteriores gestores y se designaba a los anteriormente nombrados.

El gobernador civil, señor Lasierra, una vez terminada la lectura de esos oficios, comenzó diciendo que no era ocasión de hacer discursos, sino de hechos. La Comisión gestora provincial—dijo—que a partir de estos momentos ha de iniciar sus tareas, ha nacido y ha sido designada como consecuencia del movimiento militar que ha de salvar a España y que un tiene otros objetivos que los de hacer de una vez y para siempre a los hombres que ejercían tan cargos con el mayor agrado y para perjudicar a España. El día 19 del actual, fué la fecha gloriosa en la que fueron removidos esos hombres, sin que hayan tenido la gallardía de esperar a recibir los comunicados ni presentarse a dar cuenta de sus actos.

Explica el señor Lasierra la forma en que se llegado a la designación de la Gestora provincial, señalando que fué fundamental preocupación de la autoridad militar la de llevar a estos cargos personas de la mayor solvencia moral y social, decididas y de acendrado patriotismo. Dedica también el gobernador civil un recuerdo para el gestor señor Cortés, quien por circunstancias especiales no ha podido trasladarse a Zaragoza para tomar posesión de su cargo y termina suplicando a los nuevos gestores provinciales que rijan los destinos de la provincia con el mayor celo y sin miras políticas, pues para los militares no existe la política, sino el deseo nacional. Por tanto, les recomienda se abstengan de hacer política y les pide que obren en todo momento con la más absoluta lealtad y honradez.

El gobernador civil les dijo por último: vamos todos a trabajar por España y para España. ¡Viva España!

El público, puesto en pie, vitoreó a España.

A continuación, el señor Orensanz, en funciones de presidente de la Diputación Provincial, pronunció unas palabras para agradecer la designación con que han sido honradas y para decir que en estos momentos críticos para la Patria, todo esfuerzo habrá de parecerles poco. Añade que se adhiere con todo su corazón al movimiento militar que ha de libertar a la Patria del influjo marxista. Dice que en todo momento estará al lado de la autoridad militar, esperando la misma de los demás gestores y de los ciudadanos todos. Termina el señor Orensanz diciendo que para salvar a España hemos de dar todos cuanto podamos, incluso nuestras vidas si ellas hicieran falta.

El señor Orensanz terminó su discurso con un viva a España.

El gobernador civil, pronunció unas palabras para dar por constituída la nueva Comisión Gestora y despedirse de la misma, siendo vitoreado y acompañado por los nuevos gestores hasta la puerta de la Diputación.

Reanudada que fué la sesión extraordinaria, se procedió a la designación de presidente y vicepresidente, recayendo dichos cargos en don Luis Orensanz y en don Antonio Mola Fuertes, respectivamente.

El señor Orensanz y el señor Mola Fuertes, pronunciaron unas palabras para agradecer las designaciones y la confianza que en ellas les otorgaban sus compañeros.

Ambos prometieron cumplen con el mayor interés de los intereses provinciales, terminando con nuevos vivas a España, que fueron unánimemente contestados por los asistentes a la tribuna pública.

A continuación se procedió a la designación de las distintas Comisiones que integran la Gestora provincial, para su normal funcionamiento, quedando elegidas en la siguiente forma:

Fomento, Sanidad y Cultura.—Don Andrés Bel, don Antonio Mola y don Antonio de la Fuente.

Hacienda y Presupuestos. — Don Luis Torres, don Agustín Cortés y don Andrés Bel.

Beneficencia. — Don Abel Lizarbe, don Amadeo Rivas, don Antonio Mola y don Antonio de la Fuente.

Gobernación, Personal y Plantillas.—Don Antonio de la Fuente, don Luis Torres y don Agustín Cortés.

Delegado en el Hospital provincial.—Don Amadeo Rivas.

Delegado en el Hogar Pignatelli.—Don Antonio Mola.

Delegado en el Hogar Dolz, de Tarazona.—Don Abel Lizarbe.

Delegado en el Hogar Infantil, de Calatayud.—Don Antonio de la Fuente.

Subastas y Concursos.—Don Luis Torres y don Antonio Mola.

Tribunal de Sanciones.—Don Antonio Mola y don Luis Torres.

Estadística.—Don Abel Lizarbe.

Trabajo.—Don Abel Lizarbe.

Junta consultiva de Teatros.—Don Amadeo Rivas.

Patronato de Cárceles.—Don Andrés Bel.

Patronato de Formación Profesional y de Facultades de Zaragoza.—Don Luis Orensanz.

Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón.—Don Luis Torres.

Patronato de Formación Profesional de Calatayud. — Don Antonio de la Fuente.

Sin otros asuntos, se levantó la sesión extraordinaria, quedando abierta nuevamente en sesión ordinaria.

El presidente, pronunció unas palabras para glosar el presente movimiento militar, acordándose que la Gestora provincial se adhiera al patriótico movimiento redentor de España.

El señor Lizarbe, dirige un saludo a sus compañeros de Gestora y dice que este cargo lo ha aceptado únicamente por patriotismo. Como representante de Tarazona y Borja y vecino de toda clase de extremismos, formula el ruego de que sea suspendido el acuerdo sectario de suprimir o sustituir al personal religioso del Hogar Dolz.

Por unanimidad así se acuerda, ampliando dicho acuerdo por indicación del señor Mola, a todos los establecimientos provinciales en los cuales preste servicio personal religioso.

HOTEL REGINA
SAN SEBASTIAN
Muy confortable
Pensión completa, desde
15 PESETAS

¿Es usted deportista?
Suscribase a EL NUEVO TERRO, exclusivo de gran circulación. El de mejor información. El de más rápida lectura.

El Noticiero, 26 de julio de 1936, página 9.

LA COMPOSICIÓN DE LA JRC. DOCUMENTO 4

M E M O R I A

DE LA LABOR REALIZADA POR LA JUNTA RECAUDATORIA CIVIL DE DEFENSA NACIONAL, DE ZARAGOZA, HASTA 31 DE DICBRE. DE 1.936.

---e---

ORGANIZACION

Esta Junta fué constituída en los primeros días del movimiento nacional con autorización de las Autoridades militares y civiles para unificar y centralizar las suscripciones públicas iniciadas en los primeros momentos y acudir con el producto de donativos a remediar las necesidades urgentes de la campaña.

Por elección de sus Vocales fueron nombrados, Presidente, el representante del Excmo. señor Alcalde de Zaragoza y Vicepresidente el representante de la Excma. Diputación Provincial.

En la actualidad, componen la Junta los siguientes señores:

PRESIDENTE:
Don. Francisco Palá Mediano, gestor Municipal, representante del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad.

VICEPRESIDENTES:
1º.- Don Antonio Mola, Vicepresidente de la Excma. Diputación, en representación de dicha corporación .

2º.- Don Emilio Laguna Azorín, Presidente del Centro Mercantil Industrial y Agrícola.

VOCALES:
Don Antonio Torres Besttard, en representación del Excmo. Sr. General Jefe de la 5ª. División Orgánica.

Don Pablo Molinos, en representación del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia.

Don Antonio de Diego, Teniente Coronel en representación de la Comisión regional para construcción de material de guerra.

Don Calixto Zabal, Capitán, en representación del Cuerpo de la Guardia Civil.

Don Salvador Delgado, Capitán, en representación de los servicios de Intendencia.

Don Matías Galve , Teiente Coronel, en representación de las Milicias de Acción Ciudadana.

Don Fabriciano Cuesta, Capitán, en representación de la Agrupación de Fuerzas de Falange Española de Zaragoza.

Don Antonio Bernardín, Capitán, en representación del Tercio "General Sanjurjo".

Don Pedro Legaz, en representación de la Comunión Católico-monárquico Tradicionalista.

- 2 -

Don Angel Bellido, en representación de las Milicias de Renovación Española.

Don Juan Francisco Hernández Bermudez, en nombre de la Federación Patronal de Comerciantes e Industriales. (Hoy, C.E.N.S.)

Don José Pomar, por la Federación Mercantil Aragonesa.

Don Ramón Montull, por la Cámara Oficial del Comercio y de la Industria.
Don Ramón Sancho Brased, por la Asociación de Labradores.

Don Pedro Herrando por la Asociación de Propietarios de fincas Rústicas.

Don Serafín Lasierra, por Acción Popular. (Hoy,D. José Mª.Sanchez Ventura)

Don Mariano Baselga, por la Banca Local.

OBREROS:
Don Angel Blasco, en representación de la Cámara de la Propiedad Urbana.

Don Pedro Taboada, en representación de la Federación Patronal de Comerciantes e Industriales. (Hoy, C.E.N.S.)

SECRETARIO:
Don Mariano Blasco Ruiz, en representación de la Federación Patronal de Comerciantes e Industriales.(Hoy, C.E.N.S.)

ASESOR TECNICO:
Don Emilio Boli.

NORMAS PARA SU FUNCIONAMIENTO

El día 7 de Agosto próximo pasado acordó la Junta elevar a la consideración del Excmo. Sr. General Jefe de la 5ª. División Orgánica las normas que, a juicio de sus componentes, había de seguir la Junta y la labor que podía realizar, con la súplica de que se dignara aprobarlas o disponer lo que tuviera por conveniente.Adjunta copia de la instacia elevada a la primera Autoridad militar el mismo día y que fué devuelta con la aprobación de su Excelencia. (Anexo número 1).

RECAUDACION DE DONATIVOS

Sin que la suscripción dejase en ningún momento de ser voluntaria, estimó la Junta que era conveniente indicar a los vecinos de Zaragoza la cuantía de sus donativos en proporción a sus fortunas, a su capacidad contributiva y a sus disponibilidades de numerario.

Había visto en los primeros días de la suscripción que muchos no tenían idea de la magnitud de las necesidades de la campaña y que otros, al contrario, hacían donativos exagerados y desproporcionados con su fortuna. Por ello la Junta estimó era conveniente la asignación de cuotas, sin que en ningún caso se pretendiera imponer una contribución de guerra, pues no tenía la Junta no podía tener esa facultad.

Memoria de la labor realizada por la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional de Zaragoza, hasta 31 de diciembre de 1936, pp. 1 y 2, en AMZ, c. 5886.

EL APOYO SOCIAL. IMÁGENES 2 Y 3: LA ALTA BURGUESÍA

Luis Pérez Cistué y su esposa fotografiados en su mansión de la plaza de Aragón, núm. 12, en Zaragoza (Diputación General de Aragón –Archivo Histórico Provincial de Zaragoza [AHPZ], Archivo fotográfico «Coyne», Clichés núms. 02726, 02731). El ex senador maurista donó grandes cantidades de dinero, trigo y oro a los sublevados, además de ceder locales de su propiedad para que la JRC instalara algunas de sus oficinas. Obsérvese la opulencia de una clase social que vio en julio de 1936 la ocasión de blindar y perpetuar su posición privilegiada, apoyando a la sublevación.

EL APOYO SOCIAL. IMAGEN 4: LAS CLASES MEDIAS

He aquí a los evadidos de Utrillas al llegar a Zaragoza. De izquierda a derecha figuran doña Paquita Fernández; su esposo, el ingeniero director de las Minas de Utrillas, don Marcelino Lázaro; el chófer Jesús Simón; doña Rosario Valle, y su esposo, el abogado de Cáceres, don Antonio Fernández

Los «evadidos de Utrillas», en COLÁS LAGUÍA, E. y PÉREZ RAMÍREZ, A.: *La gesta heroica de España. El movimiento patriótico en Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936, pp. 216-220. En la prensa y publicaciones controladas férreamente por la censura de los sublevados se publicaban asiduamente relatos como el de este grupo de refugiados que huyeron de la zona dominada por las milicias de izquierda. Los dos matrimonios evadidos, el del director de la Compañía de Minas y el de su hermano, «pertenecientes a familias muy distinguidas y conocidas de Extremadura […] unidos tanto por los lazos de parentesco como por la simpatía que emanan de sus personas», se vieron sorprendidos en el pueblo de Utrillas por la huelga revolucionaria de los mineros declarada el 20 de julio ante las noticias del levantamiento. Aunque no sufrieron ninguna agresión por parte del comité de huelga, la presencia vigilante de «unos quinientos» milicianos catalanes llegados a primeros de agosto, les llevó a planear la fuga, la cual realizaron una noche, tras desenterrar las armas que habían ocultado. «Al llegar a Zaragoza los evadidos de Utrillas, lo primero que hicieron fue acudir a postrarse ante la Virgen del Pilar. Y después presentarse en la Comandancia militar para hacer entrega de sus anillos de boda […] El chófer, Jesús Simón, un valeroso muchacho, se despidió con lágrimas en los ojos de sus señoritos, y como por su edad le tocaba incorporarse a filas, solicitó y le fue concedido ingresar como voluntario en un regimiento de nuestra Plaza» (p. 220).

De nuevo puede comprobarse cómo los vínculos relacionales de la sociabilidad burguesa descritos en nuestra investigación conforman la red del apoyo a la sublevación militar.

EL APOYO SOCIAL. IMAGEN 5: LAS CLASES MEDIAS

Calle Alfonso I (Zaragoza) hacia 1940 (AHPZ, Coyne, núm. 02735). Los comerciantes pequeños y medianos de la zona céntrica y burguesa de la ciudad constituyeron, a la larga, un sólido apoyo para el esfuerzo de guerra franquista, del que también se beneficiaron económicamente. A la derecha de la imagen, por ejemplo, la tienda de ornamentos de iglesia Aranda, que proveyó de artículos religiosos (sagrarios, crucifijos y altares de campaña) al 5º Cuerpo de Ejército rebelde (AMZ, c. 5871, facturas duplicadas).

EL APOYO SOCIAL. IMÁGENES 6, 7 Y 8: LOS CONVOYES DE SUMINISTRO Y LA ACCIÓN CIUDADANA

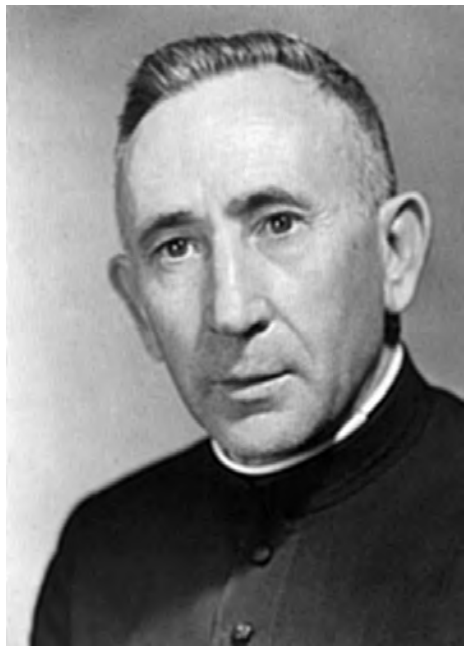
Llegada del convoy de víveres de Casetas hacia el 15 de agosto de 1936 (Fotos AHPZ, Coyne, núm. 06076, 06077, 06082; *El Noticiero* 15/VIII/1936), uno de los primeros envíos de material organizados desde la retaguardia rural zaragozana al frente. Mostrando los víveres aparecen voluntarios de Acción Ciudadana (brazalete blanco). A este grupo armado, compuesto y organizado por individuos de procedencia burguesa, se unieron oportunistas e indiferentes, muchos de ellos anteriormente parados, y personas muy jóvenes. Tal desvirtuación del supuesto sentido político e ideológico de la milicia (obsérvese la escasa marcialidad del grupo de la imagen y el cómico doble saludo fascista, brazos en alto, de uno de los voluntarios) fueron vistos con sumo desagrado por los militantes falangistas comprometidos. Con todo, los grupos de voluntarios fueron un catalizador de adhesión a la causa franquista.

EL APOYO SOCIAL. IMAGEN 9: LAS INSTITUCIONES

Orla de la Facultad de Derecho, año académico de 1940 (AHPZ, Coyne, núm. 03672). La Universidad de Zaragoza se destacó como institución de apoyo a la sublevación militar, sobre todo a través de la iniciativa de su rector, Gonzalo Calamita, y de determinados profesores. Entre los de derecho, Luis del Valle Pascual (hilera superior, cuarto por la izquierda) y Miguel Sancho Izquierdo (hilera superior, tercero por la derecha), se destacaron durante guerra y posguerra como ideólogos, escribiendo varias obras. En ello colaboraron también Leonardo Prieto Castro (hilera superior, segundo por la derecha) y Antonio Muñoz Casayús (segunda hilera, segundo por la izquierda). Véase de estos dos abogados, su obra junto a Sancho Izquierdo: *Corporatismo. Los movimientos nacionales contemporáneos. Causas y realizaciones*, Zaragoza, Imperio, 1937, destinada a difundir las nuevas doctrinas corporativistas que traía el fascismo a Europa.

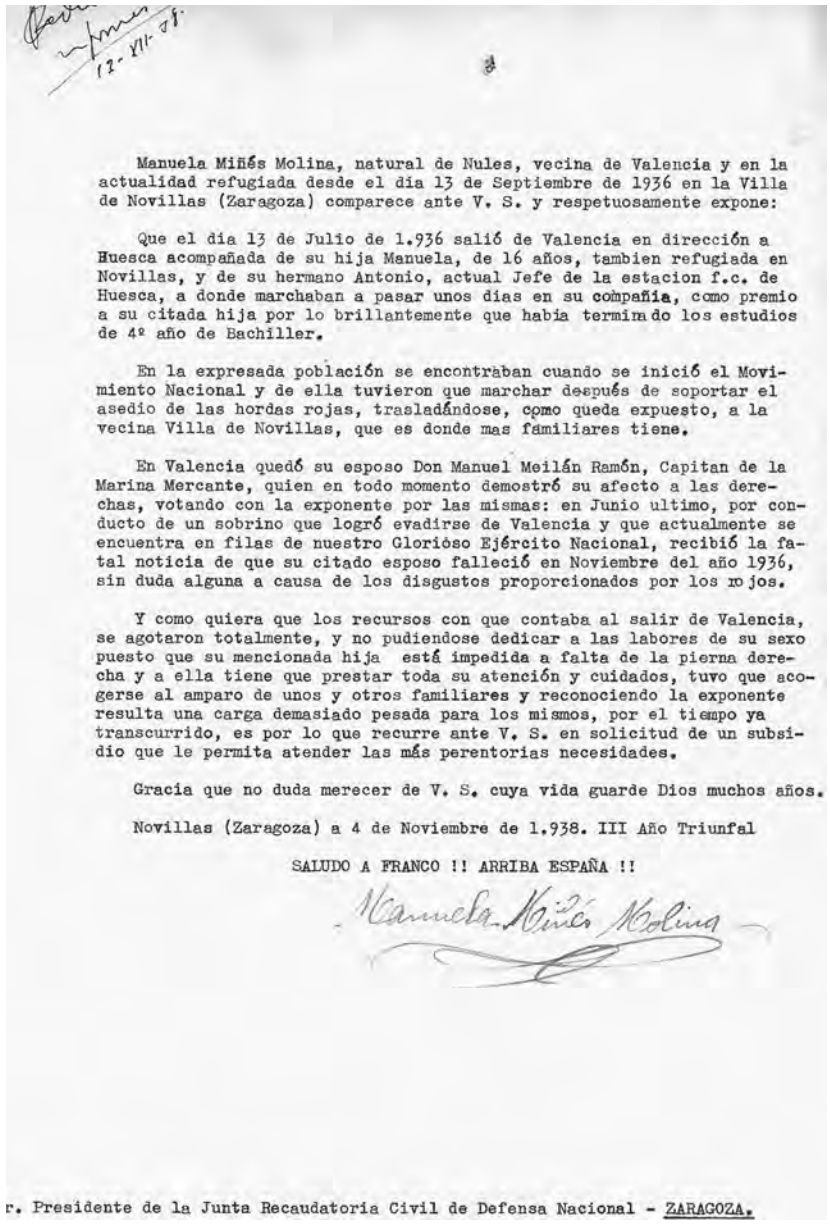
En la orla reproducida también se aprecia (lado izquierdo) el homenaje a los caídos («mortui») de la facultad. El alumnado universitario nutrió en buena medida el voluntariado que asaltó el Estado republicano en julio de 1936; por ejemplo, el japista Juan Antonio Cremades Royo, aparece en la segunda hilera, cuarta fotografía por la izquierda.

EL APOYO SOCIAL. IMAGEN 10: LA IGLESIA CATÓLICA



Francisco Artal Luesma, sacerdote vinculado al Opus Dei, encargado del control de los refugiados de guerra en la ciudad de Zaragoza. (Fotos: PLOU GASCÓN, M.: *Historia de Samper…, op. cit.*).

EL CONTROL SOCIAL. LOS REFUGIADOS. DOCUMENTOS 5, 6 Y 7



12. XII. 38.

Manuela Miñés Molina, natural de Nules, vecina de Valencia y en la actualidad refugiada desde el dia 13 de Septiembre de 1936 en la Villa de Novillas (Zaragoza) comparece ante V. S. y respetuosamente expone:

Que el dia 13 de Julio de 1.936 salió de Valencia en dirección a Huesca acompañada de su hija Manuela, de 16 años, tambien refugiada en Novillas, y de su hermano Antonio, actual Jefe de la estacion f.c. de Huesca, a donde marchaban a pasar unos dias en su compañia, como premio a su citada hija por lo brillantemente que habia terminado los estudios de 4º año de Bachiller.

En la expresada población se encontraban cuando se inició el Movimiento Nacional y de ella tuvieron que marchar después de soportar el asedio de las hordas rojas, trasladándose, como queda expuesto, a la vecina Villa de Novillas, que es donde mas familiares tiene.

En Valencia quedó su esposo Don Manuel Meilán Ramón, Capitan de la Marina Mercante, quien en todo momento demostró su afecto a las derechas, votando con la exponente por las mismas: en Junio ultimo, por conducto de un sobrino que logró evadirse de Valencia y que actualmente se encuentra en filas de nuestro Glorioso Ejército Nacional, recibió la fatal noticia de que su citado esposo falleció en Noviembre del año 1936, sin duda alguna a causa de los disgustos proporcionados por los rojos.

Y como quiera que los recursos con que contaba al salir de Valencia, se agotaron totalmente, y no pudiendose dedicar a las labores de su sexo puesto que su mencionada hija está impedida a falta de la pierna derecha y a ella tiene que prestar toda su atención y cuidados, tuvo que acogerse al amparo de unos y otros familiares y reconociendo la exponente resulta una carga demasiado pesada para los mismos, por el tiempo ya transcurrido, es por lo que recurre ante V. S. en solicitud de un subsidio que le permita atender las más perentorias necesidades.

Gracia que no duda merecer de V. S. cuya vida guarde Dios muchos años.

Novillas (Zaragoza) a 4 de Noviembre de 1.938. III Año Triunfal

SALUDO A FRANCO !! ARRIBA ESPAÑA !!

Manuela Miñés Molina

r. Presidente de la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional - ZARAGOZA.

AMZ, c. 5886, Documentos y relaciones de refugiados. Se reproduce la solicitud de una refugiada valenciana en la que presenta su carácter de adhesión incondicional al «Movimiento», así como sus necesidades, para acceder al subsidio de la JRC. A continuación informe del párroco de Novillas que avala su «conducta moral, social y patriótica intachable», y un modelo de solicitud de auxilio a refugiados de la JRC.

D. Francisco García Pesa, Párroco de Novillas

Certifico: Que Dª Manuela Miñes Molina, de cuarenta y dos años, esposa de D. Manuel Meilan Ramon, y Manuela Meilan Miñes, de 16 años, impedida por faltarle una pierna, refugiadas en esta localidad desde el glorioso movimiento nacional, sin poseer bienes de fortuna y viviendo por el favor de sus familiares, han observado una conducta, moral, social y patriótica intachable, mostrando en sus actos adhesion ál Glorioso Movimiento Nacional

Y para que conste expido la presente que firmo y sello en Novillas á once de Noviembre de mil novecientos treinta y ocho.

Francisco García, Cura

Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional

AUXILIO A LOS REFUGIADOS

Nombre y apellidos del solicitante Dña Nieves Lopez

Vecino de Puebla de Alborton

Natural de .....

Edad 17 años

En Zaragoza, habita .....

Presentado por D. Antonio Marra *que*

avala la conducta social y política del solicitante. bueno

Fincas que posee .....

Industria que ejerce .....

Oficio a que se dedica .....

Observaciones: .....

Zaragoza 1 *de* Noviembre *de 193* 7

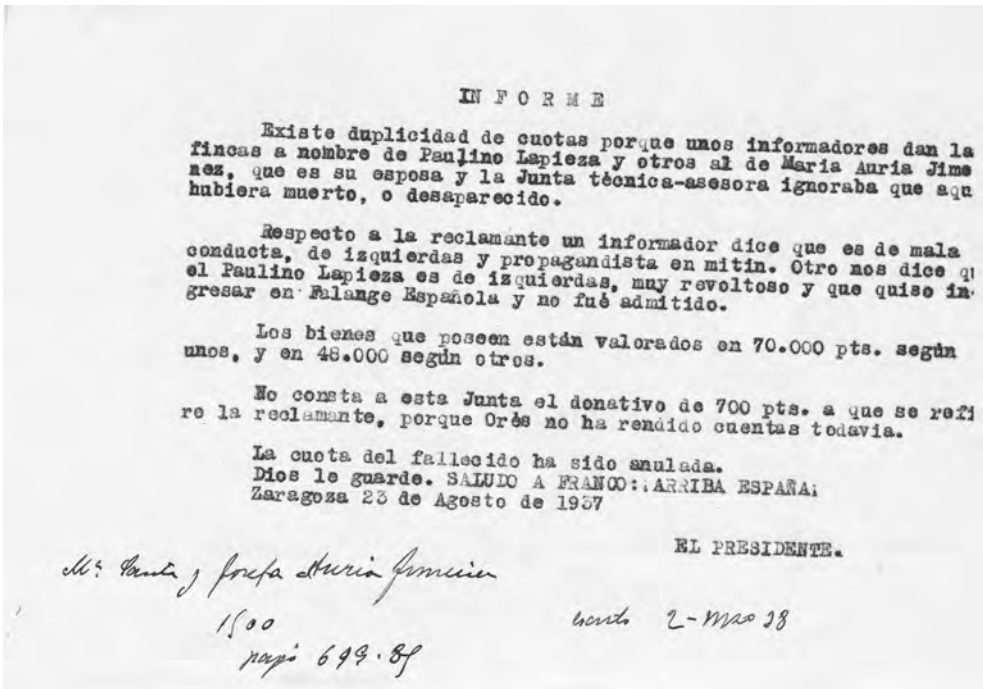
FIRMA DEL AVALANTE

Antonio Marra

EL CONTROL SOCIAL. LOS REFUGIADOS. IMAGEN 11: IDEOLOGIZACIÓN DE LA INFANCIA Y LOS NECESITADOS

Archivo privado Jaime Cinca Yago, Ref. 2–237. *Belchite posguerra, niños en el comedor de Auxilio Social.* Obsérvese la fuerte presencia de elementos propagandísticos del nuevo Estado; retratos de Franco y José Antonio, banderines con svásticas, banderas «nacionales» y letreros de «Saludo a Franco. Arriba España», «España Una, España Grande, España Libre». A las condiciones de acceso impuestas a los necesitados se sumaba el influjo propagandístico para consolidar la dependencia y sometimiento de las clases humildes al nuevo régimen.

EL CONTROL SOCIAL. COACCIÓN Y REPRESIÓN. DOCUMENTOS 8, 9 Y 10



INFORME

Existe duplicidad de cuotas porque unos informadores dan la fincas a nombre de Paulino Lapieza y otros al de María Auria Jimenez, que es su esposa y la Junta técnica-asesora ignoraba que aquel hubiera muerto, o desaparecido.

Respecto a la reclamante un informador dice que es de mala conducta, de izquierdas y propagandista en mitin. Otro nos dice que el Paulino Lapieza es de izquierdas, muy revoltoso y que quiso ingresar en Falange Española y no fué admitido.

Los bienes que poseen están valorados en 70.000 pts. según unos, y en 48.000 según otros.

No consta a esta Junta el donativo de 700 pts. a que se refiere la reclamante, porque Orés no ha rendido cuentas todavia.

La cuota del fallecido ha sido anulada.
Dios le guarde. SALUDO A FRANCO:¡ARRIBA ESPAÑA¡
Zaragoza 23 de Agosto de 1937

EL PRESIDENTE.

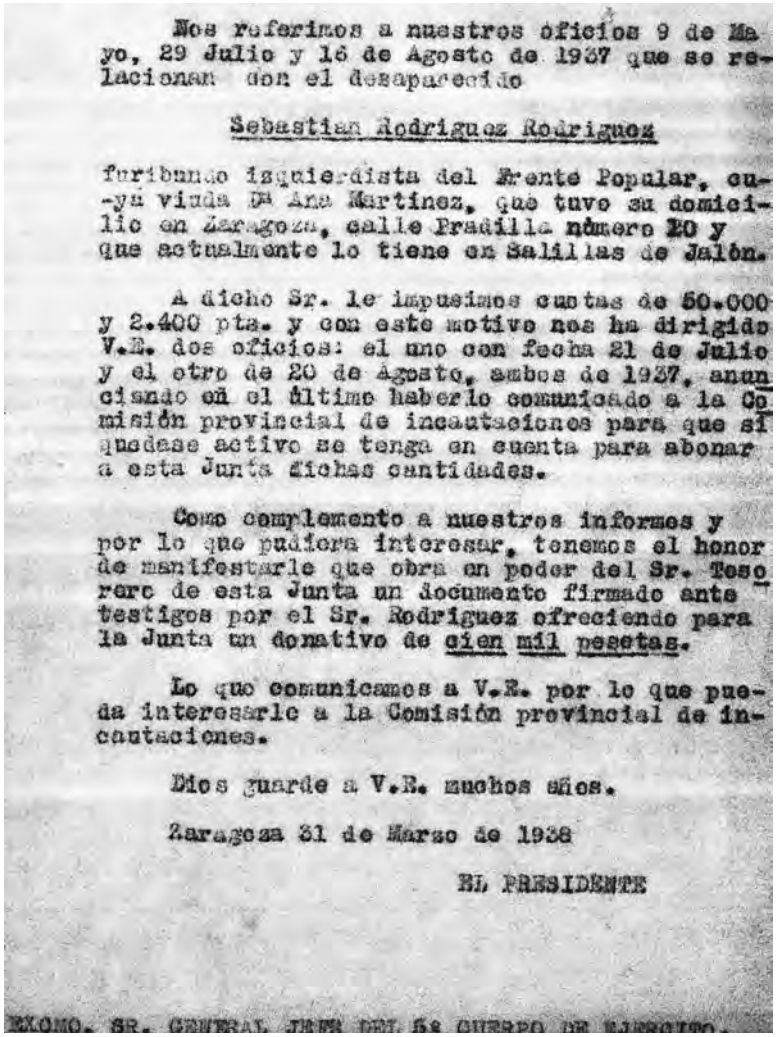
Mª Paula y Josefa Auria Jimenez

1500

pagó 699.80

cuenta 2-Mayo 38

Informe sobre Paulino Lapieza y María Auria (AMZ, c. 5918, Requerimientos pago cuota).



Nos referimos a nuestros oficios 9 de Mayo, 29 Julio y 16 de Agosto de 1937 que se relacionan con el desaparecido

Sebastian Rodriguez Rodriguez

furibundo izquierdista del Frente Popular, cuya viuda Dª Ana Martinez, que tuvo su domicilio en Zaragoza, calle Pradilla número 20 y que actualmente lo tiene en Salillas de Jalón.

A dicho Sr. le impusimos cuotas de 50.000 y 2.400 pta. y con este motivo nos ha dirigido V.E. dos oficios: el uno con fecha 21 de Julio y el otro de 20 de Agosto, ambos de 1937, anunciando en el último haberlo comunicado a la Comisión provincial de incautaciones para que si quedase activo se tenga en cuenta para abonar a esta Junta dichas cantidades.

Como complemento a nuestros informes y por lo que pudiera interesar, tenemos el honor de manifestarle que obra en poder del Sr. Tesorero de esta Junta un documento firmado ante testigos por el Sr. Rodriguez ofreciendo para la Junta un donativo de cien mil pesetas.

Lo que comunicamos a V.E. por lo que pueda interesarle a la Comisión provincial de incautaciones.

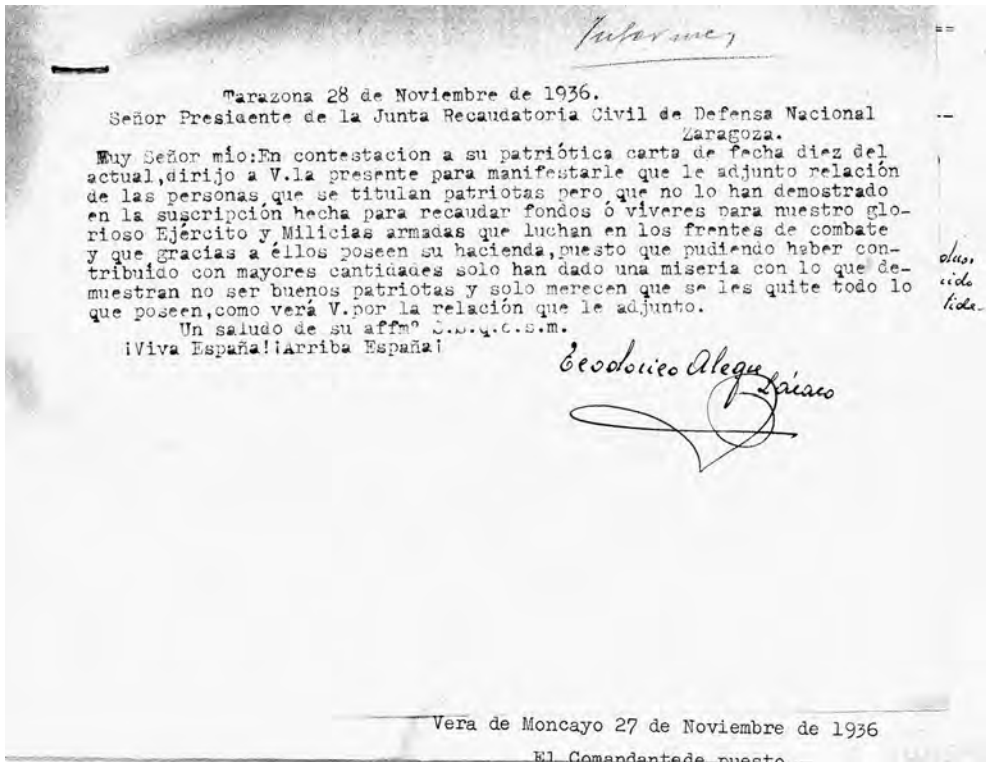
Dios guarde a V.E. muchos años.

Zaragoza 31 de Marzo de 1938

EL PRESIDENTE

EXCMO. SR. GENERAL JEFE DEL 5º CUERPO DE EJERCITO.

Oficio informando sobre el caso de Sebastián Rodríguez Rodríguez (AMZ, c. 5918, Requerimientos pago cuota).



Tarazona 28 de Noviembre de 1936.
Señor Presidente de la Junta Recaudatoria Civil de Defensa Nacional
Zaragoza.

Muy Señor mio:En contestacion a su patriótica carta de fecha diez del actual,dirijo a V.la presente para manifestarle que le adjunto relación de las personas que se titulan patriotas pero que no lo han demostrado en la suscripción hecha para recaudar fondos ó víveres para nuestro glorioso Ejército y Milicias armadas que luchan en los frentes de combate y que gracias a éllos poseen su hacienda,puesto que pudiendo haber contribuido con mayores cantidades solo han dado una miseria con lo que demuestran no ser buenos patriotas y solo merecen que se les quite todo lo que poseen,como verá V.por la relación que le adjunto.

Un saludo de su affmº S.S.q.b.s.m.

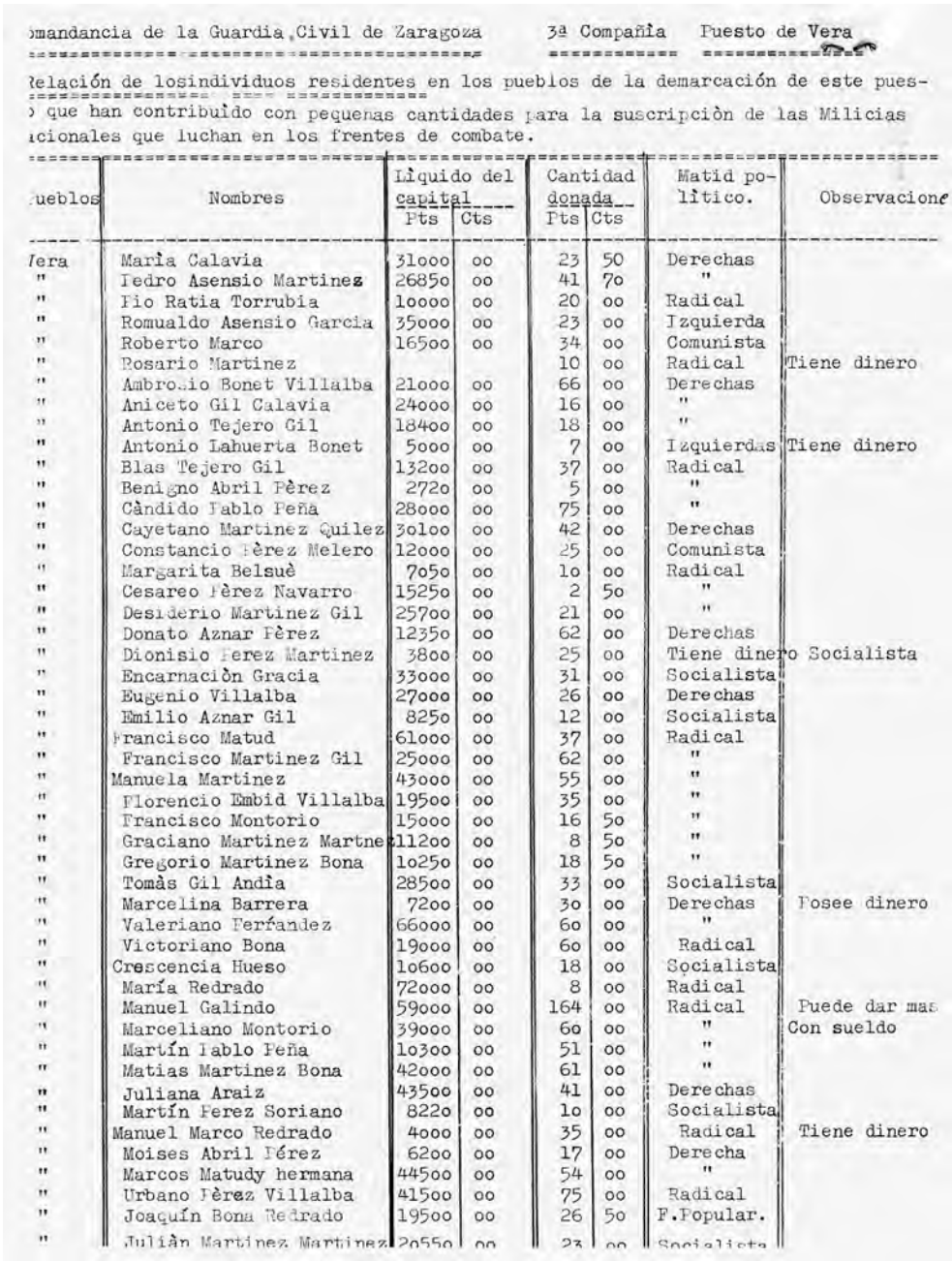
¡Viva España!¡Arriba España!

Teodosio Alegre Pérez

Vera de Moncayo 27 de Noviembre de 1936

El Comandante de puesto

Informe del comandante del puesto de la Guardia Civil de Vera del Moncayo sobre vecinos que no satisfacen los requerimientos de pago. A continuación, lista adjunta de los vecinos.



omandancia de la Guardia Civil de Zaragoza 3ª Compañía Puesto de Vera

Relación de losindividuos residentes en los pueblos de la demarcación de este pues-
o que han contribuìdo con pequenas cantidades para la suscripciòn de las Milicias
acionales que luchan en los frentes de combate.

ueblos	Nombres	Lìquido del capital Pts	Cts	Cantidad donada Pts	Cts	Matid polìtico.	Observacione
Vera	Marìa Calavia	31000	oo	23	50	Derechas	
"	Pedro Asensio Martinez	26850	oo	41	70	"	
"	Pio Ratia Torrubia	10000	oo	20	oo	Radical	
"	Romualdo Asensio Garcia	35000	oo	23	oo	Izquierda	
"	Roberto Marco	16500	oo	34	oo	Comunista	
"	Rosario Martinez			10	oo	Radical	Tiene dinero
"	Ambrosio Bonet Villalba	21000	oo	66	oo	Derechas	
"	Aniceto Gil Calavia	24000	oo	16	oo	"	
"	Antonio Tejero Gil	18400	oo	18	oo	"	
"	Antonio Lahuerta Bonet	5000	oo	7	oo	Izquierdas	Tiene dinero
"	Blas Tejero Gil	13200	oo	37	oo	Radical	
"	Benigno Abril Pèrez	2720	oo	5	oo	"	
"	Càndido Pablo Peña	28000	oo	75	oo	"	
"	Cayetano Martinez Quilez	30100	oo	42	oo	Derechas	
"	Constancio Pèrez Melero	12000	oo	25	oo	Comunista	
"	Margarita Belsuè	7050	oo	10	oo	Radical	
"	Cesareo Pèrez Navarro	15250	oo	2	50	"	
"	Desiderio Martinez Gil	25700	oo	21	oo	"	
"	Donato Aznar Pèrez	12350	oo	62	oo	Derechas	
"	Dionisio Perez Martinez	3800	oo	25	oo	Tiene dinero	Socialista
"	Encarnaciòn Gracia	33000	oo	31	oo	Socialista	
"	Eugenio Villalba	27000	oo	26	oo	Derechas	
"	Emilio Aznar Gil	8250	oo	12	oo	Socialista	
"	Francisco Matud	61000	oo	37	oo	Radical	
"	Francisco Martinez Gil	25000	oo	62	oo	"	
"	Manuela Martinez	43000	oo	55	oo	"	
"	Florencio Embid Villalba	19500	oo	35	oo	"	
"	Francisco Montorio	15000	oo	16	50	"	
"	Graciano Martinez Martnez	11200	oo	8	50	"	
"	Gregorio Martinez Bona	10250	oo	18	50	"	
"	Tomàs Gil Andìa	28500	oo	33	oo	Socialista	
"	Marcelina Barrera	7200	oo	30	oo	Derechas	Posee dinero
"	Valeriano Ferfandez	66000	oo	60	oo	"	
"	Victoriano Bona	19000	oo	60	oo	Radical	
"	Crescencia Hueso	10600	oo	18	oo	Socialista	
"	María Redrado	72000	oo	8	oo	Radical	
"	Manuel Galindo	59000	oo	164	oo	Radical	Puede dar mas
"	Marceliano Montorio	39000	oo	60	oo	"	Con sueldo
"	Martín Pablo Peña	10300	oo	51	oo	"	
"	Matias Martinez Bona	42000	oo	61	oo	"	
"	Juliana Araiz	43500	oo	41	oo	Derechas	
"	Martín Perez Soriano	8220	oo	10	oo	Socialista	
"	Manuel Marco Redrado	4000	oo	35	oo	Radical	Tiene dinero
"	Moises Abril Pérez	6200	oo	17	oo	Derecha	
"	Marcos Matudy hermana	44500	oo	54	oo	"	
"	Urbano Pèrez Villalba	41500	oo	75	oo	Radical	
"	Joaquín Bona Redrado	19500	oo	26	50	F.Popular.	
"	Julièn Martinez Martinez	20550	oo	23	oo	Socialista	

		Líquido del capital. Pts	Cts.	Cantidad donada. Pts	Cts.	Ideología.	
Vera	Juan Lahuerta Bonet	55000	oo	24	oo	Socialista	
"	Luis Silvestre Medrano	12000	oo	51	oo	"	Con dinero
"	Pedro Montorio	7750	oo	22	oo	Radical	
"	Pedro Lahuerta	24500	oo	40	oo	Derechas	
"	Pedro Lamana	42000	oo	50	oo	"	
nón	Roque Abadía Serrano	27000	oo			Izquierda	Es toy inscrito
"	Blas Cascán Pérez	14600	oo			"	han contribuí
"	Felix Fraca Gómara	15000	oo			"	todo con cantí
"	Balbino Fornies López	5000	oo			"	de mi cuen.
"	Antonio Gómara Macaya	19000	oo			"	
"	Rudesindo Ychaso Radrado	12500	oo			"	Con sueldo
"	Juan Jimeno Solanas	15300	oo			"	" "
"	Basilia Jimenez Ybuarben	3500	oo			"	" dinero
"	Máxima Laborda Pérez	5000	oo			"	" "
"	Fonciano Ledesma	20000	oo			"	
"	Mariano Pérez Gómara	8000	oo			"	
	Martín Pérez Gómara	5000	oo			"	
"	Luis Pérez Pérez	5500	oo			"	
"	Marcial Pérez Pérez	32600	oo			"	
"	Juan Redrado Gómara	6250	oo			"	
"	José Serrano Gil	25500	oo			"	
"	Ysabel Serrano Ybañez	44600	oo			Comunista	
"	Miguel Serrano Melero	12000	oo			Izquierda	
"	Eulogio Vijuesca	10500	oo			"	
"	Benito Zornoza	26500	oo			Socialista	

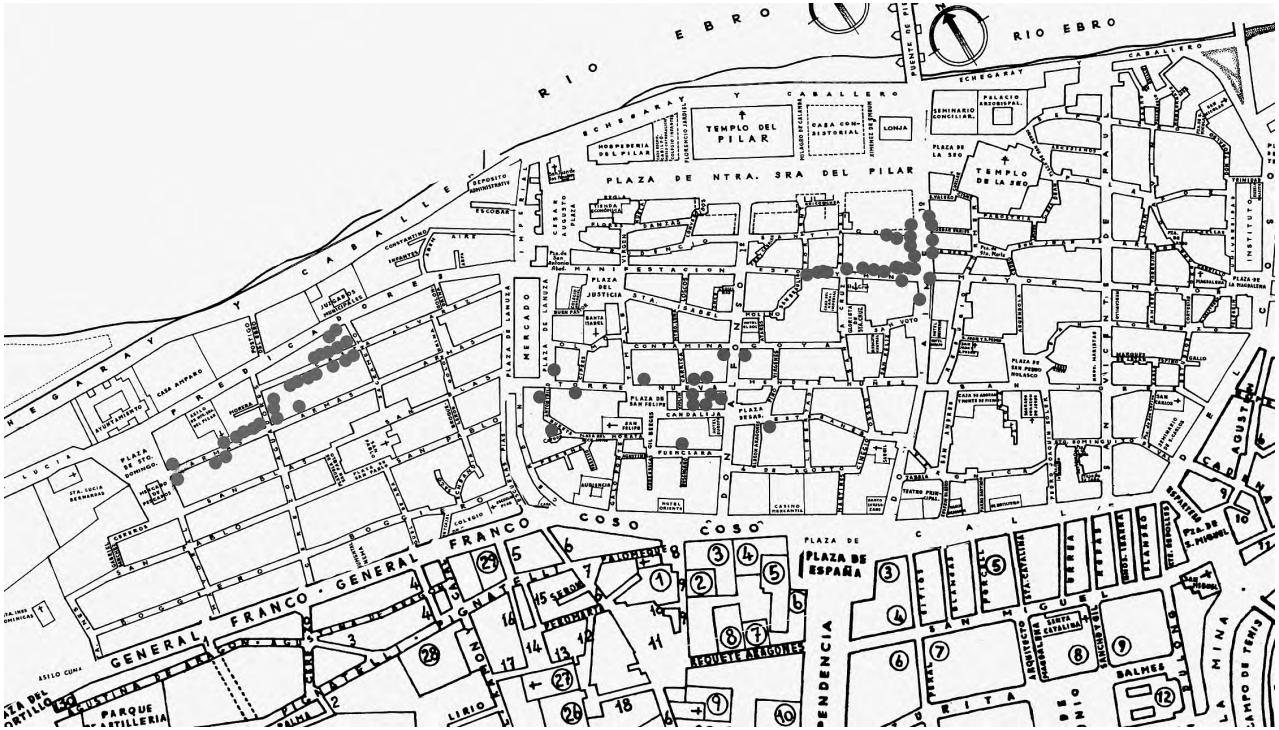
Vera de Moncayo 27 de Noviembre de 1936

El Comandantede puesto.

GUARDIA CIVIL — PUESTO DE Vera

Teodoro Alegre Lasaro

LA EXPERIENCIA DE GUERRA. IMAGEN 12: LOS BOMBARDEOS



Los bombardeos del 3 de mayo (sobre Jaime I – Espoz y Mina), 6 de mayo (sobre Alfonso I – Plaza de Lanuza), y 13 de mayo (sobre Democracia – Casta Álvarez – Armas) de 1937 fueron las mayores acciones aéreas realizadas por la aviación republicana sobre el casco urbano de Zaragoza. Sobre el plano (AMZ, 1940) se recogen los puntos (portales) donde según las reclamaciones hechas a la JRC (AMZ, c. 5947, Declaraciones juradas por daños) se recibieron daños materiales. Puede apreciarse cómo se trataron de acciones muy limitadas, de un único avión que arroja una carga de bombas en una única pasada; pero sus efectos sobre la población civil fueron negativos para la imagen de la causa republicana y beneficiosos para el bando sublevado.

LA EXPERIENCIA DE GUERRA. IMÁGENES 13 Y 14: VOLUNTARIOS Y COMBATIENTES

AHPZ. Coyne, núm. 06073. Zaragoza, desfile en el verano de 1936 por Paseo Independencia (esquina calle Albareda). Guardias de Asalto, junto a voluntarios falangistas y de Acción Ciudadana y Requetés, pasean, haciendo ostentación de sus armas, vitoreados por soldados, otros voluntarios, mujeres, etc. También está presente un sacerdote.

Archivo privado Jaime Cinca Yago. Ref. 1-12, *Desfile de Zapadores Minadores núm. 5 esquina calle don Jaime con calle Coso de Zaragoza.* ¿1939?

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Archivos

Archivo Municipal de Zaragoza.
Fondos de la Junta Recaudatoria Civil.
Padrón municipal de Zaragoza (1935).

Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza.
Gobernación (varios). Caja 1704.

Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.
Registro de Asociaciones, caja 6006/63.
Archivo fotográfico «Coyne».

Archivo Municipal de Sevilla.
Fondos de FET y de las JONS. Milicias Nacionales.
Libros de Actas.

Archivo Histórico Municipal de Granada.
Actas de la Comisión Municipal Permanente.
Sig. C.03731. «Recaudaciones voluntarias».

Archivo General de la Administración.
Presidencia. Delegación Nacional de Provincias. Zaragoza.
Presidencia. Delegación Nacional de Excombatientes.

Archivo General Militar de Ávila.
Gobierno Militar de Zaragoza.

Archivo Jaime Cinca Yago (Lécera, Zaragoza).
Fotografías.

Fuentes hemerográficas:

El Noticiero (Zaragoza, 1936-1939).

Heraldo de Aragón (Zaragoza, 1936-1939).

Amanecer (Zaragoza, 1936-1939).

Hoja Oficial del Lunes (Zaragoza, 1936).

ABC (Sevilla, 1936).

Ideal (Granada, 1936).

Boletín Oficial del Estado (1936-1939).

Boletín Oficial de la Provincia (Zaragoza, 1936-1939).

Entrevistas personales

Miguel Plou Gascón (Letux, 1921), 28/V/2007.

Fuentes editadas

5º *Cuerpo de Ejército. Estampas de la guerra*, Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza, 1937.

Asociación de la Prensa. Zaragoza: *A nuestro Glorioso Ejército y a la España de Franco. Recuerdo de un homenaje*, Zaragoza, 1937.

Cámara Oficial de Comercio e Industria de Zaragoza, *Memoria de los trabajos realizados. Ejercicio de 1936*, Zaragoza, 1937.

Cámara Oficial de Comercio e Industria de Zaragoza, *Desarrollo industrial y comercial de Zaragoza. Ejercicio 1942*, Zaragoza, 1943.

Cruz Roja Española. Asamblea Provincial de Zaragoza: *Actuación de la Cruz Roja durante la campaña 18 julio 1936, 1 abril 1939. Memoria*, Zaragoza, 1939.

Blasco del Cacho, A.: *Diario de un combatiente*, Zaragoza, «La Cadiera», 1972.

Colás Laguía, E. y Pérez Ramírez, A.: *La gesta heroica de España. El movimiento patriótico en Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936.

Decreto y reglamento para la concesión del subsidio a las familias de los combatientes, Lugo, Biblioteca Celta, 1938.

Estella, G. de: *Fusilados en Zaragoza, 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos*, Zaragoza, Mira, 2003.

García Mercadal, J.: *Frente y Retaguardia (Impresiones de guerra)*, Zaragoza, 1937.

Gil Robles, J. Mª: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968.

Gimeno Riera, J.: *Aspectos de la Retaguardia. (Comentarios periodísticos)*, *Cuadernos de la nueva España*, núm. II, Zaragoza, 1937.

Horno Liria, L.: *Convecinos de ayer*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1978.

Izquierdo Trol, F. («Orlando»): *Patria y Fe. Horas de España junto al Pilar*, Zaragoza, Ed. «Heraldo de Aragón», 1937.

Jimeno, A.: *Zaragoza en la tormenta. Memorias de un superviviente*, Zaragoza, UGT, 1987.

Martínez Barrado, J. A.: *Cómo se creó una Bandera de Falange*, Zaragoza, 1939.

Monterde, J. Mª: *Latidos de un español. Alocuciones pronunciadas desde las emisoras de «Radio Aragón», de Zaragoza*, Zaragoza, 1936.

Oroquieta Arbiol, G.: *De Leningrado a Odesa*, Barcelona, 1958.

Poza Ibáñez, G., Gómez Laguna, L., Sancho Izquierdo, M.: *Homenaje a la memoria del patricio aragonés Excmo. Sr. D. José Mª Sánchez Ventura*, Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 1962.

P. VICENTE GRACIA S. J.: *Aragón, baluarte de España. Su concurso a la causa nacional*, Zaragoza, El Noticiero, 1938.

RESA, J. Mª: *Memorias de un requeté*, Barcelona, 1968.

SANCHO IZQUIERDO, M., PRIETO CASTRO, L., MUÑOZ CASAYÚS, A.: *Corporatismo. Los movimientos nacionales contemporáneos. Causas y realizaciones*, Zaragoza, Imperio, 1937.

SANCHO IZQUIERDO, M.: *Zaragoza en mis «Memorias». 1899-1929*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1979.

Servicio Histórico Militar, *Partes oficiales de Guerra 1936-1939*, tomo I, Ejército Nacional, Madrid, Ed. San Martín, 1977.

VVAA: *Homenaje a Francisco Palá*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1974.

Bibliografía

ABELLA, R.: *La vida cotidiana durante la guerra civil*, 2 vols., Barcelona, Planeta, 1973.

ALARES LÓPEZ, G.: «La génesis de un proyecto cultural fascista en la Zaragoza de posguerra: la Institución «Fernando el Católico», actas del *I Encuentro de Historia de la Universidad de Zaragoza* (en prensa).

ALARES LÓPEZ, G.: *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico» (1943-1984). Una aproximación a las elites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2008.

ALCALDE FERNÁNDEZ, Á.: «El asesinato del alcalde de Letux. Un ejemplo de conflictividad y violencia política en la España rural de la II República», en Romero, C. y Sabio, A. (coords.): *Universo de micromundos. VI Congreso de Historia Local de Aragón*, Institución «Fernando el Católico», 2009, pp. 65-77.

ALCALDE FERNÁNDEZ, Á.: «El apoyo de la Universidad de Zaragoza a la sublevación militar de 1936», en *Actas del I Encuentro de Historia sobre la Universidad de Zaragoza* (en prensa).

ALCALDE FERNÁNDEZ, Á: «La Zaragoza fascista de 1939. Un estudio sociológico de la afiliación de FET-JONS», en CD de *Actas del Congreso Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Barcelona, CEFID-UAB, 2009.

ÁLVAREZ CHILLIDA, G.: «Zaragoza en la guerra civil. La memoria de un judío aragonés», *Raíces: revista judía de cultura*, núm. 54, 2003, pp. 43-47.

ÁLVAREZ REY, L.: «El carlismo en Andalucía durante la II República (1931-1936)», en Braojos, A., Álvarez, L., Espinosa, F.: *Sevilla, 1936: sublevación fascista y represión*, Biblioteca Andaluza, 1990, pp. 17-79.

ANDREASSI CIERI, A.: «Trabajo y empresa en el nacionalsindicalismo», en Gallego, F. y Morente, F. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El viejo topo, 2005, pp. 13-42.

ANKERSMIT, F. R.: «Historiografía y posmodernismo», *Historia Social*, núm. 50, 2004, pp. 7-24.

APARICIO, M. A.: *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista*, Barcelona, Eunibar, 1979.

ARCO BLANCO, M. A. del: *«Hambre de siglos». Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental (1936-1951)*, Granada, Comares Historia, 2007.

ARCO BLANCO, M. A. del: ««Hombres nuevos». El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», *Ayer*, núm. 65, 2007, pp. 237-267.

ARDID LORÉS, M.: *La reacción conservadora en la provincia de Zaragoza bajo la Segunda República. Ideologías, organizaciones y práctica social*, Tesis doctoral inédita, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, 1990.

ARDID LORÉS, M.: *Propiedad inmobiliaria y actuación municipal en la Zaragoza de la Segunda República*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996.

ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*, Junta de Castilla y León, 1988.

BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. Mª: «Movilización juvenil y radicalización verbalista», *Historia Contemporánea*, núm. 11, 1994, pp. 83-105.

BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. Mª: «El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización "cívica" católica durante la Segunda República», *Ayer*, núm. 59, 2005, pp. 123-145.

BARCIELA, C.: «El Lobby agrario en la España franquista» en Sánchez Recio, G. y Tascón Fernández, J.: *Los empresarios de Franco. Política y economía en España. 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 111-120.

BLANCO ESCOLÁ, C.: *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000.

BLASCO HERRANZ, I.: *Armas femeninas para la contrarrevolución: La Sección Femenina en Aragón (1936-1939)*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999.

BLASCO HERRANZ, I. e ILLION, R.: «Las mujeres en la Guerra Civil en Aragón», en Cenarro Lagunas, A. y Pardo Lancina, V. (eds.): *Guerra Civil en Aragón. 70 años después (Catálogo de la exposición)*, 2006, pp. 181-196.

BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España. 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979.

BOX, Z.: «La tesis de la religión política y sus críticos: aproximación a un debate actual», *Ayer*, núm. 62, 2006, pp. 195-230.

BOX, Z.: «Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la Victoria», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 12, 2004, pp. 133-160.

BUENO MADURGA, J. I.: «La prensa burguesa zaragozana durante la Guerra Civil (1936-1939)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 67-68, 1993, pp. 241-269.

BUENO MADURGA, J. I.: «La reacción conservadora en la España de entreguerras (1917-1936): el caso zaragozano», *Historia Social*, núm. 34, 1999, pp. 135-156.

BUENO MADURGA, J. I.: *Zaragoza, 1917-1936. De la movilización popular a la reacción conservadora*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2000.

CABANELLAS, G.: *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la II República española*, Buenos Aires, Grijalbo, 1973.

CABRERA, M.: *La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia 1931-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

CABRERA, M., JULIÁ, S., MARTIN ACEÑA, P. (comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991.

CÁMARA, G.: «Analizar el franquismo: interpretaciones sobre su naturaleza» en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Centro de Estudios Constitucionales, 1987, pp. 645-672.

CARDONA, G.: «Entre la revolución y la disciplina. Ensayo sobre la dimensión militar de la guerra civil», *Ayer*, núm. 50, 2003, pp. 41-53.

CARRERAS ARES, J. J.: «Epílogo: La Universidad de Zaragoza durante la guerra civil» en VVAA: *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 419-434.

CASANOVA, J.: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa. 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

CASANOVA, J., CENARRO, A., CIFUENTES, J., MALUENDA, Mª P., SALOMÓN, Mª P.: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

CASANOVA, J.: «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la historia comparada de la Europa de entreguerras», *Stvdia Historica (Hª Contemporánea)*, vol. X-XI, 1992-93, pp. 101-124.

CASANOVA, J.: «Guerra civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 135-150.

CASANOVA, J.: *La iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

CASANOVA, J.: «Europa en guerra: 1914-1945», *Ayer*, núm. 55, 2004, pp. 107-126.

CASANOVA, J.: *República y guerra civil*, Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2007.

CASANOVA, J.: «Pasado y presente de la guerra civil española», *Historia Social*, núm. 60, 2008, pp. 113-128.

CASAS DE LA VEGA, *Las milicias nacionales en la guerra de España*, Madrid, Editora nacional, 1974.

CASTILLO, J. J.: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado. La CNCA 1917-1942*, Madrid, Servicio de publicaciones agrarias del Ministerio de Agricultura, 1979.

CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «La vuelta a la historia: caciquismo y franquismo», *Historia Social*, núm. 30, 1998, pp. 119-132.

CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 18, 2002, pp. 303-319.

CENARRO LAGUNAS, Á.: *El fin de la esperanza: fascismo y guerra civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*, Teruel, Instituto de estudios turolenses, 1996.

CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

CENARRO LAGUNAS, Á.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del «Nuevo Estado», *Historia Social*, núm. 30, 1998, pp. 5-22.

CENARRO LAGUNAS, Á.: «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, núm. 44, 2002, pp. 65-86.

CENARRO LAGUNAS, Á.: *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006.

CHUECA, R. L.: «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en Fontana, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 1986, pp. 39-59.

CHUECA RODRÍGUEZ, R.: «Las juventudes falangistas», *Stvdia Historica* (Hª Contemporánea), vol. V, núm. 4, 1987, pp. 87-104.

CLAVIJO LEDESMA, J.: «La legislación catalana sobre refugiados de guerra», *Hispania*, LIX/2, núm. 202, 1999, pp. 663-675.

COBO ROMERO, F.: «El voto campesino contra la II República. La derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas jiennenses, 1931-1936», *Historia Social*, núm. 37, 2000, pp. 119-142.

COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. Mª: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*. Granada, Universidad de Granada, 2005.

COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. Mª: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, núm. 51, 2005, pp. 49-72.

COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T. Mª: «Pensamiento mítico y energías movilizadotas: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 16, 2006, pp. 131-158.

CONSTANTE, M.: «Julio de 1936; julio de 1986…», *Andalán*, núm. 456-457, 1986.

CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

CRUZ, R.: «Crisis del Estado y acción colectiva en el periodo de entreguerras. 1917-1939», *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 119-136.

DEL ARCO BLANCO, M. A.: *Hambre de Siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental (1936-1951)*, Granada, Comares Historia, 2007.

DIARTE LORENTE, P.: *Langa del Castillo, un pueblo aragonés en la historia de España*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006.

DÍAZ-PLAJA, F.: *La vida cotidiana en la España de la guerra civil*, Madrid, Edaf (Clío), 1994.

ELLWOOD, S.: *Historia de Falange Española*, Barcelona, Crítica, 2001 (1ª ed. 1984).

ELORZA, A.: «El franquismo, un proyecto de religión política», en Tusell, J., Gentile, E., Febo, G. di (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82.

ESCRIBANO BERNAL, F. (coord.): *Guerra Civil. Aragón II. Imágenes*, Zaragoza, Delsan, 2005.

ESPINOSA, F.: «Sevilla 1936. Sublevación y represión» en Braojos, A., Álvarez, L., Espinosa, F.: *Sevilla, 1936: sublevación fascista y represión*, Biblioteca Andaluza, 1990, pp. 171-279.

ESPINOSA, F.: *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936: Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2006.

EVANS, R. J.: «Ascenso y triunfo del nazismo en Alemania», en Cabrera, M., Juliá, S., Martín Aceña, P. (comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991, pp. 97-118.

EVANS, R. J.: *The coming of the Third Reich*, New York, Penguin, 2003.

FEBO, G. di: *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée, 2002.

FEO PARRONDO, Francisco: «La propiedad rústica en Huesca según el registro de la propiedad expropiable (1933)», *Catastro*, abril 2005, pp. 155-170.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: «La Universidad de Zaragoza durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República», en VVAA: *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 377-418.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 4 vols., 1995, 1996, 1997.

FERNÁNDEZ PRIETO, L.: «Represión franquista y desarticulación social en Galicia. La destrucción de la organización societaria campesina 1936-1942», *Historia Social*, núm. 15, 1993, pp. 49-65.

FONT I AGULLÓ, J.: ««Nosotros no nos cuidábamos de la política». Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, núm. 49, 2004, pp. 49-66.

FONTANA, J.: «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en Fontana, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 2000 (1ª ed. 1986).

FONTANA, J. (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 2000 (1ª ed. 1986).

FONTECHA, A., GIBAJA, J. C., BERNALTE, F.: «La vida en retaguardia durante la guerra civil en zona franquista: Coca –Segovia– (1936-1939)», en Aróstegui, J. (coord.): *His-*

toria y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986, Junta de Castilla y León, 1988, pp. 183-309.

FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2001 (1ª ed. 1979).

GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El viejo topo, 2005.

GALLEGO, F.: «Los orígenes de la crisis de mayo de 1937», *Historia Social*, núm. 59, 2007, pp. 99-123.

GARCÍA ALSINA, M.: «La mujer en la guerra civil española, el Frente de Aragón en la provincia de Zaragoza», *Andalán*, núm. 466-467, 1987, pp. 58-60.

GARCÍA DELGADO, L. (coord.): *Franquismo, el juicio de la historia*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

GARCÍA FERNÁNDEZ, H.: «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», *Ayer*, núm. 62, 2006, pp. 285-306.

GELLATELLY, R.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002.

GERMÁN ZUBERO, L. (coord.): *Elecciones en Zaragoza-capital durante la II República*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1980.

GERMÁN ZUBERO, L.: «El auge de la industria textil zaragozana durante la guerra y posguerra civil española», *Cuadernos aragoneses de economía*, núm. 6 (1981-1982), pp. 213-223.

GERMÁN ZUBERO, L.: *Elecciones y partidos políticos en Aragón durante la Segunda República. Estructura económica y comportamiento político*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1982.

GERMÁN ZUBERO, L.: *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1984.

GIBSON, I.: *Granada 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979.

GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. y REY REGUILLO, F. del: *La defensa armada contra la Revolución*, Madrid, CSIC, 1995.

GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización», *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco), núm. 11, 1995, pp. 52-58.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. y ARÓSTEGUI, J.: «La tradición recuperada: el Requeté carlista y la insurrección», *Historia Contemporánea* (Universidad del País Vasco), núm. 11, 1995, pp. 29-54.

GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia política y la crisis de la Democracia republicana (1931-1936)», *Hispania Nova* (revista electrónica), núm. 1, 1998-2000.

GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico», *Hispania*, LXI/1, núm. 207, 2001, pp. 17-68.

GONZÁLEZ PÉREZ, P. B.: «La Acción Ciudadana: S/C de Tenerife, 1936», *Revista de historia canaria*, núm. 182, 2000, pp. 97-112.

HEREDIA URZÁIZ, I.: *Historia de la cárcel de Torrero (1928-1939). Delitos políticos y orden social*, Zaragoza, Mira, 2005.

HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R.: *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925): el Seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002.

JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy, 1999.

KÜHNL, R.: *La República de Weimar. Establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, Valencia, Alfóns el Magnànim, 1991.

LANNON, F.: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975*, Madrid, Alianza, 1990 (1ª ed. 1987).

LANNON, F.: «La Cruzada de la Iglesia contra la República», en Preston, P. (dir.): *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 41-58.

LAZO DÍAZ, A. y PAREJO FERNÁNDEZ, J. A.: «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, núm. 52, 2003, pp. 237-253.

LEDESMA, J. L.*: Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil.* Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2003.

LLEIXÁ, J.: «Reflexiones políticas acerca de la movilización derechista en la guerra civil», en Aróstegui, J. (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*. Junta de Castilla y León, 1988, pp. 211-224.

LLEIXÁ, J.: «La trama civil de la sublevación del 18 de julio», en Tuñón de Lara, M. (coord.): *La guerra civil española.* Vol. 3, *Conspiración contra la República*, Folio, 1996, pp. 41-54.

LÓPEZ GALLEGOS, Mª S.: «El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos consistas a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacional sindicalistas (1931-1938)», en Gallego, F. y Morente, F. (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, El viejo topo, 2005, pp. 43-67.

LORENTE SANZ, J.: *Don Francisco Palá Mediano*, Zaragoza, «La Cadiera», 1972.

LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

LÜDTKE, A.: «De los héroes de la resistencia a los coautores. «Alltagsgeschichte» en Alemania», *Ayer*, núm. 19, 1995, pp. 49-69.

MALDONADO, J. Mª: *Alcañiz, 1938. El bombardeo olvidado*, Zaragoza, Caja de Ahorros, 2003.

MALDONADO MOYA, J. Mª: *El frente de Aragón. La guerra civil en Aragón (1936-1939)*, Zaragoza, Mira editores, 2007.

MANN, M.: *Fascistas*. Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2006.

MARTÍN ACEÑA, P. y MARTÍNEZ RUIZ, E. (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

MARTÍN ACEÑA, P.: «La economía de la guerra civil: perspectiva general y comparada», en en Martín Aceña, P. y Martínez Ruiz, E. (eds.): *La economía de la guerra civil,* Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 13-51.

MARTÍNEZ BANDE, J. M.: *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, San Martín, 1973.

MARTÍNEZ REVERTE, J.: *La batalla del Ebro*, Madrid, Crítica, 2003.

MASON, T. W.: *Nazism, fascism and the working class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

MELERO, J. L.: *Los libros de la guerra. Bibliografía comentada de la guerra civil en Aragón, 1936-1949*, Zaragoza, Rolde, 2006.

MIR CURCÓ, C.: «Justicia civil y control moral de la población marginal en el franquismo de posguerra», *Historia Social*, núm. 37, 2000, pp. 53-72.

MOLINERO, C. e YSÁS, P.: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, núm. 52, 2003, pp. 255-280.

MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

MONTAÑÉS, E.: *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza 1930-1936*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989.

MONTERO GIBERT, J. R.: «La fascistización de la derecha española en la segunda república: el caso de la CEDA», en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas. Centro de Estudios Constitucionales, vol. I, 1987, pp. 619-643.

MONTERO GIBERT, J. R.: «Entre la radicalización antidemocrática y el fascismo: las Juventudes de Acción Popular». *Stvdia historica (Hª Contemporánea)*, vol. V, núm. 4, 1987.

MOORE, B.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península, 1973.

MORENO FONSERET, R. y QUIÑONERO FERNÁNDEZ, F.: «Guerra civil y migraciones en una localidad de retaguardia: Alicante (1936-1940)», *Investigaciones geográficas* (Universidad de Alicante), v. 11, 1993, pp. 299-308.

MORENO FONSERET, R. y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, LX/2, núm. 205, 2000, pp. 703-724.

MOSSE, G. L.: *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

MOSSE, G. L.: *La cultura europea del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1997.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wihelm Faupel y los últimos de Berlín (1944-1945)», *Historia Social*, núm. 51, 2005, pp. 21-48.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «La España regional en armas y el nacionalismo de guerra franquista (1936-1939)», *Ayer*, núm. 64, 2006, pp. 201-231.

PAYNE, S. G.: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968.

PAYNE, S. G.: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985.

PAYNE, S. G.: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995.

PEIRÓ ARROYO, A.: «El nacimiento de Falange Española en Aragón», *Andalán*, núm. 367, 1982, pp. 31-34.

PEIRÓ ARROYO, A.: *Autonomía y República: el congreso y el Estatuto de Caspe de 1936*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 2007.

PÉREZ LEDESMA, M.: «Una dictadura por la gracia de Dios», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 173-193.

PLOU GASCÓN, M.: *Historia de Letux*, Zaragoza, Ayuntamiento de Letux, 1989.

PLOU GASCÓN, M.: *Historia de Samper del Salz*, Samper del Salz, Ayuntamiento de Samper del Salz, 2003.

PONS, Mª A.: «La Hacienda pública y la financiación de la guerra», en Martín Aceña, P. y Martínez Ruiz, E. (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 257-291.

PRADA RODRÍGUEZ, J.: «"Despensa e criadeiro". As suscripcións patrióticas en Ourense», *Minius. Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía* (Universidad de Vigo), núm. XI, 2003, pp. 157-170.

PRADA RODRÍGUEZ, J.: «Adheridos, simpatizantes e indiferentes. Poder local, adaptación y dominación en la retaguardia franquista», en Reboreda Morillo, S. (coord.): *Homenaxe á profesora Lola F. Ferro: estudios de historia, arte e xeografía.* Universidad de Vigo, 2005, pp. 443-464.

PRADO HERRERA, Mª L. de: «Patria y dinero. La contribución salmantina a la financiación de la guerra civil española: suscripciones e impuestos especiales», en Robledo, R.: *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 189-214.

PRESTON, P.: *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, DeBols!llo, 2004 (1ª ed. 1994).

PRESTON, P.: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 2004 (1ª ed. 1995).

PRESTON, P.: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998.

REY REGUILLO, F. del: «La domesticación de los intereses económicos por el Estado. Las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación (1886-1936)», *Ayer*, núm. 66, 2007.

RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *De héroes e indeseables. La División Azul*, Madrid, Espasa, 2006.

RUIZ CARNICER, M. A.: «El Sindicato Español Universitario (SEU) del distrito de Zaragoza durante la Guerra civil (1936-1939)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, núm. 53-54, 1986, pp. 79-99.

RUIZ CARNICER, M. A.: *Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989.

SALOMÓN CHÉLIZ, Mª P.: *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.

SÁNCHEZ RECIO, G.: *La República contra los rebeldes y los desafectos. La represión económica durante la guerra civil*, Alicante, Universidad de Alicante, 1991.

SÁNCHEZ RECIO, G. y TASCÓN FERNÁNDEZ, J. *Los empresarios de Franco. Política y economía en España. 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003.

SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004.

SERRALLONGA I URQUIDI, J.: «El cuento de la regularización sanitaria y asistencial en el régimen franquista. Una primera etapa convulsa, 1936-1944», *Historia Social*, núm. 59, 2007, pp. 77-98.

SEVILLA-GUZMÁN, E. y PRESTON, P.: «Dominación de clase y modos de cooptación del campesinado en España: La Segunda República», *Agricultura y Sociedad*, núm. 3, 1977, pp. 148-165.

SEVILLANO CALERO, F.: «La sublevación de julio de 1936 en Albacete», *Al-basit: Revista de estudios albacetenses*, núm. 35, 1994, pp. 133-151.

SEVILLANO CALERO, F.*: Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998.

SEVILLANO CALERO, F.: «Consenso y violencia en el «Nuevo Estado» franquista: historia de las actitudes cotidianas», *Historia Social*, núm. 46, 2003, pp. 159-172.

TANNENBAUM, E.: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza Universidad, 1975 (1ª ed. inglesa 1972).

THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

THOMAS, H.: *La guerra civil española*, Barcelona, DeBols!llo, 2004 (1ª ed. 1976).

TILLY, Ch., TILLY, L. y TILLY, R.: *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997 (1ª ed. 1975).

TORRES VILLANUEVA, E.: «Los empresarios: entre la revolución y la colaboración», en Martín Aceña, P. y Martínez Ruiz, E. (eds.): *La economía de la guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 431-460.

TORTELLA, G. y GARCÍA RUIZ, J. L.: «Banca y política durante el primer franquismo», en Sánchez Recio, G. y Tascón Fernández, J.: *Los empresarios de Franco. Política y economía en España. 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 67-99.

TOMÁS DEL RÍO, A. S.: *La guerra civil en Plenas*, Cuadernillos culturales núm. 8, Asociación cultural Manuela Sancho, Plenas (Zaragoza), 1991.

TUÑÓN DE LARA, M., ARÓSTEGUI, J., VIÑAS, A., CARDONA, G., BRICALL, J. M.: *La guerra civil española. 50 años después*, Barcelona, Labor, 1985.

TUÑÓN DE LARA, M.: *La Batalla de Teruel*, Zaragoza, Instituto de Estudios Turolenses, 1986.

TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992.

TUSELL, J., GENTILE, E., FEBO, G. DI (eds.): *Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

VALLS, R.: *La Derecha Regional Valenciana: el catolicismo político valenciano (1930-1936)*, Valencia, Alfóns el Magnànim, 1992.

VAQUERO PELÁEZ, D.: «En la historia y en el recuerdo: bombardeos sobre la ciudad de Zaragoza durante la Guerra Civil española», *Rolde*, núm. 114, 2005, pp. 18-25.

VV.AA.: *La Guerra Civil en Aragón*, 10 vols., Zaragoza, Diputación de Zaragoza, El Periódico de Aragón, 2006.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Abós, Bernardino, Viuda de: 79.

ABC: 58.

Academia General Militar: 34.

Academia de San Luis: 106.

Acción Católica: 87.

Acción Ciudadana: 52-54, 65, 68, 70, 78, 87, 88, 94, 177, 185, 200, 201, 214.

Acción Popular Agraria Aragonesa (APAA): 35, 42, 44, 48, 50, 57, 62, 64, 66, 74, 178.

Acción Social Católica: 32.

Acorazado "España" (suscripción): 104.

Acumulador Tudor: 79.

AET: 86.

Agrupación Artística Aragonesa: 106.

Agrupación al Servicio de España: 35.

Agrupación Femenina Aragonesa: 74.

Agrupación Mercantil: 61.

Aguado, Isabelo: 52.

Aguaviva, Hermenegildo: 76.

Aguinaldo del Pobre: 107.

Aguinaldo del Soldado: 107.

Aguilar, Eusebio: 79.

Aínsa, Rafaela: 77.

Alares, Gustavo: 158.

Albacete: 94.

Albalate del Arzobispo: 157.

Alcalá Zamora, Niceto: 58.

Alcañiz: 42, 46, 147.

Alcoholera Agrícola del Pilar: 30.

Alcubierre: 110.

Alfonso Casanova, Desiderio, José y Alfonso (hnos.): 73, 157.

Alhama de Aragón: 114.

Allanegui Félez, Alejandro: 47.

Allué Salvador, Miguel: 67, 71, 84, 173.

Almacenes de Aragón: 78.

Almacenes SEPU: 37.

Almarza, María: 67.

Almonacid de la Cuba: 113.

Almudévar: 112, 135.

Almudí y Ponce de León, Raimundo: 47.

Alonso Palomar, Francisco: 157.

Alpert, Alejandrina: 88.

Altolaguirre Añorga, Pío: 60, 67, 155-157, 168, 182, 185.

Amanecer: 54, 78, 101, 161.

antisemitismo: 100.

Aranda de Moncayo: 138.

Arántegui Mochales, José Luis: 47.

Arbiol, Dolores: 47.

Arbonés, Pedro: 77.

Arcal, Concepción (viuda de Marín): 88.

Arciniega Mendi, Gregorio: 106.

Arco Blanco, Miguel Ángel del: 21, 22.

Ardid Lorés, Manuel: 24, 31, 35, 60, 63.

Aragüés: 120.

Arozamena, Jesús María: 106.

Artal Luesma, Francisco: 117, 119, 173, 181, 184, 203.

Artal Luesma, Valentín: 118.

Asociación de Caballeros de Nuestra Señora del Pilar: 48, 49, 73, 89, 155.

Asociación Católica de Padres de Familia: 65.

Asociación General de Agricultores: 62.

Asociación de Labradores de Zaragoza: 32, 62, 110.

Asociación de Prensa: 107.

Asociación de Propietarios de Fincas Rústicas: 62.

Asociación Sevillana de Caridad: 171.

Asturias (revolución): 34, 102.

Auger Puig, Juan: 59.

Aula Guillén, Luis: 106.

Auria, María: 141, 208.

Austria (Anschluss): 147.

Auxilio a Poblaciones Liberadas: 154.

Auxilio Social: 18, 106, 109, 142, 152, 153, 160, 168, 182, 207.

Averly: 30.

avión «Zaragoza» (suscripción): 73, 104.

Ayuntamiento de Zaragoza: 34, 45, 56, 57, 59, 63, 64, 84, 155, 173, 178.

Azaña (decretos de): 52, 177.

Azcárate, Gumersindo de: 58.

Azlor, Antonio: 74.

Azuara: 113.

B

Banco de Aragón: 30, 53, 56, 65, 73, 158.

Banco de Crédito de Zaragoza: 30, 63, 75.

Banco de España: 64, 81, 156.

Banco Zaragozano: 30, 70.

Banda Municipal: 106.

Banzo Urrea, Sebastián: 34.

Baracaldo: 112.

Baraza, Florentín: 76.

Barba, Francisco: 52.

Barbastro: 57, 59, 108, 119, 120.

Barcelona: 32, 33, 54, 99, 112, 120-122, 155.

Barrio Puértolas, María: 125.

Baselga Jordán, Mariano: 62, 64.

Baselga Ramírez, Mariano: 63, 64, 108, 155, 185.

Baselga Ramírez, Santiago: 63.

Baselga de Yarza, Manuel: 75, 185.

Bastero Beriguistáin, Juan Bautista: 44, 45, 158, 173.

Belchite: 30, 106, 112-114, 147, 166, 207.

Belenguer, José María: 59.

Belio (empleado JRC): 151.

Bellido, Ángel: 65.

Bello: 131.

Bello, Salvador: 78.

Belmonte de Calatayud: 134.

Bercebal Benedí, Milagros: 120.

Berdejo, Isabel: 58.

Bernad Partagás, Francisco: 58.

Bernad Soláns, Pedro: 74.

Bernardín, Antonio: 65.

Bernardos Pérez, Felipe: 47.

Bestratén, Cinta: 77.

Bilbao: 29, 99, 112.

Blasco del Cacho, Luis: 44, 46.

Blasco del Cacho, Antonio: 44-46, 158, 173.

Blasco Perales, Ángel: 63, 108, 151, 178.

Blasco Ruiz, Mariano: 60, 178.

Blasco y Pablo, José: 107.

Blázquez Orcáriz, María: 88.

Bloque Nacional: 36, 39.

Bolí Centineday, Emilio: 64, 142, 151, 156.

Bonafé Palacios, Josefina: 121.

Boquiñeni: 133.

Borao, Jesús: 113.

Bozal, Jesús: 139.

Brigadas Internacionales: 99.

Bringola Jarque, José y Eduardo: 47.

Brunete (batalla): 99.

Bruscas, Marcos: 52.

Bueno Madurga, Jesús Ignacio: 24.

Buñuel, Conchita: 75.

Buñuel, Luis: 75.

Burgo de Ebro, El: 141.

Burillo, Adolfo: 56.

C

Cabanellas Ferrer, Miguel: 40-44, 84, 177.

Cabanellas, Guillermo: 43, 44.

Cabildo Metropolitano: 82.

Café Boulevard: 110.

Caja de Ahorros: 73, 81, 86, 173.

Caja de Previsión Social: 59.

Calahorra, Julio: 141.

Calamita Álvarez, Gonzalo: 35, 84, 86, 105, 123, 179, 202.

Calamocha: 131.

Calvo Sotelo, José: 38, 57, 59, 85.

«Calvo Sotelo», Batallón: 65.

Cámara Oficial de Comercio e Industria (COCI): 32, 34, 51, 61, 63, 77, 78, 86, 96, 128, 157, 178.

Cámara de la Propiedad Urbana de Zaragoza: 63, 74.

Caminreal: 133.

Campos, Valero: 52.

Campos Sanz, Rosa: 134.

carabinieri: 95.

Carbo Escorihuela, José: 74.

Carboné, Victoriano, Viuda de: 76.

Carceller Gimeno, Juan: 71.

Caridad, La: 34, 117.

Cariñena: 140.

Carmelitas descalzas (Teruel): 156.

Carod (columna): 114.

Carreras, Juan José: 24.

Cartuja Baja: 80.

Casa Amparo: 106, 120, 121, 156.

Casa Barranquero: 78.

Casa Madurga: 78.

Casanova, Julián: 15, 17, 24, 33, 62.

Casanova, Micaela (viuda de Alfonso): 73, 88, 157, 193.

Castellón: 110.

Castillejos (cuartel): 42, 44, 49, 131.

Castillo, Eduardo: 36.

Castro Bonel, Honorato de: 140.

Cativiela López, Pedro: 78, 89.

Cazorla Sánchez, Antonio: 171, 172.

CEDA: 21, 32, 34-38, 42, 45, 58, 62, 90, 91, 94, 162.

Cementos Portland: 63.

Cenarro, Ángela: 18, 23, 24, 61, 109, 154.

Cendoya, Juan Manuel: 66, 151, 155.

Central de Empresarios Nacional Sindicalista (CENS): 60, 103.

Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS): 103, 106.

Centro Mercantil, Industrial y Agrícola: 56, 62, 185.

Ceresuela, Joaquín: 76, 104.

Chocolates Orús: 30.

Chueca, Ricardo: 160.

Cinco Villas: 50, 132, 152.

Cistué de Castro, Pablo: 107.

Citoler Sesé, Orencio: 46.

Citoler Sesé, Ramón: 46.

Civera, Francisco: 77.

Claramunt, Gumersindo: 36, 105, 173.

Clavería Arazo, Florentín: 139.

CNT: 31, 33, 40, 64, 100, 133.

Cobo Romero, Francisco: 21, 22.

Colegio de Huérfanos de Guerra: 152.

Colegio Oficial de Arquitectos de Zaragoza y La Rioja: 77.

Colegio Oficial de Farmacéuticos: 77.

Colegio Oficial de Médicos: 77.

Colegio Oficial de Procuradores: 77.

Colón, Juan: 77.

comercio, pequeño: 30-32, 48, 56, 61, 68, 76-78, 91, 104, 107, 163.

Comercio, Escuela de: 50.

Comín Sagüés, Jesús: 36, 65, 85.

Conde de Vallellano: 71.

Constante, Mariano: 39.

Corsetería Victoria: 78.

Costa, Joaquín (colegio): 52.

Covarrubias y Laguna, Teresa de: 73, 88.

Cremades Royo, Juan Antonio: 44, 158, 173, 184, 202.

Cruz Roja: 71, 122.

Cruz Roja Internacional: 121.

Cuba: 75, 127.

Cubero Bello, Ramón: 129.

Cuenca: 110.

Cuerlas, Las: 131.

Cuervo, Fernando: 52.

Cuesta, Fabriciano: 64, 72.

D

Daroca: 30, 114.

Debate, El: 58.

Decreto de Unificación: 23, 99.

Delegación del Estado para Prensa y Propaganda: 102, 107.

Delegación Nacional de Excombatientes: 167.

Delegación de Orden Público: 121, 144.

Delgado, Salvador: 66.

Delmás Moya (hnos.): 76.

Derecha Aragonesa: 32; sección femenina: 87.

D'Harcourt, Rafael: 78.

Día Semanal Sin Postre: 104.

Díaz Lizarde, María: 84.

Díaz de Tuesta, Silvestre: 138.

Diego, Antonio de: 65.

Díez Ticio, Francisco: 37.

Diputación Provincial de Zaragoza: 66, 84, 88, 89, 116, 155, 178.

División Azul: 47, 127, 136, 172.

Doménech y Valls, Rigoberto: 82, 83, 92, 117, 118, 179.

Duclós y Peralta: 51.

Dufol, Daniel: 52.

Duque de Villahermosa (ver Azlor, Antonio).

Durango: 122.

Durruti, Buenaventura: 55, 112.

E

Ebro (batalla): 153.

Egido Balaguer, Andrés: 56.

Einstein, Alfred: 47.

Eisenhower, Dwight D.: 15.

Ejea de los Caballeros: 132.

Eléctricas Reunidas de Zaragoza S. A.: 30, 79.

Épila: 50.

Escolapios (colegio): 46, 89; Barbastro: 57.

Escoriaza y Fabro, Nicolás: 74.

Escoriaza y Fabro, Manuel: 63, 67, 74, 158; Sra. de: 67, 185.

Escudero, María: 71.

Espumosos (Bar): 76.

Estatuto de Autonomía de Cataluña: 34.

Estatuto de Autonomía Vasco: 40.

Estatuto de los "cinco notables": 58.

Estatuto de Caspe: 40, 58.

Ester Moneva, Fermín: 48, 49, 76, 133.

Ester Moneva, Fernando y Luis (hnos.): 49.

Ester Rubira, Fermín: 48.

Ester Rubira, Emilio: 49.

Ester, Fermín, viuda de (Almacén): 48, 76, 104.

Europa: 15-17, 20, 26, 29, 27, 41, 49, 60, 93-96, 99, 126, 135, 147, 149, 172, 177, 202.

F

Faci, Ángel: 76.

Faci, Pedro: 79, 88.

Faci Molíns, Gregorio: 48.

Faci Molín, Urbano: 47.

Falange Española y de las JONS: 35, 36, 38, 45, 46, 47, 48, 56, 64, 70, 72, 74, 75, 81, 88, 91, 94, 117, 126, 131-134, 140, 141, 143, 157, 161, 178, 185.

Fantoba, Antonio: 76.

fascismo: apoyos sociales: 16-17; franquismo: 15, 19-21; consenso: 18; Europa: 26; Zaragoza: 35, 38, 47-51, 60, 153, 161-165; paramilitarismo: 45, 126, 127; sociología: 47-50, 60; violencia: 51, 52, 83, 109, 127.

Fatás Ojuel, Guillermo: 46, 85, 184.

Fatás Montes, Guillermo: 84, 85, 184.

Federación Mercantil Aragonesa: 61.

Federación Patronal de Comerciantes e Industriales: 32, 56, 60, 61, 128, 178.

Felice, Renzo de: 18.

Fernández Clemente, Eloy: 24.

FE (Sevilla): 170.

FET y de las JONS: 20, 22, 70, 93, 99, 124, 142, 147, 149, 152-157, 159-165, 167, 182, 183.

Figuera Lezcano, Gloria, Antonio, Luis, Mariano de la (hnos.): 66.

Figueruelas: 61.

Fontana, Josep: 15.

Fraga: 30.

Francisco Fernando, archiduque: 26.

Franco, Francisco: 15, 22, 23, 36, 75, 81, 94, 96, 99, 100, 102, 121, 132, 142, 148, 153, 158, 160, 164, 166, 171-173, 181, 183, 185, 207.

Frente Popular: 36-38, 41, 43, 58, 54, 64, 89, 90, 113, 122, 130, 133, 134, 139, 140, 177.

Freudenthal, Gustavo: 47.

Frontón Aragonés: 52, 53.

Frutos Dieste, José: 74.

Fuendetodos: 112.

Fuentes, Antonio: 56.

Fuentes de Ebro: 112.

Fuero del Trabajo: 23, 103.

Fundación Villahermosa: 120.

Fundiciones y Maquinista del Ebro: 105.

G

Galerías Lyonesas: 78.

Galianas, Ramón, Viuda de: 138.

Gallur: 134, 140.

Galve Sánchez, Matías: 65, 155.

Gandesa: 153.

García Buñuel, Mar: 75.

García Sánchez, Ángel: 76.

García Sanchiz, Federico: 106, 107.

Gasca, Ignacio: 60.

Gascón de Gotor: 139.

Gaudó, Concepción: 161, 165.

Germán Zubero, Luis: 24, 31, 161.

Gil Andrés, Carlos: 132.

Gil y Gil, Gil: 34, 57, 86, 193.

Gil Robles, José María: 85.

Giménez Arnau, Enrique: 49.

Giménez Fernández, Manuel: 91.

Giménez Gacto, José: 53.

Giménez Soler, Andrés: 58.

Gimeno, José María: 65.

Gisbert: 66.

Gobierno Civil de Huesca: 66, 158.

Gobierno Civil de Zaragoza: 66, 128, 132, 149, 155, 178, 182.

Goicoechea, Antonio: 39.

Gomá Tomás, Isidro: 119.

Gomara Pérez, Celso: 50.

Gómez Acebo, Tomás: 66, 108.

Gómez Blanco, Severino: 118.

Gómez Laguna, Luis: 74, 173, 185.

González Calleja, Eduardo: 16.

González Torre, Ernesto: 77.

"Gota de Leche, La": 157.

Goya (cine): 52.

Goya (instituto): 88.

Gran Hotel: 52, 63.

Granada: 25, 55, 93, 95.

Grandes Almacenes del Pilar: 63, 78.

Granja Casetas de Lierta: 80.

Gregorio Rocasolano, Antonio de: 58, 193.

Guadalajara (batalla): 99.

Guallar, Santiago: 35.

Guardia Civil: 38, 41, 43, 52, 65, 70, 81, 94, 113, 114, 120, 128, 133, 134, 141, 210.

Guardia de Asalto: 40, 41, 43, 94, 214.

Guernika: 122.

Guiral, Joaquín: 76, 79.

H

Harinas Soláns: 30, 74.

Harinera del Pilar: 30.

Heraldo de Aragón: 44, 86, 101, 105, 107, 198.

Hernández Bermúdez, Juan Francisco: 60.

Hernández Sánchez, Salvador y Manuel (hnos.): 47.

Herrando Herrero, Pedro: 62, 110, 157.

Herrera de los Navarros: 114.

Higuera Bellido, Luis: 73.

Híjar: 30.

Hitler, Adolf: 15, 55, 99, 100, 147.

Hogar de Nuestra Señora de Montserrat: 150.

Hogar Pignatelli: 88.

Horno Liria, Luis: 86.

Huesca: 73, 74, 151.

I

Iglesia católica: 22, 32-34, 82, 83, 90, 91, 117-119, 134, 150, 152, 153, 156, 179, 181-184, 203, 205.

Indurain, José: 56.

Industrial Licorera: 78.

Inglés Campos, Carmen: 133.

Inglés Rigal, Ángel: 133.

Iñigo Nougués, Manuel: 71.

Iris Park: 52.

Isuerre: 142.

Izquierda Republicana: 36, 142.

Izquierdo Bayo, Alejandro: 74.

Izuzquiza Arana, Román: 67, 74, 185, 193.

Izuzquiza Galindo, Florencio: 46.

J

Jaime de Borbón: 65.

Jarama (batalla): 99.

Jiménez, Inocencio: 85.

Jiménez Ferrer, Baldomero: 118.

Jordana de Pozas, Fausto: 47.

Joven, Mariano: 36.

Julián (familia): 89.

Junta de Auxilio a los Necesitados (Sevilla): 169, 170.

Junta de Defensa Nacional (Burgos): 76, 80, 81, 84.

Junta de Defensa Pasiva Antiaérea: 124.

Junta Recaudatoria Civil (JRC): asistencia a refugiados: 110-121, 203-206; beneficios: 151-152; coacciones y represión económica: 136-144; fondo documental: 23, 73; formación y composición: 54-68, 178, 194-196; disolución: 156, 157; irregularidades: 151; juntas locales: 68-71; recaudación y actuaciones: 71-75, 79-80, 88, 105-109, 125, 147, 150, 154, 190; reorganización: 155, 156; recompensas: 157; subsidios: 127-137.

Juventudes de Acción Popular (JAP): 35, 36, 42, 44-47, 56, 62, 127, 132, 173, 177, 184, 202.

K

Kapp (putsch): 41.

L

Lafiguera, Pilar: 77.

Lafuente Subirón, Felipe: 47.

Lagata: 113.

Laguna Azorín, Emilio: 56, 62, 173, 178, 185.

Laguna Azorín, Vicente: 52, 185.

Laguna de Rins: 30.

Lahuerta Bonet, Antonio: 141.

Laín Carreras, Pedro y Venancio (hnos.): 76.

Lajoya (empleado JRC): 151.

Lamamié de Clairac, José María: 91.

Lamana, José María: 140.

Langa del Castillo: 114.

Lannon, Frances: 83.

Lambán, Irene: 49.

Lanuza (colegio): 52.

Lapieza, Paulino: 141, 208.

Larroya Alejaldre, Joaquina: 88.

Lasala, Manuel: 84.

Lasierra Luis, Julián: 102.

Lasierra Liñán, Serafín: 64.

Latorre Blasco, Ernesto: 133.

Lázaro Sebastián, José: 139.

Lécera: 113.

Legaz Jerez, Pedro: 65, 151, 157.

Legión Cóndor: 74, 123.

lerrouxismo: 32, 34.

Letux: 47, 113, 115.

ley de prensa: 102.

Linz, Juan José: 15.

Londres: 122.

López de Gera, Miguel: 34, 56, 59, 84, 184.

López Ornat, Marcelino: 84.

Lorente Peña, Luis y Emilio (hnos.): 47.

Loscertales Mercadal, Agustín, Anselmo y Luis (hnos.): 47.

Loscertales, Anselmo: 38, 67, 185.

Loscertales, Simón: 60.

Loscos: 114.

Lozano, Adolfo: 139.

Lucia, Luis: 39.

Luebbert, Gregory M.: 17, 18.

Luesma: 114.

Lumpiaque: 133.

Lupiñén: 73.

M

Madariaga, Salvador de: 40.

Madrid: 36, 40, 54, 55, 57, 99, 112, 122, 123, 129, 139.

Madurga, Francisco: 52, 78.

Maestro y Marín, Escolástico: 134.

Magallón: 73.

Málaga: 54, 99, 137.

Mann, Michael: 96.

Maquinaria y Metalurgia Aragonesa: 86.

March, Juan: 39.

Marco (Comandante): 66.

Marco, Ángel: 77.

Marco Redrado, Roberto: 141.

Margaritas: 81, 84.

Marina Abad, Dolores: 47.

Mariñoso Herbera, José María, Juan y Joaquín (hnos.): 47.

Marqués de Arlanza (ver Higuera Bellido, Luis).

Marqués de Valdeguerrero: 74, 158.

Marqués de Villatoya: 73.

Marquesa de Artasona (ver Otal Claramunt, Mercedes).

Marquesa de Bóveda de Limia: 71.

Marraco, Manuel: 34.

Marruecos: 40, 55.

Martín y Martín, Francisco: 74.

Martínez, Ana (Viuda de Rodríguez): 140.

Martínez, Victoriano, Viuda de: 78.

Martínez Andrés, Federico: 60.

Martínez Barrado, José Antonio: 131.

Martínez Berganza, Manuel: 46.

Martínez de Bedoya, Javier: 109.

Martínez Monedero, Ricardo: 118.

Material Móvil y Construcciones: 30.

maurismo: 74, 197.

Maylin Molina, Matías: 129.

Mequinenza: 154.

Mercedes de Baviera y Borbón: 71.

Merino Ezquerro, Miguel: 42, 46.

Miguel Servet (instituto): 89.

Milicias Infantiles: 117, 180.

Millán Astray: 82.

Minas y Ferrocarriles de Utrillas: 63.

Mínguez, Santiago: 52.

Minguijón, Salvador: 58, 85.

Miral, Domingo: 58.

Mola, Emilio: 38, 44, 82.

Mola Fuertes, Antonio: 66, 88, 158.

Molina, Abilio: 138.

Molinos, Pablo: 66.

Mompeón Motos, Antonio: 86.

Monasterio, José: 42.

Monclús, José: 157.

Monclús, Lorenzo: 52.

Monegrillo: 112.

Monforte de Moyuela: 114.

Monterde, José María: 105, 106.

Monterde Albiac, Mª Anunciación: 106.

Montull, José: 61.

Montull, Ramón: 61, 108, 151, 178.

Moore, Barrington: 17.

Mora: 30.

Moreno, Marina: 87.

Moreno Medina, Nacho: 53, 80.

Morón, Antonio: 152.

Movera: 68.

Muñoz, Luis: 142.

Muro Sevilla, Jesús: 35, 42, 46, 49.

Mussolini, Benito: 18, 39, 55, 99.

Mutilados de Guerra (Cuerpo): 167.

Mutiloa e Irurita, Nicanor: 119, 184.

N

Navarro Garriga, Carmelo: 47.

Negrín, Juan: 153.

Neumann, Franz: 101.

Noticiero, El: 32, 35, 37, 40, 43, 44, 49, 64, 80, 81, 101, 103, 125, 163, 194.

Novillas: 204.

Nuestro Apostolado (revista): 151.

Nuevas Sederías, Las: 78.

Nuevo Estado: 15, 18-20, 59, 86, 93, 105, 110, 120, 127, 135, 153, 154, 159, 167, 170, 172, 173, 182, 185, 207.

O

Oliván, Anastasio: 79.

Opus Dei: 173, 184, 203.

Orés: 141.

Orfeón Donostiarra: 107.

Ornamentos de iglesia Aranda: 199.

Oroquieta Arbiol, Gerardo: 47, 48.

Oseja: 142.

Osera: 55.

Ostalé Pobes, Baltasar: 47.

Ostalé Pobes, Vicente: 47.

Otal Claramunt, Mercedes: 74.

P

Pablo Marina, Jesús: 47.

Pablo Marina, José: 47.

Pabón, Benito: 36.

Pacto de Munich: 154.

Padre Otaño: 107.

Palá Mediano, Alberto: 59, 112, 119, 184.

Palá Mediano, Francisco: 56-60, 75, 85, 106, 108, 119, 150, 152, 155, 156, 158, 173, 178, 183, 184.

Palacio de Argillo: 52.

Palacio Episcopal: 52.

Palacios Gramié, Roque: 66, 155.

Palomar Mur, Balbina: 76.

Palos Iranzo, Antonio: 46.

Pamplona: 44, 55.

Parellada, Antonio: 149.

París Plou, Miguel: 46, 47, 174.

Partido Agrario: 94.

Partido Conservador: 74.

Partido Social Popular: 32.

Partido Republicano Radical: 34-36, 56, 60, 86, 193.

Payne, Stanley G.: 15.

Pedrola: 70.

Peiré Zoco, Generoso: 56.

Peiró Arroyo, Antonio: 103.

Peiró Artal, Baltasar, Domingo y José (hnos.): 47.

Peña Lírica Aragonesa: 105.

Pelayos: 81.

Pelegrín y Tardío: 78.

Pemán, José María: 107.

Peralta Martínez de Lecea, Vicente: 50, 51.

Peralta Martínez de Lecea, José María: 51.

Perdiguera: 134.

Pérez Cistué, Luis: 74, 82, 105, 179, 197.

Pérez Martínez, Dionisio: 141.

Pérez Otal, Antonio: 74, 79.

Pi Donat, Miguel: 144.

Pilar, Basílica del: 81, 82, 83, 92, 106, 107, 122, 150, 152, 182, 198.

Pina: 112.

Planas de Tovar, Francisco Javier: 149.

Plato Único: 104, 106, 124, 139.

Plenas: 114.

Plou Gascón, Miguel: 115.

Pobes Mas, Pilar: 47.

Pomar, José: 61, 151.

Ponte y Manso de Zúñiga, Miguel: 137.

Portela Valladares, Manuel: 36.

Portolés, María: 75.

Portugal: 72.

Posada de las Almas: 76.

Prada Rodríguez, Julio: 20, 95.

Prades Cuevas, José: 133.

Prado Herrera, Mª Luz: 95.

Preston, Paul: 15, 22.

Primera Guerra Mundial: 16, 29, 126.

Primo de Rivera, José Antonio: 48, 166.

Primo de Rivera, Miguel: 33, 64, 85.

Primo de Rivera, Pilar: 143.

propaganda: 18, 20-22, 35, 44, 64, 81-83, 99-102, 104-109, 121, 122, 131, 135, 144, 150, 151, 154, 170, 172, 179, 180, 182, 207.

PSOE: 36, 133.

Puebla de Híjar, La: 117.

Puértolas, José, Viuda de: 88.

Pueyo, El: 134.

Q

Queipo de Llano, Gonzalo: 55, 170.

Quinto: 112, 133.

R

Radio Aragón: 102, 106.

Radio Sevilla: 102.

Radio Zaragoza: 102.

Redondo Morón, Antonio: 52.

Refugio: 117.

Regiones Devastadas (Servicio Nacional): 152, 153.

Regulares: 55, 124.

Renovación Española: 36, 38, 63, 65, 66, 94, 120, 127, 155, 178.

Requeté: 38, 45, 65, 70, 72, 88, 93, 106, 120, 126, 131, 134, 135, 151, 177, 178, 214.

Reus: 114.

Rivas, Juan José: 156.

Rocatallada, Melchor: 46.

Rodríguez y Rodríguez, Sebastián: 140.

Rohrbach, Santiago: 122.

Román de los Santos, Alejandro: 134.

Ropero del Soldado (suscripción): 104.

Royo Sagastizábal, José: 46.

Royo Sagastizábal, Santiago: 46.

Royo Villanova, Ricardo: 86.

Rubio, Julián: 52.

Ruiz de Alda, Julio: 161.

Ruiz Navarro, Luis: 134.

S

Sainz, María: 120.

Sainz Inglés, Pedro: 46.

Sainz Nothnagel, José: 42, 46.

Samper del Salz: 117.

San Carlos (seminario): 52.

San Felipe (colegio): 52.

San Gregorio (campo de tiro): 40.

San Sebastián: 71, 106.

Sánchez Blázquez, Miguel: 50.

Sánchez Recio, Glicerio: 67.

Sánchez Ventura, José María: 35, 64, 85, 116, 151, 173.

Sancho Brased, Ramón: 62, 110, 178.

Sancho Izquierdo, Miguel: 19, 35, 57, 84, 85, 87, 173, 184, 202.

Sanjurjo, José: 39.

Sanz, Luis: 156, 157.

Sanz, Pedro Juan: 138.

Sanz Hernando, Urbana: 120.

Sebastián Barranco, Miguel: 140.

Sección Femenina de Falange: 87, 142.

Segunda Guerra Mundial: 26, 172.

Seidman, Michael: 136.

Seral y Casas, Francisco: 71.

Serrano, Presentación (viuda de Paraíso): 88.

Serrano Díaz, Martín: 64.

Serrano Súñer, Ramón: 35, 66, 102.

SEU: 46, 64, 86, 150, 158, 182, 184.

Sevilla: 25, 55, 94, 95, 112, 137, 169-171.

Sevillano Calero, Francisco: 94, 101.

Simón, Jesús: 198.

Sindicato Agrícola Católico (Pedrola): 70.

Sindicato Central de Aragón: 62, 70.

Sindicato Iniciativa y Propaganda de Aragón: 58, 74.

Sindicato del Riego (Pedrola): 70.

Sobrinos de C. Valero: 78.

Sociedad General Azucarera: 30, 62.

Sociedad de Maestros Sastres «La Confianza»: 78.

Soláns, Froilán: 74.

Soler Ferrer, Facundo: 65.

Soldevila, cardenal: 32.

Somatén: 36, 47, 76.

Sos del Rey Católico: 50, 70, 138.

squadristi: 94.

T

Taboada, Pedro: 60, 72, 151, 178.

Talleres Mercier: 30, 47, 86, 104.

Talué, Pilar: 71.

Tannenbaum, Edward R.: 95.

Tarancón, Miguel Ángel: 100, 130.

Tarazona: 68, 119, 134, 141, 184.

Tardienta: 62, 112.

Tarragona: 112.

Teatro Parisiana: 106.

Teatro Principal: 105, 106.

Tercio Sanjurjo: 65, 130, 134.

Teruel (batalla): 105, 107, 147.

Tienda Económica: 117.

Tilly, Louise: 96.

Times, The: 122.

Tolosa (empleado JRC): 151.

Tomos: 131.

Torres de Berrellén: 50.

Torres Bestard, Antonio: 66.

tradicionalismo: 34, 36, 48, 65, 86, 103, 126, 127.

Tusell, Javier: 15.

Tur, Roger: 122.

Turmo, Eustaquio: 138.

U

UGT: 31, 33, 50, 130.

Unión Alcoholera Española: 30.

Unión de Derechas: 34.

Unión Musical Aragonesa: 106.

Unión Republicana: 138.

Universidad de Zaragoza: 35, 38, 39, 57, 82-86, 152, 173, 179, 202.

Urrutia, Gustavo: 42, 43.

Usón Moya, Pedro: 133.

Utebo: 50.

V

Valencia: 38, 54, 66, 140.

Valenzuela de la Rosa, José: 86, 158, 193.

Valera Aparicio, Fernando: 37, 38.

Valderrobres: 30.

Valle de los Caídos: 166.

Valle Pascual, Luis del: 84-86, 184, 202.

Vega García, Andrés de: 134.

Vera, José: 34.

Vera Coronel, Ángel: 41, 64.

Vera del Moncayo: 141, 210.

Vera Ilundain, Francisco: 79.

Vicente Carceller, Mariano: 47.

Vierlas: 134.

Villa Herbera, Santiago y Manuel (hnos.): 47.

Villafranca de Ebro: 133.

Villanova i la Geltrú: 120.

Villar del Humo (Cuenca): 118.

Vivó Soler, Joaquín: 120.

Voz de Aragón, La: 101.

W

Weimar, República de: 41.

Y

Yarza, Carmen: 80.

Z

Zabal, Calixto: 65, 67.

Zamora Andreu, Gonzalo: 66, 155.

Zaragoza (ciudad y provincia): economía y sociedad: 29-34, 37, 60-64, 74, 78, 83-89, 91, 103, 132, 168, 169, 177-179, 189; política: 34-38, 64-66, 90, 160-165, 177; golpe de Estado en Z.: 39-45, 177; guerra en Z.: 100-102, 104-107, 122-125, 147-153.

Zaragozana, La (cervecera): 30, 63.

Zuera: 68.

Zubiri Vidal, Antonio: 46, 174.

INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·DIPVTACION·DE·ZARAGOZA

C. S. I. C.

¿Cómo logró el franquismo hacerse con una base social de masas para alzarse con el poder y sostenerse en él durante cuatro décadas? La pregunta, no exenta de polémicas, está siendo de candente actualidad en los debates historiográficos de los últimos años. En primer lugar, se ha evidenciado cómo la sublevación de 1936 contra la II República hizo una brutal inversión en violencia represiva que le permitió destruir y someter a sus opositores, contando con un clima internacional propicio. No obstante, el franquismo también dejó abiertas vías de integración, por las que se adhirieron a la dictadura amplios y diversos sectores sociales. *Lazos de Sangre* aspira a explicar, a partir del caso zaragozano durante la guerra civil, cuáles fueron esas vías integradoras en la capital aragonesa de la retaguardia insurgente. Se demuestra cómo el exiguo núcleo originario del apoyo social a la sublevación procedió de la tupida red de intereses políticos, sociales y económicos de la burguesía propietaria y católica zaragozana, aunada con el fascismo. Y se explica cómo la experiencia bélica y la movilización forzada de la retaguardia, organizada ésta por la Junta Recaudatoria Civil, fueron los fenómenos catalizadores de la integración, con distintos grados de sinceridad e implicación, de una parte de las clases medias y populares zaragozanas en el nuevo Estado. En este proceso, los vínculos interclasistas de sociabilidad, patronazgo, parentesco, asociación, etc., permitieron construir una jerárquica base social de masas para la consolidación de la dictadura, a pesar de sus orígenes sangrientos.

9 788499 111394

INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO

DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA